

G. T. Corley Smith

Galapagos



Fundación
Charles Darwin
Foundation
GALAPAGOS

G. T. Corley Smith

Galapagos



Fundación

Charles Darwin

Foundation

GALAPAGOS

Corley Smith, Gerard Thomas

Galápagos / G. T. Corley Smith; traducción y edición por Edgardo Civallero .-- Santa Cruz, Galápagos : Fundación Charles Darwin, 2023.

s./il.; 358 páginas; 17 x 23 cm.

Memorias de la FCD : 5

ISBN: Pendiente

Serie "Memorias de la FCD" n° 5

© G. T. Corley Smith

© de esta edición: Fundación Charles Darwin, 2023.

Traducción, edición y diseño: Edgardo Civallero.

Esta publicación tiene el número de contribución 2514 correspondiente a la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos.

Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos

Santa Cruz, Islas Galápagos, Ecuador

G. T. Corley Smith

Galápagos

Traducción y edición por Edgardo Civallero

Series "Memorias de la FCD" n° 5

Fundación Charles Darwin
Biblioteca, Archivo & Museo
Puerto Ayora - Santa Cruz
Islas Galápagos - Ecuador - 2023



G. T. Corley Smith

INTRODUCCIÓN

Gerard Thomas Corley Smith nació en julio de 1909 en Lancashire, Inglaterra, y falleció en octubre de 1997. Educado en Cambridge, se licenció en lenguas modernas, ingresó en el Servicio Consular Británico en 1931 y desarrolló una carrera diplomática que le llevaría por todo el mundo. Su destino final fue el de embajador en Ecuador, en donde pudo cultivar una de sus pasiones: el avistamiento de aves. Ese interés lo puso en contacto con el ornitólogo francés Jean Dorst y con las actividades de la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos (FCD).

Su primera visita al archipiélago fue en 1964, junto al Duque de Edimburgo, a bordo del Yate Real *Britannia*. Se implicó en el trabajo de la FCD y, cuando se jubiló, se unió al consejo ejecutivo de esa organización. En 1972 asumió el cargo de Secretario General, el cual desempeñó desde su casa en Essex.

En 1984 cedió su cargo y fue condecorado con la Orden del Mérito por el gobierno ecuatoriano. La biblioteca de la FCD, situada en el corazón mismo de la Estación Científica Charles Darwin (ECChD), cerca de Puerto Ayora (isla Santa Cruz), fue bautizada con su nombre.

Durante sus años en Galápagos, Corley Smith mostró un profundo interés por la historia de las islas. Fruto de ello fueron varios textos, tanto acerca del archipiélago como sobre la Fundación. Algunos de ellos fueron publicados en *Noticias de Galápagos*, el órgano oficial de la institución, que el propio Corley se ocupaba de editar.

Otros, sin embargo, permanecieron inéditos.

En 2018, como parte de mis tareas como flamante coordinador de la biblioteca de la FCD en la ECChD (actualmente, el área de Biblioteca, Archivo y Museo), revisé exhaustivamente los numerosos manuscritos inéditos conservados en las "colecciones especiales" de ese repositorio. Entre los tesoros guardados en las estanterías, uno llamó mi atención: una versión fotocopiada, en mal estado, de una obra mecanografiada titulada *Galápagos: A manuscript*.

El nombre del autor, Corley Smith, me resultaba familiar; de hecho, lo leía cada mañana en el umbral de la biblioteca. Recorrí pacientemente las 254 páginas del manuscrito y lo que encontré fue una preciosa narración en primera persona sobre las islas Galápagos, la historia de su ocupación humana, el valor de su biodiversidad, y las muchas aventuras y retos de su conservación y su supervivencia.

El texto era claramente un borrador: incompleto, lleno de erratas y correcciones a mano, a veces repetitivo... Aún así, resultaba interesante y estaba bien estructurado; de algún modo reflejaba la pasión y los intereses de su autor. Por eso decidí escanearlo y transcribirlo lentamente.

Para cuando tal proceso se completó —y tomó su tiempo, debo confesarlo—, yo ya había iniciado una serie de publicaciones editadas por el área de Biblioteca, Archivo y Museo de la FCD, destinadas a recuperar la memoria galapagueña y la historia de la ciencia y el quehacer científico en las islas. Vi en el manuscrito de Corley Smith un candidato ideal para el proyecto, por lo que busqué los permisos necesarios para su publicación. Tras contactar con el hijo de Corley, Peter, y con su compañera, Elizabeth Adams, ambos aceptaron encantados la propuesta. De hecho, conservaban la versión original mecanografiada del manuscrito, base de mi fotocopia. Así pues, juntos revisamos el texto y decidimos cuál era la mejor manera de publicarlo.

Por una serie de razones que sería demasiado largo —e incluso demasiado personal— explicar, Corley Smith había decidido no publicar su manuscrito. Sin embargo, visto desde una perspectiva contemporánea (y desde una puramente bibliotecológica), sus palabras son más que valiosas. Son las de un referente en el pequeño universo de la conservación de las Galápagos; en realidad, son las experiencias e ideas de una de las personas que hicieron posible dicha

conservación. Su prosa es rica, y su narración histórica, convincente. Seleccionó cuidadosamente algunos de los hitos más destacados de la historia local y los presentó con la destreza de un hábil narrador. En un mundo con una capacidad de atención cada vez más limitada, donde las historias se reducen a un triste puñado de caracteres en las redes sociales, este tipo de relato es tan inteligente como encantador.

Durante el proceso de traducción y edición se introdujeron algunas correcciones menores. Por lo demás, el texto se dejó intacto. Se añadió una nota final con una bibliografía comentada, para que los lectores interesados puedan continuar su recorrido por los acontecimientos que rodearon a las Islas Encantadas y los numerosos documentos que dan cuenta de ellos.

Agradezco a Peter y a Elizabeth por toda su ayuda durante el proceso de recuperación, edición y publicación de este libro, y a la Fundación Charles Darwin, por el continuo apoyo al conocimiento, la memoria y el patrimonio cultural de Galápagos, tan importantes y necesarios como su biodiversidad.

Que estas páginas animen a las generaciones presentes y futuras a comprometerse en la recuperación y la preservación de la historia del archipiélago.

Edgardo Civallero

Coordinador, Biblioteca, Archivo y Museo de la FCD

GALÁPAGOS UN MANUSCRITO

Por G. T. CORLEY SMITH, Secretario General de la Fundación
Charles Darwin para las Islas Galápagos

Escrito en 1970

Capítulo I

FUERA DE ESTE MUNDO

Perhaps the most fascinating expedition of all was a four-day visit to the Galápagos Islands, forever associated with Darwin's great work, the Mecca of naturalists and a veritable paradise for bird- and animal photographers. It is here above all that the whole problem of conservation becomes most obvious.

S.A.R. el Duque de Edimburgo.

Las Islas de los Galápagos, "las islas de las tortugas", fue el nombre que se dio hace cuatro siglos al solitario grupo de volcanes, en su mayoría extintos, que se encuentran frente a Ecuador, en el océano Pacífico. A pesar de que la mayoría de los angloparlantes lo pronuncian mal y lo escriben de decenas de formas distintas, y a pesar de los bienintencionados esfuerzos oficiales por darles un título más digno, para el mundo entero siguen siendo las islas Galápagos. Fueron las tortugas terrestres gigantes (*galápagos*) las que más impresionaron al obispo Tomás de Berlanga, el reticente descubridor del archipiélago; fue su sabrosa carne la que atrajo a los

bucaneros y, por desgracia, a los balleneros; fueron las diferencias entre las razas de tortugas de las distintas islas las que despertaron en el joven Charles Darwin el prurito que le llevó a escribir *El origen de las especies*, cambiando así radicalmente la comprensión de la vida por parte del ser humano; y siguen siendo las tortugas las que atraen a los visitantes a las islas, aunque hoy en día haya que esforzarse mucho para ver una en libertad. Aun así, aunque las tortugas sean su símbolo, sólo son una pequeña parte de la fantástica fauna galapagueña, que no se parece a nada en este mundo.

En las Galápagos, la naturaleza parece estar patas arriba. ¿En qué otro lugar encontraríamos criaturas normalmente asociadas con la Antártida —albatros, pingüinos, focas— criándose justo en el ecuador? ¿En qué otro lugar los cactus son más altos que los árboles? ¿En qué otro lugar las gaviotas se alimentan por la noche, como búhos, o los lagartos nadan y se alimentan en el fondo del mar?

A lo largo de millones de años, aunque en un momento relativamente reciente según la medición geológica del tiempo, las islas fueron surgiendo del lecho oceánico profundo por la persistente acción de los volcanes. Los vientos y las grandes corrientes oceánicas, que se dirigían hacia el oeste desde el continente sudamericano, llevaron semillas, insectos, aves y animales que, de un modo u otro, lograron establecerse. Las islas estaban lo suficientemente alejadas del continente, e incluso entre sí, como para permitir la evolución de nuevas especies. La mayoría de las formas de vida autóctonas del

archipiélago no se encuentran en ningún otro lugar; muchas de ellas se dan únicamente en una sola isla. Si, por ejemplo, se destruyera uno de los grandes parques nacionales de África, sería una calamidad, pero casi todas las especies que alberga podrían encontrarse en los demás parques. Si se destruyera la fauna de las Galápagos, desaparecería para siempre de la faz de la Tierra. Es única e irremplazable.

Cuando los europeos descubrieron las islas por primera vez, había muy pocos mamíferos, y entre ellos no se encontraba el ser humano. Existía un equilibrio natural a largo plazo, y no había sido necesario que el instinto del miedo se desarrollara en grado notable. Los pájaros se posaban sobre las cabezas y los hombros de los marineros. Los marineros los mataban. A pesar de siglos de tal persecución, los pájaros y las bestias siguen siendo asombrosamente mansos y carecen, en apariencia, de la capacidad de adquirir un sentido del miedo adecuado para su defensa contra los intrusos. El hombre saqueó la fauna, sobre todo las tortugas. Algunas razas ya están extintas, otras en peligro inminente. Dada la perspectiva de su tiempo y la dureza de sus propias vidas, quizá no sea demasiado difícil comprender la insensible brutalidad de los piratas y balleneros que hicieron estragos en las Galápagos hace mucho tiempo. No sería tan fácil excusarnos si, en nuestra época, permitiéramos que la triste historia de decadencia continuara, por intereses económicos bastante mezquinos o —quizá peor— por indiferencia y apatía.

Resulta sorprendente que estas islas remotas y desoladas tengan tanta historia. Esa historia está llena de violencia y conflicto: conflicto entre el hombre, el mar hostil y la tierra inhóspita; conflicto entre el hombre y el hombre; y conflicto entre el hombre y la bestia. Los hombres eran salvajes y feroces; las bestias, mansas y gentiles. Pero en esa lucha desigual, las bestias tenían al menos la ventaja de estar bien adaptadas al terreno, sombrío y árido, mientras que, para los hombres, la existencia en las Galápagos siempre ha sido dura y dolorosa. Esto, unido a la lejanía de las islas, ha salvado a los representantes de la mayoría de las singulares criaturas autóctonas hasta nuestros días. Pero, a partir de ahora, su supervivencia dependerá de los esfuerzos conscientes del hombre por restablecer, en la medida de lo posible, el equilibrio de la naturaleza que tan desastrosamente alteró.

Capítulo II

EL OBISPO

To unpath'd waters, undream'd, most certain
To miseries enough.

William Shakespeare.

El obispo era un hombre valiente, pero su ánimo debió de decaer a medida que su carabela se acercaba más y más a la isla. El pequeño barco se encontraba a medio grado del ecuador y cuando, horas antes, el vigía había avistado tierra en el horizonte, todos los hombres a bordo habían esperado con impaciencia una isla con arroyos que bajasen hasta la orilla a través de una exuberante vegetación tropical, donde por fin pudieran saciar su desesperada sed. En lugar de eso, se encontraron con una desolación como el obispo nunca había visto antes, ni en las zonas más áridas de su España natal ni durante sus largos viajes por el Nuevo Mundo. El mar rompía contra una pared de roca color carbón y, más allá, grandes losas de la misma lava basáltica yacían desplomadas en una confusión desesperante; por lo demás, no se veía más que unos pocos arbustos sin hojas. Lo que el obispo pedía era agua, pero las posibilidades de encontrarla en aquel erial reseco parecían realmente escasas.

Fray Tomás de Berlanga fue una figura importante en los primeros tiempos de la conquista española de América. Prior de la Orden Dominicana en la isla de La Española (hoy dividida entre Haití y la República Dominicana) y Provincial de dicha orden en todo el Nuevo Mundo, en 1530 recibió el nombramiento adicional de Obispo de Panamá, o Castilla del Oro, como se llamaba entonces. Su diócesis era una de las más extensas de la tierra; de hecho, como la mayor parte de ella estaba en blanco en el mapa, ni él ni nadie sabía exactamente lo que quedaba bajo su jurisdicción eclesiástica. Pero la importante misión que le había llevado al otro lado del ecuador era más política que eclesiástica.

El obispo realizaba su arriesgado viaje a petición personal del rey Carlos I de España, más conocido bajo otro de sus muchos títulos como emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico. También era señor de amplios pero dispersos reinos en lo que hoy conocemos como Austria, Alemania, Italia, Francia, Bélgica y los Países Bajos, y era el gobernante de todas las tierras del Nuevo Mundo, descubiertas o por descubrir: un señorío que el Papa había otorgado a la abuela de Carlos, la reina Isabel de Castilla, en la época de los grandes viajes de Cristóbal Colón. Sus dominios eran, en gran medida, los más amplios que el mundo había conocido, pero decir que los gobernaba sería exagerar el significado del término. Aparte de sus luchas de toda la vida con sus súbditos europeos, la mayor parte de América aún no había sido explorada; y existía el penoso problema de que, incluso allí donde las fuerzas españolas habían

logrado someter a las poblaciones nativas, sus capitanes, los robustos conquistadores, apenas prestaban atención a los mandatos reales.

En esa época, el problema americano más acuciante para el rey Carlos era el futuro de Perú. Estaba insuficientemente informado de la situación, pero quizá lo sorprendente sea que supiera tanto como sabía, porque la conquista de América había avanzado a gran velocidad; era, en un sentido muy real, un "nuevo mundo". En 1492 Colón descubrió las Indias Occidentales y en 1498 avistó por primera vez el continente americano. En 1513, Balboa cruzó el istmo de Panamá y descubrió el océano Pacífico. En 1524, Francisco Pizarro y su compañero Diego de Almagro empezaron a explorar la costa del Pacífico en dirección sur y, sólo ocho años después, sus tropas se adentraron en Perú. Tras estrangular al soberano inca Atahualpa y apoderarse de oro y tierras inimaginables, los dos viejos amigos y compañeros de armas empezaron a pelearse por sus partes.

Mientras que el Rey estaba encantado con el quinto real del fabuloso botín, que ayudaría a pagar las deudas contraídas al perseguir sus ambiciones europeas, estaba angustiado por las feroces disputas entre sus comandantes, y también por los rumores que se filtraban sobre la bárbara forma en que ambos trataban a los habitantes nativos. Ninguno de los dos problemas era nuevo. Desde los primeros días del descubrimiento, los caciques españoles se habían enfrentado entre sí, y la reina Isabel la Católica había considerado necesario reprender al propio Colón por hacer esclavos en La Española, pero

tanto las disputas como la esclavitud continuaron sin cesar. No obstante, el rey Carlos decidió que esta vez tenía que intervenir, y eligió al obispo Tomás de Berlanga como su agente, encargándole que averiguara lo que realmente ocurría y que hiciera todo lo posible por resolver las disputas.

Como sólo habían pasado veinte años desde que el primer europeo pusiera sus ojos en el Pacífico, la industria naval costera debía de estar en un estado bastante primitivo, incluso para los estándares de la época. De algún modo, fray Tomás consiguió construir o adquirir una carabela, reclutar una tripulación y reunir provisiones y caballos, animales de enorme importancia para los españoles en los primeros tiempos de la conquista. La comodidad de esa pequeña y abarrotada embarcación era escasa, y los peligros de la larga travesía por mares inexplorados debían de ser evidentes para todos, pero, independientemente de sus otras cualidades, los conquistadores españoles, tanto los espadachines como los sacerdotes, eran hombres valientes. El 23 de febrero de 1535 el obispo zarpó hacia Perú.

Durante la primera semana, el viaje fue exitoso. Al igual que los otros pocos navegantes que le habían precedido en el Pacífico, el capitán del barco bordeó la costa sin perder nunca de vista la tierra firme. Quizá no fuera la ruta más rápida, pero sí la más segura; mientras que la latitud podía fijarse con razonable exactitud incluso en aquellos primeros tiempos de la navegación oceánica, el cálculo de la longitud implicaba un alto grado de conjetura. "¿Qué puede ser

más difícil", escribió Martín Cortés, contemporáneo del obispo, "que guiar un barco cuando solo se ven el agua y el cielo?" Ese navío tuvo la suerte de llevar a bordo a fray Tomás, que gozaba de una considerable reputación de erudito, no sólo en cuestiones teológicas, sino también en astronomía y navegación. Aun así, la costa era la referencia más segura, y la pequeña nave podía recalar en ella siempre que hubiera necesidad de agua potable y de forraje para los caballos. Los vientos eran buenos, y durante siete días la carabela avanzó hacia el sur con gratificante rapidez; si todo iba bien, pronto cruzarían el ecuador.

Luego llegó la calma total y las velas colgaron inertes. Era una experiencia bastante común y no habría causado preocupación inmediata si el barco no hubiera empezado a alejarse del continente. Poco a poco, primero la costa y luego las montañas desaparecieron del horizonte, mientras la carabela se adentraba en las desconocidas aguas del Pacífico. Durante una semana, la nave quedó a la deriva, sin que el timonel pudiera controlarla, presa de una corriente implacable. Esa corriente era, de hecho, mucho más fuerte de lo que sospechaba el obispo; él supuso que habían sido arrastrados unas veinte o treinta leguas lejos de la tierra firme, cuando en realidad se habían internado unas doscientas leguas, o seiscientas millas, en las profundidades del Pacífico. Más allá de la creciente ansiedad, las condiciones a bordo se volvían cada vez más difíciles. Los hombres y los caballos, hacinados en el pequeño barco durante todo el día bajo el ardiente sol ecuatorial y sin brisa ni siquiera por la noche,

debían de sufrir abominablemente. Lo peor de todo era que el agua se estaba acabando. Entonces, el 10 de marzo, apareció una isla en el horizonte y el barco se dirigió hacia ella.

La isla no era en modo alguno acogedora, pero, como el obispo informó más tarde en un despacho a su real señor, "e porque en el navio no abia mas agua que para dos días, acordaron de echar la barca e salir en tierra por agua e yerba para los caballos, e salidos no hallaron sino lobos marinos, e tortugas e galápagos tan grandes, que llevaba cada uno un ombre encima, e muchas higuanas que son como sierpes". No sabemos a qué isla llegó Tomás de Berlanga, y su lacónico relato no nos dice nada más sobre ella, salvo que le pareció de unas cuatro o cinco leguas de circunferencia. Lo sorprendente es que gran parte de su informe está dedicado a la extraña fauna, en particular a las gigantescas tortugas, que podían llegar a pesar un cuarto de tonelada. Quienes siguiesen hoy al obispo a su islita —sea cual fuere— probablemente la encontrarían poco cambiada. Las olas siguen rompiendo en las planchas de lava negra, sobre las que unas iguanas de aspecto feroz disfrutan del tórrido calor. Pero ya no encontrarían a las tortugas gigantes caminando pesadamente por la orilla. Fray Tomás, gentil y humano, difícilmente podía prever que su descubrimiento traería consigo la amenaza de extinción de esas extraordinarias criaturas, que no habían conocido enemigos hasta la llegada del ser humano.

Pero el problema acuciante era el agua, y no había perspectivas de encontrarla allí. Así pues, el barco levó anclas y siguió adelante. "Otro día", escribió el obispo, "vimos otra isla, mayor que aquella e de grandes sierras; e creyendo que allí por su grandeza como por su monstruosidad que no podría dejar de tener rrios e frutas, fruimos a ella ... en en esto bebióse el agua que en el nabio abia e estuvimos tres días en tomar la isla, con calmas, en los cuales allí los ombres como los caballos padecimos muchos trabajos. Surto el navio, salimos todos los pasajeros en tierra, e unos entendian en hazer un pozo, e otros en buscar agua por la isla: del pozo salio el agua mas amarga que la de la mar; en la tierra no pudieron descubrir gota de agua en dos días, e con la necesidad que la gente tenia echaron mano de una hoja de unos cardos como tunas, e porque estaban como sumosas, aunque no muy sabrosas, comenzamos a comer dellas, e esprimillas para sacar dellas agua, e sacada parescia lavazas, de legia, e bebianlas como si fuera agua rrosada".

Cualquiera que conozca las Galápagos no precisa mucha imaginación para completar el desnudo relato de fray Tomás sobre la angustiada búsqueda de agua. Sencillamente, si no la hubieran encontrado, todos habrían muerto, y probablemente lo sabían. Así que se internaron en la isla, con las rocas calientes y filosas cortándoles y quemándoles los pies, y el calor y sus propios esfuerzos haciendo que el tormento de la sed fuera más cruel con cada hora que pasaba. Si el centro de la isla era tan alto como sugiere Berlanga, debía de haber algo de agua cerca de la cumbre, ya que los picos

volcánicos más altos provocan condensación y niebla o llovizna. Pero ¿cómo iban a llegar los marineros a las laderas más alta, aunque hubieran adivinado eso? Lejos de la orilla, el interminable revoltijo de rocas rotas estaba cada vez más cubierto de arbustos espinosos y sin hojas, y de cactus. Los únicos senderos a través de esa maleza casi impenetrable eran los que creaban las tortugas gigantes con sus caparazones al abrirse paso entre la maraña.

El primer domingo en las islas, el obispo llevó los vasos sagrados a tierra para celebrar misa, y luego envió a los hombres de dos en dos y de tres en tres para continuar la búsqueda. "Fue Nuestro Señor servido que hallasen en una quebrada, entre las piedras, hasta media pipa de agua, e cogida aquella hallaron mas e mas; en fin, que se cogieron ocho pipas e los barilles e botijas que abia en el navio". El obispo tenía motivos para estar agradecido: su tripulación tuvo más suerte que algunos marinos posteriores. Aun así, dos hombres y algunos caballos murieron de sed.

Al parecer, el obispo y sus hombres pasaron diez días en el archipiélago, y de ellos, alrededor de una semana en la segunda isla, cuya circunferencia estimaron en diez o doce leguas. "En esta segunda [isla]" —escribió Berlanga— "abia la mesma despusycion que en la priemra, muchos lobos marinos, tortugas, higuanas, galápagos, muchas aves de las de España, pero tan bobas, que no sabian huir, e muchas tomaban a manos ... en la arena de la playa, abia unas chinas, que así como salimos pisamos, que eran piedras de

diamantes, e otras de color de ambar; pero en toda la isla no pienso que ay donde se pudiese sembrar una hanega de mahiz, porque lo más della está lleno de piedras muy grandes, que parece que en algun tiempo llovió Dios piedras; e la tierra que ay es como escoria, sin que sirva, porque no tiene virtud para criar un poco de yerba, sino unos cardones, la oja de los quales dixere que cojiamos".

A lo lejos se divisaban otras dos islas, una de ellas muy grande, pero no se intentó desembarcar en ninguna; el obispo era un explorador reacio y estaba ansioso por volver a tierra firme y cumplir su misión oficial. Sin embargo, tomó la latitud y comprobó que las islas que visitó se encontraban entre medio grado y un grado y medio al sur del ecuador. Ese admirable cálculo de la latitud no fue acompañado de una precisión similar en materia de longitud. Seguía convencido de que sólo estaban a unas sesenta millas del continente, y no a seiscientas, pues de lo contrario se habría preocupado por llenar más barriles con agua. Después de navegar con un tiempo moderadamente bueno durante otros once días, seguía sin haber señales de tierra. Entonces el capitán del barco anunció que sólo les quedaba un tonel de agua y preguntó al obispo dónde estaban. Fray Tomás volvió a orientarse y comprobó que se encontraban a tres grados al sur. Por fin se dio cuenta de que estaban muy lejos en el océano. Ordenó un cambio de rumbo y racionó el agua: la mitad para los hombres y la otra mitad para los caballos supervivientes. De este modo, el último barril alcanzó para ocho días más. Poco después de que se agotara el agua, tocaron tierra y, aunque otra calma los

detuvo durante dos días, la vista del continente les levantó el ánimo y lograron sobrevivir con lo que quedaba del vino. Finalmente, el 9 de abril llegaron a la bahía de Caraques (en la actual República de Ecuador), siete semanas después de haber sido arrastrados mar adentro.

Terminado el calvario y a salvo en puerto, el buen obispo observó filosóficamente: "E hallamos alli la gente de un galeón de Nicaragua que abia ocho meses que abian salido de Nicaragua, e tovimos por bueno nuestro viaje en comparacion del suyo". Es difícil saber qué admirar más: si la dureza o el coraje de los primeros pioneros españoles. Fray Tomás no podía saber que, si su rumbo involuntario hubiera sido diferente en medio grado, su barco no habría tocado las Galápagos, sino que se habría adentrado en el Pacífico sin otra tierra en miles de millas y con la muerte por sed como único final, pero probablemente se hacía pocas ilusiones sobre el destino del que habían escapado por tan poco. Fue entonces cuando escribió el relato que llevó a las Galápagos a la historia. Terminó la narración de su gran aventura al más puro estilo español del siglo XVI: "El Señor, a Vuestra Sacra Magestad llene de santo amor e gracia por largos tiempos e con conservacion de sus Reynos e acrecentamiento de otros de nuevo como deseo. Desta Villa nueva de Puerto Viejo, veynte e seis dias de Abril de mill e quynientos e treinta e cinco años ... Muy cierto criado e siervo e perpetuo Capellan que sus reales pies e manos besa".

La lealtad al Rey era aceptada por los españoles del tiempo de la Conquista tan incondicionalmente como la lealtad a la Iglesia Católica, y por Pizarro y sus guerreros de capa y espada tan automáticamente como por el obediente obispo. Pero la aceptación de la autoridad no implicaba obediencia a las instrucciones, y en la práctica, los conquistadores prestaban escasa atención a los mandamientos de Dios o del Rey. "Obedecemos, pero no cumplimos" bien podría haber sido su lema, como comprobó Berlanga cuando llegó a Perú. Los conquistadores eran increíblemente valientes, pero también crueles, pendencieros e insaciables en su codicia de oro, tierras y siervos. Respaldo por las instrucciones del Rey, el obispo instó a la moderación en la explotación salvaje de los "indios", pero con tan poco éxito que el problema aún hoy atormenta la vida política de esos territorios. Tampoco le fue mejor en su papel de pacificador entre Pizarro y Almagro. Poco después de su marcha, estalló la guerra civil entre los dos conquistadores españoles: Almagro fue estrangulado en la cárcel por el hermano de Pizarro, y Pizarro murió cuando uno de los seguidores de Almagro le cercenó la garganta con su espada. En pocos años, cuatro de los cinco hermanos Pizarro murieron de forma violenta, y el quinto languidecía en una cárcel española mientras el hijo de Almagro era ejecutado en el mismo lugar que su padre.

Fray Tomás, que compartía el valor de los conquistadores españoles pero no su codicia, rechazó un generoso regalo de Pizarro y regresó desilusionado a Panamá. Renunció a su sede en 1537 y volvió a

España, donde fundó un monasterio. Murió en 1551 y fue enterrado en Berlanga, su pueblo natal, del que tomó el nombre. Se le atribuye, de forma un tanto incierta, la introducción del plátano en el Nuevo Mundo. Sin duda, a él le corresponde el mérito de haber colocado las Galápagos en la historia, aunque fuera involuntariamente. Tuvieron que pasar ciento cincuenta años antes de que existiera un relato mejor sobre las islas que el de su carta a Carlos V; el suyo, desgraciadamente, quedó enterrado en los enormes archivos de Sevilla, hasta que fue descubierto y publicado por el gran historiador español Marcos Jiménez de la Espada a finales del siglo pasado. Pero, aunque inédito en España, y aparentemente ignorado u olvidado en Perú, el descubrimiento de las islas fue conocido al menos por algunos eruditos y cartógrafos europeos de la época.

Capítulo III

LA LEYENDA INCA

What seest thou
In the dark backward and abysm of time?

William Shakespeare.

Tomás de Berlanga fue el primer hombre que dejó constancia escrita de la existencia de las Galápagos. Pero ¿fue el primero en descubrirlas? Cuando los españoles llegaron a Perú, oyeron rumores insistentes sobre unas islas lejanas en el Pacífico llamadas Avachumbi y Niñachumbi, que habían sido visitadas por el monarca inca Topa Inga Yupangui, abuelo del malogrado Atahualpa. La historia fue investigada por el historiador y explorador Pedro Sarmiento de Gamboa, quien se convenció a sí mismo y a muchas otras personas de que era cierta. En su *Historia de los Incas* (escrita hacia 1570, pero no publicada hasta este siglo), relató cómo el soberano inca, tras conquistar Tumbes y Manta, en la costa continental inmediatamente opuesta a las Galápagos, se encontró con "unos mercaderes que habían venido por la mar de hacia el poniente en balsas, navegando a la vela. De los cuales se informó de la tierra de dónde venían, que eran unas islas, llamadas una Auachumbi y otra

Niñachumbe, adonde había mucha gente y oro". Al principio, el Inca se mostró escéptico, ya que los comerciantes eran "gente que habla mucho", así que consultó a su nigromante, cuyos muchos atributos incluían el arte de volar. El mago alzó el vuelo, hizo un rápido reconocimiento y confirmó que las islas eran ricas y estaban bien pobladas.

Así tranquilizado, el Inca decidió incorporar las ínsulas a su vasto imperio, sumándolas a los numerosos territorios que se había anexionado en el continente. Reunió un gran número de balsas nativas y embarcó a veinte mil de sus mejores soldados. Encontró las islas y regresó un año después, trayendo consigo "gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles".

Algunas partes de la narración de Sarmiento ponen a prueba nuestra credulidad. Descartando al mago del aire y la logística de una flota mayor que la Armada Invencible, nos queda el problema de los trofeos. En las Galápagos no había negros, ni oro, ni latón, ni caballos. Los restos equinos preocuparon incluso a Sarmiento porque lo único que todo español sabía era que no había caballos en América antes de la Conquista. Interrogó personalmente al anciano que antes estaba a cargo de los trofeos y que dio fe de la veracidad de la historia. "Menciono esto", escribe, "porque cualquiera que sepa algo de las Indias lo encontrará difícil de creer". En efecto, así es.

Para probar lo increíble, Sarmiento hizo que un intérprete leyera y tradujera su manuscrito a una asamblea de cincuenta notables indios y descendientes de la familia real inca, quienes confirmaron solemnemente la veracidad de su relato. Él mismo lo creyó, y durante el resto de su vida estuvo obsesionado con la idea de visitar esas legendarias islas.

Hay tantos disparates en la narración de Sarmiento que podríamos descartarla fácilmente como un cuento de hadas; sin embargo, podría tener alguna base fáctica, al menos en su origen. Supongamos que bajo el Imperio Inca, o incluso mucho antes, algunos marineros llegaron a las Galápagos y encontraron el camino de vuelta; con el paso del tiempo y la repetición de los relatos (no existía el lenguaje escrito), no sería extraño atribuir la aventura al propio Inca. Al fin y al cabo, en nuestra documentada época se atribuyeron demasiadas historias a Winston Churchill, lo cual hacía que sonaran mejor. ¿Y no llegó Jorge IV a creer que había participado personalmente en la batalla de Waterloo? En cuanto al oro, los esclavos y los caballos, bueno, eran las cosas que más valoraban los conquistadores y de las que más les gustaba oír hablar. Entonces, como ahora, los habitantes de los Andes tendían a decir a sus interlocutores lo que creían que les gustaría oír, no por un deseo real de engañarles, sino simplemente para no decepcionarles. En la época de la Conquista, había un incentivo adicional para complacer, ya que los nativos que se creía que ocultaban información sobre oro u otros tesoros escondidos eran torturados sin piedad; su ansiedad por complacer, por decir lo

correcto, debe haber llevado a muchas búsquedas de tesoros infructuosas y a la muerte de cientos de valientes españoles. Los conquistadores querían que se les hablara de oro en grandes cantidades, esperaban que se les hablara de él, así que, al final, eso fue lo que se les dijo. En las Galápagos no había oro, ni esclavos, ni caballos... pero podrían haber sido adornos agregados a la vieja leyenda, añadidos en beneficio de los españoles, a quienes, obviamente, les gustaba oír historias aderezadas con tales especias. Sea como fuere, autoridades tan distinguidas como el historiador don Marcos Jiménez de la Espada y el geógrafo sir Clements Markham llegaron a la conclusión de que, despojada de sus aderezos, la historia de las visitas precolombinas era probablemente cierta.

Sin duda, los marineros nativos podían llegar a las Galápagos a bordo de balsas, y Manta, donde comienza la historia de Sarmiento, era el punto más cercano desde tierra firme. Una balsa era una gran embarcación (de hasta ochenta pies de eslora, según algunos de los primeros registros) con una enorme vela cuadrada, una caseta en cubierta y un fogón. Se fabricaba uniendo troncos de balsa, la madera más ligera del mundo, con la que se construyó el famoso *Mosquito* de la Real Fuerza Aérea británica. Una balsa así, flotadora como un corcho, podría haber llegado a las islas de la misma manera que lo hizo el obispo Berlanga: sin querer, muy a su pesar, prisionera indefensa de la corriente cuando el viento fallaba. En el área de Manta, las corrientes se desvían hacia las Galápagos: sería sorprendente que, a lo largo de los años, algunos desafortunados

marineros no hubieran sido llevados allí en sus balsas. En 1965 una tripulación internacional partió del estuario del Guayas, no lejos de Manta, para emular las hazañas de la *Kon-Tiki* y navegar hasta Polinesia en una réplica cuidadosamente construida de una balsa inca. A pesar de los meses de esfuerzo y de la considerable ayuda de la Armada ecuatoriana en forma de remolque, nada pudo evitar que quedaran a la deriva hasta llegar a las Galápagos, en donde, finalmente, se vieron obligados a abandonar su aventura.

Los últimos y más concretos aportes a la solución de este misterioso relato prehistórico proceden del Sr. Thor Heyerdahl. Para empezar, echó por tierra la teoría de que las balsas no podían navegar tanta distancia (porque, según se decía, sus troncos absorbían agua), recorriendo él mismo diez veces tal trayecto a bordo de la *Kon-Tiki*. Además, nos dice: "Durante recientes experimentos en Ecuador he redescubierto el perdido arte peruano y ecuatoriano de la navegación con orzas. Con el uso correcto de las orzas como las que se conocen histórica y arqueológicamente en Perú y Ecuador, las grandes balsas aborígenes pueden navegar y maniobrar contra el viento, y está más que claro que el trayecto hacia y desde las Galápagos estaba totalmente dentro de la capacidad de las culturas aborígenes de la costa noroeste de Sudamérica". Esto significa que si una balsa era arrastrada involuntariamente a las Galápagos por la corriente durante una calma prolongada —y seguramente debió de haber casos así—, su tripulación aún tendría bastantes posibilidades de

regresar cuando el viento volviera a levantarse; más tarde, podrían repetir el viaje deliberadamente.

Cuando Heyerdahl oyó hablar de una enorme talla primitiva en una de las islas, partió con un equipo de arqueólogos para esclarecer el asunto. La talla en piedra resultó ser el inexperto ejercicio de relajación de un moderno colono alemán, pero la expedición encontró cuatro antiguos yacimientos arqueológicos en donde se ubicaron unos dos mil fragmentos de alfarería y piezas de sílex, todos ellos pertenecientes a más de un periodo histórico. Como en estas islas volcánicas no hay sílex autóctono, parece que los navegantes llegaron a las Galápagos cuando aún utilizaban herramientas de la Edad de Piedra. Heyerdahl se mostró satisfecho de que quedasen "restos en varias partes del grupo que demuestran que los aborígenes sudamericanos recalaron en las islas antes que los europeos, equipados con jarras de agua, recipientes de cocina, vasijas ornamentadas, silbatos y herramientas de sílex". La cerámica parece pertenecer en su mayor parte a las culturas Chimú y Mochica, que florecieron en la época preincaica en la costa del Pacífico, frente a las Galápagos, en lo que hoy es Ecuador o el norte de Perú. Esta evidencia no resuelve el misterio de si el Inca visitó o no personalmente las islas —puede que se anexionara la historia cuando conquistó las tribus costeras, del mismo modo que el Octavo Ejército "capturó" la canción *Lili Marlene* del Afrika Korps—, pero demuestra que la leyenda tenía alguna base, aunque la misma se perdiera en la noche de los tiempos.

Capítulo IV

LAS ISLAS ENCANTADAS

...magic casements, opening on the foam
Of perilous seas, in faery lands forlorn.

John Keats.

Durante el siglo y medio siguiente a su descubrimiento por Tomás de Berlanga, las Galápagos apenas fueron visitadas. Su misiva acumuló polvo en los archivos del Consejo de Indias y no se publicó hasta 1884, pero su contenido debió de ser conocido por unos cuantos hombres de letras. En su *Orbis Terrarum*, publicado en 1570, el gran cartógrafo flamenco Abraham Ortelius mostraba las *Insulae de los Galopegos* donde las había situado el obispo, al igual que Mercator en su mapa de 1587; y en ese momento, y durante muchos años después, el relato del obispo proporcionó la única información fiable disponible. Entre los españoles de América, el viaje pionero se había olvidado en gran parte, si no por completo. En aquella época estaban ocupados explorando tierras más prometedoras, intentando amasar fortunas rápidas, sometiendo a nuevas tribus y, sobre todo, luchando entre sí. Para la mayoría de los conquistadores, la vida era corta, por lo que había pocos españoles

en Perú con larga memoria. Si el obispo hubiera encontrado oro, su historia habría llamado la atención; pero las piezas que recogió en las orillas isleñas resultaron no ser diamantes, y las tortugas, por gigantescas que fueran, significaban poco para aventureros que buscaban enriquecerse rápidamente.

Incluso Pedro Sarmiento, más conocido como primer historiador del Perú que como navegante y explorador (aunque también se distinguió en esos campos), parece haber ignorado la aventura de Berlanga. Su prolongado y apasionado interés por las islas perdidas del Pacífico se había convertido en una obsesión, pero sus ruegos para que le pusieran al mando de una expedición para redescubrirlas no se basaban en el relato claro y preciso del obispo, sino en la vaga y nebulosa leyenda de la visita del Inca a Avachumbi y Niñachumbi. Insistió tanto ante las autoridades que al final se salió con la suya, más o menos. En 1567, el gobernador de Perú equipó dos barcos, *Los Reyes*, de 250 toneladas, y *Todos Santos*, de 107 toneladas, para encontrar esas islas, que según Sarmiento eran los puestos avanzados de tierras más grandes hacia el oeste. Para su disgusto, el gobernador dio el mando general a su joven sobrino, Álvaro de Mendaña, y Sarmiento tuvo que conformarse con la capitanía de la nave mayor. En una carta al rey Felipe II, furiosamente indignado, afirmaba que había descubierto las islas "donde fue Topa Inga Yupangui" y que estaban situadas "a unas doscientas leguas de Lima y a catorce grados del ecuador", pero que había sido estafado por su comandante, que no le permitió desembarcar y tomar posesión de ellas. Alegó que se

trataba de un complot de Mendaña, que pretendía volver y reclamar las islas para sí solo.

No fue ningún consuelo para Sarmiento que la expedición siguiera por el Pacífico y alcanzara la fama descubriendo las islas Salomón. Durante toda su vida siguió obsesionado con la idea de las fabulosas y ricas islas del Inca y, como un verdadero conquistador, quiso recibirlas como feudo por derecho de descubrimiento y así gobernarlas y explotarlas en su propio beneficio, sujeto sólo a una vaga lealtad a un soberano lejano. Sólo tenemos la palabra de Sarmiento de que vio las islas de su sueño, aunque parece grosero negar que haya visto algo. ¿Pero qué islas vio? No hay ninguna donde él dice. Era un navegante respetado (el primer hombre que llevó un barco por el estrecho de Magallanes de oeste a este) y difícilmente podría haber situado las Galápagos catorce grados al sur del ecuador, así que si las islas de la leyenda inca eran las Galápagos, como parece probable, entonces no las redescubrió. Thor Heyerdahl está convencido de que las islas que Sarmiento vio sin desembarcar pertenecían al grupo de las de Pascua.

Incluso si admitiéramos que Sarmiento llegó a las Galápagos, el suyo no fue el primer barco español, ni tampoco el segundo. Su única distinción en este sentido es que fue el primer europeo que realmente quiso ir allí; todos los demás primeros navegantes fueron arrastrados por corrientes oceánicas irresistibles, muy en contra de su voluntad. Once años después del viaje del obispo Berlanga, la guerra civil entre

los conquistadores del Perú había alcanzado un nuevo pico de intensidad. Gonzalo, el último de los cinco hermanos Pizarro (aparte del que estaba encarcelado en una prisión española), se había nombrado a sí mismo gobernador del Perú y luchaba desesperadamente por conservar su puesto. Naturalmente, como español leal, afirmaba luchar en nombre del Rey, pero también lo hacían sus adversarios. En 1546, sus tropas, al mando del temible Francisco de Carbajal, cuya increíble valentía, combinada con una crueldad notable incluso para los despiadados estándares de la época, le habían valido el apodo de "el Demonio de los Andes", derrotaron rotundamente a una de las fuerzas rivales. Una docena de soldados que huían, al mando del capitán Diego Rivadeneira, alcanzaron la costa de Arica (en el actual Chile) y se apoderaron de una pequeña balandra.

El barco estaba insuficientemente aprovisionado, no tenía brújula, mapas ni navegante, pero, con el terrible Carbajal pisándoles los talones, Rivadeneira y sus hombres se apresuraron a zarpar hacia Nicaragua. Por miedo a ser interceptados por la facción de Pizarro, los soldados se mantuvieron lejos de la costa, y la corriente de Humboldt los arrastró hasta las Galápagos, para su gran sorpresa y consternación. Al principio no podían creer que hubieran perdido de vista el continente, pero cuando navegaron durante tres días a lo largo de "una gran isla con altas montañas", se dieron cuenta de que no podía tratarse de una de las islas costeras peruanas. No desembarcaron en ella (probablemente esos marineros improvisados

se dieron cuenta de que las traicioneras corrientes y los arrecifes afilados eran más de lo que podían manejar), pero sí pisaron una isla más pequeña.

Pedro Cieza de León, concienzudo cronista de la historia contemporánea, que era también un soldado extraordinariamente duro y que había llevado a cabo desesperadas marchas forzadas a través de un país desconocido, describe el desembarco con un toque de desprecio: "Como tenían poca agua y se dieron cuenta de que no estaban tan cerca de Nicaragua como antes habían pensado, salieron en diferentes direcciones para buscar un poco de agua; pero dado que cada uno temía ser dejado atrás por los demás, pronto regresaron a la orilla y al volver a embarcar continuaron su camino, muy tristes por la falta de agua y comida ... Me parece que si hubieran buscado agua con calma, habrían encontrado alguna". Pero Cieza de León no conocía las Galápagos, y lo más probable es que esa isla no tuviera agua.

Rivadeneira y su pequeña tripulación de soldados siguieron adelante, y sus sufrimientos aumentaron. Una gran tortuga pasó junto a su pequeña embarcación, y un joven se subió a su lomo mientras los demás intentaban asegurarla. Desgraciadamente, debido a un cambio en el viento o en la corriente, la tortuga y el barco se separaron. El pobre muchacho no sabía nadar, y tuvieron que dejarlo allí, sentado a horcajadas sobre la tortuga, hasta que se perdió de vista. ¡Qué muerte tan extraña! Los demás se las ingeniaron para

pescar tiburones y otros peces con arpones que fabricaron con ingenio, utilizando sus espuelas para hacer las puntas. Aun así, llevaban cuatro días sin comida ni agua cuando, más muertos que vivos, llegaron por fin a tierra, no en Nicaragua, sino en Guatemala.

No tenemos constancia de este viaje a través de la pluma de Rivadeneira; al igual que sus anteriores comandantes, Pizarro y Almagro, probablemente nunca aprendió a escribir. Sin embargo, su historia se cuenta en una carta del tesorero real de Guatemala, en la que informa de la aventura al hijo de Carlos V, que se convertiría en el rey Felipe II: "En su camino, el capitán Diego de Rivadeneira descubrió una isla. Está debajo del ecuador, con altas montañas; dijo que su costa tenía ochenta leguas de largo. Desembarcó en una isla más pequeña donde encontró tortugas, galápagos, iguanas, lobos marinos, unas aves llamadas flamencos, palomas y otras aves, entre ellas un halcón muy hermoso, que no se ha visto en este país ni creo que en el Perú, aunque hay otros halcones". Debido a su apresurada partida sin instrumentos náuticos, Rivadeneira no pudo dar una ubicación precisa, pero la carta del tesorero, con su énfasis en la fauna, no deja lugar a dudas de que las islas eran las Galápagos.

Rivadeneira se convirtió en marino contra su voluntad y en descubridor por puro accidente, y cabría pensar que, tras su devastadora experiencia, no querría volver a ver las Galápagos. Pero no: ese rudo soldado claramente no había tenido suficiente. La carta del tesorero real continúa con la petición formal de Rivadeneira para

que se le conceda el derecho de explorar, colonizar y gobernar las islas. No sabemos qué consideración recibió su petición, si es que recibió alguna, pero la corona española nunca intentó ocupar o colonizar estas sombrías y solitarias ínsulas.

Es interesante notar que ni Rivadeneira, ni el historiador Cieza de León, ni el tesorero real parecen haber sabido que el obispo Berlanga había descubierto las Galápagos once años antes. En aquella época, los informes no se producían en copias múltiples ni se hacían circular, y es de suponer que no quedó ninguna copia de la carta del obispo en América. Pocos conquistadores españoles fueron dados a escribir, o incluso a leer, y es muy posible que otros llegaran a las islas sin que sus odiseas y sufrimientos quedaran registrados. De hecho, tenemos una visión ocasional —y totalmente inadecuada— del tipo de aventuras que dieron al archipiélago su segundo nombre de "Las Islas Encantadas".

Uno de esos detalles intrigantes aparece por casualidad en la descripción de una pequeña flota que el explorador portugués Pedro Fernandes de Queirós armó en Perú hacia 1604 para su viaje pionero a los Mares del Sur. "El tercer barco", relata el cronista anónimo, "era una lancha ó zabra, de menor porte, que habia venido poco antes de la isla de los Galápagos, de recoger la gente que allí se habia perdido". Pero ¿quiénes eran esas desafortunadas personas, presumiblemente víctimas de un naufragio, y cómo se sabía que se habían perdido en las Galápagos, a menos que las visitas fueran más

frecuentes de lo que muestran los registros? Uno de esos náufragos puede haber sido un hermano laico de la Orden Dominicana, que un temprano historiador menciona en un aparte casual, el cual abre el apetito por más: "Fray Martín Barragán, lego de la orden, predicador de fuego y terror de pecadores, sólido en la virtud, gran penitente, fue, en mi tiempo, portero del monasterio. Era uno de los que habían pasado tres años en la isla de Galápagos, experiencia que propició su conversión". Un número sorprendentemente grande de personas se han visto poderosamente influidas por las Galápagos, ¡pero no todas de esta manera!

Más allá de estas referencias pasajeras, las Galápagos desaparecieron de la historia durante más de un siglo, lo cual resulta bastante natural. En tierra firme, en Potosí, se había descubierto la mina más rica jamás conocida —una mina tan rica que afectó profundamente a la economía del Viejo y del Nuevo Mundo—, mientras que lo poco que se sabía de las Galápagos estaba calculado para desanimar a los ambiciosos. No había ni rastro de metales o piedras preciosas; no había habitantes y, por tanto, ni esclavos que capturar ni almas que salvar; la tierra era estéril y casi no había agua; en resumen, no había más que pájaros extraños, tortugas de gran tamaño y lagartos, todos ellos tan tontos que se les podía matar sin armas, pero que ofrecían pocas perspectivas de beneficio a los aventureros.

Además, los marineros temían y desconfiaban de las islas. No sólo los afilados arrecifes eran alarmantes, sino que las fuertes y

caprichosas corrientes hacían prácticamente ingobernables sus pequeños veleros a menos que tuvieran un viento muy favorable; tanto es así, que en aquellos primeros tiempos surgió la leyenda de que no eran los barcos, sino las propias islas las que iban a la deriva. Había algo inquietante, sobrenatural en ellas; en realidad flotaban en el mar. Los marineros las llamaron *Las Encantadas*; no "encantadoras", como descubrieron muchos colonos, sino "encantadas" en el sentido de "embruadas" o "hechizadas". Se consideró que era mejor evitarlas y, durante un tiempo, se dejó que las tortugas gigantes avanzaran tranquilamente por aquel territorio yermo, siguiendo las huellas que sus pesadas armaduras habían dejado en la lava áspera a lo largo de incontables siglos.

Capítulo V

UN GRUPO DE VOLCANES

Take five-and-twenty heaps of cinders dumped here and there in an outside lot; imagine some of them magnified into mountains and the vacant lot the sea; and you will have a fit idea of the general aspect of the Encantadas, or Enchanted Isles.

Herman Melville.

Llegados a este punto, en el cual estamos saliendo de la leyenda, los rumores y la imaginación para adentrarnos en la historia documentada, puede resultar conveniente anticiparse a descubrimientos posteriores y describir las Galápagos tal y como son. Los lectores que no estén interesados en las características físicas de las islas pueden retomar la historia en el capítulo siguiente.

El archipiélago está situado justo al lado de la línea ecuatorial, a unas seiscientas millas al oeste de la costa de Ecuador (la República del Ecuador, para dar al país su título completo). Hay diez o sesenta islas, dependiendo del juicio particular sobre el punto en el que una

roca se hace lo suficientemente grande como para ser dignificada con el nombre de isla. Grandes o pequeñas, todas tienen algo en común: son de origen volcánico. Más allá de esto, no existe un acuerdo general sobre la historia geológica del archipiélago. Existen tres grandes corrientes de pensamiento. La mayoría de los geólogos cree que las islas surgieron hace relativamente poco tiempo del lecho oceánico, como picos volcánicos separados. También existe la opinión minoritaria de que el archipiélago estuvo unido al continente centroamericano por un puente de tierra que luego se hundió. Por último, existe lo que podríamos llamar la opinión intermedia: que el archipiélago, aunque siempre oceánico, fue en su día una sola isla y que el hundimiento provocó su separación en varios picos individuales. El problema ha reclamado la atención de los científicos desde Darwin hasta la actualidad.

Algún día la ciencia podrá aportar pruebas claras que decidan la cuestión en uno u otro sentido; mientras tanto, será mejor que dejemos la controversia a los geólogos, aunque es un dato de evidente importancia para considerar cómo evolucionaron las distintas formas de vida en torno a esos cráteres solitarios. Una cosa, sin embargo, se puede decir: las islas no están habitadas por criaturas muy primitivas, que se han extinguido en otros lugares; no son los "monstruos prehistóricos" del lenguaje popular. Ni los reptiles ni las aves pertenecen a familias primitivas: como las propias islas, deben considerarse "modernas" en términos de tiempo geológico y biológico. Debido a su aislamiento y a las peculiares condiciones del

archipiélago, han evolucionado de forma distinta a los animales del continente. Debido a ese aislamiento y a la inusual simplicidad de las comunidades vegetales y animales, este "pequeño mundo en sí mismo", como lo describió Darwin, constituye un laboratorio natural único para los ecólogos y los estudiosos de la evolución.

La superficie terrestre del archipiélago es de unas 3.000 millas cuadradas, pero está diseminada a lo largo de 23.000 millas cuadradas de mar. La isla más grande es Albemarle, en la franja occidental del grupo, que ocupa la mitad de la superficie total. Tiene setenta y cinco millas de largo y cuarenta y cinco de ancho en su extremo sur. El ecuador pasa por su extremo norte. Junto con la vecina isla de Narborough, posee los volcanes más grandes. Estos se elevan abruptamente hasta una milla sobre el nivel del mar y descienden otras dos millas hasta el lecho oceánico del Pacífico. Albemarle es en realidad una cadena de cinco volcanes enormes y uno más pequeño que, con el tiempo, se unieron por flujos de lava. Uno de sus cráteres tiene ocho kilómetros de diámetro. Narborough, la segunda isla más grande, es un único volcán, de casi 1.500 metros de altura y con un cráter de unos 1.500 metros de profundidad. Es el que ha estado más activo en tiempos históricos. Hasta hace poco, era especialmente notable por el lago que había en el fondo de su gran cráter; de este lago salía un cráter más pequeño que, a su vez, encerraba otro lago. Así fue hasta la última gran erupción de 1968, cuando el suelo del cráter principal se derrumbó y cayó a otros mil metros de profundidad; los geólogos consideran que fue el mayor

desplome de una caldera en más de medio siglo. El lago principal se desplazó al otro lado del gran cráter, y el cono del cráter más pequeño se abrió, permitiendo que el agua drenara. Aunque lo que ha atraído la atención mundial es la biología de las Galápagos, las islas tienen una gran importancia geológica y están calificadas como "uno de los campos volcánicos más activos del mundo".

Las otras islas principales por orden de tamaño son Indefatigable, James, Chatham, Charles y Hood. Con la posible excepción de Charles, James es la única de ellas que ha tenido actividad volcánica en tiempos históricos. En el resto, los cráteres principales se han descompuesto por la larga inactividad y ya no están bien definidos. Es difícil generalizar sobre las islas, ya que uno de sus encantos es su carácter tan diferente. Cada una presenta una sorpresa. Vistas desde el aire, muchas de sus superficies recuerdan vívidamente las fotografías traídas recientemente de la Luna. Inmensas coladas de lava congelada descienden por los flancos de las montañas como oscuros glaciares o anchos y ondulantes ríos de lodo, de modo que a primera vista resulta difícil creer que no sigan desembocando en el mar. Vistas de cerca, incluso las coladas de lava son todas diferentes. Algunas son negras, otras marrones, algunas erosionadas por el paso del tiempo, otras con una superficie vítrea que las hace parecer tan frescas como si acabaran de salir de las entrañas de la Tierra. Además de los cráteres principales, hay cientos y cientos de cráteres menores, fumarolas y chimeneas.

Hablamos de la lava de forma general, pero las coladas tienen todo tipo de colores, formas y tamaños. Las corrientes de lava geológicamente recientes siguen pareciendo grandes ríos de piedra que se deslizan por las laderas de los volcanes, con sus ondulaciones detenidas para siempre; tal vez los glaciares ofrezcan una analogía mejor, ya que también son estáticos para el ojo humano. Los flujos tienen sus irregularidades, sus escarpes, sus grietas. Algunos están más rotos y desordenados que otros; algunos son negros, otros marrones, y ambos se entrecruzan ocasionalmente. Con el tiempo, las enormes masas se rompen en bloques, escombros o polvo, de modo que en el transcurso de un día se camina sobre terrenos muy diferentes: ahora sobre cenizas, luego sobre cantos rodados similares a los de la morrena de un glaciar, y más tarde sobre grandes losas finas que se agrietan y producen un traqueteo metálico bajo los pies, como si fueran planchas de hierro. En ocasiones, la lava ha formado dibujos extrañamente bellos: grandes espirales que parecen monstruosas conchas marinas arrugadas. Otras, es casi como si hubiera sido tejida como una cesta. Hay cuevas, torres y pináculos, como si los volcanes hubieran competido con los sopladores de vidrio en la producción de formas extrañas.

Los cráteres principales tienen sus nombres, pero hay muchos cientos de anónimos conos menores, que varían en tamaño y forma: desde un enorme horno anticuado hasta una caja vacía de *vol-au-vent* hecha de burbujeante vidrio negro. El desolado paisaje se diversifica con otros vómitos volcánicos que no son precisamente

lava. Está la porosa piedra pómez, que en su día fue la espuma de la lava antes de congelarse en una piedra aireada, más ligera que el agua; al ser blanda, el clima y el mar pueden esculpirla en las formas más diversas. Luego está la toba roja, parecida a la arenisca, que se originó cuando los volcanes arrojaron lodo sin lava. La toba, al igual que la piedra pómez, es muy sensible a la erosión y aporta una atractiva variación de forma y color a las costas de las islas, normalmente monótonas.

Hay islotes, poco más que rocas, en los que ningún hombre se ha atrevido todavía a poner el pie, pero todas las que merecen el nombre de islas han sido exploradas en mayor o menor medida. Wenman y Culpepper, puestos solitarios muy al norte del ecuador, han sido raramente visitadas, pero los interiores de todas las del grupo principal son ahora bastante bien conocidos. Hasta hoy, la inaccesibilidad de las zonas altas de los grandes volcanes ha sido un factor providencial para preservar parte de la fauna, pero durante este siglo, todos ellos han sido escalados por expediciones científicas.

Desde que la Fundación Charles Darwin estableció su estación científica permanente en Indefatigable en 1960, la exploración ha avanzado de forma más metódica, pero sería una exageración imperdonable sugerir que las partes menos accesibles de las islas son ahora bien conocidas. Esto se debe no tanto a las abominables dificultades del terreno como a la falta de agua. Mientras que un hombre puede sobrevivir durante semanas sin comida, la

deshidratación puede matarlo en un día. Subiendo por las desnudas laderas de lava, el cuerpo pierde humedad a un ritmo prodigioso. El escalador debe llevar agua suficiente para hacer frente a las emergencias, y cuanta más lleve, más esfuerzo exige la escalada. Cada galón pesa tres kilos y un hombre necesita un galón al día, por lo que las exploraciones largas tienen sus problemas logísticos. Eric Shipton, que tiene una experiencia mayor y más variada que nadie en la exploración de montañas, incluidos ascensos en Albemarle y Narborough, considera que en general se subestima el peligro de muerte por deshidratación en los volcanes de las Galápagos. Sin embargo, la Estación Darwin puede presumir de no haber perdido aún a ningún científico.

Tales condiciones extremas sólo las afrontan unos pocos resistentes y rara vez se encuentran cerca de la costa; de hecho, hay varias historias comprobadas de marineros abandonados o de naufragos que vivieron allí durante meses e incluso años; miserablemente, a decir verdad, pero sobrevivieron. Dada la latitud, el clima es extraordinariamente templado. Esto se debe, por supuesto, a la corriente de Humboldt, que aún conserva algo de su frialdad antártica cuando baña las costas de las islas. La corriente cálida que fluye hacia el sur desde el golfo de Panamá contrarresta en parte ese efecto, pero, a pesar de ello, el archipiélago de las Galápagos debe de ser el lugar más fresco del Ecuador a nivel del mar. Debido a la forma en que la lava negra absorbe el calor del sol, en ocasiones puede

resultar dolorosa para los pies de los bañistas, pero el mar siempre está deliciosamente fresco.

La vegetación varía enormemente, no sólo de una isla a otra, sino aún más dentro de cada isla, al menos en las más grandes. El suelo es un factor obvio: donde la lava es de origen reciente, obviamente poco o nada puede crecer, pero donde ha sido erosionada a través de los tiempos, se han acumulado pequeñas o incluso grandes bolsas de suelo, creadas a partir de rocas descompuestas o de cenizas volcánicas. Pero la clave del desarrollo de la vida vegetal son los vientos y las corrientes oceánicas, en particular la de Humboldt. Esta última todavía es fría cuando llega a las Galápagos: más que la tierra en las partes bajas de las islas. Por ello, la humedad que trae no suele caer cerca de las costas, las cuales permanecen más o menos desérticas. Sin embargo, tierra adentro, a mayor altitud, donde hace más frío, se forman nubes y hay una niebla o llovizna persistente, conocida localmente como *garúa*.

Si subimos desde el mar hasta el punto más alto de Indefatigable, que está a algo menos de tres mil pies, tenemos que atravesar una asombrosa serie de pisos de vegetación completamente diferentes. Después de la lava desnuda de la orilla viene la zona árida, donde el cactus arbóreo y el matorral sin hojas crecen en los intersticios entre las losas rotas. A continuación, hay una franja intermedia más húmeda, donde hay árboles de buen tamaño pero que, debido a la poca profundidad del suelo, en el que las raíces no pueden agarrarse

bien, tienden a crecer de lado, apoyados en sus ramas. A medida que ascendemos —es más un trepar que un caminar—, la temperatura desciende y la humedad aumenta, el polvo volcánico se convierte en barro, el musgo de los árboles se alarga y el mundo que nos rodea es cada vez más verde. Estamos entrando en el bosque nuboso, una exuberante selva donde todo crece como la mala hierba. Más arriba está el cinturón de *Miconia*, con sus plantas de color verde vivo pero no muy altas y, por último, el páramo abierto, con ciénagas y helechos. Hay incluso manchas de líquenes, una increíble aproximación a la tundra en un espacio tan pequeño. Sólo unos pocos kilómetros separan la cumbre de la costa "a vuelo de cuervo", pero hay que recordar que no hay cuervos en las Galápagos y que se trata de una excursión agotadora para cualquier criatura sin alas.

No hay dos islas iguales, y nada de lo que ocurre en Indefatigable sucede necesariamente en las demás. Ni siquiera es cierto en Indefatigable todo el tiempo. Hay periodos en los que incluso la zona más húmeda se ve afectada por la sequía; el suelo volcánico es tan poroso que no retiene el agua, y se seca a menos que se reponga constantemente. También hay épocas, ciertamente infrecuentes, en las que caen fuertes lluvias en la costa y, durante un breve periodo, el desierto florece y los matorrales secos echan hojas verdes y frescas; vista desde el aire en ese momento, la isla es apenas reconocible.

Pero ni siquiera un periodo de lluvias torrenciales cambia mucho el aspecto de Narborough. Mientras que el volcán de Indefatigable ha

permanecido inactivo durante mucho tiempo, de modo que a lo largo de milenios sus coladas de lava se han deshecho y erosionado y su gran cráter se ha desintegrado hasta el punto de que apenas se distingue, haciendo la vida vegetal posible donde y cuando haya humedad, el de Narborough ha permanecido activo. Hay muchos registros de sus erupciones en los dos últimos siglos, e incluso sin ellos la evidencia de la actividad está a la vista. Poderosos ríos de lava se han derramado por sus flancos a lo largo de las centurias, pero muchos de ellos son muy recientes, tal y como los geólogos miden el tiempo: en 1825 se presencié de cerca una erupción cataclísmica y, como hemos visto, la actividad continúa hasta nuestros días, alterando el fondo del enorme cráter con sus curiosos laguitos. Incluso para los estándares isleños, poco puede crecer en esa nueva lava, aunque aquí y allá existen islas de vegetación, en lugares que no han sido alcanzados por los flujos de lava de tiempos geológicamente recientes. En conjunto, Narborough es un gigantesco montón de escoria.

A lo largo de la historia, Narborough ha sido el más activo de los volcanes, pero esto no significa que los demás hayan permanecido inactivos. Ninguno de los cráteres principales de los cinco grandes volcanes que forman Albemarle ha entrado en erupción recientemente, pero los cráteres secundarios de algunos de sus flancos han explotado de vez en cuando; también hay géiseres permanentes y fumarolas que expulsan vapor ocasionalmente. Las fumarolas de las islas James, Bindloe, Barrington y Abingdon han

expulsado vapor en el presente siglo. Como todo el grupo es básicamente una única masa volcánica, no hay ninguna razón obvia para que, con el paso del tiempo, algunas otras islas no arrebatan al de Narborough la marca de volcán más activo de las Galápagos.

En la costa, la temperatura sólo varía dentro de un margen estrecho. En Academy Bay, los registros meteorológicos de la Estación Darwin muestran lecturas ocasionales de hasta 86° y tan bajas como 65° Fahrenheit, pero tales extremos son raros, y las temperaturas suelen rondar los 70°, con poca diferencia de un mes a otro. La *garúa*, una densa y lúgubre capa de nubes, afecta muy poco a la zona costera, y los registros de la estación Darwin muestran sólo unos veinte días sin sol al año. La luz suele ser de una intensidad tal que hace dudar a los fotógrafos aficionados de la precisión de sus medidores. Más arriba, en algunas de las islas mayores, la *garúa* es una característica casi tan regular como la luz del sol en la costa; la condensación constante produce una vegetación exuberante y hace posible la agricultura, pero los que se han establecido allí pasan la vida entre la humedad y el moho. Este es otro de los extraños contrastes de las Galápagos.

Las precipitaciones y, en consecuencia, la vegetación, se ven afectadas no sólo por la altitud, sino también por el hecho de que una zona concreta esté o no orientada hacia los vientos predominantes del sureste. Como las Galápagos están situadas en

una zona libre de temporales, los vientos suelen ser suaves, y las tormentas muy raras.

Los nombres tanto del archipiélago como de las islas individuales son fuente de confusión. En los primeros mapas, los del siglo XVI, aparecían simplemente como un grupo mal definido llamado Islas Galápagos. Un poco más tarde, se las llamó Islas Encantadas, nombre que ha permanecido como subsidiario no oficial: una especie de apodo. Finalmente, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, el gobierno ecuatoriano les dio el nombre oficial de Archipiélago de Colón. Es un nombre incómodo para los angloparlantes, sobre todo si no saben que Colón es la última de las variantes que el gran navegante genovés dio a su nombre original de Colombo. Aunque él mismo nunca utilizó la forma "Colón", es de suponer que podríamos llamarlo Archipiélago Colombino, pero nadie lo hace nunca. Así pues, como las islas siempre se han conocido en el mundo con el nombre de Galápagos, más familiar para la mayoría de la gente que el de la república a la que pertenecen, parece mejor ceñirse a él en este libro.

En cuanto a los nombres de cada isla, es una cuestión aún más compleja. El primer mapa aproximado que mostraba las islas por separado fue elaborado por los piratas ingleses, que las bautizaron con los nombres de sus reyes y de los peces gordos de su época; muchos de esos nombres siguen vigentes. Posteriormente, varios barcos de la Armada Real británica y, en menor medida, de la

Marina de los Estados Unidos, añadieron o cambiaron los nombres en sus cartas. La Armada española también realizó una breve visita, pero ni su mapa ni sus denominaciones resultaron aceptables. Cuando la República del Ecuador se anexionó las islas en 1832, dio nuevos títulos a algunas de ellas, y luego, en 1892, al rebautizar el archipiélago con el nombre de Colón, dio también a la mayoría de las islas nombres relacionados con sus viajes. Tal vez fuera desafortunado, ya que el gran explorador nunca supo que existían las islas, ni siquiera el océano Pacífico, aunque se acercó a ellas mucho más que los monarcas de la dinastía Estuardo. Nadie puede discutir el derecho de Ecuador a llamar a las islas como le plazca, pero todos estos cambios han dado lugar a cierta confusión. Por ejemplo, la que los piratas llamaron Isla del Duque de Norfolk fue cambiada por la Armada Real británica a Indefatigable, en honor al buque de guerra de ese nombre; luego a Isla Porter, por el capitán del *U.S.S. Essex*; después a Valdez, Chávez, San Clemente y, finalmente, Santa Cruz, por las autoridades ecuatorianas. Los habitantes de las Galápagos utilizan en la práctica algunos nombres españoles y otros ingleses. Pero como la mayor parte de la literatura sobre las Galápagos, tanto general como científica, está en inglés y utiliza nombres ingleses para las islas, tal vez sea menos confuso en un libro [originalmente] en inglés el mantener los nombres utilizados por Charles Darwin y la mayoría de sus sucesores. En la siguiente lista figuran los nombres ingleses de las principales islas y sus equivalentes españoles actuales.

Albemarle: Isabela
Narborough: Fernandina
Indefatigable: Santa Cruz
Chatham: San Cristóbal
James: Santiago
Charles: Floreana
Bindloe: Marchena
Abingdon: Pinta
Torre: Genovesa
Hood: Española
Seymour Sur: Baltra
Duncan: Pinzón
Jarvis: Rábida
Wenman: Wolf
Culpepper: Darwin

Capítulo VI

LOS BUCANEROS

Wee lay at Lobus [Lobos Island, Peru] above eight and forty houres, and knowing that wee had more than a hundred prisoners on board and not knowing where to get water, nor where to find a place of making a Magazeene for flour but that wee should be hunted out and have our flour destroyed, wee sailed away to the Westward to see if wee could find those Islands called the Galipoloes, which made the Spaniards laugh at us telling us they were Inchanted Islands, and that there was never any but one Capitano Porialto that have ever seene them, but would not come neare them to Anchor to them, and that they were but shadowes and noe reall Islands.

Capitán Edward Davis (1684).

Los cartógrafos Ortelius y Mercator marcaron el archipiélago en su posición aproximada en el globo terráqueo, pero fueron los bucaneros ingleses quienes "pusieron las Galápagos en el mapa",

coloquialmente hablando. Los lobos de mar isabelinos fueron indirectamente responsables del hecho, aunque ellos mismos pensaron poco o nada en las islas. Sir Richard Hawkins, que navegó por la costa del Pacífico en 1593, las describió en una sola frase: "A unas cuarenta leguas al oeste de este cabo hay un montón de islas que los españoles llaman Illas de los Galapagos; están desiertas y no dan fruto". Cuando, en la misma latitud, Francis Drake capturó un galeón español con un botín que incluía "80 libras de oro y 26 toneladas de plata", la tradición cuenta que lo repartió en una pequeña isla cercana a la costa del actual Ecuador, que todavía recibe el nombre de Isla de la Plata. No se acercó más a las Galápagos. Sin embargo, fueron las historias de los ricos botines de Drake y la esperanza de saquear otros galeones lo que atrajo a los bucaneros al Pacífico casi un siglo después y convirtió a las Galápagos en una de sus bases favoritas.

La cuestión de si los bucaneros del periodo Estuardo eran piratas o no está muy enredada. Algunos lo eran, otros no; probablemente la mayoría de ellos lo fueron durante una parte de su tiempo. Un verdadero pirata, como el tristemente célebre capitán Kidd o Blackbeard Teach, era un forajido que, en tiempos de paz o de guerra, atacaba barcos de cualquier nación, incluida la suya propia. Un corsario era un buque de guerra independiente, financiado de forma privada, pero debidamente encargado por su gobierno de atacar barcos y puertos enemigos, y de recompensar a sus propietarios y tripulación con el dinero del botín. Aparte de los

acuerdos financieros, parece haber poca diferencia entre los objetivos de los corsarios ingleses en la Guerra de Sucesión española y los del capitán Porter, de la Marina de los Estados Unidos, en la guerra de 1812-1814, o los del conde von Luckner, de la Marina Imperial alemana, en la guerra de 1914-1918. Todos ellos utilizaron libremente las Galápagos en la ejecución de sus tareas de asalto al comercio enemigo.

El problema de la piratería en los dominios españoles se vio agravado por una divergencia fundamental de opiniones entre España y las demás naciones marítimas de Europa. Cuando el Papa español Alejandro Borgia otorgó solemnemente a España la totalidad de las Américas, esto, naturalmente, complació a los españoles, pero no a las demás naciones que quedaron excluidas de tan suculento reparto. Negaron la autoridad del Papa para repartir el mundo, sobre todo cuando ingleses y holandeses se convirtieron al protestantismo. El agravio se sumó al insulto cuando España prohibió a todos los barcos extranjeros comerciar con sus posesiones. Este conflicto sobre la legalidad de las pretensiones españolas condujo a un estado de guerra endémica en el Nuevo Mundo, incluso cuando Inglaterra y Francia estaban en paz con España en Europa, y se aceptaba tácitamente que "no había paz más allá de la línea", es decir, al oeste de las Azores. En estas circunstancias, los esfuerzos de las autoridades inglesas, francesas y holandesas por suprimir el bucanerismo fueron poco entusiastas. No podían aceptar las pretensiones españolas y, de todos modos, en caso de guerra oficial, los piratas de hoy podrían ser útiles

como los auxiliares navales de mañana. Mientras tanto, los españoles seguían saqueando a los nativos americanos, y los bucaneros a los españoles.

El nombre "bucanero" es un poco ambiguo. Originalmente, los *boucaniers* franceses eran hombres que mataban reses salvajes en Haití y secaban la carne a fuego lento en plataformas de madera que los nativos llamaban *barbecus*. Esa carne ahumada se conocía como *boucan* y era muy útil para aprovisionar a los barcos piratas. Algunos *boucaniers* se unían a los piratas de vez en cuando, pero los piratas franceses nunca se llamaron a sí mismos *boucaniers*: fueron los ingleses quienes adoptaron ese nombre, aunque no se dedicaban al negocio de la carne ahumada precisamente, y terminaron pasando a la historia como "bucaneros". Los franceses les devolvieron el favor y adoptaron para sí el antiguo nombre inglés de *freebooter*, que pronunciaron mal como *flibustier*. A su debido tiempo, los angloparlantes lo recuperamos como *filibuster*, con lo que ambas lenguas se enriquecieron.

Pero incluso entre los ingleses, la palabra "bucanero" parece haber recibido significados bastante diferentes; por lo general, es una expresión para incluir tanto a piratas como a corsarios. El capitán Woodes Rogers se refiere a los viajes anteriores de Dampier señalando "cuando estaba con los bucaneros". Esta es una forma educada de decir "cuando estaba con los piratas", pero también implica que Rogers, un corsario con una comisión real, no se

consideraba a sí mismo un bucanero. Cualquiera que sea el significado que le demos a la palabra, parece que ese distinguido bucanero, William Dampier, fue un pirata, susceptible de ser ahorcado, en su primer viaje alrededor del mundo, pero un corsario real y legítimo en su segunda y tercera circunnavegación.

Los bucaneros que llegaron a las Galápagos tenían mucho en común con los conquistadores, tanto en su actitud como en su comportamiento, y no tiene sentido juzgar a unos y otros con criterios distintos a los de su época. Eran patriotas y leales a su rey, pero desobedecían sistemáticamente sus leyes y las de los demás. Eran valientes, duros, despiadados, sin escrúpulos, pendencieros y ávidos de oro. Puede que hubiera algunas excepciones, pero cuando el capitán Bartholomew Sharp escribió "...el oro fue el cebo que tentó a una manada de alegres muchachos como nosotros, casi 300 en número, todos soldados de fortuna", hablaba en nombre de la gran mayoría.

Las condiciones en la costa occidental de Sudamérica habían cambiado mucho desde que los marinos isabelinos causaron allí algunos estragos. Las defensas terrestres y marítimas habían sido reforzadas. Para los saqueadores ya no resultaba prudente realizar estancias prolongadas en islas cercanas al continente, por lo que los escondites remotos, como la isla Juan Fernández o las Galápagos, se convirtieron en sus lugares predilectos. Bart Sharp fue al archipiélago en 1680, pero no pudo desembarcar debido a las dificultades

habituales con los vientos y las corrientes. El primero de los barcos bucaneros que utilizó las Galápagos como base se llamó, acertadamente, *Batchelor's Delight*. No siempre se había llamado así. Cuando el capitán John Cook y sus setenta bucaneros partieron de Chesapeake en 1683 para realizar incursiones en el Pacífico, pensaron que su propio barco, con sólo dieciocho cañones, no era adecuado para el trabajo que les esperaba. Así pues, se desviaron hacia la costa africana, donde "abordamos un barco de cuarenta cañones y nos lo llevamos. Descubrimos que era muy apto para un largo viaje, pues estaba bien provisto de buen brandy, agua, provisiones y otros artículos de primera necesidad".

Este "precioso barco" era un mercante danés que transportaba esclavos, lo que se consideraba un comercio respetable en el siglo XVII, cuando prácticamente todo el mundo aceptaba la esclavitud como institución. En cualquier caso, el comercio de esclavos era perfectamente legal, y Dinamarca era un país amigo, por lo que el apresamiento de uno de sus navíos fue un acto de simple y llana piratería. La flagrancia del delito explica sin duda la reticencia de los piratas que llevaban diarios a tratar de esa hazaña en particular. Y nuestra curiosidad natural por saber qué hicieron con las sesenta muchachas negras que encontraron a bordo del barco, al que ahora llamaron *Batchelor's Delight*, se ve frustrada para siempre.

Puede parecer extraño que semejantes piratas llevaran diarios, pero, cualesquiera que fueran sus otras cualidades, se trataba de un grupo

sorprendentemente literato. Pusieron de moda los libros de viajes, y ejercieron una influencia muy considerable no sólo en el conocimiento geográfico contemporáneo, sino también en campos tan diversos como la hidrografía, la botánica y la novela. A través de los bucaneros se divulgaron las primeras descripciones de las Galápagos, mientras que el admirable relato del obispo Berlanga juntaba polvo en Sevilla. El *Batchelor's Delight* era extraordinariamente rico en talento escritor. Es cierto que la mayor parte de la revoltosa y disoluta tripulación podía ser calificada —y sin duda lo fue— de escoria de la tierra, pero contaba entre sus filas con Eduard Davis, Lionel Wafer, Basil Ringrose, William Ambrosia Cowley y William Dampier. Todos ellos publicaron relatos de sus viajes, los cuales gozaron de gran popularidad en su época. E incluso un siglo después: el joven Horatio Nelson consideraba el *New Voyage round the World* de Dampier el mejor libro de viajes que había leído jamás.

Dampier nos cuenta que le pareció demasiado arriesgado intentar llevar el *Batchelor's Delight* a través del estrecho de Magallanes sin cartas de navegación y con una tripulación de rufianes indisciplinados, y decidió navegar directamente por el cabo de Hornos. La travesía fue dura. Cowley da algunos detalles esclarecedores de cómo los piratas pasaban sus horas de ocio durante esa larga ordalía:

...alejándonos hacia el suroeste, llegamos frente al cabo de Hornos el 14 de febrero, cuando, hablando de San Valentín y de las intrigas de las mujeres, se levantó una prodigiosa tormenta, que continuó hasta el último día del mes, conduciéndonos a la latitud de 60 grados y 30 minutos al sur, que es lo más lejos que ningún barco ha navegado antes; así que concluimos que hablar de mujeres en el mar fue muy desafortunado y ocasionó la tormenta.

Quizá habían tentado a la suerte al bautizar su barco con el nombre de *Batchelor's Delight*, pero eso no les impidió dedicarse concienzudamente a sus otras actividades célibes. Cowley dejó constancia de que "el tiempo en la latitud de 60 grados era tan frío que podíamos soportar beber tres cuartos de Brandy en 24 horas cada hombre, y no ser en absoluto peores por ello, siempre que estuviera quemado".

Tras pasar unas semanas en Juan Fernández para recuperarse del cansancio y el escorbuto, se dedicaron a asaltar barcos y ciudades a lo largo de la costa, solos o en compañía de otras tripulaciones amantes del pillaje. El *Batchelor's Delight* pasó dos años en el Pacífico sin realizar capturas espectaculares y luego regresó por el cabo de Hornos a Maryland, donde algunos de ellos fueron encarcelados. Sin embargo, no ahorcaron a ninguno, aunque Lionel Wafer tuvo que pagar una multa de 300 libras, que ayudó a construir el William and Mary College; así pues, la piratería contribuyó significativamente al

desarrollo intelectual de Estados Unidos. Dampier y Cowley no estuvieron entre los que fueron juzgados, ya que habían cambiado de barco y regresado a Inglaterra dando la vuelta al mundo. Pero durante esos dos años en la costa, los piratas utilizaron las Galápagos como base y refugio, lo que les permitió ofrecernos registros de primera mano de cómo eran las islas antes de que el hombre llegara a ellas.

Cuando desembarcaron los primeros bucaneros, las Galápagos eran aún un territorio virgen. Las fugaces visitas del obispo y de los diversos naufragos a una u otra de las islas, o, para el caso, las de los marineros aborígenes en sus balsas, no habían tenido prácticamente ningún impacto. Con toda probabilidad, la mayoría de las islas no había sido pisada jamás por ser humano alguno hasta la llegada de los piratas. Es, por tanto, doblemente afortunado que contaran entre sus filas con hombres a los que no sólo les picaba el gusanillo de escribir, sino que también poseían mentes inquietas. El clima intelectual de Inglaterra había cambiado mucho desde los tiempos de los navegantes isabelinos. Los principios científicos de Francis Bacon, su insistencia en la observación y la recopilación de hechos, habían calado poco a poco en los sectores más intelectuales de la sociedad. Ahora había en el país varios distinguidos científicos aficionados, y Carlos II les había dado su bendición oficial al fundar la Royal Society. En resumen, la ciencia se había puesto de moda.

Este cambio se reflejó en la literatura de las dos épocas. Mientras que para Shakespeare la isla de Próspero era un lugar mágico y misterioso, tan irreal y "encantado" como lo eran las Galápagos para los españoles, el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, a pesar de toda la inventiva que empleó, es objetiva y realista. Ambos se inspiraron en hechos históricos reales, pero su tratamiento es totalmente distinto. Muchos bucaneros compartían el espíritu inquieto de su época, sobre todo William Dampier, quien, sin formación científica alguna, se convirtió en uno de los primeros naturalistas de campo modernos por pura curiosidad y deseo de acumular conocimientos.

Dampier no fue un bucanero demasiado exitoso. Fracasó cuando ascendió a capitán, y en su última visita a las Galápagos en 1709, como en la primera en 1684, volvió a ocupar el puesto subordinado de piloto. Es posible que fuera más feliz sin la responsabilidad de dirigir una tripulación ingobernable, ya que podía dedicar más tiempo a recopilar sus valiosas notas sobre las extrañas tierras que visitaba. Para proteger sus apuntes, nos dice, "me proveí de una pieza de bambú, que tapé por los dos extremos, cerrándola con cera, para que no le entrara agua. Así evitaba que se mojaran mi diario y otros escritos, aunque a menudo me veía obligado a nadar". Su bambú fue probablemente la única posesión que nunca perdió en su vida en el mar, durante la cual dio tres veces la vuelta al mundo. Hombre de escasa educación formal, realizó importantes contribuciones a la hidrografía y la meteorología, en particular con sus *Discourses of Winds, Breezes, Storms, Tides and Currents in the Torrid Zone*. Allá

donde iba, anotaba todo lo curioso y nuevo sobre árboles, plantas y animales. Puede que fuera un pirata indiferente, pero fue un notable navegante y un naturalista pionero. El mejor testimonio de su entusiasmo es el hecho de que continuara durante años compilando su diario en los estrechos camarotes de barcos pequeños, los cuales compartió con las tripulaciones más aguerridas y disolutas que jamás se hicieron a la mar.

Dejó constancia de sus primeras impresiones sobre las Galápagos: "Son [las islas] de buena altura, la mayoría de ellas llanas y uniformes en la parte superior; cuatro o cinco de las más orientales son rocosas, estériles y montañosas, y no producen ni árboles, ni hierbas, ni pastos, salvo unos pocos árboles *dildo*, excepto junto al mar. El árbol *dildo* es un arbusto verde espinoso que crece unos tres o cuatro metros de altura, sin hojas ni frutos. Es tan grande como la pierna de un hombre, desde la raíz hasta la punta, y está lleno de espinas afiladas, que crecen en gruesas hileras de arriba abajo; este arbusto no sirve para nada, ni siquiera para quemar. Cerca del mar crecen en algunos lugares arbustos de *burton-wood*, que es una madera muy buena para quemar. Hay agua en estas islas estériles, en estanques y agujeros entre las rocas".

Dampier tuvo suerte. En todos los registros de visitas a las Galápagos, el suyo es uno de los pocos que tiene algo bueno que decir sobre el suministro de agua. Debió de llegar después de una de las lluvias anormalmente intensas que se producen a intervalos

prolongados. En visitas posteriores, encontraría condiciones muy diferentes, e incluso en ese primer viaje, los compañeros suyos que desembarcaron en otras islas se quejaron constantemente de la falta de agua. Como sabemos ahora, hay pocas fuentes permanentes de agua en todo el archipiélago. En esa ocasión las posibilidades de exploración de Dampier se vieron limitadas, ya que pasó casi todo el tiempo en una sola isla, cuidando a su comandante enfermo. El capitán Cook nunca se recuperó de las penurias de la travesía del cabo de Hornos, y los piratas permanecieron en las Galápagos con la esperanza, que resultó vana, de salvarle la vida. Al no poder explorar más a fondo, Dampier dispuso de más tiempo para estudiar la fauna de la costa.

"La parte norte de esta segunda bahía en la que anclamos", escribió, "se encuentra a 28 minutos al norte del ecuador, pues tomé la altura del sol con un astrolabio ... En cuanto anclamos, hicimos una tienda para el capitán Cook, que estaba enfermo. Aquí encontramos tortugas tumbadas en la arena; esto no es habitual en las Indias Occidentales. Las pusimos boca arriba para que no se escaparan. Al día siguiente aparecieron más; cuando nos dimos cuenta de que era su costumbre, nunca más nos preocupamos de darles la vuelta, sino que cada mañana enviábamos a tierra al cocinero, que mataba tantas como necesitaba para el día; esta costumbre la observamos durante todo el tiempo que permanecimos aquí, alimentándonos unas veces de tortugas de tierra y otras de tortugas de mar, habiendo abundancia de ambas clases ... El mar que rodea estas islas está

repleto de peces grandes y gordos; aquí abundan especialmente los tiburones". Dampier continúa durante varias páginas con un discurso sobre las tortugas, comparando las de las Galápagos con las que había observado en otras partes del mundo. Describe y comenta las distintas variedades, su tamaño, peso, forma y color; anota sus hábitos alimenticios y su vida sexual, e incluso da a cada especie una calificación gastronómica cuidadosamente considerada.

En cuanto a las tortugas gigantes y a las iguanas, le resultaba difícil encontrar algo comparable, ni en su propia experiencia ni en los relatos de otros viajeros, aunque había oído hablar vagamente de algunas tortugas muy grandes en islas del océano Índico. "Creo que no hay ningún lugar en el mundo donde abunden tanto estos animales. Las *guanoes* [iguanas] de aquí son tan gordas y grandes como nunca las he visto; son tan mansas que un hombre puede derribar veinte en una hora con un garrote. Las tortugas terrestres son aquí tan numerosas que quinientos o seiscientos hombres podrían subsistir con ellas durante varios meses, sin ningún otro tipo de provisión. Son extraordinariamente grandes y gordas, y tan dulces que ninguna polluela sabe mejor".

Obviamente, al verse retenido por sus obligaciones cerca de la árida orilla, Dampier nunca llegó a ver alguna de las tortugas realmente grandes, ya que las describe con sorpresa como de hasta doscientas libras de peso, y comenta que nunca había visto ninguna de más de treinta libras en otros países. Como de costumbre, da detalles

culinarios como que, al ser las tortugas tan gordas, producen grandes cantidades de aceite que "servía en lugar de mantequilla para comer con *doughboys* o *dumplings*". Dampier tuvo poco que decir sobre las aves, pero apuntó una nota que resulta típica de su época y de muchas, muchas jornadas posteriores: "Hay una gran cantidad de tórtolas, tan mansas que un hombre puede matar cinco o seis docenas en una mañana con un palo". Hay que recordar que los piratas, al igual que los marineros algo más respetables que les siguieron, realizaban cruceros de más de dos años de duración y no podían llevar provisiones para todo el viaje. Uno de los grandes atractivos de las Galápagos era la increíble abundancia y mansedumbre de su fauna, que facilitaba el reabastecimiento de los barcos con carne fresca.

William Ambrosia Cowley había sido transferido a un barco capturado frente a las costas de Perú, y pudo ver mucho más del archipiélago que Dampier. Aunque no estaba especialmente interesado en la historia natural, dejó constancia de la asombrosa cantidad de tortugas marinas, galápagos y peces que sorprendió a todos los primeros viajeros. "También hay aquí abundancia de aves, a saber, flamencos y tórtolas; estas últimas eran tan mansas que a menudo se posaban en nuestros sombreros y armas, de modo que podíamos cogerlas vivas, ya que no temían a los hombres, hasta que algunos de nuestra compañía les dispararon, lo que las hizo más tímidas". Pero el principal interés de Cowley radicaba en cartografiar las islas. Hasta entonces, sólo figuraban en los mapas como un

archipiélago mal definido. Cowley trazó un mapa detallado. Siempre fue misterioso en cuanto a sus antecedentes, pero obviamente era un hombre de considerable educación y tal vez, como afirmaba, un *Master of Arts* de la Universidad de Cambridge. De ser así, "*¿que diable allait-il faire dans cette galère?*" Fuera lo que fuese lo que le llevó a la piratería, elaboró el primer mapa de las Galápagos. Por supuesto, para los estándares modernos es tosco, pero incluso un siglo después de elaborado seguía siendo, en gran medida, el mejor que existía. Teniendo en cuenta las dificultades con las que se lo elaboró, fue un logro notable.

Pirata patriota, bautizó las islas con los nombres de los miembros de la clase dirigente inglesa cuyas leyes y autoridad desobedecía. A pesar de los repetidos intentos de cambiarlos, la mayoría de los nombres de Cowley han llegado hasta nuestros días. Empezó respetando los precedentes: "La primera que vimos estaba cerca de la latitud de 1 grado 30 minutos sur. Esta isla es alta y la llamé *King Charles's Island*". A otra la bautizó con el nombre del duque de York pero, al enterarse de que había ascendido al trono ese año, la cambió obedientemente por la de *King James's Island* antes de publicar su carta. No descuidó a la nobleza y bautizó "una bonita isla redonda" con el nombre del duque de Norfolk, aunque hoy en día se la suele conocer como Indefatigable o Santa Cruz. Cowley incluso hizo un modesto intento de incluirse entre los grandes. Como él mismo explicó, "al oeste de la *Duke of York's Island* hay otra curiosa isla, a la que llamé *Duke of Albemarle's Island*; en ella hay una cómoda

bahía o puerto, donde se puede anclar; y antes de dicha bahía hay otra isla, a la que llamé *Sir John Narborough's Island*; y entre la isla de York y la de Albemarle hay una pequeña, a la que la fantasía me llevó a llamar *Cowley's Enchanted Island*". La posteridad ha actuado con justicia y, aunque el nombre de "duque de Norfolk" ha sido sustituido varias veces, la pequeña isla sigue llamándose Cowley.

Al cabo de quince días, los piratas habían abastecido sus barcos con toda la carne fresca que podían transportar. Al mismo tiempo, habían ocultado en las islas cinco mil sacos de harina y ocho toneladas de mermelada, tomadas de barcos españoles capturados. Esto iba a ser una reserva útil para posteriores visitas, a pesar de que las palomas se llevaban gran parte de ella. La salud del capitán Cook no mostraba mejoría, por lo que se dirigieron a México, donde lo enterraron poco después de su llegada. Edward Davis, otro pirata literato, fue elegido para sucederle. En los barcos piratas reinaba una democracia áspera y turbulenta. Las tripulaciones se amotinaban y a menudo destituían a sus oficiales y nombraban a otros nuevos. Los hombres también eran más o menos libres de abandonar su barco y trasladarse a cualquier otro que les apeteciera. Dampier debió de servir en una docena de navíos durante su primer viaje alrededor del mundo. Cuando partió, la circunnavegación estaba lejos de su mente, pero su insaciable curiosidad le llevó de una aventura a otra. Después de casi dos años como bucanero en el *Batchelor's Delight*, se enroló en el *Cygnets* del capitán Swan, no porque le disgustara su

antiguo capitán, explicó, sino porque Swan le ofreció la posibilidad de cruzar el Pacífico hasta las Indias Orientales.

Tras un viaje que, en total, duró más de doce años, Dampier llegó de vuelta a Inglaterra, casi tan pobre como cuando partió. Fue la publicación de su *New Voyage round the World* en 1697 lo que le proporcionó fama y una modesta prosperidad. El libro, dedicado al presidente de la Royal Society, tuvo varias ediciones, inició una nueva moda literaria, y lo puso en contacto con muchos distinguidos hombres de ciencia. El epígrafe bajo su retrato, que cuelga en la National Portrait Gallery, le describe como "Pirata e hidrógrafo". Sin duda habría preferido que se le considerase escritor y naturalista antes que pirata, pero al menos el cuadro le muestra sosteniendo, no un alfanje, sino un libro. Su publicación incluyó la primera descripción impresa de las islas Galápagos y, junto con la carta de Cowley, las dio a conocer por fin al mundo.

Como Dampier decidió volver a Inglaterra por las Indias Orientales, no regresó a las Galápagos con el capitán Davis y el *Batchelor's Delight*, y pasaron más de veinte años antes de que volviera a ver el archipiélago. Nunca fue juzgado por los numerosos actos de piratería en los que había participado, ya fuera por la amnistía que el rey James II, en su coronación, había concedido a todos los piratas que se arrepintieran y abandonaran sus malas costumbres, o porque, por analogía con los cazadores furtivos que son los mejores guardas de caza, las autoridades querían su consejo sobre cómo suprimir la

piratería. Tras el gran éxito de su libro, el Almirantazgo lo puso al mando de un barco para explorar Australasia. Aunque su nombre se ha perpetuado en Australia —Estrecho de Dampier, Isla de Dampier, Archipiélago de Dampier—, el viaje logró relativamente poco. Su segunda travesía alrededor del mundo como capitán de un navío corsario en los primeros años de la Guerra de Sucesión española fue un completo desastre. Tras fracasar como comandante, parece que se conformó con continuar su carrera errante como subordinado. Realizó su último gran viaje (1708-11) como piloto, un puesto menor pero honorable, en una expedición comandada por el capitán Rogers.

Woodes Rogers, aunque mucho más joven que Dampier, era un oficial muy competente. Estaba al mando de dos buques, el *Duke*, de 320 toneladas y 30 cañones, y el *Duchess*, de 260 toneladas y 26 cañones. Cada uno de ellos contaba con una tripulación de más de cien hombres. Los barcos eran sólidos, estaban bien equipados y aprovisionados, y tenían una comisión del Alto Almirante para hacer la guerra contra los franceses y los españoles. En resumen, se trataba de buques de guerra de propiedad privada y en ningún caso de piratas, lo que no los hacía más bienvenidos en la costa de Sudamérica, en donde se proponían atacar barcos y ciudades. Los dos barcos doblaron el cabo de Hornos, "el más lejano que sabemos que nadie haya cruzado hasta ahora hacia el Sur", y las tripulaciones sufrieron, como de costumbre, a causa del escorbuto y del frío intenso. Sintieron un gran alivio al llegar a Juan Fernández. Una luz

en la costa, que al principio temieron que significara la presencia de barcos franceses, resultó ser un fuego, encendido para atraer su atención por un marinero abandonado, Alexander Selkirk, del que se hablará más adelante.

Después de pasar dos semanas en Juan Fernández para que su tripulación recuperara la salud, el capitán Rogers navegó hacia el norte por la costa del Pacífico. Para entonces, ya había conseguido que su tripulación de "caldereros, sastres, cosechadores de heno, vendedores ambulantes, violinistas..." que "no llegaba a veinte marineros" estuviera en forma. También había establecido una disciplina más o menos eficaz; por lo demás, sus operaciones en los meses siguientes no fueron muy diferentes de las de los piratas. Capturó algunos pequeños botines para engrosar su flota y se dirigió al puerto de Guayaquil, un objetivo muy codiciado en aquella época. Gracias a una carta encontrada en uno de los barcos capturados supo que ya se sospechaba de su presencia. Esta carta del Virrey del Perú al Corregidor de Guayaquil advertía que una escuadra de siete buques, de cuarenta y cuatro a setenta y cuatro cañones cada uno, navegaba desde Inglaterra al mando de Dampier. Es extraño que Dampier fuera el terror de la costa, sólo superado por el legendario *El Draque* (Sir Francis Drake); nunca destacó ni como pirata ni como corsario. Había tomado parte subordinada en un ataque proyectado contra Guayaquil en 1684, que fue mal gestionado y cancelado; y en la presente ocasión aconsejó a Woodes Rogers que

no atacara la ciudad cuando quedó claro que se había dado la alarma y que la sorpresa era imposible.

Sin embargo, Rogers no se amilanó. Sus hombres tomaron la ciudad con pérdidas insignificantes, exigieron un modesto rescate de 30.000 piezas de a ocho tras un largo regateo, y se apresuraron a partir hacia las Galápagos antes de que las escuadras francesa y española pudieran ser alertadas.

En el camino, descubrieron que habían recogido algo más que piezas de a ocho. Una "fiebre maligna" se extendió entre la tripulación; la mayoría de los que habían desembarcado en Guayaquil estaban enfermos, y a pesar de las atenciones de Thomas Dover, "a doctor of Physick", muchos de ellos murieron. El doctor Dover era un médico de renombre, inventor de los célebres polvos Dover, que aún se utilizan hoy en día, y uno de los financiadores de la expedición, pero Rogers parece haber sido algo escéptico sobre el valor de sus recetas. "Al comprobar que el ponche preservaba mi propia salud, lo receté libremente a aquellos de la compañía del barco que se encontraban bien, para preservar la suya". Ni los fármacos ni el ron sirvieron de mucho, y el diario de Rogers sobre su estancia en las Galápagos está repleto de anotaciones como: "Este día Tho. Hughes, un muy buen marinero, murió". Muchos más fueron enterrados en las Galápagos que en Guayaquil, y las tripulaciones quedaron tristemente mermadas; tanto es así que el capitán ofreció la libertad a treinta y cinco de los esclavos que acababa de arrebatarse a los españoles, con la

condición de que aprendieran a usar las armas y lucharan en futuras batallas: treinta y dos de esos "lujuriosos compañeros" aceptaron la oferta. Parece que se trataba de un acuerdo puramente práctico, ya que ni los piratas ni los corsarios comentan la institución de la esclavitud, que, como otros de su época, simplemente daban por sentada.

A Rogers le hubiera gustado quedarse más tiempo en las Galápagos para que sus hombres descansaran, pero no pudo encontrar el manantial que había utilizado el capitán pirata Edward Davis (probablemente se había secado), y la falta de agua le hizo regresar al continente. Tres meses más tarde, se encontraba de nuevo en las islas, y de nuevo la falta de agua le provocó angustia. Su diario muestra su frustración y su aversión por las Galápagos, pero, como tantos otros, él iba allí porque ofrecían un escondite muy conveniente para descansar y recuperarse y, sobre todo, porque la abundancia sin igual de tortugas y galápagos permitía avituallar sus barcos con facilidad y rapidez.

A Woodes Rogers le gustaba considerarse como un capitán de navío sin vueltas y con los pies en la tierra, aunque obviamente era inteligente y muy culto. Señala, demasiado enérgicamente, que no le interesaba la historia natural. Había plantas y árboles extraños, dice, "pero como no me corresponde describirlos, los remito a quienes tienen ese talento". Parece un ataque de celos contra Dampier, su colega de comando (y de escritura), cuyo libro, repleto

de descripciones de fenómenos naturales, había gozado de tanta popularidad.

Pero Rogers pertenecía al mismo periodo inquieto y curioso, y su resolución de evitar la tendencia de moda de su época se quebró de vez en cuando. Las tortugas gigantes eran demasiado fascinantes como para ignorarlas, especialmente cuando observaba cómo subían a bordo a algunas de las más pequeñas, las cuales incluso ponían huevos en cubierta. "No me afecta dar relaciones de criaturas extrañas, tan frecuentemente hechas por otros y ya impresas" escribe a la defensiva, "pero cuando una criatura poco común cae en mi camino, no la omitiré ... Estas criaturas son las más feas de la naturaleza, el caparazón se parece a la parte superior de un viejo carruaje Hackney, tan negro como el azabache, y también lo es la piel exterior, pero arrugada y muy áspera; las patas y el cuello son largos, y del tamaño de la muñeca de un hombre, y tienen patas tan grandes como el puño de una persona, con una forma muy parecida a la de un elefante, con 5 gruesas uñas en las patas delanteras, y sólo 4 detrás; la cabeza pequeña, y el rostro pequeño como el de una serpiente, y parecen muy viejas y oscuras; cuando se les sorprende por primera vez, encogen su cuello, cabeza y patas dentro de su caparazón. Dos de nuestros hombres, con el Teniente Stratton y el trompetista del *Duchess*, afirman haber visto grandes ejemplares de este tipo, de unos 4 pies de altura; montaron a 2 hombres sobre el lomo de una de ellas, que con su habitual paso lento los llevó, y nunca le importó el peso. Supusieron que no podía pesar menos de

700 libras". No está nada mal para un duro lobo de mar sin interés por la naturaleza. Las Galápagos y su peculiar fauna han influido en muchos hombres y les han provocado extraños pensamientos. Woodes Rogers llegó a preguntarse cómo habían llegado las tortugas a las islas, viendo que no había nada parecido en el continente. Naturalmente, a este capitán ortodoxo y temeroso de Dios no se le ocurrió que una pregunta tan sencilla pudiera tener implicaciones heréticas; aun así, menos de dos siglos y medio después, los científicos discutirían sobre la respuesta.

Durante sus dos visitas a las Galápagos, el capitán Rogers pasó gran parte de su tiempo navegando alrededor de las islas, en parte en una búsqueda infructuosa de agua, pero sobre todo con la esperanza de encontrar a Simon Hatley, uno de sus oficiales, a quien había puesto al mando de un pequeño barco capturado cerca de Guayaquil. Hatley, con una tripulación de cinco personas e igual número de prisioneros, había llegado a las Galápagos más o menos al mismo tiempo que el resto de la escuadra, pero habría sido arrastrado por una de las conocidas corrientes.

Capítulo VII

ROBINSON CRUSOE

I am monarch of all I survey,
My right there is none to dispute.
From the centre all round to the sea
I am lord of the fowl and the brute.

William Cowper.

Las solitarias e inhóspitas Galápagos han afectado al mundo de maneras sorprendentes, pero sin duda la más inesperada es que estén remotamente relacionadas con el desarrollo de la novela como forma literaria. La gran novela de principios del siglo XVIII, un hito en la historia de la literatura, fue *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, un libro que nunca se habría escrito de no ser por los bucaneros de las Galápagos, en particular Dampier y Rogers, y, por supuesto, por el propio Alexander Selkirk. Dos de los temas de *Robinson Crusoe* aparecen una y otra vez en la historia de las Galápagos hasta nuestros días: el problema de la supervivencia física de un hombre abandonado o naufragado en una isla deshabitada, y el enigma de si un hombre civilizado puede adaptarse a vivir solo en la naturaleza y alcanzar la satisfacción.

Como ya se ha mencionado, cuando Woodes Rogers y Dampier doblaron el cabo de Hornos en 1708 y se acercaron a Juan Fernández, se alarmaron al ver un fuego en la orilla de lo que creían que era una isla deshabitada, y temieron que los buques de guerra franceses hubieran llegado allí primero. Sin embargo, al investigar a la mañana siguiente, resultó que el fuego había sido provocado por "un hombre envuelto en pieles de cabra, que parecía más salvaje que los primeros dueños de ellas", según dejó constancia Rogers en su diario. "Llevaba en la isla cuatro años y cuatro meses, pues lo había dejado allí el Capitán Stradling, del *Cinque-Ports*; se llamaba Alexander Selkirk, un escocés que había sido capitán del *Cinque-Ports*, un barco que llegó aquí la última vez con el Capitán Dampier, quien me dijo que éste era el mejor hombre que había en él; así que inmediatamente acordé con él que fuera segundo de a bordo de nuestro barco".

Selkirk había sido abandonado tras una de las habituales disputas entre bucaneros. Selkirk, que odiaba al capitán Stradling y temía doblar el cabo de Hornos en su agujereado barco, pidió que le dejaran en tierra. Cuando, tras pensarlo bien, quiso cambiar de opinión, Stradling se negó a que regresara. Tal vez esta despiadada decisión fuera buena para Selkirk. Sus temores sobre el estado del navío estaban plenamente justificados, y Stradling tuvo que vararlo y entregarse a los españoles en tierra firme, donde pasó más años en una miserable cárcel que los que pasó Selkirk en la soledad de su isla.

Rogers quedó fascinado por la historia de Selkirk, que relató extensamente en su diario. "Llevaba consigo su ropa y sus lienzos de cama, con un trabuco, algo de pólvora, balas y tabaco, un hacha, un cuchillo, una tetera, una Biblia, algunas piezas prácticas, y sus instrumentos y libros de matemáticas". Fue infeliz durante muchos meses, mientras se adaptaba a la vida solitaria, pero al menos no pasó hambre ni frío. Alguien, posiblemente el propio Juan Fernández cuando descubrió la isla, había llevado unas cuantas cabras a la isla, y éstas se habían multiplicado rápidamente. Selkirk aprendió a correr más rápido que los animales y a capturarlos, lo cual le proporcionó comida y ropa. Cuando sus salvadores llegaron a tierra, descubrieron que les había preparado un enorme estofado de cabra, un cambio delicioso tras meses de vivir a base de la poco apetitosa comida de los barcos en alta mar.

Según Rogers, Selkirk ("el Gobernador", como le apodaron sus salvadores) apreciaba menos a los demás animales introducidos en su pequeño reino insular. "Al principio estaba muy acosado por los gatos y las ratas, que se habían reproducido en gran número a partir de algunos ejemplares de cada especie que habían desembarcado de los navíos que atracaban en busca de madera y agua. Las ratas le roían los pies y la ropa mientras dormía, lo que le obligó a alimentar a los gatos con su carne de cabra, por lo que muchos de ellos se volvieron tan mansos que lo rodeaban por centenares y pronto lo libraron de las ratas, de modo que, por el cuidado de la Providencia y el vigor de su juventud, teniendo ahora sólo 30 años, llegó finalmente a

vencer todos los inconvenientes de su soledad, y a estar muy tranquilo".

"El Gobernador" se había acostumbrado tanto a su solitaria existencia que tardó algún tiempo en volver a las andadas. "Cuando subió por primera vez a bordo, había olvidado tanto su idioma, por falta de uso, que apenas podíamos entenderle, pues parecía decir las palabras a medias. Le ofrecimos un trago, pero no quiso probarlo, pues no había bebido más que agua desde que estaba allí, y pasó algún tiempo antes de que pudiera saborear nuestras vituallas". Sin embargo, pronto recuperó el habla y, tras desempeñar un papel útil en el exitoso ataque a Guayaquil, se le dio el mando de una de las embarcaciones capturadas allí. En ese barco viajó a las Galápagos, donde los bucaneros curaban o enterraban a sus enfermos. Visitó las islas dos veces y, en cada ocasión, mientras su tripulación buscaba agua en vano, debió de dar gracias a su buena estrella por no haber quedado abandonado en una de ellas.

Cuando Selkirk regresó a Escocia en 1711, con Rogers y Dampier, disfrutó de un breve periodo de celebridad. Su asombrosa aventura fue objeto de un brillante ensayo de Richard Steele en *The Englishman*, y atrajo la atención de otros autores menos famosos. Después de tener su minuto de gloria y de caer en el olvido, volvió al mar, y murió en 1721 frente a las costas de África. Poco antes de su muerte, Daniel Defoe le había conferido la inmortalidad literaria al convertir su experiencia en la base de *Robinson Crusoe*, novela que

los editores aún califican como "la mayor historia de aventuras del mundo".

La circunstancia que encendió la imaginación de Defoe parece haber sido la publicación de una reedición del diario de Woodes Rogers, que tuvo un éxito muy considerable, al igual que los libros de Dampier. Al darse cuenta de que los relatos de viajes estaban de moda, Defoe, uno de los grandes periodistas de todos los tiempos, decidió sacar provecho de su popularidad y, como escritor profesional, contar una historia mucho mejor. Saqueó los diarios de los bucaneros con el mismo entusiasmo con el que ellos habían saqueado a los españoles, tomando todo lo que encontró útil en las narraciones de Dampier, Rogers y los demás, y posiblemente algunas notas inéditas del propio Selkirk. Cualquiera que lea tanto los diarios como la novela quedará sorprendido por la liberalidad de Defoe.

La imaginación del escritor amplió y bordó las sencillas historias de los bucaneros, entretejiendo sus diversos relatos en un nuevo e ingenioso patrón. Cambió a su héroe de pirata abandonado a respetable comerciante náufrago, alteró la posición de la isla, amplió el período de exilio de Selkirk a veintiocho años y, finalmente, le dio a Viernes como compañero. Selkirk estuvo, por supuesto, completamente solo. No cabe duda de que Defoe tomó la idea de Viernes del *New Voyage* de Dampier, en el que describe cómo, en 1684, él y sus camaradas piratas rescataron a un indio Misquito llamado William, que había sido abandonado por accidente en Juan

Fernández. Esta historia no atrajo tanta atención como la de Selkirk; aunque William demostró igual ingenio, sus aventuras tuvieron menos interés porque era un aborigen americano, un "salvaje". Lo que fascinaba al público era el impacto de las tierras salvajes y de una vida de soledad en un hombre civilizado, un ser humano como ellos, y esto Defoe se lo proporcionó en buena medida.

Después de desarrollar ampliamente ese tópico, Defoe, siempre reacio a dejar una buena historia sin contar, introdujo el tema secundario de Viernes y la relación de dos o más hombres que viven fuera de la sociedad organizada y del alcance de la ley. Ese era el problema que más tarde iba a complicar el asentamiento en las Galápagos, con su tiranía, violencia y derramamiento de sangre. Sin embargo, Defoe eludió el inconveniente al hacer que el bárbaro Viernes fuese totalmente sumiso. Su primer acto fue postrarse y colocar el pie de Crusoe sobre su cabeza; la primera palabra que Crusoe enseñó a pronunciar a Viernes fue "amo". ¡Así simplificada, su relación presentaba pocas dificultades! (Para ser justos con Defoe, trató la rivalidad y el conflicto en la segunda y menos exitosa parte de su novela, publicada en fecha posterior).

Robinson Crusoe está lleno de joyitas extraídas de los diarios de los bucaneros. El relato fue magníficamente narrado por un maestro de la prosa inglesa, pero no estuvo bien que Defoe hablara despectivamente de los hombres a los que debía tanto, y es difícil perdonarle la burla de que "un muy buen marinero puede ser un

autor muy indiferente". Obviamente, Defoe era mucho mejor escritor, y *Robinson Crusoe* marcó un hito en la historia de la literatura. No sólo influyó poderosamente en el desarrollo de la novela inglesa, sino que creó un nuevo género literario, tan único como los thrillers de hoy. Traducida a varios idiomas, inspiró a decenas de imitadores, sobre todo en Alemania, donde esas historias de islas desiertas se conocieron como *Robinsonaden*. Se trataba en gran medida de literatura de evasión, surgida del deseo de "escapar de todo". Pero también había una inquietud, no muy distinta de la de nuestros días, cuando cada vez más gente quiere visitar lugares lejanos o, al menos, verlos por televisión. Independientemente de lo que hicieran los bucaneros, sus relatos ampliaron la mente del público y lo hicieron, como nunca antes, consciente de la existencia de tierras lejanas, pueblos extraños, y animales y plantas curiosos. Los propios bucaneros tenían bastante del espíritu inquieto e inquisitivo de su época, y entre los motivos que impulsaban a los mejores de ellos a embarcarse en viajes peligrosos, con muchas posibilidades de morir en el camino, estaba sin duda el atractivo de los mares inexplorados y las tierras desconocidas.

Si se nos permite violar un poco la cronología, éste podría parecer el lugar más conveniente para considerar otro "Robinson Crusoe", cuya historia contrasta bastante con la de Alexander Selkirk. No sabemos nada sobre los orígenes de Patrick Watkins, ni acerca de su final. Era un irlandés que, al parecer, llegó a las Galápagos hacia finales del siglo XVIII, discutió con su capitán y abandonó el barco

para convertirse en el primer colono de las islas. Según el gráfico relato del capitán Porter, un brillante oficial de la joven marina estadounidense, se estableció en Charles, donde "se construyó una mísera choza en un valle que contenía unos dos acres de tierra apta para el cultivo, y quizá el único lugar de la isla que ofrece humedad suficiente para ello". Allí consiguió cultivar patatas y calabazas en cantidades considerables, que generalmente cambiaba por ron o vendía por dinero. El aspecto de este hombre, según los relatos de él que han sobrevivido, era el más espantoso que pueda imaginarse; ropas harapientas y cubiertas de alimañas; pelo y barba rojas y enmarañadas; piel muy quemada por la constante exposición al sol; y tan salvaje en sus maneras y en su aspecto, que horrorizaba a todo el mundo. Durante varios años, ese desdichado ser vivió solo en ese paraje desolado, sin otro deseo aparente que el de procurarse ron en cantidades suficientes para mantenerse embriagado; en esos momentos se le encontraba en un estado de perfecta insensibilidad, revolcándose entre las rocas. Parecía estar reducido al grado más bajo del que es capaz la naturaleza humana, y no parecía tener ningún deseo diferente al de las tortugas y otros animales de la isla, excepto el de emborracharse".

Las tortugas llevaban milenios en la isla y estaban adaptadas a sus condiciones peculiarmente duras. A los hombres les costó más acoplarse. Las cualidades mentales de Alexander Selkirk eran escasas, pero acabó acostumbrándose a su entorno. En cierto modo, su calvario fue más duro que el de Patrick Watkins, en el sentido de

que su aislamiento fue absoluto, mientras que Patrick no estuvo totalmente privado del contacto con sus semejantes. Por otra parte, Selkirk no tenía el problema de adaptarse al contacto con otros seres humanos en condiciones anormales; no había nadie que pudiera intentar dominarle o a quien él pudiera desear dominar. Defoe sorteó esta dificultad con su Crusoe de ficción haciendo de Viernes un sirviente humilde y dispuesto; pero puede que no sea del todo irrelevante que cuando, tras la guerra de 1914-1918, unos cuantos europeos, ansiosos por "alejarse de todo", se establecieron en la isla de Patrick, fueran menos infelices al no tener contacto con sus vecinos.

De un modo u otro, Patrick se hizo con un mosquete y lo utilizó para secuestrar a un negro que había desembarcado de un barco estadounidense. Su intención era utilizarlo como esclavo, pero el negro eligió un momento oportuno para dominar a Patrick. El capitán de un barco contrabandista británico, que casualmente estaba anclado allí, condenó a Patrick al castigo, posiblemente único, de ser azotado el mismo día a bordo de un barco estadounidense y de uno británico. Aunque esto le valió para entrar en el Libro Guinness de los Récords, no parece haber mejorado su carácter. El ingenioso Patrick se limitó a cambiar de táctica. En lugar del mosquete, que le había sido confiscado, utilizó ron; emborrachó hasta la insensibilidad a algunos marineros y los escondió en su desierto rocoso para que no pudieran ser encontrados y sus barcos tuvieran que zarpar sin ellos. "Cuando, al verse totalmente

dependientes de él", escribe el capitán Porter, "se alistaron voluntariamente bajo sus estandartes, se convirtieron en sus esclavos, y él en el más absoluto de los tiranos. Por estos medios aumentó el número a cinco".

A su debido tiempo, mediante un ardid, Patrick y su banda se las ingeniaron para robar un barco cuando un buque visitante envió un grupo a tierra a comprarle verduras. En su choza se encontró la siguiente carta:

Señor, he solicitado en repetidas ocasiones a los capitanes de los barcos que me vendan una embarcación o que me saquen de este lugar, pero en todos los casos he recibido una negativa. Se me presentó la oportunidad de hacerme con uno y la aproveché. Llevo mucho tiempo esforzándome, trabajando duro y sufriendo, para acumular los medios que me permitan vivir cómodamente, pero en diferentes ocasiones he sido robado y maltratado, y en la última ocasión, por el capitán Paddock, cuya conducta al castigarme y robarme unos quinientos dólares en efectivo y otros artículos, no concuerda con los principios que profesa ni es como su lustroso pelaje haría esperar.

Zarpo de las Islas Encantadas en el *Black Prince*, rumbo a las Marquesas.

Nota: No maten a la gallina vieja; ahora está clueca y pronto tendrá pollitos.

[Firmado] Fatherless Oberlus

Poco sabemos del brutal capitán Paddock, salvo que pertenecía a la Society of Friends, y menos aún de por qué Patrick Watkins se dio a sí mismo el peculiar nombre de Oberlus. Lo que sí sabemos es que Patrick y su pequeña banda nunca navegaron a las lejanas islas Marquesas, sino que se dirigieron en dirección contraria: a Guayaquil, en tierra firme. Lo que ocurrió en ese viaje de seiscientas millas es otra laguna exasperante en nuestro conocimiento; lo cierto es que Patrick estaba solo en el barco cuando llegó. ¿Murieron los demás de una terrible sed a la que sólo el alcohólico irlandés podía sobrevivir, o los empujó por la borda cuando el barril de agua empezó a vaciarse? Una mente fértil puede imaginar soluciones aún más desagradables al misterio. Se dice que Patrick encontró a una dama en Perú, con cuya ayuda esperaba poblar las Galápagos, pero nunca regresó, y su rastro se pierde en una oscura cárcel peruana.

Patrick Watkins fue el primer colono, pero no fue en absoluto el modelo de los que le siguieron; de hecho, nunca hubo un colono galapagueño típico, ya que las sucesivas oleadas de colonizadores tenían muy poco en común: unos buscaban beneficios, otros intentaban escapar de un mundo que les desagradaba, otros simplemente eran arrojados allí contra su voluntad. Pero la miserable

historia de Patrick fue un anticipo de los horrores que se avecinaban durante los largos años en que los colonos vivieron prácticamente al margen de la ley, como los piratas antes que ellos.

Capítulo VIII

EL CAPITÁN COLNETT Y EL CAPITÁN PORTER

Los que descienden al mar en naves, Y hacen negocio
en las muchas aguas, Ellos han visto las obras de
Jehová, Y sus maravillas en las profundidades.

Salmo CVII.

Las Galápagos disfrutaron de un periodo de relativa tranquilidad durante la mayor parte del siglo XVIII, pero durante la época napoleónica llegaron a la zona tanto la Armada Real británica como la Marina de los Estados Unidos. Dos distinguidos oficiales navales, el capitán Colnett y el capitán Porter, realizaron largas y fructíferas visitas; fructíferas, entiéndase, desde sus particulares puntos de vista. Sus propósitos eran muy diferentes, aunque podría decirse que la caza de ballenas proporcionaba un vínculo entre ellos: pero Colnett cazaba ballenas y Porter, balleneros. Entre ambos causaron un daño irreparable a las Galápagos: uno por animar a los balleneros a ir allí y el otro por introducir cabras. Ninguno de los dos tuvo la culpa, en el sentido de que ninguno pudo prever las consecuencias de sus actos

y, en cualquier caso, parece justo decir que, si nunca hubieran ido a las islas, otras personas habrían hecho lo mismo antes de que hubieran pasado muchos años. No había entonces ecologistas que lanzaran advertencias; nadie pensaba en esas cosas.

Tras la Guerra de Sucesión española, la piratería fue desapareciendo a lo largo de la costa del Pacífico. Hubo actos de piratería ocasionales durante las guerras de liberación hispanoamericanas, e incluso más tarde, en los que las Galápagos volvieron a verse implicadas, pero dejaron de ser guaridas habituales de piratas y corsarios británicos. Sin embargo, como demuestra la historia de Patrick Watkins, para finales de siglo los barcos de varias naciones utilizaban las islas con frecuencia. La piratería dio paso al contrabando, y los contrabandistas, a su vez, encontraron en el archipiélago una base útil para carenar sus barcos y abastecerse de carne fresca de tortuga. Para entonces, los navegantes conocían mejor algunas de las islas y sabían dónde encontrar una buena playa o un buen fondeadero, aunque el suministro de agua seguía siendo problemático.

Las condiciones y actitudes en el continente habían cambiado mucho. El gobierno español seguía insistiendo en su monopolio del comercio con las colonias, pero los colonos se mostraban cada vez más preocupados por las restricciones y estaban ansiosos por comprar a los británicos y a otros comerciantes extranjeros productos que no podían obtener de España o a precios tan favorables. Las autoridades locales solían ver el tráfico con tolerancia,

por lo que el contrabando floreció. Los barcos que hacían escala en las Galápagos, todavía convenientemente alejadas de la autoridad efectiva de la corona española, seguían cobrándose su tributo de bestias y aves, pero, salvo en zonas limitadas, probablemente no a un ritmo que excediera en gran medida el poder de la naturaleza para reponerse. Pero hacia finales de siglo se produjo un acontecimiento siniestro: empezaron a llegar los balleneros.

La gran corriente de Humboldt recorre la costa oeste de Sudamérica desde las proximidades de los campos de hielo antárticos hasta que, al acercarse al ecuador, se desvía hacia las Galápagos. Sus aguas son frías, pero extraordinariamente ricas en minerales, materia vegetal y diminuta vida animal. Esto, a su vez, da sustento a una densa población de peces y aves y, antaño, también a un gran número de ballenas. Los bucaneros Dampier y Cowley fueron los primeros en informar a Europa de la abundancia de ballenas en varias partes de los Mares del Sur. El segundo escribió que "también vimos una innumerable compañía de focas, con abundancia de grandes ballenas, habiendo más de estas en los Mares del Sur, como puedo decir, cien a uno de lo que tenemos al norte de nosotros". Casi un siglo más tarde, se recibió información mucho más completa del capitán James Cook (el gran explorador, sin conexión con el capitán Cook del navío pirata *Batchelor's Delight*). En el siglo XVIII, estos informes cobraron cada vez más interés para la industria ballenera, ya que las capturas en el hemisferio norte disminuían constantemente debido a la sobrepesca.

Para los balleneros del norte, el océano Pacífico era una región completamente desconocida y llena de extraños peligros, reales o imaginarios, pero las historias de los exploradores que se iban filtrando tentaban a los más atrevidos a intentar conseguir ricos botines en esas aguas lejanas. Los duros pioneros partieron de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, pero eran pocos, en gran parte debido al tradicional temor a una acogida hostil por parte de los españoles. En 1790, la firma londinense Enderby & Sons, la principal compañía ballenera británica, se dirigió a su gobierno solicitando copias impresas de un tratado recientemente firmado con España, que permitía a los barcos en apuros hacer escala en los puertos españoles de los Mares del Sur. Se instaba a que se imprimieran tanto en latín como en inglés para que pudieran presentarse a las autoridades españolas como prueba del nuevo acuerdo, porque "en la actualidad, no hemos sido capaces de persuadir a más de dos de nuestros capitanes para que den la vuelta al cabo de Hornos, ya que temen que si sufren algún accidente o sus tripulaciones enferman y les falta agua, o si entran en algún puerto español, serán convertidos en esclavos de por vida".

Dos años más tarde, el Almirantazgo británico, siempre ansioso por promover el comercio marítimo, prestó al capitán James Colnett a Enderby & Sons y le vendió el *H.M.S. Rattler*, con el propósito de investigar las posibilidades y recopilar información que pudiera ser de valor para la industria ballenera. Las instrucciones de Colnett se resumen en el largo y pesado, pero entonces a la moda, título del

libro que publicó sobre su misión en 1798: *A Voyage to the South Atlantic and around Cape Horn into the Pacific Ocean for the purpose of extending the Spermacetic Whaling Fisheries and other objects of commerce, by ascertaining the Ports, Bays, Harbours and Anchoring Births, in certain Islands and Coasts in those seas at which ships of the British merchants might be fitted.*

"Sabido que era un objetivo de la Junta del Almirantazgo que yo visitara las islas Gallipagos", el capitán Colnett informó que pasó allí un tiempo considerable. Mejoró el mapa de Cowley y dio nuevos nombres a algunas de las islas. A una de ellas la bautizó con el nombre del conde de Chatham, y a otras con los de los almirantes Hood, Barrington, Duncan y Jarvis; todos ellos se siguen utilizando en la actualidad. Para el lector moderno, menos interesado que los mercaderes del siglo XVIII en las posibilidades de desplazamiento de los barcos, el pasaje más sorprendente de su relato es esta referencia a las ballenas: "También he visto ballenas que venían del mar y pasaban desde el amanecer hasta la noche en una larga fila, como si tuvieran prisa por llegar a las Gallipagos". Hoy en día, cuando quedan tan pocas ballenas en los mares, parece poco creíble que tales vistas fueran posibles. Colnett no sólo se preocupó por las ballenas, sino también por la idoneidad de las Galápagos para los barcos balleneros; informó favorablemente sobre ellas como lugar "apropiado en todos los aspectos para el avituallamiento o alivio de las tripulaciones después de un largo y tedioso viaje", a pesar del

problema del agua y de que "el manantial de los bucaneros está completamente seco".

Alentados por el informe de Colnett, los balleneros invadieron el Pacífico en número creciente y las visitas a las Galápagos para llenar sus bodegas de tortugas se hicieron habituales. O así fue hasta que la guerra que estalló en 1812 entre Gran Bretaña y Estados Unidos puso fin bruscamente a la industria, o al menos a la parte británica de ella. El capitán David Porter, a bordo del *U.S.S. Essex*, una fragata de 860 toneladas y 32 cañones, cruzó el cabo de Hornos para hostigar a la flota británica. Había unas dos docenas de balleneros británicos faenando allí, pero ningún buque de guerra. Desde el punto de vista militar, los balleneros eran presa fácil para el capitán Porter; su problema, en aquellos días de navegación a vela, era cómo encontrar pequeñas embarcaciones de crucero en la inmensidad del Pacífico. Entonces se enteró, por los balleneros americanos, de una curiosa institución; de hecho, era la única existente entonces en las Galápagos, deshabitadas desde la partida de Patrick Watkins. Se trataba de una "oficina de correos" en isla Charles. No era oficial y consistía en un barril atado a un árbol. Los viajes de los balleneros podían durar hasta cinco años, por lo que los marineros que partían dejaban cartas para sus familias, que eran recogidas y entregadas por los barcos que regresaban a casa; además, el capitán de un barco podía comunicarse con otro.

Esta oficina de correos privada y sin supervisión (que sigue existiendo hoy en día) era respetada porque satisfacía una necesidad real. En particular, la necesidad del capitán Porter, que quería información sobre los movimientos de los barcos balleneros británicos. Y allí estaba todo, esperándole, convenientemente recogido en un solo barril. Con esa información logró capturar doce balleneros británicos, la mitad de la flota que entonces estaba en el Pacífico, y expulsó al resto de ese océano. Al hacerlo, creó un nuevo problema para sí mismo: cómo encontrar suficientes hombres para tomar el mando de sus botines sin agotar la tripulación del *U.S.S. Essex* más allá de lo soportable. Incluso el capellán del barco y el médico fueron puestos al mando de los buques capturados, por no hablar de un guardiamarina de doce años, David Farragut, que puso así el pie en la escalera que subiría hasta convertirse en el primer almirante de pleno derecho de la Marina estadounidense. Por lo tanto, fue una doble tragedia para Porter cuando su teniente, John S. Cowan, murió en un duelo con el teniente Gamble de la Infantería de Marina por unas palabras pronunciadas precipitadamente. Este prometedor oficial, de veintiún años, fue enterrado en isla James. Las playas de las Galápagos han sido escenario de muchas muertes repentinas, pero éste es el único caso conocido de duelo formal.

David Porter era un hombre con muchas facetas. Además de ser uno de los más exitosos asaltantes comerciales de la historia, escribió, como los bucaneros que le precedieron, un libro fascinante sobre sus

aventuras en las Galápagos y sus alrededores. Cabe preguntarse si es el aislamiento de la vida en el mar o el hábito profesional de llevar un cuaderno de bitácora lo que inclina a los marinos a escribir tan buenos diarios. A pesar de las tensiones de la guerra, el relato de Porter sobre sus meses en las Galápagos no se limitó en absoluto a las operaciones reales. Observó y registró una asombrosa variedad de fenómenos naturales. Como él mismo dijo en una ocasión: "A pesar del gran interés que sentía por la crítica situación de mis botines, así como el que todo oficial debe sentir cuando persigue al enemigo, no pude dejar de observar las operaciones de la naturaleza en el lado sur de Narborough, que parecía haber sufrido grandes cambios desde nuestra última visita por las violentas erupciones de sus volcanes; y en ese momento había no menos de cuatro cráteres humeantes en esa isla. Debería haber mencionado antes, que pocas horas después de dejar isla Charles, un volcán estalló con gran furia en su centro, lo que naturalmente llevaría a creer en una comunicación submarina entre ellos".

El capitán Porter escribió extensamente sobre sus problemas más acuciantes: el agua y el escorbuto. Para el escorbuto, descubrió que se podía obtener cierto alivio masticando higos chumbos; el jugo de ese fruto, escribió, "cuando se guisaba con azúcar, hacía un jarabe delicioso, mientras que sus cáscaras proporcionaban una conserva excelente, con la que hacíamos pasteles, tartas, etc.". El agua, o la falta de ella, seguía siendo una preocupación constante, como lo había sido para casi todos los marinos desde el obispo Berlanga.

Porter realizó un estudio de los puntos de suministro mucho más exhaustivo que cualquiera de sus predecesores, y dedicó páginas enteras a evaluar las fuentes temporales y las más permanentes. Pero rara vez había suficientes para sus necesidades en cualquiera de las islas en las que permaneció.

El *Essex* y su tripulación dependían en gran medida de las continuas capturas de buques británicos; aunque encontraban tortugas en abundancia (en una ocasión cargaron casi quinientas), necesitaban constantemente otros suministros. Los balleneros británicos, bien equipados y aprovisionados para cruceros de tres años o más, satisfacían esa necesidad. El capitán Porter se abastecía generosamente de cuerdas, lona, alquitrán, pintura y alimentos, aunque, lamentablemente, en una ocasión dos barriles de delicioso ron jamaicano provocaron una breve ruptura de la disciplina. Una idea de la gravedad del problema del agua la da el hecho de que Porter advirtiera a otros capitanes que se aprovisionaran bien antes de visitar las Galápagos, "ya que podrían no ser tan afortunados como yo al capturar barcos con una gran cantidad a bordo, la cual, aunque estaba contenida en los barriles aceitosos de un barco ballenero y no tenía un sabor ni un olor agradables, sino que, por el contrario, producía náuseas cuando se bebía, era considerada como la parte más valiosa de nuestro botín". Para asegurarse un flujo constante de barcos capturados, el capitán Porter utilizó todas las estratagemas de la guerra en el mar. Cambiaba constantemente la apariencia del *Essex* pintándolo de diferentes colores y

construyéndole estructuras falsas, para que los balleneros británicos pensaran que se trataba de un mercante y no de un navío de guerra, una estratagema que la Marina alemana utilizó en nuestro propio siglo.

Durante sus búsquedas de agua, Porter también tomó nota de la fauna. "En esta parte de la isla abundan las tortugas, que frecuentan los manantiales por el agua, y volteamos más de treinta cuando bajaron a beber durante el poco tiempo que permanecimos allí, que no fue más de hora y media. Pero sólo pudimos bajar a una. Su peso era exactamente de ciento noventa y siete libras, pero estaba lejos de ser considerada de gran tamaño". Porter fue el primero en notar (o al menos el primero en registrar) que las tortugas no eran todas de la misma raza, sino que diferían considerablemente de una isla a otra, un hecho que más tarde sería de gran importancia científica. No dejaba de asombrarle la riqueza de la vida a lo largo de la costa. "Las rocas estaban cubiertas por todas partes de focas, pingüinos, [i]guanas y pelícanos, y el mar estaba lleno de tortugas verdes, que habríamos podido capturar con suma facilidad si hubiéramos podido subirlas a la barca, pues a veces remábamos contra ellas sin que hicieran ningún esfuerzo por apartarse de nuestro camino. Multitudes de enormes tiburones nadaban a nuestro alrededor y de vez en cuando nos causaban no poca inquietud, por la ferocidad con la que se acercaban al bote y mordían nuestros remos. Pero nos protegíamos tanto como podíamos contra el peligro, clavándoles picas de abordaje cuando se acercaban".

Otras criaturas eran menos agresivas. "Las palomas propias de estas islas, de pequeño tamaño y hermoso plumaje, eran muy numerosas y proporcionaban gran diversión a la parte más joven de la tripulación, que las mataban con palos y piedras, lo que no era difícil, ya que eran muy mansas". El capitán Porter describe este deporte sin ningún atisbo de desaprobación. Era un hombre de su tiempo, y de ninguna manera un inhumano, según sus estándares. Veinte años más tarde, en esa misma parte del mundo, Charles Darwin, que se había divertido más cazando perdices que la mayoría de aquellos muchachos, renunció a matar por deporte; pero Darwin se adelantó a su tiempo en ese y otros aspectos.

Los jóvenes marineros de Porter apenas si pudieron causar daños duraderos a la población de aves; sin duda, en un par de años las palomas volvieron a su número original. Curiosamente, fue el propio capitán el responsable involuntario de un daño mucho más permanente a la flora y la fauna autóctonas de las Galápagos, y todo porque su educación naval, aunque obviamente sólida en la mayoría de los aspectos, no le había proporcionado una comprensión suficiente de la mentalidad de las cabras. Cuenta que desembarcó un macho y tres hembras para que pastaran en isla James. Como eran mansas, no se molestó en hacerlas atar, y se sorprendió cuando desaparecieron. Las partidas de búsqueda pasaron varios días intentando dar con ellas, infructuosamente.

El capitán Porter aceptó la pérdida con bastante filosofía, añadiendo que "los futuros navegantes tal vez puedan obtener aquí un abundante suministro de carne de cabra; ya que sin ser molestadas ... es probable que su aumento sea rápido". Su complacencia es comprensible; difícilmente podía prever la destrucción que causarían las cabras entre la escasa vegetación, de la cual dependía la singular fauna autóctona. En cualquier caso, ni siquiera es seguro que las cabras de Porter fueran las primeras en ser introducidas. Había muchas en Juan Fernández, y los bucaneros fácilmente podrían haber llevado algunas a las Galápagos y haberlas liberado deliberadamente como fuente de carne para futuras visitas, del mismo modo que dejaban alijos de harina y otras provisiones. También se dice que las autoridades españolas del continente introdujeron perros con la esperanza de que acabaran con las cabras de los bucaneros. En general, parece más probable que estas historias se refieran a Juan Fernández, donde abundaban las cabras, pero no las tortugas.

Los bucaneros y otros visitantes tempranos no dejaron constancia de la presencia de cabras en las Galápagos, ya que consideraban que las tortugas ofrecían una carne más tierna que las atléticas cabras y eran mucho más fáciles de capturar. Lo cierto es que las ratas, gatos, cerdos, perros y burros que el hombre introdujo, intencionadamente o no, son hoy una amenaza mayor para la vida indígena de las Galápagos que el propio ser humano. Y lo lamentable es que, incluso ahora, cuando disponemos de los conocimientos de los que carecía

David Porter, los hombres siguen soltando cabras deliberadamente en islas hasta ahora libres de ellas.

El capitán Porter continuó su exitosa carrera como asaltante comercial durante varios meses. Necesitó de todo su ingenio no sólo para capturar barcos enemigos, sino también para mantener su propio barco y su tripulación tan lejos de su base. Finalmente, su agujereada embarcación tuvo que abandonar las Galápagos. El cobre se desprendía de su fondo y estaba plagada de ratas, que destrozaban la comida y la ropa e incluso roían los vitales barriles de agua. Para llevar a cabo las reparaciones y la limpieza necesarias, el *Essex* navegó 3.000 millas hasta las islas Marquesas. Al regresar a Sudamérica, Porter descubrió que los buques de guerra británicos habían entrado en el Pacífico; de hecho, el *Essex* fue capturado en Valparaíso por el *H.M.S. Phoebus*.

El capitán Porter fue puesto en libertad condicional y se le permitió regresar a Nueva York en uno de sus barcos. Era un hombre de gran determinación e independencia mental, y no es de extrañar que en ocasiones se encontrara en desacuerdo con sus superiores en rango. Se dice que se anexionó las Galápagos; de ser así, fue un acto de escasa trascendencia histórica, ya que nunca fue ratificado por el gobierno de los Estados Unidos. Porter ciertamente tomó posesión formal de las Marquesas mediante un tratado con los amistosos nativos. Lo hizo sin autorización alguna, y su acción fue repudiada, al negarse el Senado estadounidense a ratificar dicho tratado. Las

Galápagos seguían siendo, al menos nominalmente, una posesión española, y no era reclamada por ningún otro país.

David Porter volvió a tener problemas por un incidente en Puerto Rico en 1824, cuando fue acusado de nuevo de excederse en su autoridad. Un consejo de guerra lo suspendió durante seis meses, tras lo cual dimitió de la Marina estadounidense. Más tarde organizó y comandó la naciente Armada de México y la condujo a la victoria en la guerra de independencia de España. Quizá lo más extraño de su carrera fue su final. Reconciliado con su gobierno, que tardíamente se había formado una mejor opinión de sus servicios pasados, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Constantinopla. Fue una extraña elección.

Capítulo IX

EL VIAJE DEL *BEAGLE*

...yearning in desire
To follow knowledge, like a sinking star,
Beyond the utmost bound of human thought.

Alfred Tennyson.

Charles Darwin llegó a las Galápagos a bordo del navío de Su Majestad, el *Beagle*, en 1835, justo trescientos años después del obispo Berlanga. Esta es la fecha más importante en la historia de las islas; también es una fecha muy significativa en la historia del pensamiento humano porque, cuando Darwin se fue, en su mente había comenzado a echar raíces la semilla de una idea, que creció hasta convertirse en su teoría de la evolución y dio al ser humano una nueva concepción de cómo se desarrolló la vida en nuestro planeta. En 1935 se erigió un monumento en su honor en las Galápagos para conmemorar el centenario de su visita. El busto muestra a Darwin como un sabio anciano: el inválido que fue durante mucho tiempo un ermitaño en Downe House, en Kent. Es difícil reconocer bajo la gran barba ondulada al joven vigoroso y de

rostro fresco que bajó del *Beagle*; el que acababa de galopar cientos de millas por la salvaje pampa argentina, había desafiado el hielo y los vendavales de Tierra de Fuego, y cruzado los altos Andes por el arduo y peligroso paso del Portillo.

Nadie se habría sorprendido más que el joven Darwin, mientras se encaramaba al quebrado campo de lava basáltica negra, si le hubieran dicho que aquél era el momento decisivo de su vida o que su visita iba a marcar un punto de inflexión en la historia de la ciencia. Durante los últimos tres años y medio había viajado mucho en el pequeño *Beagle* y había visitado gran parte de Sudamérica. Gracias a sus grandes esfuerzos físicos cuando estaba en tierra, pocos viajeros de su época habían visto tanto del interior del vasto continente, y aún menos lo habían observado con un ojo tan agudo. Después del esplendor de los Andes, la isla Chatham debió de resultarle un poco decepcionante. Como él mismo comentó, "la primera impresión que causa el terreno tiene poco o nada de agradable". El paisaje reseco, el mediodía tan caluroso como el vaho de una estufa, y el matorral desnudo y tostado por el sol ofrecían poco aliento a Darwin en sus esfuerzos por recolectar plantas; no encontró más que unas pocas "hierbas de ruin aspecto, más bien pertenecientes a la ártica que a la flora ecuatorial". Desde un punto contó sesenta cráteres pequeños, negros y cónicos, ninguno de los cuales se elevaba más de cien pies por encima de la llanura de lava. "A causa de la forma regular de los muchos cráteres, el terreno presentaba un aspecto artificial, que me

recordó, por su vivo parecido, las partes de Staffordshire donde más abundan las grandes fundiciones de hierro".

El camino era duro incluso para un joven tan enérgico, pero él siguió adelante, trepando por las grandes fisuras, con la lava caliente resonando bajo sus botas como si pisara planchas de hierro. De pronto, sus esfuerzos se vieron recompensados por lo que él llamó un "extraño paisaje ciclópeo". Se encontró con dos tortugas que pesaban al menos doscientos kilos cada una, no muy grandes para los estándares de las Galápagos, pero enormes para el joven naturalista, que las veía por primera vez. "Una de ellas estaba comiendo un trozo de cactus, y al acercarme me miró y se alejó lentamente; la otra lanzó un fuerte rugido súbitamente, y metió la cabeza debajo del caparazón. Estos enormes reptiles, rodeados de negra lava; los arbustos sin hojas y los grandes cactus, me transportaron con la imaginación a un paisaje antediluviano. Las pocas aves de obscuro plumaje no hicieron más caso de mí que el que habían hecho las grandes tortugas". En las semanas siguientes, esos pinzones monótonos y estos reptiles distantes iniciaron la línea de pensamiento que dominaría la mente de Darwin durante el resto de su vida.

Cuando zarpó en el *H.M.S. Beagle* en 1831, Charles Darwin no era precisamente un joven prometedor. Es cierto que tenía un gran encanto y que sus hermanas le adoraban, pero su padre estaba francamente decepcionado y preocupado por su futuro. Se había

propuesto ser médico, como su padre y su abuelo antes que él, pero, tras dos años en la Universidad de Edimburgo, abandonó la medicina; le disgustaba la asignatura, encontraba las clases muy aburridas, y no soportaba presenciar las operaciones quirúrgicas, que debían de ser bastante sombrías en aquellos tiempos anteriores a la anestesia. Asistió a clases de zoología y geología, aunque también las encontró aburridas. Siempre le parecieron una pérdida de tiempo.

Lo mismo ocurrió cuando su padre lo envió a Cambridge con la esperanza de convertirlo en clérigo. El estudio de lo divino le aburría, y no sentía verdadera vocación por la iglesia. Sin embargo, la vida de párroco en el campo era bastante agradable y no interferiría con sus grandes placeres: cazar perdices y coleccionar todo tipo de especímenes, como flores, rocas, escarabajos y polillas. Además, de ese modo evitaría un desagradable enfrentamiento con su padre, físicamente enorme y bastante autoritario, a quien temía y amaba a la vez; en cualquier caso, no se le ocurría ninguna otra profesión que realmente quisiera seguir. Nunca parece habersele pasado por la cabeza convertirse en científico: los científicos eran académicos, y eso era lo último que él quería ser. Hasta que le ofrecieron el puesto de naturalista en el *Beagle*, nunca se pensó a sí mismo como científico, y quizá ni siquiera entonces.

Sin embargo, todo estaba allí. Desde niño le fascinaba todo lo que encontraba en los campos y bosques de los alrededores de Shrewsbury. Muchos chicos pasan por un periodo de coleccionar

huevos o mariposas, que a su debido tiempo quedan relegados a un trastero; en el caso de Darwin, la adicción se hacía más fuerte cada año. Puede que el curso de geología le pareciera estúpido, pero lo siguió. Llegó a conocer al conservador del Museo de la Universidad de Edimburgo; aprendió a disecar pájaros e incluso leyó un artículo sobre animales marinos microscópicos en la Plinian Society. En Cambridge salía regularmente a pasear con su amigo, el reverendo profesor John Henslow, que daba conferencias sobre botánica. Adam Sedgwick, profesor de geología, lo llevó a una expedición de campo por Gales. Es difícil creer que esos distinguidos hombres de ciencia hubieran llevado al joven Darwin con ellos en sus excursiones si no hubieran encontrado en él, o al menos sospechado, alguna aptitud inusual, a pesar de su abierto desprecio por los métodos académicos establecidos. Para Darwin, sin embargo, la historia natural era simplemente un pasatiempo. De un modo u otro, se licenció con un humilde aprobado y se fue alegremente a disfrutar de unas buenas vacaciones antes de dedicarse a la vida de clérigo. Bien podría haber seguido los pasos del reverendo Gilbert White de Selborne y haber escrito con encanto y discernimiento sobre las aves de su parroquia.

Entonces, todo sucedió de repente. Una carta cambió toda su vida y también la historia de la ciencia. El profesor Henslow había sido invitado a unirse al *Beagle* en una misión hidrográfica alrededor del mundo en calidad de naturalista. Henslow habría aprovechado la oportunidad, pero su esposa no estaba de acuerdo con la perspectiva

de una separación de dos o más años, que al final fueron cinco. Así que Henslow recomendó a Darwin para ocupar su puesto. La diferencia de nivel científico entre los dos hombres no necesita comentario, pero la recomendación de Henslow sugiere que veía más en el joven de lo que sus modestos logros académicos hubieran justificado o de lo que la mayoría de la gente hubiera admitido, en particular su padre. De hecho, el Dr. Darwin, sin prohibir formalmente la aventura, dejó muy claro que desaprobaba que su hijo pasara los años siguientes cazando bichos en lugar de establecerse en su nueva carrera.

Charles declinó la invitación por escrito y se fue a cazar perdices a casa de su tío, Josiah Wedgwood, de la famosa familia de alfareros. Su tío tuvo una opinión muy diferente de la oferta. Metió a Charles en su carruaje y juntos regresaron a Shrewsbury para enfrentarse al formidable Dr. Darwin. Parece que ganaron más fácilmente de lo que ninguno de los dos esperaba. El padre consintió y, como el puesto no estaba remunerado, accedió a mantener la asignación de Charles mientras durase el viaje. Charles escribió al día siguiente anulando su negativa y pidiendo a Hensley que presentara su nombre.

El siguiente obstáculo era el capitán del *Beagle*, Robert FitzRoy, de quien dependía por completo el nombramiento. ¿Por qué elegir a Charles Darwin? Obviamente no por sus logros académicos o científicos; había al menos otro candidato que era un naturalista de

cierto prestigio. Su juventud —tenía veintidós años— fue quizás un factor inesperado a su favor, ya que el propio FitzRoy no era mucho mayor; se había labrado una reputación como hidrógrafo y había asumido el mando del *Beagle* en un viaje anterior, cuando sólo tenía veintitrés años, por lo que el entusiasmo juvenil de Darwin le habría atraído. Más importante, quizá, era la intención de Charles de convertirse en clérigo.

FitzRoy era un hombre profundamente religioso, con una marcada inclinación por la labor misionera. Aceptaba literalmente y sin concesiones cada palabra de la Biblia, y bien podía esperar, por irónico que pueda parecer en retrospectiva, que ese párroco en ciernes aficionado a la historia natural encontrara algunas pruebas convincentes de la verdad del libro del Génesis. Esa debió ser una de las razones de su ataque furioso a Darwin tras la publicación de su teoría de la evolución. No hubo engaño por parte de Darwin porque, en aquel momento, no había empezado a dudar de que el mundo hubiera sido creado en seis días en el año 4004 a.C. Sin embargo, el factor decisivo debió de ser que Charles era un joven encantador. Después de todo, el capitán FitzRoy sabía que él y su naturalista estarían encerrados durante varios años en el estrecho camarote que iban a compartir en el *Beagle*, de 235 toneladas, y que, si no se llevaban bien, la vida sería muy penosa. A pesar de algunas rencillas, al final del viaje se llevaron bien.

Si el *H.M.S. Beagle* hubiera ido directamente desde Plymouth a las Galápagos, la visita de Darwin a las islas no habría tenido el mismo efecto en su pensamiento que luego le atribuyó. Por supuesto, habría experimentado una emoción similar: hasta el naturalista más humilde siente una emoción tras otra al abrirse paso por ese mundo extraño, tan diferente de todo lo que ha visto antes. Habría recogido muestras botánicas con el mismo ardor, trepado por los cráteres con el mismo vigor, capturado aves y examinado tortugas e iguanas con el mismo entusiasmo y asombro y con la misma agudeza de observación; pero es muy improbable que lo que vio en 1835 le hubiera planteado las mismas preguntas inquietantes si lo hubiera visto en 1831. Años más tarde anotó en su cuaderno: "Me ha impresionado mucho el carácter de los fósiles sudamericanos y las especies del archipiélago de Galápagos. Estos hechos (especialmente el último), origen de todas mis opiniones". Los años como naturalista viajero habían ampliado y profundizado enormemente la mente de Darwin. Mientras que sus estudios académicos en Edimburgo y Cambridge le habían aburrido profundamente y (¿por qué no decirlo? Su padre lo hizo) le habían convertido en un holgazán, su trabajo de campo en las selvas, a orillas del mar, en las pampas, en los desiertos y en las montañas le había impulsado a realizar proezas de valor y resistencia en busca de hechos científicos. Una y otra vez, durante sus interminables ataques de náuseas en el mar, debió de anhelar escapar de la estrecha vida en el pequeño y agitado bergantín y regresar a las comodidades del hogar; pero no lo hizo porque había encontrado un nuevo propósito en la vida. Se

podría decir que su viaje en el *Beagle* se convirtió en su verdadera universidad y le despertó un insaciable apetito de conocimiento.

Sus excitantes descubrimientos en Sudamérica le habían preparado para sus aún más excitantes experiencias en las Galápagos y habían preparado su mente para recibir el impacto de lo que iba a ver. Además, había tenido tiempo ilimitado para leer y pensar durante los interminables y lóbregos días en el mar, en la diminuta embarcación. Más tarde escribió que le parecía una lástima que los mejores hombres dedicaran tanto tiempo a sus propias investigaciones y que les quedara tan poco para leer lo que hacían y pensaban los demás: "A menudo he pensado que la Ciencia progresaría más si hubiera más lectura". Durante el viaje, un libro en particular influyó en su pensamiento: *Principles of geology*, de Sir Charles Lyell. Lyell fue uno de los padres fundadores de la ciencia moderna de la geología. Mediante la acumulación y la ponderación paciente y cautelosa de hechos, destruyó los antiguos supuestos bíblicos de la creación instantánea. Se negó a aceptar las teorías alternativas de una serie de extinciones cataclísmicas y nuevos comienzos sobrenaturales para explicar las pruebas visibles en los estratos rocosos y los restos fósiles. En su lugar, propuso el concepto de cambio lento mediante la elevación o hundimiento gradual de partes de la corteza terrestre, el desgaste de las montañas por el agua y las heladas a lo largo de millones de años, o la formación de yacimientos de carbón por la interminable acumulación de hojas caídas.

Mientras Darwin reflexionaba sobre las revolucionarias ideas de Lyell durante los largos meses en el mar, en tierra buscaba afanosamente pruebas directas de las suyas. Atrapado por un estremecedor terremoto en la costa de Chile, comprobó por sí mismo cómo puede subir o bajar el nivel de la tierra. A medida que subía más y más alto en los Andes iba encontrando, una tras otra, demostraciones visibles de los conceptos de Lyell. "En la mayor parte, tal vez en todas las partes, de la Cordillera" anotó "puede concluirse que cada línea se ha formado por repetidos levantamientos e inyecciones, y que las varias líneas paralelas son de diferentes edades. Sólo así podemos encontrar tiempo suficiente para explicar la asombrosa cantidad de erosión". Mientras acampaba junto a los torrentes rugientes, escuchando por la noche el estrépito de las piedras que el agua arrastraba sin cesar y "recordando que razas enteras de animales han desaparecido de la faz de la Tierra y que, durante todo ese tiempo, noche y día, estas piedras han seguido traqueteando en su curso", adquirió un nuevo sentido de cómo, dado un tiempo ilimitado, el cambio puede tener lugar gradual y casi imperceptiblemente. Otro descubrimiento estimulante fue el de unas conchas fósiles "que antes se arrastraban por el fondo del mar y ahora se alzan casi 14.000 pies sobre su nivel". FitzRoy pudo explicar que habían sido depositadas allí por el Diluvio, pero ahora Darwin estaba definitivamente convencido de que habían sido llevadas hasta allí por la lenta elevación de la superficie de la Tierra.

En materia de fósiles, Darwin tuvo especial suerte en Argentina, donde desenterró los huesos de toda una serie de animales prehistóricos, incrustados en una única playa de grava cerca de Bahía Blanca. Entre ellos había un perezoso gigante, una llama gigante, un armadillo gigante: animales que ya no existían. También estaba el esqueleto de una especie de caballo: cuando los españoles llegaron a América no había caballos, pero allí había pruebas de que los había habido en algún momento del pasado remoto. Darwin estaba tan perplejo como exultante por sus descubrimientos. "Ciertamente", escribió, "en la larga historia del mundo no hay un hecho tan sorprendente como el de los amplios y repetidos exterminios de sus habitantes". Sin duda, el fundamentalista capitán FitzRoy, una vez más, podía explicar fácilmente tales asuntos: esas criaturas se habían ahogado en el Diluvio porque, por alguna razón divina en la que sería presuntuoso indagar, no habían sido llevadas al Arca. Este razonamiento ya no podía satisfacer a Darwin. Ahora aceptaba la clara evidencia de que las especies se habían extinguido mucho antes de la supuesta construcción del Arca, pero ¿había empezado a considerar también la posibilidad del desarrollo de nuevas especies? Por el momento, parece que no. Tuvieron que llegar las Galápagos para dar a su mente el giro necesario en esa dirección.

Capítulo X

DARWIN EN LAS GALÁPAGOS

The archipelago is a little world within itself, or rather a satellite attached to America.

Charles Darwin.

De los cinco años que duró la vuelta al mundo del *Beagle*, Darwin pasó apenas cinco semanas en el archipiélago de Galápagos. Incluso hoy en día, los científicos se lamentan de la elevada proporción de su precioso tiempo perdido en ir de isla en isla; en los tiempos de la navegación a vela, cuando el pequeño bergantín tenía que luchar con las calmas y las caprichosas corrientes, la pérdida de tiempo productivo y la consiguiente frustración debían de ser aún mayores. Pero ¡cuánto vio Darwin en aquellas cortas semanas! Si no hubiera sido más que un naturalista entusiasta, sólo sería recordado por los especialistas; los estudiantes aún encontrarían su nombre en alguna de las muchas nuevas especies botánicas o zoológicas que descubrió y podrían —o no— detenerse a preguntar quién era Darwin. Sin embargo, como naturalista de campo, fue excepcional. Quienes hoy visitan las islas, con la ventaja de otros 135 años de investigación

científica adicionales, no pueden dejar de sentirse impresionados por el volumen, la diversidad y la penetración de sus observaciones. Desde entonces se han corregido algunos errores menores y se ha recopilado una gran cantidad de información adicional, pero el relato de Darwin en su *Voyage of the Beagle* sigue siendo una introducción muy útil a la geología, la botánica y la zoología de Galápagos.

Darwin no pudo desembarcar en la mayoría de las islas, pero consiguió pasar una semana entera acampado en isla James mientras el *Beagle* navegaba en busca de agua, y fue allí donde realizó su mejor trabajo. No era un especialista, sino un filósofo natural a la antigua usanza, y su *Origin of Species* fue una de las últimas grandes obras científicas comprensibles para un profano sin formación científica especializada. Toda la naturaleza le resultaba útil. No sólo describió el clima y la estructura geológica, sino que también nos dio detalles como que, cuando los vientos alisios fallaron, la temperatura en su tienda se mantuvo durante horas a 93°. El termómetro colocado en un poco de arena marrón subió a 137° y se detuvo allí, ya que no llegaba a una graduación mayor — por lo que no tenía sentido probarlo en la arena negra, ya que ésta estaba aún más caliente y quemaba a través de sus gruesas botas. Nos habló de sus grandes esfuerzos por recolectar insectos y de su decepción al encontrar tan pocos, pero su colección incluyó veinticinco especies de escarabajos, casi todos nuevos para la ciencia. También encontró tiempo para

hacerse con dieciséis tipos de conchas terrestres y quince de peces marinos.

Sobre los mamíferos tuvo, inevitablemente, poco que contar, ya que había muy pocos hasta que el ser humano introdujo, deliberada o accidentalmente, especies del Viejo Mundo. La flora resultó más interesante. Es cierto que la cosecha fue escasa, aunque "recolectó indiscriminadamente todo lo que florecía en las diferentes islas", pero ¡qué colección tan curiosa y sugerente! No sólo la mayoría de las especies no se encontraban en ninguna otra parte del mundo, sino que, con pocas excepciones, las especies de una isla no se encontraban en ninguna otra. Por ejemplo, había seis especies de *Scalesia*, un género de Compositae del tamaño de un árbol, y ninguna de ellas crecía en otra isla. Darwin advirtió que sus colecciones eran tan reducidas que no se debía confiar demasiado en las conclusiones que se extrajeran de ellas, y que aún quedaba mucho por hacer en la botánica de las Galápagos (sin duda estaría encantado de saber que, después de todos estos años, los botánicos siguen trabajando allí), pero las pruebas eran, como mínimo, provocativas.

Sin embargo, fueron las aves y los reptiles los que realmente cautivaron la imaginación de Darwin. Nunca había visto reptiles en tal cantidad. No había muchas especies, pero todas ellas despertaron un interés absorbente en el joven naturalista, como lo habían hecho en el obispo, los piratas y todos los demás visitantes anteriores y posteriores. Darwin, sin embargo, las abordó como un científico. En

las placas de lava y en los acantilados de la orilla tomaban el sol manadas de lagartos gigantes. Parecían versiones reducidas de dragones medievales, de un metro o metro y medio cuando estaban completamente desarrollados. Eran de color negro sucio, a juego con la lava sobre la que yacían, y tenían una cresta de espinas que les recorría el lomo desde la cabeza, llena de escamas, hasta la punta de la cola. Aquellos lagartos eran increíblemente mansos, y su aspecto feroz quedaba desmentido por su comportamiento apacible; no se les podía inducir a morder y, aunque exhalaban vapor por las fosas nasales, este estaba compuesto de agua de mar, en lugar del legendario fuego de los dragones.

Esas extrañas criaturas eran iguanas marinas, los únicos lagartos que viven en el mar. El capitán Colnett, del *Rattler*, había anotado que "salen al mar a pescar en manadas, y se asolean en las rocas", pero Darwin investigó el asunto más de cerca. Con la ayuda del cirujano del barco, el Sr. Bynoe, abrió los estómagos de varios ejemplares y descubrió que estaban llenos de algas picadas, y nada más. Los lagartos eran puramente vegetarianos, y en esas islas de tan escasa vegetación, se habían adaptado a encontrar su alimento en el fondo del mar. Nadaban con facilidad y gracia, impulsados por sus largas colas planas y el movimiento sinuoso de sus cuerpos; sus cortas patas estaban recogidas en los flancos y no entraban en juego cuando nadaban, pero sus fuertes garras eran admirablemente adecuadas para trepar por las rocas. El hecho de que eran completamente acuáticas lo demostró un marinero que trató de matar a una

hundiéndola en aguas profundas con un peso atado; cuando la sacó una hora más tarde, todavía estaba bastante activa.

Sin embargo, cuando Darwin intentó echarlas al mar, fracasó por completo: se iban a cualquier otra parte, pero no al agua, ni siquiera para evitar ser capturadas. Así que lanzó una lo más lejos que pudo, pero una y otra vez nadaba de vuelta y se arrastraba hasta la misma roca de antes. Evidentemente, no le gustaba el mar más que al propio Darwin y, como él, sólo se adentraba en él cuando era absolutamente necesario para sus fines. Llegó a la conclusión de que las iguanas no tenían enemigos en tierra, pero que a menudo eran víctimas de los tiburones en el mar, por lo que, por algún instinto hereditario, se dirigían automáticamente a la orilla cuando se asustaban, fuera cual fuera la causa de su miedo, como un niño que corre hacia su madre al otro lado de una calle peligrosa. Vivían plácidamente cerca de la costa, sin adentrarse más de unos metros y aventurándose en el agua sólo lo necesario para alimentarse. Darwin las consideraba "de aspecto horrible, estúpidas y perezosas", pero ¡qué criaturas tan fascinantes, diferentes de cualquier otra cosa en la Tierra!

Más hacia el interior, Darwin encontró otro miembro de la misma familia de lagartos, pero con hábitos muy diferentes. Así como la iguana marina había resuelto el problema de la nutrición en un terreno árido y en gran parte desértico alimentándose de algas, su prima, la iguana terrestre, se había adaptado a una dieta de cactus espinosos y de las hojas que producían los achaparrados arbustos. En

término medio, eran un poco más pequeñas, tenían la cola redonda en lugar de plana, y eran de color naranja amarillento por debajo y rojo más parduzco por encima. Este era el color de sus refugios favoritos. Les gustaba cavar madrigueras donde pasaban la noche, y ponían sus huevos en la toba blanda formada por acumulaciones de ceniza volcánica. Su método de excavación le encantó: raspaban con las dos patas izquierdas hasta que se cansaban y entonces cambiaban a las derechas. Darwin se quejaba de que, al pasar por lugares en donde había madrigueras de iguanas, el suelo estaba tan perforado por los túneles poco profundos que cedía constantemente, para fastidio del cansado caminante. En aquella época, el número de iguanas terrestres en isla James era todavía inmenso, hasta el punto de que él y su grupo tardaron mucho tiempo en encontrar un lugar libre de madrigueras en el que montar sus tiendas. Por desgracia, éste ya no es un problema que aqueje a los científicos visitantes: la raza de iguanas terrestres de James se ha extinguido. Darwin observó que sus huevos eran codiciados como alimento y que, cocinados, los lagartos producían una carne blanca "de que gustan las personas que no conocen escrúpulos en punto a manjares".

Es evidente que Darwin tenía buen ojo, pero no deja de sorprender cómo, con todo lo que recolectaba, medía y anotaba, le quedaba tiempo para observar pacientemente los hábitos de las aves y los animales. Se divertía lanzando trozos de cactus a pequeños grupos de iguanas terrestres y observando cómo se abalanzaban sobre ellos como perros hambrientos en busca de un hueso. Observó que

comían muy a conciencia, pero sin masticar. Mientras que sus parientes marinas habían aprendido a nadar, ellas habían adquirido la habilidad de trepar a los árboles en busca de comida. Ninguna de las dos especies de iguana parecía beber de manera normal, pero la una tomaba una buena cantidad de agua de mar en el curso de su alimentación submarina, mientras que la otra, que vivía en una zona árida, parecía obtener toda el agua que necesitaba de los suculentos aunque espigados cactus. Darwin se dio cuenta de que los pajarillos comprendían perfectamente que estos reptiles de aspecto feroz eran inofensivos y describió cómo observó a un pinzón picoteando un extremo de un cactus mientras una iguana mordisqueaba el otro. Incluso cuando cogió a una por la cola, nunca intentó morderle. Se rio del torpe andar de los grandes lagartos cuando se dirigían a sus madrigueras; si hubiera nacido un siglo más tarde, le habría recordado a la vista trasera del Sr. Charles Chaplin, retirándose en la distancia en el plano final de una de sus comedias.

Las tortugas gigantes le resultaron aún más fascinantes que las iguanas, y Darwin las estudió atentamente. Además, interrogó de cerca a los pocos habitantes que habían sido desterrados recientemente a isla Charles por delitos políticos o de otro tipo. Le asombró el tamaño de las tortugas: le dijeron que hacían falta hasta ocho hombres para levantar una grande. El número de tortugas seguía siendo enorme, aunque, según él, inferior al que habían declarado los bucaneros. Esto era inevitable, ya que isla Charles, al difundirse la noticia de que proveía un suministro de agua

relativamente satisfactorio, se convirtió en el fondeadero favorito de todo tipo de barcos, y Darwin oyó hablar de una fragata que había cargado doscientas tortugas en un solo día. También le contaron que, aunque la isla estaba ahora llena de cerdos y cabras salvajes, la dieta básica de los reacios habitantes era la carne de las tortugas — que, por supuesto, eran muy fáciles de capturar—, de modo que dos días de caza daban comida para una semana. Durante una excursión al interior de isla James, Darwin y su grupo se alimentaron exclusivamente de carne de tortuga, que le pareció bastante sabrosa cuando se asaba en el caparazón "como la carne con cuero de los gauchos", pero que por lo demás resultaba bastante insípida.

A las demás islas les había ido mejor, y Darwin se enteró con sorpresa de que había tortugas en la mayoría de ellas, si no en todas, incluso en las que carecían por completo de agua. Al parecer, se alimentaban de la humedad de los cactus, al igual que las iguanas terrestres. Sin embargo, en las islas más grandes, donde los volcanes centrales se elevaban y atraían la niebla o la lluvia en sus laderas superiores, a las tortugas les encantaba el agua. Cuando disponían de ella, bebían grandes cantidades y se revolcaban durante horas en el barro. A Darwin le extrañaban los senderos trillados que ascendían por la montaña, hasta que descubrió que eran las rutas por las que las tortugas viajaban desde las tierras bajas, totalmente secas, para saciar su enorme sed. "Cerca de las fuentes", escribió, "era un espectáculo curioso contemplar a los enormes quelonios avanzando unos con el

cuello extendido y regresando otros después de haber ingerido su ración de agua".

Darwin calculó la velocidad de las tortugas en esas largas caminatas, durante las cuales se arrastraban noche y día con un propósito invariable. Cronometró una a lo largo de sesenta metros; tardó diez minutos, o sea, unas cuatro millas al día, dejando pocos descansos para comer en el camino.

Darwin también dio algunos detalles más íntimos. Supuso que la vejiga de la tortuga servía de depósito en el que almacenaba líquido para que le sirviera durante largos periodos. Descubrió que los habitantes de las regiones áridas, cuando la sed los acuciaba, mataban una tortuga y bebían el agua de la vejiga y del pericardio. La probó de una que vio matar, y encontró que el líquido "era enteramente límpido y sólo tenía un ligero amargor". Los grandes monstruos no parecían tener oído. Cuando alcanzó a uno mientras avanzaba por su camino, éste no le prestó atención hasta que se acercó; entonces emitió un profundo silbido, metió la cabeza y cayó pesadamente al suelo. Afortunadamente, Darwin estuvo presente durante la época de cría y descubrió que la hembra arañaba un agujero en la arena y allí ponía sus esféricos huevos blancos de "siete pulgadas y tres octavos de circunferencia, siendo, por tanto, mayor que un huevo de gallina". Varias veces intentó montar una tortuga, la cual, tras recibir unos golpes en la parte posterior del caparazón, se levantaba

y caminaba; pero, aunque era un jinete consumado, Darwin admitió que le resultó difícil mantenerse en su montura.

Como queda visto, Darwin complementó con entusiasmo sus extraordinarios poderes de observación y experimentación interrogando a los colonos. A lo largo de toda su vida, fue un ardiente defensor del arte de escarbar en los cerebros ajenos. Al igual que Molière, podría haber adoptado como lema: *je prends mon bien là où je le trouve*. Había leído los libros de los bucaneros literatos (aunque cita a "Wood y Rogers" cuando seguramente se refiere al capitán corsario Woodes Rogers) y los relatos del capitán Colnett y del capitán Porter. Pero mucho más significativa fue una charla con "el vicegobernador, Lawson". No parece saberse nada más de Lawson, ni siquiera su nombre de pila, ni cómo un inglés llegó a estar a cargo de un asentamiento extranjero en el Pacífico. Entró en la historia de la ciencia sin presentación y desapareció sin dejar rastro, pero dejó caer un guijarro en el estanque del pensamiento de Darwin; uno cuyas ondas se extendieron más y más, con consecuencias imprevisibles. Cuando Darwin le interrogó sobre las tortugas, Lawson mencionó que cada una de las distintas islas tenía su propia variedad y que él podía saber a simple vista de qué isla procedía una tortuga determinada.

Esta observación casual no impresionó mucho a Darwin en el momento en que la oyó, pero se repitió en sus pensamientos tanto durante el resto de su corta estancia como durante el largo viaje de

vuelta a casa. Poco a poco se dio cuenta de que lo que ocurría con las tortugas sucedía también con gran parte de la fauna y de la flora, y que ésta era, con mucho, la característica más notable de la historia natural del archipiélago. Había empezado tratando el grupo de islas como una sola unidad. Por ejemplo, había coleccionado asiduamente aves de las Galápagos sin molestarse en etiquetarlas con el nombre de la isla de la que procedían. "Nunca pude figurarme", escribió más tarde, "que unas islas separadas por 50 o 60 millas de distancia, y la mayor parte a la vista unas de otras, formadas precisamente de las mismas rocas, gozando de un clima idéntico, y que se levantan casi a la misma altura, estuvieran pobladas por seres orgánicos diferentes"; pero ahora se daba cuenta de que varias de las islas poseían sus propias especies de tortugas, cucuves, pinzones y plantas. Afortunadamente, sus especímenes botánicos estaban correctamente etiquetados, y tenía una idea bastante clara de cuál de sus pájaros procedía de cada isla. Esos pájaros, que al principio le habían parecido un lote aburrido, empezaban a parecerle ahora el elemento más importante de su colección.

En primer lugar, las aves, aunque en su mayoría eran especies desconocidas en otros lugares, eran definitivamente americanas, en el sentido de que estaban emparentadas con familias del continente. Darwin habría esperado que fuesen similares a las aves de las islas de Cabo Verde, porque ese grupo se parecía en sus condiciones generales a las Galápagos; pero las aves de Cabo Verde eran claramente tipos africanos y las de Galápagos, americanos. Sin

embargo, aunque llevaban la impronta de América, divergían de las especies continentales; más extraño aún, las distintas islas tenían especies diferentes.

Cuanto más pensaba Darwin en las aves, más le intrigaban, sobre todo los pinzones. Encontró trece especies, todas muy parecidas (los machos en su mayoría negros, las hembras parduzcas) pero con diferencias peculiares. "Lo más curioso es la perfecta gradación en el tamaño de los picos de las diferentes especies". Una tenía un pico enorme, como el de un picogordo, otra como el de un pinzón, otras como el de un loro, o incluso como el de una curruca. Esos picos se adaptaban a las distintas especies para obtener diferentes tipos de alimento: para romper semillas grandes o recoger las pequeñas, para excavar en las hojas de los cactus o para atrapar insectos. "Al ver esta gradación y diversidad de estructura en un grupo de aves pequeño e íntimamente relacionado" reflexionó Darwin, "podría imaginarse realmente que, de un corto número de ellos, existentes originariamente en este archipiélago, una especie se ha dividido y modificado para servir a diferentes fines". Con esto había iniciado el largo camino que le condujo finalmente a su teoría del origen de las especies por selección natural.

Capítulo XI

INDICIOS DE EVOLUCIÓN

He ne'er is crown'd
With immortality, who fears to follow
Where airy voices lead.

John Keats.

La teoría de la evolución de Charles Darwin no llegó como un relámpago cegador. No hubo un momento de conversión repentina, como el que experimentó San Pablo en el camino de Damasco. Por lo que sabemos, y presumiblemente por lo que sabía el propio Darwin, cuando abandonó las Galápagos seguía creyendo que las especies eran inmutables, y que todos los seres vivos eran iguales a sus antepasados lejanos cuando fueron creados. Y, sin embargo, incluso en ese momento, cuando el *Beagle* levó anclas y los oscuros montículos volcánicos de las Islas Encantadas se hundieron lentamente en el horizonte, la duda, la incertidumbre o, al menos, la perplejidad debieron de invadir ya su mente inquieta.

En el continente americano, fue la geología lo que más le entusiasmó; en las Galápagos, fue la biología lo que cautivó su imaginación. Por supuesto, las aves y los reptiles eran fascinantes en sí mismos, como deben serlo para cualquier naturalista, pero también había cosas en ellos que exigían explicaciones que él no podía dar entonces. No es exagerado decir que pasó el resto de su vida buscando respuestas a los enigmas de las Galápagos. Le habría gustado quedarse más tiempo, explorar más las islas y rellenar las lagunas de los datos que había recogido apresuradamente. Si hubiera sospechado al principio lo que sabía al final de sus cinco semanas de estadía, habría organizado mucho mejor su trabajo, sobre todo a la hora de analizar las diferencias que, para su sorpresa, acabó encontrando entre las criaturas de cada isla. Lamentó que "parece signo adverso de casi todos los viajeros tener que salir precipitadamente de una localidad en cuanto han descubierto lo más interesante que hay en ella; sin embargo, quizá debo dar gracias porque obtuve suficientes materiales para establecer este hecho notable en la distribución de los seres orgánicos".

Lo que Darwin escribió en el *Voyage of the Beagle* sobre sus experiencias en las Galápagos no es necesariamente lo que pensaba cuando estuvo allí. El viaje de vuelta por el Pacífico le tomó más de un año, ya que incluyó escalas en Tahití, Nueva Zelanda, Australia y el cabo de Buena Esperanza. A menudo mareado y cada vez más nostálgico, tuvo mucho tiempo para ordenar sus pensamientos y sus especímenes. Poco antes de casarse escribió a su futura esposa que

esperaba que le disculpase y, si era posible, le curase de su "peculiar egoísmo", que consistía en "construir teorías y acumular hechos en silencio y soledad". Los largos y vacíos días y noches en el mar le dieron un amplio margen para entregarse a este hábito, si es que no lo formaron realmente, y no cabe duda de que la semilla sembrada en su mente por sus experiencias en las Galápagos comenzó a germinar durante este periodo. Muchos años después, el fundamentalista capitán FitzRoy contó cómo había advertido varias veces al joven de que sus peligrosos pensamientos sólo podían conducirle a la herejía. Pero, lo quisiera o no, Darwin no podía apartar de su mente el persistente problema que planteaban las Galápagos: "Si atendemos al escaso tamaño de estas islas, nuestro asombro subiría de punto ante el número crecido de vivientes aborígenes en un área tan limitada. Al ver que todas las alturas están coronadas con su cráter y que se conservan aun perfectamente visibles las márgenes de casi todas las corrientes de lava, nos vemos movidos a creer que, en un período geológicamente moderno, el archipiélago ha estado cubierto por el mar. En tal supuesto, así en lo que se refiere al espacio como al tiempo, nos parece acercarnos mejor al gran hecho —que es un misterio entre los misterios—, a saber, la primera aparición de nuevos seres en el globo que habitamos". Ése era el problema: era evidente que el archipiélago no había estado allí "en el principio", y sin embargo la mayoría de sus plantas y animales eran distintos de los que se encontraban en otras partes del mundo; había incluso marcadas diferencias entre isla e isla. ¿Cómo explicar entonces el origen de esas nuevas especies? Los esqueletos fosilizados

que Darwin había hallado en el continente americano mostraban que algunas especies se habían extinguido; ¿era también posible que "evolucionaran" nuevas especies? Y, en tal caso, ¿cómo?

La "evolución" no era una idea completamente novedosa para los científicos de esa época. En 1809, año del nacimiento de Darwin, Jean Baptiste Lamarck había publicado su *Philosophie Zoologique*, en la que proponía una teoría de la evolución. Darwin debió de saber algo de esto y presumiblemente rechazó las ideas de Lamarck (como había hecho su gran mentor, Lyell) porque contenían demasiada especulación basada en pruebas fácticas inadecuadas. Por razones similares, sentía poco respeto por las nociones evolucionistas de su propio abuelo, Erasmus Darwin, que había gozado de una considerable aunque breve fama como naturalista en el siglo XVIII. Para Charles no bastaba con proponer una teoría de la evolución; había que demostrar cómo funcionaba, y para ello se necesitaba reunir hechos sólidos, rigurosamente comprobados y demostrables. En las Galápagos, él había descubierto una serie de hechos, pero también una serie de enigmas para los que aún no tenía respuesta.

Darwin suponía que el archipiélago de las Galápagos se había formado por la acción volcánica bajo el fondo del océano Pacífico, que había empujado gradualmente a las islas por encima del nivel del mar. Existe la opinión contraria, según la cual las Galápagos estuvieron en su día unidas al continente, pero la posición mayoritaria entre los geólogos sigue apoyando el punto de vista de

Darwin. Tomando en cuenta tal suposición, Darwin se vio obligado a explicar cómo empezó la vida en esas islas remotas. Darwin se preocupó durante años por diferentes aspectos de ese rompecabezas, pero ni él ni ningún investigador posterior ha encontrado una solución totalmente satisfactoria. Sin embargo, existe un patrón general. Cuando los volcanes estuvieron lo suficientemente erosionados, se formaron pequeñas bolsas de tierra capaces de albergar un poco de vegetación. Las semillas podrían haber sido transportadas a las islas en balsas de vegetación tropical, como las que suelen verse en los estuarios de los ríos sudamericanos, a la deriva hacia el océano en las grandes corrientes que bañan las costas de las Galápagos. Otras semillas pueden haber sido llevadas por las aves en sus intestinos, o adheridas a sus patas. Otras pueden haber sido arrastradas por el viento. Por supuesto, en esa primera época, sólo las aves marinas podrían haber sobrevivido, ya que cualquier ave terrestre que llegara a las islas hubiera perecido por falta de alimento.

Cuando la vegetación hubiera alcanzado ciertas fases de desarrollo, la supervivencia sería posible para los insectos y las aves terrestres. Sus posibilidades serían escasas, pero en períodos de un millón de años habría habido algunos éxitos entre los muchos fracasos. Más difícil resulta explicar la existencia de criaturas de mayor tamaño, como las tortugas gigantes y las iguanas. Quizá los antepasados de los gigantes actuales eran mucho más pequeños; en cualquier caso, las tortugas jóvenes son bastante diminutas; o quizá sólo se transportaban huevos. Ciertamente, las enormes balsas de

vegetación a la deriva desde tierra firme son capaces de realizar el viaje del mismo modo que los barcos encallados; se sabe a ciencia cierta que las embarcaciones de balsa lo han hecho al menos desde la época del obispo Berlanga hasta nuestros días. Ya en 1793, el capitán Colnett registró que "en varias partes de la costa había madera a la deriva de un tamaño mayor que cualquiera de los árboles que crecen en la isla; también bambúes y cañas de azúcar". Debían de proceder del continente americano. Sea cual fuera el medio por el que las tortugas y las iguanas llegaron a las islas, el cactus debió de precederlas —o, más exactamente, debió de preceder a las que sobrevivieron para vivir y reproducirse—, ya que es la única fuente de agua y proporciona casi el único alimento vegetal a lo largo de las costas de lava, aparte de las algas marinas a las que las iguanas marinas acabaron adaptándose. Las probabilidades de supervivencia eran astronómicas, pero a lo largo de los milenios hubo supervivientes.

Fuese cual fuese el medio por el que las plantas y los animales llegaron a las Galápagos, allí estaban; lo que fascinaba y desconcertaba a Darwin era por qué tantas de ellas eran diferentes de las especies encontradas en cualquier otro lugar. No se trataba de animales primitivos extinguidos en otros lugares. Tras haber trabajado durante más de tres años en el continente sudamericano, pudo comprobar que estaban emparentados con las especies continentales vivas; sin embargo, eran claramente diferentes. ¿Podrían descender de antepasados comunes? Sugerirlo era una

herejía. La opinión científica y la religiosa coincidían en aceptar que las especies eran inmutables; eran las mismas hoy que cuando se crearon. Sir Charles Lyell se había atrevido a demostrar que la Tierra estaba en constante cambio, y que las variaciones reveladas por la geología habían tomado millones de años, en lugar de los seis mil de la opinión ortodoxa; pero Lyell no podía aceptar que los seres vivos —en particular el ser humano— también hubieran evolucionado lentamente. Darwin dudó igualmente en aceptarlo, pero las pruebas que había reunido, sobre todo en las Galápagos, le empujaron implacablemente hacia esa conclusión, aunque, cuando finalmente aceptó el hecho de la evolución, "fue como confesar un asesinato", y pasaron muchos años antes de que se atreviera a hacer pública su confesión.

La prueba más impresionante fue el grupo de aves conocido como "pinzones de Darwin". Se trataba de un grupo de una docena de pájaros, especies claramente diferentes, con picos de formas distintas, adaptados a diversos tipos de alimento, pero tan parecidos que Darwin no pudo resistirse mucho tiempo a la conclusión de que descendían de un antepasado común. Si diferentes especies podían derivar de un único tronco ancestral, entonces, para Darwin, las especies no eran inmutables, aunque ello supusiera cuestionar todo el mecanismo de la Creación y, por tanto, las teorías científicas y las creencias religiosas más fundamentales.

Las nuevas especies evolucionan, pero ¿cómo? A su regreso a Inglaterra, Darwin dio con la explicación de la "selección natural" mientras leía el *Essay on Population* de Malthus, "por diversión", como recoge en su *Autobiography*. De esa inusual forma de entretenimiento derivó la idea de la supervivencia del más apto, ya que Malthus sostenía que las poblaciones humanas aumentarían en proporción geométrica si no se vieran limitadas por el crecimiento más lento de los medios de subsistencia. Darwin vio que esto no sólo se aplicaba al hombre, sino a toda la naturaleza; sólo sobrevivirían los individuos más exitosos, los mejor adaptados a su entorno. En las plantas y los animales se producen variaciones, y los colombófilos y los criadores de perros han demostrado que es posible desarrollar variedades mediante la selección deliberada. En la naturaleza, esa selección deliberada estaba descartada, pero, dado el concepto de tiempo casi ilimitado al que Lyell le había introducido, la selección natural podría llegar a producir resultados similares.

Una pequeña variación ventajosa daría al animal más posibilidades de sobrevivir y reproducirse y, si fuera heredable, esa ventaja se transmitiría a su descendencia; una variación desfavorable reduciría las posibilidades de que la descendencia sobreviviera y se multiplicara. Cuando se produce un cambio espontáneo —por ejemplo, en el tamaño o la forma del pico, como en el caso de los pinzones—, puede provocar la eliminación del individuo de la población reproductora o abrir la posibilidad de explotar una nueva fuente de alimento. En las Galápagos, los pinzones originales tenían

un margen de diversificación inusual porque había muy pocos competidores. Si en las islas hubiera habido currucas, herrerillos, picogordos, pájaros carpinteros, etc., los pinzones que se modificaron por mutación aleatoria para parecerse en ciertos aspectos a alguna de esas otras aves no habrían podido sobrevivir en competencia con las especies establecidas; pero como a las Galápagos no habían llegado ese tipo de aves, los pinzones divergentes pudieron encajar en los nichos desocupados y desempeñar las funciones ecológicas que cumplían una gran variedad de especies en el continente. Así, los nombres coloquiales de algunos de los pinzones de Darwin —"pinzón curruca" o "pinzón carpintero"— dan una buena idea general de la dirección en la que evolucionaron estas especies. La demostración de Darwin de cómo los pinzones se habían adaptado a modos de vida complementarios allanó el camino a la ciencia moderna de la ecología.

Debido al aislamiento de las Galápagos, la variación era más evidente allí que en cualquier otro lugar que visitara; probablemente más que en cualquier otra parte del mundo. Pero el aislamiento tenía otra función que Darwin no apreció plenamente, aunque vio sus resultados. El aislamiento total favorece la divergencia. Por ello, las islas oceánicas aisladas tienden a tener especies distintivas, pero no tienen grupos de especies descendientes de un ancestro común, como las Galápagos. El archipiélago, con sus diversas islas separadas a menudo por considerables extensiones de mar, proporcionó una serie de compartimentos aislados en los que poblaciones separadas

podieron evolucionar y adaptarse a sus diferentes entornos, hasta que muchas de ellas se hicieron tan distintas que ya no podían cruzarse con otras poblaciones y, por tanto, se separaron específicamente. Como señala el Dr. David Snow, antiguo director de la Estación Científica Charles Darwin en las Galápagos: "Es irónico que Darwin, al concentrarse en la forma en que las especies se modifican, nunca se diera cuenta plenamente de la importancia del aislamiento, porque su papel en la formación de las especies está quizás más bellamente demostrado en las Galápagos que en cualquier otro lugar".

Esta imperfección no habría sorprendido a Darwin. Era plenamente consciente de las limitaciones de lo que un pionero puede lograr en una vida cuando escribió: "Considero que es absolutamente seguro que muchas cosas de *Origin...* resultarán ser basura; pero espero que el marco se mantenga". Esta evaluación de su trabajo, aunque demasiado modesta, ha demostrado ser básicamente correcta: el marco sigue en pie. Saber que exploraba un terreno desconocido fue uno de los factores que le impidieron hacer pública su teoría de la evolución por selección natural. Si se hubiera quedado a medias, su mayor contribución se habría topado con la apatía o el ridículo, por lo que durante veinte años acumuló laboriosamente un asombroso volumen de pruebas de apoyo. Sólo se vio obligado a publicarlas cuando su joven admirador, Alfred Russel Wallace, lo sacó de su encierro al enviarle un breve ensayo que, aunque carecía de la

exhaustiva documentación de Darwin, llegaba independientemente a la misma conclusión general.

Para Darwin, que su concepción de la evolución por selección natural resultara aceptable para el mundo científico no era en absoluto una conclusión inevitable. De hecho, hasta que leyó el ensayo de Wallace, había recibido pocos ánimos. En su *Autobiography* escribió: "a veces sondeé a no pocos naturalistas, y nunca di con uno solo que pareciera dudar de la permanencia de las especies. Ni siquiera Lyell y Hooker parecían estar de acuerdo, aunque me escucharan con interés. En una o dos ocasiones intenté explicar a hombres capaces lo que entendía por selección natural, pero fracasé notoriamente. Lo que creo que era absolutamente cierto es que innumerables hechos perfectamente observados estaban esperando en las mentes de los naturalistas, listos para ocupar su puesto tan pronto como se explicara suficientemente una teoría que los abarcara". Así pues, sólo bajo presión expuso por fin sus puntos de vista públicamente.

Darwin no sólo dudaba de la acogida que tendrían sus revolucionarias ideas en los círculos científicos. Era muy consciente de que muchos, si no la mayoría, de sus lectores considerarían su teoría de la selección natural como un ataque a los fundamentos mismos de la doctrina cristiana y de la ciencia biológica. Si, como esperaba, sus ideas eran tratadas con seriedad, las iglesias se levantarían en armas contra la conclusión lógica que podía extraerse

de ellas: que los orígenes del hombre se encontraban en la selva primigenia y no en el Jardín del Edén. Ponía en tela de juicio todo el mecanismo de la Creación.

Para entonces, Darwin era un inválido permanente que sufría dolores constantes, vivía como "un ermitaño" y era reacio a involucrarse en la excitación de la controversia. Más que eso, sabía que sus ideas causarían gran angustia a algunas de las personas que más quería, en particular a su esposa, profundamente religiosa. Años más tarde, cuando Karl Marx quiso dedicarle la edición inglesa de *Das Kapital*, le escribió declinando amable y cortésmente la oferta: "Me parece que los argumentos directos contra el cristianismo y el teísmo apenas tienen efecto en el público, y que la libertad de pensamiento se promoverá mejor mediante esa iluminación gradual del entendimiento humano que sigue al progreso de la ciencia. Por lo tanto, siempre he evitado escribir sobre religión y me he limitado a la ciencia. Posiblemente me haya influido demasiado el pensamiento de la preocupación que podría causar a algunos miembros de mi familia, si de alguna manera prestara mi apoyo a ataques directos contra la religión".

La bomba estalló finalmente en 1859 con la publicación de *The Origin of Species by means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, y las repercusiones fueron aún mayores de lo previsto. La primera edición de esa laboriosa obra se agotó el mismo día de su publicación, y las ediciones se sucedieron.

Recibió críticas feroces tanto en círculos científicos como religiosos, y provocó el mayor debate intelectual del siglo XIX. Algunos pensadores religiosos supieron tomárselo con calma: el gran botánico de Harvard, Asa Grey, aunque profundamente creyente, se dejó convencer por el argumento científico y admitió sin más que la evolución era el modo de creación de Dios. Otros no lo aceptaron, y la batalla sacudió la era victoriana como ninguna otra controversia. Hoy en día es difícil volver a pensar en el estado de ánimo anterior a Darwin, pero *Origin...* socavó por completo muchas creencias antes apreciadas e incuestionables. Sin embargo, tal era el peso de las pruebas bien organizadas de Darwin que, cuando publicó *The Descent of Man* en 1871, es justo decir que la biología se había convertido ya en una ciencia evolutiva. Fuera del mundo de la ciencia, los efectos fueron más graduales, pero poco a poco la idea evolucionista impregnó el pensamiento humano hasta alterar sutilmente la forma de pensar de personas de todo el mundo, en su mayoría gente que no había leído *Origin...* y que ni siquiera había oído hablar de él. Dio al hombre una nueva concepción del mundo y de su propio destino.

Es ocioso —pero fascinante— preguntarse si Darwin hubiera sido el autor de una revolución intelectual que sacudió el mundo si no hubiera visitado las Galápagos. Él mismo dijo que "fueron casos como el de las Galápagos los que principalmente me condujeron al estudio del origen de las especies". Darwin poseía extraordinarios poderes de observación, penetración y especulación, combinados

con una enorme productividad. Veía con el ojo del genio; pero incluso el ojo del genio podía ver más claramente en el archipiélago de las Galápagos, "ese laboratorio viviente de la evolución", que en cualquier otro lugar de la Tierra.

Así pues, esos solitarios montones de lava, en los yermos del Pacífico, ocupan un lugar especial en la historia del pensamiento humano. Porque había algo peculiar en las Galápagos, algo que impulsaba a los hombres a hacerse preguntas extrañas. Darwin no fue el único, ni siquiera el primero, que se dejó llevar por la especulación sobre el origen de las especies exclusivas de estas islas. Incluso Woodes Rogers, aquel capitán corsario fanfarrón y práctico, se había planteado la cuestión. Era un buen marino y un hábil líder, pero no un naturalista; de hecho, como hemos visto, se enorgullecía de dejar ese tipo de cosas a otros. Sin embargo, la fauna de las Galápagos le pareció tan extraordinaria que, por una vez, permitió que algunas notas sobre naturaleza se colaran entre las páginas de su diario. Incluso se permitió especular un poco: "Hay [i]guanas en abundancia y tortugas terrestres en casi todas las islas. Es extraño cómo estas últimas llegaron aquí, porque no pueden venir por sí mismas, y no se encuentra ninguna de ese tipo en el continente". Ahí estaba un hombre sencillo haciéndose una pregunta sencilla.

Un siglo más tarde, el capitán Porter fue más lejos, mucho más. "Dejaré a otros", escribió, "que expliquen la forma en que todas esas islas obtuvieron su suministro de tortugas e [i]guanas y otros reptiles;

no es asunto mío ni siquiera conjeturar sobre la causa. Me limitaré a afirmar que esas islas tienen toda la apariencia de haber sido creadas recientemente, y que éstas son quizá la única parte de la creación animal que podría subsistir en ellas ... La naturaleza los ha creado en otras partes y ¿por qué no podría hacerlo también en esas islas?"

David Porter era un hombre de una independencia y una originalidad mental poco comunes; si no hubiera sido un joven y emprendedor oficial de marina, podría haber sido un brillante naturalista. Tenía algo en común con el niño obstinado de Hans Andersen, que se negaba a unirse a la admiración general por el traje nuevo del Emperador porque veía claramente que Su Alteza Imperial estaba desnudo. A pesar de los múltiples peligros y problemas a los que se enfrentaba al acosar a la flota ballenera británica, le sobraban energía y curiosidad para la observación geológica y biológica, e incluso para la especulación, aunque fingía negarlo con timidez. Porter vio algo en las Galápagos que nadie más había visto, aunque muchos lo habían observado. Formuló una pregunta fundamental, aunque, como el bromista Pilatos, no se quedó a buscar una respuesta. Eso se lo dejó a Charles Darwin.

Si, como era la creencia aceptada, la tortuga gigante había desembarcado en el monte Ararat con el resto de los animales del Arca de Noé, ¿cómo había cruzado los océanos y por qué sólo se encontraba en un lugar tan remoto como las Galápagos? Tales preguntas, si se planteaban, podían socavar las ideas científicas y

religiosas aceptadas en el mundo cristiano. Rogers, un militante eclesiástico anglicano, puede no haberse dado cuenta de la naturaleza herética de su especulación; Porter parece al menos haberlo sospechado y haberse negado a seguirla; Darwin, aunque le llevó algún tiempo, se vio finalmente empujado a formular su teoría del origen de las especies, que rechazaba implícitamente el Libro del Génesis.

Puede parecer sorprendente que estas incómodas cuestiones se les ocurrieran a tres hombres tan diferentes en el mismo lugar; tenían poco en común, salvo la juventud y el espíritu aventurero. De hecho, es sorprendente, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que en el archipiélago de las Galápagos las pruebas de la evolución son más convincentes que en ningún otro lugar del mundo. No se trata de menospreciar el genio de Darwin si decimos que su posición como el mayor científico de su época se debe en gran medida a una racha de suerte: Sin ninguna cualificación académica evidente, se le asignó el puesto de naturalista en el *Beagle*; su falta de formación académica puede haber dejado su mente libre de doctrinas y más abierta a nuevas ideas; era lo suficientemente rico como para aceptar un trabajo no remunerado durante varios años; el viaje del *Beagle* le dio una oportunidad sin precedentes para la observación y la reflexión; finalmente, cuando su mente había madurado y había adquirido una amplia aunque poco ortodoxa educación científica, desembarcó en las Galápagos, donde el aislamiento, el restringido número de especies y la relativa ausencia de interferencias humanas facilitaban

—y siguen facilitando hoy en día— la observación del proceso evolutivo. Se dio una conjunción de circunstancias asombrosamente favorable. Todo era correcto: el hombre, el lugar, el momento. La contribución de Charles Darwin fue su genialidad.

Capítulo XII

LOS BALLENEROS

Nantucket is a very striking and peculiar portion of the National interest. There is a population of eight or nine thousand people, living here in the sea, adding largely every year to the national wealth by the boldest and most persevering industry.

Daniel Webster.

Cuando volvió la paz al final de las guerras napoleónicas y el *U.S.S. Essex* dejó de ser el terror del Pacífico, la caza de ballenas se reanudó, y a una escala mucho mayor que antes. Las guerras de liberación hispanoamericanas crearon, sin duda, problemas para la navegación, pero a medida que el dominio español se debilitaba se abrían cada vez más puertos a los buques extranjeros. Las Galápagos habían perdido el atractivo original que habían tenido para los piratas cuando Cowley "buscó un lugar donde quedarse durante cinco o seis meses, para hacer creer a los españoles que habíamos zarpado del Mar del Sur". Las islas, que ya no eran un escondite conveniente, notoriamente difíciles para la navegación y carentes de agua, atraían sin embargo a los barcos en número cada vez mayor: el atractivo eran

las tortugas gigantes. Por supuesto, como había informado el capitán Colnett, las ballenas abundaban en esa parte del Pacífico; pero en aquella época todavía había muchas ballenas en otros lugares. Lo que diferenciaba a las Galápagos era el abundante suministro de carne, disponible gratuitamente para todos los interesados; y las tortugas estaban tan indefensas que su captura apenas planteaba problemas o peligros, aunque, a medida que iban escaseando cerca de la costa, el trabajo de transportarlas a través de la lava se hacía cada vez más duro.

La desgracia de las tortugas era que, por su buena conservación, resultaban más apetecibles que cualquier otra forma de carne. Apiladas en las oscuras bodegas de los barcos balleneros, permanecían vivas durante meses, en algunos casos más de un año, sin comida ni agua y sin pérdida apreciable de peso o calidad. Es fácil imaginar lo que esto significaba para los marineros en los largos cruceros a vela, lejos de tierra firme durante meses. La carne fresca era un manjar escaso y no se conservaba mucho tiempo sin refrigeración, por lo que, semana tras semana, tenían que conformarse con la carne de cerdo salada de los barriles de salmuera o con cualquier sucedáneo que les proporcionaran sus dueños. Basta pensar en el número de veces que aparecen las palabras "escorbuto", "gorgojos" y "gusanos" en las historias marineras inglesas para convencerse de que la dieta a bordo de los veleros dejaba mucho que desear. Y, al parecer, la carne de tortuga era una favorita por derecho propio. Woodes Rogers fue uno de los pocos que no se aficionó a

ella, pero incluso él creía que hacía mucho bien a la salud de sus hombres. Colnett hablaba en nombre de la generalidad de los marinos cuando informaba de que "no teníamos jábega para pescar los peces, si queríamos, pero creo que nadie los comería si pudiera conseguir tortuga".

Nos solidarizamos con los hambrientos marineros, pero también con las tortugas. Los barcos balleneros las capturaban en cantidades que superaban con creces su capacidad de regeneración. En 1818, cuando el negocio ballenero había vuelto a ponerse en marcha, el capitán Donald Mc Lennan, del bergantín *Coronel Allen*, un barco de contrabando británico, informó que los capitanes balleneros que visitaban las Galápagos tenían una gran preferencia por las tortugas "y generalmente se abastecían de quinientas o seiscientas a la vez". Añadió que pesaban de ciento cincuenta a trescientas libras cada una, "es decir, las que consideran aptas para su propósito, de lo contrario las hay desde media onza de peso hasta seiscientas libras". No explica si las más grandes eran menos tiernas o menos apetitosas, pero puede que se debiera simplemente a que eran demasiado difíciles de manejar. Se sabe que eran necesarios hasta doce hombres para transportar una muy pesada a través de la lava quebrada, y que debía de ser toda una hazaña cargarla en un pequeño bote y llevarla hasta el barco.

Una sola captura de quinientas o seiscientas tortugas apenas afectaría a la enorme población; lo que causó estragos fue el creciente número

de barcos balleneros. Las investigaciones realizadas sobre los cuadernos de bitácora de los balleneros estadounidenses, aunque incompletas, muestran que entre 1811 y 1844 operaban en el Pacífico unos setecientos navíos. Esta cifra no incluye los cientos de balleneros de otros países, ni los cazadores de focas. El *U.S.S. Potomac* informó que, el año anterior a la llegada de Charles Darwin a las Galápagos, sólo en isla Charles habían recalado treinta y un barcos balleneros. No es de extrañar, por tanto, que cuando el *H.M.S. Herald* recaló allí en 1846, el naturalista del barco, Berthold Seeman, no encontrara ni una sola tortuga en la isla. Charles era un caso especial, ya que era un excelente fondeadero y el lugar del primer asentamiento humano en el archipiélago, pero las tortugas también se extinguieron en Jervis y Barrington hacia esa misma época. Los balleneros no lo sabían, pero cada una de esas islas tenía su propia raza de tortugas, y las que se habían extinguido lo habían hecho para siempre, desapareciendo irremediamente de la Tierra.

En 1684, Raveneau de Lussan, un viajero francés que visitó las Galápagos, escribió que "es difícil dar un paso sin encontrar tortugas terrestres y hordas de lagartos por todas partes". En 1835, Darwin seguía asombrado por el tremendo número de ejemplares, aunque, incluso entonces, observó que no eran tan abundantes como en los relatos de los bucaneros. Hay límites al desgaste que pueden soportar las especies, incluso las más numerosas. Lo que salvó lo que quedaba de las tortugas fue, curiosamente, la despiadada codicia de los

balleneros. Mataron tantas ballenas que prácticamente destruyeron su propia ocupación.

Esto no pretende ser una acusación contra los balleneros en particular. Es simplemente una parte, aunque sea la peor, de la melancólica historia de las Islas Encantadas, y un ejemplo entre tantos de las consecuencias de la explotación irresponsable de la tierra y el mar por parte del hombre. En su día, los balleneros yanquis saquearon el mar con tan pocos recelos como los bucaneros ingleses saquearon a los españoles o éstos a los aborígenes americanos. Herman Melville, que dio a los balleneros la inmortalidad literaria, vio su codicia y crueldad más claramente que la mayoría, pero en *Moby Dick* también rindió homenaje a sus cualidades más admirables, en particular a su valor. Las tripulaciones eran casi tan salvajes y anárquicas como las de los piratas, e incluso más heterogéneas, pues procedían de todos los rincones del mundo. Llevaban una vida feroz y a menudo morían de forma terrible. Se amotinaban y desertaban con tal frecuencia que, las más de las veces, un hombre regresaba en un barco distinto del que había zarpado. Melville, que pasó años en el castillo de proa de un ballenero, encontró esa vida tan infernal que abandonó el barco en las Marquesas y vivió durante meses entre los caníbales; más tarde, por su participación en un motín, fue apresado en Tahití e incluso pasó una temporada en el calabozo. Desde los tiempos de Jonás, los hombres se han sentido fascinados por las historias de ballenas, y los balleneros del siglo XIX dieron color a la época en que vivieron. La

propia palabra "Nantucket" ha adquirido una pátina de romanticismo. Y fue a bordo de un ballenero, navegando delante del palo mayor, que Melville llegó a las Galápagos.

Los barcos balleneros dejaron de visitar las Galápagos porque ya no quedaban suficientes ballenas en esa zona; acabaron con las ballenas antes de exterminar a las tortugas. Dejando devastación tras ellos, se trasladaron a nuevas aguas. No les preocupaban las consecuencias a largo plazo de sus prácticas, ni siquiera para su propia industria; se quedaban con los beneficios de hoy y dejaban que el mañana se ocupara de sí mismo. De forma imprudente, mataban a la madre preñada y a la cría lactante, así como al viejo macho. Era la actitud típica del siglo XIX en relación con la explotación de los recursos naturales. Sin embargo, para ser justos, deberíamos preguntarnos cuánto mejor lo hemos hecho en el siglo XX, incluso con la evidencia ante nuestros ojos de los estragos que habían causado las generaciones anteriores. En el caso de la industria ballenera, en la actualidad contamos con una Comisión Ballenera Internacional para controlar las capturas, pero es tal el nivel de las cuotas que ahora hay menos ballenas que nunca, y algunas especies están disminuyendo hacia el punto de no retorno. Con moderación, la caza de ballenas podría haber seguido siendo un factor sustancial para alimentar a un mundo hambriento; en cambio, ahora su contribución es insignificante.

En su apogeo, la industria era inmensamente rentable. El puerto ballenero de New Bedford, en Massachusetts, tenía la mayor riqueza *per cápita* del mundo. Como dijo Herman Melville, de forma más elocuente aunque menos estadística: "en ningún lugar de toda América se encuentran casas más patricias, parques y jardines más opulentos que en New Bedford. ¿De dónde proceden? Vaya y contemple los emblemáticos arpones de hierro que rodean aquellas elevadas mansiones, y su pregunta quedará respondida. Sí: todas estas valientes casas y floridos jardines proceden de los océanos Atlántico, Pacífico e Índico. Todas y cada una fueron arponeadas y arrastradas hasta aquí desde el fondo del mar". Tras la Guerra de Secesión, la gloria de New Bedford desapareció, y ahora la propia industria ballenera se ha desvanecido debido a la sobreexplotación. Nadie puede culpar a los balleneros yanquis de la mecanizada depredación de nuestro siglo, pues Estados Unidos ya no tiene flota ballenera. New Bedford es un lugar de veraneo y Nantucket, un museo ballenero.

Fue esta misma actitud de matanza indiscriminada y al por mayor la que provocó la catastrófica reducción de la población de tortugas gigantes. Los balleneros yanquis fueron los principales culpables. No porque sus métodos fueran diferentes de los de otros balleneros, sino simplemente porque eran más. Los bucaneros, la Armada Real británica y la Armada estadounidense se servían con el mismo entusiasmo, pero sus visitas eran escasas y poco frecuentes, mientras que Nantucket era la capital mundial de la industria ballenera. El

Dr. Townsend, del Acuario de Nueva York, tras estudiar sus cuadernos de bitácora, calculó que en un periodo de treinta años los balleneros capturaron más de 200.000 tortugas. En la segunda mitad del siglo, la caza de ballenas en su conjunto disminuyó, y las mejores capturas se realizaron a partir de entonces en el Antártico. Los barcos balleneros encontraban cada vez menos alicientes para visitar las Galápagos, como se desprende de este lacónico extracto del informe de la goleta *Kamaile*: "Llegada a las Galápagos el 1 de enero de 1874. Navegado cerca de dos semanas sin ver ballenas". Parecía un indulto para las tortugas, ya que aún quedaba un núcleo suficiente para la cría en la mayoría de las islas mayores, y un buen número en los picos más altos que aún no habían sido escalados. Pero les esperaban nuevos peligros.

Capítulo XIII

HERMAN MELVILLE

In no world but a fallen one could such lands exist.

Herman Melville.

Las Galápagos no han tenido grandes pintores. Gauguin se adentró mucho más en el Pacífico y produjo su gran obra en la exuberante atmósfera de Tahití. No tiene sentido, pero es intrigante preguntarse cómo las Galápagos habrían impresionado al antiguo amigo de Gauguin, Van Gogh, si hubiera ido allí. La lava gris negruzca —el color de los montones de papas y de las botas viejas que supo pintar en algún momento—, las rocas torturadas, los árboles raquíticos, los cactus retorciéndose y los manglares con patas de araña bien podrían haberlo inspirado. Pero todo ello es mera y ociosa especulación. Allí no llegó ningún gran pintor, y las extrañas y astringentes cualidades de las islas terminaron convirtiéndose en la herencia libre de cargas de los fotógrafos. Gran parte de las Galápagos es austera y desagradable, pero las conjunciones de mar y tierra, cuidadosamente elegidas, y el sutil juego de luces sobre la lava y la vegetación, pueden proporcionar el material para fotografías de gran belleza, como ha

demostrado Eliot Porter al ilustrar los lujosos volúmenes publicados por el Sierra Club de California.

Si bien las islas no han tenido pintor, han tenido su poeta: un poeta en prosa. Herman Melville llegó a las Galápagos seis años después que Charles Darwin, sirviendo como marinero a bordo del ballenero *Acushnet*. De ese viaje surgió su gran epopeya del mar, *Moby Dick* — más una saga que una novela convencional. Su valor literario ha sido muy debatido. En la propia época de Melville se pensó poco de él, y con *Moby Dick* perdió la popularidad ganada por sus novelas anteriores, *Typee* y *Omoo*. Sin embargo, algunos críticos posteriores la han calificado como la mejor novela estadounidense del siglo XIX, o como la mejor historia marinera jamás escrita. A pesar de las diferencias de gusto, pocos cuestionarían ahora su inclusión en una breve lista de clásicos estadounidenses. No se puede decir lo mismo de sus bocetos de Galápagos. No armaron revuelo cuando aparecieron por primera vez; de hecho, la reputación de Melville había caído tan bajo que los publicó bajo el curioso seudónimo de "Salvator Tarnmore". Hoy en día, pocas personas los han leído o han oído hablar de ellos.

No hay nada de guía turística en los cuentos de Melville *The Encantadas or Enchanted Isles*. No escribió sobre las islas hasta muchos años después de su visita, y reprodujo con imaginación más que con exactitud las huellas que el archipiélago había dejado tan profundamente grabadas en su memoria. Hay algo místico en su

enfoque, ya que las ve a través de "la luz que nunca estuvo en la tierra o el mar". Su visión intensamente individual de las Galápagos no es la de la mayoría de las personas que visitan las islas; sin embargo, aquellos que las conocen mejor reconocerían la verdad, la verdad poética si se quiere, de la imagen que construye en sus primeros párrafos, mientras reduce a palabras "ese aire de hechizada soledad que tan significativamente envuelve a las islas".

"Hay que preguntarse si en cuanto a desolación, algún otro sitio yermo de la tierra pueda proporcionar algo semejante a este grupo. Cementerios abandonados de otros tiempos o viejas ciudades en ruinas constituyen espectáculos ya bastante melancólicos, pero como todo lo que en algún momento ha estado vinculado a la humanidad, aún despiertan en nosotros cierto afecto, por muy tristes que sean ... pero Las Encantadas se niegan a darle acogida hasta a las más descastadas entre las bestias ... Allí se pueden encontrar pocos animales, con la excepción de los reptiles: tortugas, lagartos, arañas enormes, serpientes y esa singular anomalía de la naturaleza exótica que es la iguana. No se oye una voz ni un mugido ni un aullido; el primordial signo de vida allí es el silbido".

Las figuras humanas en esas historias son incidentales. Lo que se apoderó de la imaginación de Melville fue que las islas mismas "se parecían mucho al mundo en general después de una conflagración". No hay rastro aquí de la común confusión de las palabras "encantador" y "encantado"; para Melville, "encantado" significa

estar bajo un hechizo maligno, "esa malignidad intangible que ha existido desde el principio". En este contexto aterrador, los personajes de sus historias de Galápagos, "fugitivos, náufragos, solitarios, etc.", parecen sombras, menos reales que los pájaros y las tortugas.

Las tortugas dejaron una impresión indeleble en la mente de Melville. Él describe cómo las primeras tortugas que vio fueron subidas a bordo de su barco después del anochecer: "tenemos estas tortugas realmente asombrosas —nada parecidas a las tortugas de barro que hacen los niños, sino negras como ropa de viudo, pesadas como cofres enchapados, y con enormes caparazones redondeados, y también mellados y abollados, como escudos que han soportado batallas; hirsutas, asimismo, aquí y allá, con moho verde oscuro, y viscosas por la espuma del mar—. Estas asombrosas criaturas, que de repente habían sido trasladadas de noche desde inenarrables soledades a nuestra poblada cubierta, me afectaron de un modo tal que me es difícil explicar. Parecía que recién habían surgido desde las entrañas de la tierra. Claramente: parecían las mismísimas tortugas sobre cuyos lomos pone el hindú esta esfera entera. Con una linterna las examiné más detenidamente. ¡Qué reverencial y venerable era su aspecto! ... Ya no veía tres tortugas, sino que se habían dilatado y transfigurado. Me pareció ver tres coliseos romanos en su espléndida decadencia".

Quedó particularmente impresionado por su "resistencia indefinida que se perdía en el tiempo". Mientras las observaba aferrándose inflexiblemente a su camino, vio en ellas la misma obstinación inquebrantable del Capitán Ahab. Se convirtieron en un símbolo para Melville, pero nunca quiso explicar de qué. ¿Podría haber querido decir que eran el símbolo de la humanidad, embistiendo ciegamente con persistencia irracional contra el destino inexorable? ¿Y qué simboliza la miríada de pájaros en la imponente Roca Redonda: las "aves bandidas", los "pájaros-ermitaños" y especialmente el rabijunco? "Con chillidos que parten los tímpanos las aves celebran sus maitines ... Pero, a través de toda esta conmoción discordante, oigo notas claras y estridentes, semejantes al sonido de un clarín, que caen sin interrupción como líneas oblicuas de una lluvia sesgada en el diluvio de un aguacero. Miro hasta muy alto y entonces advierto una cosa angelical, blanca como la nieve, con una larga pluma que le surge de atrás como una lanza".

Las Galápagos de Melville no son las islas de la realidad; pertenecen, más bien, a la mitología. Pero como todos los buenos mitos, tienen sus raíces en la realidad. Independientemente de lo que leamos en su visión mística de las islas, está bastante claro que dejaron una impresión profunda en su mente. Es posible que otros no compartan su sensación de haber vagado por un "terreno encantado por el mal". Algunos pueden sentirse repelidos; otros pueden ceder a una poderosa atracción; pero los mortales menos visionarios tendrán al

menos una cosa en común con Melville: nadie que haya estado allí alguna vez olvida las Galápagos.

Capítulo XIV

LOS PRIMEROS POBLADORES

Another feature of these islands is their empathic uninhabitableness.

Herman Melville.

[Faltan cuatro páginas en el manuscrito de este capítulo. Aunque incompleto, el editor decidió publicarlo. Para conocer el contenido que falta, se recomienda revisar *The Enchanted Islands: The Galapagos Discovered* de John Hickman (Oswestry: Anthony Nelson Ltd., 1985)].

Cuando el Capitán Colnett, a bordo del *Rattler*, exploró las Galápagos en 1793, informó que "es muy lamentable que las islas hayan sido tan poco conocidas hasta este período, pero solo para los españoles". En eso se equivocó. Hasta ese momento eran los marineros ingleses y, en menor medida, los franceses, quienes habían aportado lo poco que se sabía sobre ellas. A los españoles les había faltado interés, algo que resultaba bastante natural. España tenía un vasto continente por conquistar, explorar, organizar y explotar, y

millones de indios por convertir. Sus nuevos dominios contenían fabulosas minas, más allá de los sueños de Midas, orgullo de España y envidia del resto del mundo. Pero nunca produjeron suficiente oro, plata y piedras preciosas para satisfacer las necesidades del gobierno nacional.

Las guerras dinásticas de la casa de los Habsburgo, las campañas que libraron por sus posesiones familiares en Austria, Italia, los Países Bajos o Francia, y las grandes armadas enviadas a África, el Levante y el Canal de la Mancha, vaciaron el tesoro, de modo que los reyes de España estaban constante y profundamente endeudados. Siempre se necesitaba más de las Américas. Es fácil comprender que los sucesivos virreyes del Perú, donde se había descubierto la mina más rica del mundo, tuvieran pocos incentivos, ya sea por motivos de deber o de beneficio personal, para preocuparse por rocas remotas y estériles, reputadas peligrosas para la navegación, si no verdaderamente hechizadas y flotando sobre la faz del océano de alguna forma diabólica. No había oro y, de hecho, no había habitantes y, por lo tanto, no había almas que salvar.

Los españoles hicieron, pues, poco por las Galápagos, aunque probablemente no tan poco como sugieren los registros escritos. Si bien hubo una gran demanda por los diarios publicados por los bucaneros ingleses, las imprentas en España y Perú estuvieron muy poco activas, y debe haber habido visitas españolas de las que no se ha conservado ningún relato. Es, por ejemplo, significativo que, en

el siglo XVII, Charles tenía un nombre español, *Santa María del Aguada* — literalmente, aunque torpemente, Santa María del Manantial. Es claro que los españoles debieron saber de la existencia del manantial que usaban algunos de los bucaneros. No parece haber ningún registro de que la corona española haya tomado posesión formal de las Galápagos, aunque, por supuesto, España las habría reclamado automáticamente, así como todos los demás territorios de esa región, con la autoridad de la Bula Papal de 1493 y el posterior Tratado de Tordesillas, que dividió el Nuevo Mundo entre España y Portugal. Sin embargo, los conquistadores solían ser tan puntillosos con la formalidad de tomar posesión que el hecho de no hacerlo sugiere una fuerte falta de interés.

La primera visita registrada de la Armada Española fue la del Capitán Alonzo de Torres, quien acudió allí en 1793 por instrucciones del virrey del Perú. Dio nuevos nombres (incluido el suyo propio) a algunas de las islas e hizo un mapa del archipiélago, pero éste fue de calidad tan inferior al del pirata Cowley, realizado un siglo antes, que resultó completamente inútil para fines de navegación; es incluso difícil adivinar a qué islas adjuntó los nombres. Una visita más prometedora en el mismo período fue la de una importante expedición científica al mando de Alessandro Malaspina, un siciliano al servicio de España. Fue elegido, según el ministro de Marina, "por su conocimiento, cuna, nobleza, la elegancia de su persona y modales, su presencia altiva, su afabilidad y su fuerza de carácter" — unas calificaciones que quizás no fuesen las más

apropiadas para un científico, pero que fueron muy apreciadas por Alexander von Humboldt, lo cual parece una recomendación suficiente. Esta fue la primera investigación científica deliberada de las Galápagos y, por lo tanto, es particularmente decepcionante que no sepamos nada de sus hallazgos, ya que el desafortunado Malaspina fue encarcelado a su regreso a España, donde languideció como prisionero de Estado, presumiblemente a causa de algún delito político.

Malaspina y Torres llegaron en los primeros años de la Revolución Francesa. Al final de las guerras revolucionarias y napoleónicas, el dominio español en América del Sur se estaba desmoronando. Los ejércitos de Simón Bolívar liberaron la parte norte del continente y en 1824 fundaron la República de la Gran Colombia, pero ésta pronto se dividió en tres partes. En 1830 la República del Ecuador se separó de Colombia y comenzó su existencia como estado independiente. Uno de los primeros actos de la joven nación fue la anexión de las islas Galápagos, que, al igual que la propia república, recibió el nombre de Archipiélago del Ecuador. En la época colonial, los territorios que entonces componían Ecuador habían estado en diferentes momentos bajo la administración de los virreyes del Perú o de Colombia y, al menos en teoría, también lo habían estado las Galápagos. Hubiera sido posible que las nuevas repúblicas de Perú y Colombia hubiesen objetado la anexión, pero no lo hicieron, ya sea porque, como los virreyes, tenían poco interés en esos sombríos volcanes o porque estaban, obviamente, más cerca de la costa de

Ecuador. España reconoció la anexión en 1840 y el título de Ecuador nunca ha sido cuestionado seriamente.

Los actos formales de anexión tuvieron lugar en 1832 en la isla que Cowley había llamado *King Charles II*, pero que para la ocasión pasó a llamarse *Saint Charles*, promoción que habría divertido al poco santo monarca. Luego se cambió el nombre a Mercedes, en honor a la esposa del primer presidente de la república y nuevamente a Floreana en honor al propio presidente Flores. La iniciativa de la anexión provino del general José Villamil. Nacido en Luisiana cuando era colonia española, se fue después de que el territorio fuera adquirido por los Estados Unidos y

[página faltante]

los cazadores de Charles habían extendido sus actividades a James, debido a la creciente escasez en su isla natal. La raza de tortugas de Charles fue la primera en extinguirse.

Esos fueron los días felices de la empresa de Villamil. Según Darwin: "Los colonos se quejaban de su pobreza, pero obtenían sin gran trabajo lo necesario para su subsistencia. En los bosques hay muchos jabalíes y cabras; pero la alimentación animal está constituida en su mayor parte por carne de tortuga. En consecuencia, su número se ha reducido grandemente en esta isla". Los colonos tenían suficiente para comer, pero, por lo demás, no estaban contentos.

Villamil tenía la ambición de expandir su colonia. El gobierno le envió algunos de sus opositores políticos, algunos delincuentes comunes y algunas prostitutas. De esta manera, la población aumentó a casi trescientos, pero la moral se hundió cada vez más. La vida en Galápagos es difícil incluso para aquellos que quieren ir allí, pero como lugar de destierro podía llegar a ser un infierno. La orilla del río Guayaquil en la década de 1830 puede no haber tenido tanta alegría que ofrecer como París, pero la mayoría de los exiliados extrañaban sus atractivos, cualesquiera que fueran. Para los naturalistas, desde el joven Darwin en adelante, las islas han tenido una fascinación innegable, aunque a pocos, si acaso, les gustaría ser enviados allí de por vida. Para aquellos que carecen de esos particulares intereses, un hábitat de cenizas y cactus puede ser desesperante.

Puede que no haya sido una colonia feliz pero, gracias al celo del general Villamil, se había logrado un buen grado de éxito material, considerando el terreno y la clase de hombres que tenía que gobernar. Tenía sus problemas: se dice que andaba rodeado de una jauría de perros feroces para su protección, y que tuvo que fusilar a varios de sus súbditos rebeldes que se habían subido a los cerros y eran una amenaza para el asentamiento. Villamil aguantó cinco duros años y luego entregó la dirección de su empresa al General Mena y al

[página faltante]

tripulación para escapar. Asumido el control, obligaron al capitán y a la tripulación a llevarlos a Chatham, la residencia del general Mena, quien para entonces se había convertido en gobernador de las Galápagos. Saquearon el lugar, llevaron al general a bordo, lo asesinaron, y luego zarparon hacia tierra firme. En ese momento, el general Flores, el primer presidente de la república, pero ahora en el exilio, preparaba su regreso. En Perú reunió y armó a un grupo de simpatizantes y los embarcó en cinco pequeños navíos. Briones se encontró con el primero de ellos frente a la costa de Ecuador, lo abordó y mató a los veintinueve hombres de Flores que iban a bordo. Luego navegó triunfante hacia Guayaquil, esperando una cordial bienvenida de las autoridades por haber destruido la vanguardia de las fuerzas revolucionarias. Quizás no sabía mucho de historia: de lo contrario se habría dado cuenta de que Guayaquil aguantaba revolucionarios, pero ya estaba harto de piratas. Rápidamente fue despojado de sus ilusiones, juzgado y ahorcado.

En este punto es legítimo preguntarse por qué el gobierno de Ecuador permitió que se desarrollara tal caos. La respuesta breve es que no pudo evitarlo. Ya había bastante caos en el Ecuador continental. Es difícil imaginar condiciones más difíciles que las que tuvo que enfrentar el joven país en sus primeros años. Esculpido entre las ruinas de un imperio español que se desmoronaba, no tenía fronteras naturales ni límites que sus vecinos no disputaran. Su población era cualquier cosa menos homogénea; la mayor parte de la gente eran "indios" aborígenes, que hablaban quichua y varios

otros idiomas; ni ellos ni los esclavos africanos tenían gran afecto por los herederos de los conquistadores, la minoría de ascendencia más o menos europea que había heredado el poder de España. Incluso la élite gobernante estaba dividida: los terratenientes que vivían en el clima templado de los altos Andes tenían poco en común con los comerciantes de la zona tropical de Guayaquil. España no había dejado tradición de elecciones y de gobierno representativo. A la vista de todo esto, lo sorprendente no es que la república estuviera mal gobernada, sino que sobreviviera. Con crecientes problemas, disensiones y violencia doméstica, los gobernantes de la época tenían poco tiempo para pensar en esas posesiones remotas, con su puñado de colonos, y mucho menos en organizar el gobierno allí. Las comunicaciones eran rudimentarias y los que estaban en el poder en la capital sabían poco de lo que sucedía en las islas, o incluso de cómo eran, excepto que proporcionaban un lugar conveniente para arrojar a los opositores políticos y a otros personajes indeseables. A efectos prácticos, las Galápagos estaban más allá de la ley, como lo habían estado en la época de los bucaneros.

El secuestro del *George Howland* por parte del Pirata del Guayas planteó la cuestión de la responsabilidad del gobierno de manera concreta porque Estados Unidos exigió 40.000 dólares como compensación a los propietarios y tripulantes del ballenero. Al hacer esta demanda, el *chargé d'affaires*, Courtland Cushing, señaló que Ecuador no estaba en condiciones de proteger las distantes islas, las cuales eran utilizadas principalmente por barcos estadounidenses, y

preguntó si el gobierno querría considerar cederlas a los Estados Unidos. Nada salió de esa sugerencia casi casual, pero soltó una liebre que sería perseguida durante los años siguientes.

Para los sucesivos gobiernos, Galápagos presentó un problema delicado. Por un lado, parecían de poco valor económico; de hecho, empresa tras empresa terminaron en desastre financiero. Ecuador no era un país rico, que pudiera darse el lujo de perder sus inversiones, y, en cualquier caso, tenía miles de kilómetros cuadrados de tierra más prometedora sin desarrollar, y mucho territorio inexplorado. Las pocas noticias que llegaban de las islas solían ser de derramamiento de sangre, sufrimiento y opresión, mientras que la población total nunca parecía superar la de un pueblo. Por otro lado, había un orgullo feroz por tener esa posesión, combinado con una convicción irracional, que se elevaba por encima de toda evidencia, de que seguramente debía haber ricas posibilidades en un lugar llamado Islas Encantadas. Siempre que surgía la cuestión de deshacerse del archipiélago, ganaba el orgullo.

Otras naciones no tenían sentimientos tan fuertes. Durante el siglo XIX, las potencias europeas coleccionaban islas y territorios en todo el mundo, pero las Galápagos tenían pocos atractivos: estaban fuera de las rutas comerciales, carecían de potencial económico y no eran aptas para el asentamiento. Nadie las quería realmente, pero al mismo tiempo todo el mundo se oponía a que alguien más las adquiriera; después de lo que el Capitán Porter le había hecho a la

flota ballenera británica mientras usaba las islas como base cuando todavía eran nominalmente una posesión española, es comprensible su reticencia a verlas cedidas a otra potencia naval.

Las negociaciones más serias tuvieron su origen en un nuevo proyecto del General Villamil. La edad y las decepciones recurrentes no habían disminuido su celo ni su fe en las Galápagos. Esta vez obtuvo derechos de su gobierno para la explotación de los yacimientos de guano que, según declaró, eran enormes. Aproximadamente en la misma fecha fue nombrado *chargé d'affaires* en Washington; de esta o de otra forma, el Departamento de Estado de los Estados Unidos se enteró de las posibilidades del guano. Esto aceleró el interés estadounidense en las Galápagos, porque la única otra fuente disponible de ese rico fertilizante era Perú, que usó su posición monopólica para asegurar los precios más altos posibles por su guano, un procedimiento que no alegró a nadie más que a los peruanos. Después de unos intercambios confusos, plagados de afirmaciones y refutaciones contradictorias sobre la extensión de los yacimientos, se firmó una convención que, sin otorgar soberanía a los Estados Unidos, le daba derechos sobre el guano, junto con ciertos privilegios extraterritoriales en el archipiélago, a cambio de tres millones de dólares: según los estándares de ese momento, un socorro muy considerable, y muy necesario para el erario ecuatoriano. Los representantes de Gran Bretaña, Francia, España y, naturalmente, Perú protestaron de inmediato, y hubo mucha presión diplomática, pero eso no impidió que Ecuador ratificara el

acuerdo. Sin embargo, nunca llegó al Senado de los Estados Unidos porque el interés estadounidense se evaporó cuando la investigación mostró que los depósitos de guano simplemente no existían. Cuando Estados Unidos no la ratificó, Ecuador anuló formalmente la convención en 1855.

Hubo otra serie de negociaciones durante la segunda mitad del siglo. Los bonistas británicos, que habían financiado un préstamo a la joven República de la Gran Colombia que aún no había sido reembolsado, querían tomar las Galápagos como pago de la deuda, propuesta que resultó poco atractiva para Ecuador en comparación con la oferta estadounidense de dinero en efectivo. Hubo una oferta secreta de las islas a Napoleón III, otra para arrendarlas a los Estados Unidos como prenda de un préstamo de diez millones de dólares, y muchos otros oscuros regateos; pero todos quedaron en nada. Una razón fue que ninguna de las potencias quería realmente el archipiélago; estaban contentas si ningún rival lo controlaba. Esa fue la situación hasta que la construcción del Canal de Panamá le dio a Galápagos una importancia estratégica. Una razón aún más potente del fracaso de las negociaciones fue que los sucesivos presidentes, por mucho que necesitaran dinero, sabían que estaban arriesgando sus vidas políticas si renunciaban a la soberanía de Ecuador.

Mientras tanto, la vida en Galápagos siguió el trágico patrón familiar, como si las Islas Encantadas realmente estuvieran bajo un hechizo maligno. En 1870 Don José

[páginas faltantes]

tierra adentro, pero fue vencido por el matorral espinoso. Bien podría haber sido rescatado por un barco que pasaba si no hubiera sido por los avisos en español e inglés que decían: "No se lleven a este hombre. Es veinte veces un criminal". Los rescatistas llegaron demasiado tarde para salvar a otro hombre abandonado en isla James; una expedición científica estadounidense encontró su esqueleto poco tiempo después.

Aproximadamente durante el mismo periodo hubo una tragedia espeluznante en la otra punta del archipiélago, cerca del extremo sur de isla Albemarle, donde recientemente se había establecido una pequeña colonia, junto con una guarnición para evitar la violencia tan común en otros lugares. Para el soldado promedio, la vida en un lugar así aparentemente no era más atractiva de lo que era para la mayoría de los reacios colonos. Once miembros de la guarnición desertaron y escaparon al interior. Fueron perseguidos, pero la cacería resultó infructuosa en una región tan agreste. No se supo más de los desertores, y después de un tiempo se supuso que debían haber sido llevados por algún barco que pasaba. Hasta que uno de ellos entró, tambaleándose, en el asentamiento, en las últimas etapas del agotamiento. Contó cómo habían confiado encontrar agua más arriba del volcán; cuando no lo lograron, se dispersaron en una búsqueda desesperada, pero cualquiera que conozca el despiadado territorio en el que se sumergieron puede imaginar fácilmente el final

lento y terrible de la historia, ya que uno por uno se derrumbaron en algún lugar entre la lava negra y rota. Que sus cuerpos nunca hayan sido encontrados, incluso si fueron buscados, no es sorprendente.

En las Galápagos, el siglo XIX fue un período de tragedia casi absoluta para el hombre y la bestia. Al final, la increíble abundancia de su vida silvestre única dejó de existir, mientras que los valientes esfuerzos de colonización habían producido, a un costo enorme en sufrimiento humano, una población total que podría haberse acomodado en una sola calle de pueblo; más hombres habían muerto en la lucha que los que habían sobrevivido para poblar las islas, y los sobrevivientes eran pobres y generalmente miserables. Con la ventaja de hablar en retrospectiva, ahora podemos ver que el gobierno debería haber brindado protección a un activo nacional tan invaluable como la vida silvestre isleña, pero en esos días, ¿qué otros países pensaron seriamente en la conservación?

De hecho, el gobierno apenas pudo proteger la vida humana; de hecho, no fue capaz de salvaguardar a sus ciudadanos residentes en el archipiélago de la explotación inhumana y la tiranía. Si esto suena chocante, tal vez unos pocos datos ayuden a poner en perspectiva un aspecto importante del problema. El parlamento británico prohibió la trata de esclavos en 1807 pero, si bien esto impidió la introducción de nuevos esclavos en sus colonias, los existentes no fueron liberados hasta 1834, solo un año antes de que el apasionado antiesclavista

Charles Darwin llegara a Galápagos. En Ecuador, la esclavitud fue abolida en 1852, pero una forma de servidumbre, introducida por los conquistadores españoles, se mantuvo casi hasta el día de hoy; como ésta formaba parte de las costumbres del continente, no sorprende que el trabajo forzado y los jefes despóticos hayan sido características recurrentes de los diversos intentos por desarrollar las islas.

Una vez más, hubo poca administración efectiva en el mismo Ecuador. Los gobiernos eran derrocados violentamente, y la principal preocupación de la mayoría de los presidentes era la autoconservación; hubo períodos de algo cercano a la anarquía, incluso de guerra civil. Con tal caos en casa, el gobierno, muy lejos en la cima de los Andes, simplemente no estaba en condiciones de imponer una administración efectiva en las Galápagos, incluso si hubiera sabido (cosa que rara vez ocurría) lo que les estaba pasando a los pequeños grupos humanos que vivían allí. Por supuesto, en principio estaba mal enviar convictos, pero era difícil encontrar colonos voluntarios. De la misma manera, tener una docena de hombres por cada mujer era buscar problemas, pero esas islas desoladas ofrecían poco para atraer libremente a las mujeres.

Había otro factor que quedaba fuera del control de cualquier gobierno: la perenne dificultad que la mayoría de los seres humanos encuentran para llevar una vida satisfactoria en las Galápagos. Si el repetido fracaso de los intentos de colonización del siglo XIX se

debió únicamente a la insuficiencia de la estructura social del Ecuador, ¿cómo podemos explicar el hecho de que la historia de aflicción continuara cuando colonos europeos con antecedentes muy diferentes llegaron en pleno siglo veinte?

LA MECA DE LOS CIENTÍFICOS

Let knowledge grow from more to more, but more
of reverence in us dwell.

Alfred Tennyson.

Los sangrientos dramas de los asentamientos despertaron en el Ecuador sólo una fugaz preocupación, y trascendieron sus fronteras. Para el resto del mundo, las islas tenían un interés principalmente científico. Al provocar la mayor controversia intelectual del siglo, Darwin había hecho familiar su extraño nombre a los hombres de ciencia de todas partes, de modo que las Galápagos eran más conocidas que la propia república. No solo sus libros, sino también los escritos de la variedad de distinguidos científicos británicos que habían descrito y analizado sus colecciones, atrajeron la atención de sus colegas en otros países. Hooker escribió sobre la flora, Gould sobre las aves, Bell sobre los reptiles, y así sucesivamente. Las Galápagos se convirtieron en la Meca de los científicos, aunque la peregrinación hasta allí todavía era difícil.

Un "científico" cuya contribución a nuestro conocimiento del archipiélago tiende a ser olvidada en medio de la aclamación general de Darwin es Robert FitzRoy, el capitán del *Beagle*. FitzRoy fue un destacado hidrógrafo, y el propósito del largo viaje del *Beagle* fue la hidrografía: el joven Darwin y la historia natural fueron complementos casi casuales de la expedición. Las instrucciones del Almirantazgo para FitzRoy fueron directas: "De este tipo de conocimiento a medias hemos tenido demasiado; el estado actual de la ciencia, que proporciona medios tan amplios, parece exigir que cualquier cosa que se haga ahora se haga finalmente; y que esas costas que son visitadas constantemente por barcos ingleses ya no tengan esa apariencia que alterna error y precisión". Y eso es precisamente lo que hizo FitzRoy al cartografiar las Galápagos, así como muchos cientos de millas de otras costas traicioneras.

El pirata Cowley, en el *Batchelor's Delight*, había hecho el primer boceto del archipiélago de Galápagos, tosco e incompleto. El capitán Colnett, del *Rattler*, aunque principalmente preocupado por la caza de ballenas, había elaborado la primera carta que los marineros podían considerar viable. El capitán FitzRoy creó una carta de navegación casi definitiva, que fue utilizada por todos los países hasta hace muy poco tiempo. No se puede hacer un elogio más generoso que el de su colega hidrógrafo Louis Henri, conde de Gueydon, capitán del bergantín de guerra francés *Le Génie*, que lo siguió en 1846: "Nada escapó a la perspicacia de este observador concienzudo" informó. "Los detalles más pequeños están todos

indicados con una precisión realmente asombrosa y, siguiendo su dibujo, uno puede visualizar de la manera más precisa la forma de la costa. Viniendo detrás de él, ni siquiera hay necesidad de deducir". Según Joseph Slevin, herpetólogo de la Academia de Ciencias de California y también historiador de la exploración de las Galápagos, "es realmente asombroso que la carta moderna de las Galápagos realizada en 1942 por el *U.S.S. Bowditch*, equipado con todos los dispositivos modernos, se parezca tanto a la realizada por el capitán FitzRoy hace más de cien años". Es como el brillante y gallardo joven capitán del *H.M.S. Beagle* como nos gusta recordar a Robert FitzRoy, más que como el almirante amargado que se indignó con *On the Origin of Species*, que se arrepintió profundamente de haberle dado a Darwin la oportunidad de desarrollar sus ideas heréticas, y que terminó con su propia vida en un ataque de locura y desesperación.

Llegar a las lejanas Galápagos todavía era una tarea difícil para los científicos, pero, una vez allí, los mapas de FitzRoy hicieron que sus investigaciones fueran mucho más fáciles y seguras. El flujo de científicos aumentó a medida que avanzaba el siglo. En 1868 el Dr. Simeon Habel pasó seis meses en el archipiélago y regresó a Viena con grandes colecciones de aves, reptiles, insectos y moluscos. El científico alemán Dr. Theodor Wolf realizó dos importantes visitas mientras impartía clases en Quito. El profesor Agassiz, de Harvard, dirigió lo que puede considerarse la primera expedición organizada, cuando encabezó un grupo de especialistas a bordo del *Hassler* en

1873. Sería tedioso enumerarlos a todos e insoportable tratar de resumir sus hallazgos; a finales de siglo ya había un cuerpo considerable de literatura científica sobre las Galápagos, aunque ciertamente nada comparable con la que existe hoy, cuando la mera lista de publicaciones producida por la computadora de la Smithsonian Institution pesa varios kilos.

Hacia el cambio de siglo, la investigación zoológica recibió un nuevo giro gracias al gran interés de Lord Rothschild en las tortugas gigantes y a su deseo de tener una colección representativa de todas las especies en su museo en Tring, ahora parte del Museo Británico de Historia Natural. A instancia suya, una expedición zarpó de San Francisco y regresó diez meses después con sesenta tortugas vivas. En 1901 otra expedición enriqueció aún más su colección; esta vez estuvo a cargo de Rollo H. Beck, quien pronto se convirtió en la autoridad de su época sobre tortugas gigantes. No solo estudió sus hábitos, sino que también produjo las primeras estimaciones de la escasez relativa de las diversas razas y sus posibilidades de supervivencia. Esto no condujo directamente a intentos de conservación, aunque tales estudios constituyeran un preliminar esencial. Por el contrario, Beck era tan pesimista que el resultado inmediato fue una intensificación de la recolección para museos y zoológicos, de modo que los especímenes pudieran preservarse para la posteridad antes de que los reptiles únicos de Galápagos fueran exterminados en su hábitat nativo.

Los bucaneros y los balleneros habían atrapado tortugas lo más cerca posible de la orilla, para evitar el pesado trabajo de transportarlas a través de los matorrales espinosos y encima de la lava fragmentada. A medida que disminuyeron, los marineros tuvieron que ir más hacia el interior, y en las islas más visitadas, como Charles, las tortugas pronto se extinguieron. Beck y su grupo eran muy resistentes y tenían meses a su disposición. Se adentraron en el interior de las islas más grandes y exploraron todos los volcanes, excepto los tramos más inaccesibles. En Albemarle, Beck descubrió tortugas en cantidades que nunca había encontrado cerca de la costa y que creía que ya no existían. No solo eso, sino que nunca había visto nada de un tamaño tan enorme. Aunque satisfactorio desde el punto de vista de su expedición de recolección, las perspectivas para el futuro de la especie le parecían más allá de toda esperanza. Para empezar, al menos en Albemarle, no pudo encontrar tortugas jóvenes porque los perros salvajes se las estaban comiendo. "Desde el momento en que se pone el huevo", escribió, "hasta que la tortuga mide un pie de largo, los perros salvajes son una amenaza constante, y es dudoso que más de una de cada diez mil escape. Ciertamente no vimos ninguna". En Duncan, eran las ratas las que mataban a los jóvenes indefensos con la misma despiadada eficacia.

Esto en cuanto a las perspectivas a largo plazo de la especie. La perspectiva a corto plazo no era mejor: Beck descubrió que la explotación comercial de las gigantes restantes por su aceite estaba en marcha. Cuando pisó tierra en el sur de Albemarle, encontró

barriles que contenían 1.200 galones de aceite esperando ser embarcados. Como cada tortuga grande da de uno a tres galones de aceite, la magnitud de la destrucción se puede imaginar fácilmente. Con el aceite vendiéndose en Guayaquil a un dólar el galón, difícilmente parecería justificar el costo de recolección y transporte, y mucho menos el exterminio de una criatura rara y fascinante, pero los salarios eran bajos y el comercio se consideraba rentable. También se mataba para comer, y Beck notó con angustia que no se sacaban más de cinco libras de carne de cada tortuga; el resto se dejaba a los perros salvajes. "Al ritmo de destrucción que ahora se está produciendo", señaló, "se necesitarán solo unos pocos años para limpiar toda esta montaña de tortugas ... Solo en los últimos años, el hogar de estas tortugas tan grandes ha sido invadido por el hombre, pero la rapidez con la que están siendo asesinadas, y la razón de su destrucción, nos deja pocas esperanzas de que sobrevivan más tiempo que el bisonte americano después de que los cazadores de pieles comenzaron su trabajo de exterminio". El mismo destino parecía aguardarles a las focas y a las iguanas terrestres a no mucha distancia en el tiempo.

Ahora sabemos que la tristeza de Beck fue un poco exagerada, pero no demasiado. Quizá no le dio suficiente peso a tres factores que favorecían a las tortugas: había todavía algunos refugios remotos donde ni siquiera él había penetrado; las tortugas podían parecer indefensas pero, si no se las molestaba, llegaban a edades excepcionalmente longevas; finalmente, estaba la cuestión de los

rendimientos decrecientes: cuando solo quedan unas pocas tortugas, deja de valer la pena cazarlas por unas pintas de aceite. Sin embargo, vio que era solo cuestión de tiempo, y esto sigue siendo cierto hoy en día, antes de que las tortugas gigantes y otras especies fueran exterminadas, a menos que se les brindara protección. En 1900 la protección estaba completamente fuera de discusión. Cualquiera, nativo o extranjero, podía ir a las islas y tomar lo que quisiera. El gobierno no tenía medios para evitarlo, incluso si así lo hubiera deseado, y es muy poco probable que siquiera hubiera pensado en ello. Por ende, el despojo continuó. A los científicos les parecía mejor recolectar todo lo que pudieran de lo que quedaba que esperar a que los sobrevivientes fueran sacrificados por una pequeña ganancia monetaria. Al menos, los esqueletos tendrían más valor en los museos que hundidos en las lagunas.

Fue en estos años, alrededor del cambio de siglo, que California comenzó a tener un interés muy especial en las Galápagos. Al principio pudo deberse a la conveniencia de San Francisco como base de operaciones antes de que se abriera el Canal de Panamá; las dos expediciones patrocinadas por Lord Rothschild partieron de allí y así evitaron el largo y difícil paso alrededor del cabo de Hornos. Luego, en 1905-6, la Academia de Ciencias de California realizó el estudio científico más grande y extenso que el archipiélago había conocido. Charles Darwin, aunque era un invitado de honor en el *H.M.S. Beagle*, había sido un miembro supernumerario de la tripulación e inevitablemente tuvo que encajar su propio trabajo en

el programa de la misión hidrográfica del capitán FitzRoy durante las escasas cinco semanas que pasaron en las dispersas islas. En esta oportunidad, un grupo de especialistas recorrió Galápagos durante todo un año en la goleta *Academy*, equipada para permitir la exploración del interior de las islas y la investigación en las aguas circundantes, bajo la dirección experimentada de Rollo Beck. Regresaron con la colección más grande y representativa de aves, reptiles, insectos y plantas que jamás se había recolectado allí. Incluía 8.691 especímenes de aves, 266 tortugas gigantes que abarcaban todas las especies supervivientes, y esqueletos de las que se habían extinguido, por poner solo algunos ejemplos.

Bien puede parecer que la recolección a semejante escala simplemente estaba empeorando la situación. Probablemente lo hizo. Los científicos no pueden reclamar una indulgencia plenaria para matar por sus altos propósitos mientras niegan el derecho de otros a matar por motivos inferiores, como el hambre. Sin embargo, debe reconocerse que los científicos de la expedición de la Academia estaban haciendo lo que les parecía mejor a ellos y probablemente a todos los demás científicos de su tiempo. El propio Beck había visto la devastación de la población sobreviviente de tortugas para obtener unos pocos chelines de aceite por cabeza. El gobierno de ese periodo no estaba preocupado por brindar protección a la vida silvestre contra los cazadores o, en realidad, contra los científicos; si tuvo alguna política al respecto, fue la de fomentar la introducción de animales y plantas exóticos para reemplazar a las especies endémicas.

La acción internacional para asesorar y ayudar no era ni siquiera un sueño. Ciertamente la Fauna Preservation Society acababa de fundarse en Londres, pero sus primeras actividades se limitaron al Imperio Británico y, a efectos prácticos, a África, donde, a través de contactos personales y oficiales con los administradores coloniales, sus miembros esperaban limitar las depredaciones de los insaciables cazadores de trofeos mediante una acertada mezcla de persuasión y presión; no se contemplaba la obra "misionera" en tierras extranjeras.

Y esa, sin duda, fue la actitud de la expedición de la Academia, porque parece que no aprovecharon la gran oportunidad que les presentaba el azar de hacer una eficaz propaganda a favor de la conservación. El gobernador del archipiélago en ese momento era el General Plaza, con quien entablaron cordiales relaciones. Joseph Slevin ofrece un colorido relato de su reunión, que arroja mucha luz incidental sobre las condiciones de vida en la isla a principios de siglo. El gobernador los recibió de oficio, sentado en su escritorio, que era una vieja mesa de cocina a la que le faltaba un cajón. A pesar de que parecían los malos de una vieja película del Oeste, ya que ninguno de ellos había sido capaz de afeitarse o de lavarse con agua dulce durante cuatro meses y su ropa era regular, los invitó a un trago de su licor casero, tan fuerte que rápidamente se hizo evidente que los hirsutos científicos no eran tan duros como parecían. Cuando devolvió su visita de cortesía a bordo del *Academy*, la docta tripulación descubrió consternada que, por alguna razón

inexplicable, el suministro de whisky se había agotado. Rápidamente inventaron un sustituto: mezclaron alcohol medicinal con una pizca de jugo de ciruelas pasas, para darle el tono correcto, y lo vertieron en una botella de whisky. Debe haber sido una bebida notable porque incluso el general Plaza rechazó la oferta de un segundo vaso, aunque mostró gran interés en el trabajo de la expedición. En ese ambiente de compañerismo habría sido posible discutir la preservación de la vida silvestre y el control de los excesos, tanto de nativos como de científicos. Aparentemente, la pregunta no surgió; el momento todavía no era el apropiado.

Aunque es posible que haya logrado poco o nada en cuanto a la conservación, la expedición de la Academia hizo lo que ningún científico anterior había intentado: visitó de manera sistemática cada una de las islas, tanto pequeñas como grandes, y emergió con el primer informe completo del archipiélago en su conjunto y de la distribución de su flora y su fauna. Los científicos trabajaron en las colecciones de la expedición y en las de Inglaterra y otros lugares y, gradualmente, a lo largo de los años, publicaron sus resultados. La expedición también cambió el centro de gravedad de las colecciones naturales sobre Galápagos, lo que eventualmente resultó en que California, en lugar de Inglaterra, se convirtiera en el depósito principal. No fue un cambio pasajero: el especial interés de California se ha mantenido hasta el día de hoy, sin ninguna disminución del interés británico, afortunadamente. En los últimos años, California ha enviado la mayor cantidad de científicos; los

británicos se han quedado más tiempo. A ellos se han sumado cada vez más investigadores de Europa y Asia; sin embargo, hay trabajo para más; particularmente, es de esperar, para la joven generación de científicos ecuatorianos.

Capítulo XVI

ORDALÍA EN INDEFATIGABLE

All in a hot and copper sky,
The bloody Sun at noon,
Right up above the mast did stand,
No bigger than the Moon.

Day after day, day after day,
We stuck, nor breath nor motion;
As idle as a painted ship
Upon a painted ocean.

S. T. Coleridge.

Los científicos visitantes observaron la vida de Galápagos en más de un sentido. Darwin interrumpió su descripción de la biología de isla James para contar cómo se encontró con el cráneo del capitán de un barco de cazadores de focas, que había sido asesinado por su tripulación. En la misma isla, la expedición de la Academia encontró el esqueleto de uno de los hombres allí abandonados, como castigo, por Manuel Cobos, el jefe autocrático del asentamiento mal llamado

Progreso. En James, los científicos californianos llegaron demasiado tarde para ser de ayuda; en *Indefatigable*, demasiado pronto. Si hubieran visitado *Indefatigable* un poco más tarde en su recorrido por las Galápagos, o incluso si hubieran estado unos kilómetros más al norte en su último día allí, se habrían visto envueltos en una extraña y cruel odisea; en cambio, en una visita perpetuada en la ahora famosa Academy Bay, navegaron creyendo que la isla no tenía habitantes humanos.

Tenemos muchos registros de abandonos, naufragios y náufragos en las Galápagos, y debe haber habido muchos más de los que no sabemos nada porque nadie vivió para contar la historia. Pero la historia del *Alexandra* se ha narrado extensamente; de hecho, hay diferentes versiones, lo cual es bastante natural, ya que no se escribieron hasta mucho más tarde, pero concuerdan bastante bien en lo esencial. El barco noruego *Alexandra*, de 1.505 toneladas, construido en Aberdeen en 1874, zarpó de Australia en noviembre de 1905. Se dirigía a Panamá, donde se estaba construyendo el canal, con un cargamento de carbón. El capitán, Emil Peterson, era noruego, y en la tripulación predominaban los escandinavos, pero también había dos estadounidenses, un alemán, un francés y un segundo oficial de Glasgow.

Debido a las incertidumbres de los viajes a vela, el barco estaba bien provisto para contingencias, pero esta travesía en particular por el Pacífico tomó más del doble de los setenta días habituales, debido a

la persistente calma. Sin embargo, la situación aún no era desesperada cuando, en abril, avistaron por fin la costa americana cerca de Guayaquil, tras cinco largos meses en el mar. Entonces el viento amainó de nuevo y las velas colgaron flojas. Pasaron los días, pero la barca permaneció inmóvil, un mero juguete de la corriente de Humboldt. Era una vez más la historia del obispo Berlanga y de tantos otros, registrada y no registrada. La tierra se desvaneció del horizonte cuando el barco se adentró en el océano.

Los hombres estaban sentados ociosamente en la tórrida cubierta. En esta etapa, sus sufrimientos eran al menos tanto mentales como físicos, al igual que en la evocación de Coleridge del destino de los marineros atrapados en una calma ecuatorial:

Down dropt the breeze, the sails dropt down,
'Twas sad as sad could be;
And we did speak only to break
The silence of the sea!

Se contaron las historias de sus vidas entre ellos, hasta que no tuvieron nada más que decir.

El único movimiento era el flujo invisible pero implacable de la corriente de Humboldt, que se adentraban más y más en el Pacífico. En el calor abrasador, la sed de los hombres era intensa, pero el agua potable se estaba agotando y el capitán, prudentemente, la racionó.

Amplió el suministro durante un tiempo usando el condensador de la nave, hasta que se le cayó el fondo. A falta de temas de conversación y de agua, la mente de la tripulación se concentraba cada vez más en su situación. Rápidamente perdieron la fe en su viejo capitán y exigieron con creciente insistencia que abandonaran el barco y trataran de llegar a tierra en los pequeños botes. El capitán resistió, no sólo por su sentido del deber como patrón del barco, sino también, según argumentó, porque sería difícil avanzar remando contra la poderosa corriente que los arrastraba; además, la calma no podía durar para siempre y, en todo caso, había muchas posibilidades de que fueran arrastrados a las Galápagos. De hecho, en el décimo día de navegación a la deriva avistaron tierra —debe haber sido Albemarle— y sus espíritus revivieron; pero la calma no se rompió, no pudieron gobernar el barco y, cuando el sol implacable salió a la mañana siguiente, la isla había desaparecido.

La desconfianza hacia el capitán se convirtió ahora en una oposición amotinada. Él y los dos oficiales tuvieron que sacar sus armas para evitar que la tripulación bajara los botes balleneros. El 8 de mayo el capitán finalmente sucumbió a la creciente presión. Sabía que habían pasado las Galápagos y que no había tierra en miles de millas en la dirección en la que se dirigían. Solo el viento podía salvarlos, pero todavía no había ni un sople de aire para llenar las velas y el sol golpeaba implacablemente sobre un mar cristalino. Según el propio relato del capitán, contradicho por otros, hizo un último llamamiento para que voluntarios permanecieran con él en el navío,

pero ningún hombre se adelantó. Luego, a regañadientes, dio órdenes de abandonar la nave.

Había dos botes balleneros, cada uno con diez hombres: uno comandado por el capitán y el otro por el primer oficial. Cada uno tenía comida, brújula, sextante, lezna, lona y un tanque con unos veinte galones de agua; no mucho, pero con suerte los ayudaría. Habiendo clavado carteles en el mástil explicando por qué habían abandonado el barco y estableciendo el destino que se proponían alcanzar, se alejaron lentamente del *Alexandra*, mientras éste se mecía ociosamente en el oleaje. Remando contra la corriente, el capitán no podía descansar, y los hombres que manejaban los largos remos cambiaban cada hora, de día o de noche. Aguantaron durante tres días y luego vieron tierra por primera vez: uno de los picos más altos de isla Albemarle, aunque todavía muy lejos. De una forma u otra acortaron la distancia y eventualmente encontraron una brecha en la escarpada pared de lava donde lograron atracar sus botes. Los hombres, exhaustos, salieron a trompicones en busca de agua, como la tripulación del obispo mucho antes que ellos, y una vez más parecía como si "en algún tiempo llovió Dios piedras". No había agua; ni siquiera una hoja verde.

Los hombres, poco acostumbrados a las islas volcánicas, estaban desesperados. El capitán les dijo que debían estar en el extremo sur de Albemarle y que, si lograban recorrer otras cincuenta millas, podrían llegar a isla Charles, donde, recordaba vagamente, los

bucaneros habían encontrado agua. Después de un buen descanso partieron de nuevo, pero las dos embarcaciones se separaron durante la noche; nunca se volvieron a encontrar, ni ninguna de ellas llegó a Charles. Fue entonces cuando la barca del capitán sufrió un desastre impactante — el corcho del tanque de agua se había quedado suelto y el tanque estaba casi vacío.

And every tongue, through utter drought,
Was wither'd at the root.

Sedientos, cansados, con las manos agrietadas por la sal y el sol, los hombres ya no podían remar con la fuerza suficiente para vencer las corrientes. Doce días después de abandonar el barco estaban muy desviados, y cuando por fin llegaron a la orilla, no era isla Charles sino Indefatigable. Esperaban que este fuera el final de sus sufrimientos, pero apenas fue el comienzo.

Desembarcaron el 20 de mayo y comenzaron una frenética búsqueda de agua. Aquí y allá encontraron algunos tragos de líquido salobre en agujeros en la lava, pero nada como para saciar su sed, y mucho menos como para volver a llenar su tanque de agua. Sin embargo, el capitán decidió que debían continuar por mar y buscar alguna costa más hospitalaria, incluso algún asentamiento; no sabían qué islas estaban habitadas, ni que Indefatigable no era una de ellas. Los hombres estuvieron de acuerdo en que no podían quedarse donde estaban, pero querían hacer el camino por tierra y no por mar, como

les instó el capitán. La discusión se resolvió a su favor. En su prisa por encontrar agua y, sin duda, en un estado que bordeaba el estupor por el puro agotamiento, no habían atado bien el bote ballenero. Cuando regresaron, la marea había subido y lo había astillado contra la áspera lava. No pudieron salvar casi nada; lo que tenían era lo que tenían. Tenían que vivir de la tierra, y tanto la tierra como los vivos eran pobres. Estaba todo en juego. Quizás se salvaron por el hecho de que cuatro de los marineros llevaban sus cuchillos.

Los diez desarrollaron sus propias técnicas de supervivencia. Cuando tenían suerte, atrapaban tortugas, bebían la sangre "dulce" que brotaba de ellas, y comían la carne cruda. Las tortugas no eran muy numerosas en la orilla, pero, con el tiempo, los dos hombres que sabían nadar encontraron formas de atraparlas y sacarlas del mar, lo que no fue poca cosa. Las aves marinas que mataron fueron un último recurso, ya que sabían mal y enfermaban a los hombres. Las iguanas marinas eran muy superiores en sabor, pero tenían poca carne, excepto por la cola. Cuando los náufragos aprendieron a matar lobos marinos (los llamaron "focas", pero seguramente se equivocaron, ya que en ese momento las focas estaban casi extintas en el archipiélago), encontraron en ellos una valiosa adición a sus recursos. La carne era dura y sabía a pescado, pero las pieles satisfacían una necesidad apremiante.

En su búsqueda de agua, comida y asentamientos humanos, los miembros más fuertes de la tripulación intentaron avanzar tierra

adentro, ya que las perspectivas allí parecían menos sombrías que a lo largo de la yerma costa. No llegaron muy lejos, y no encontraron nada que les fuera ventajoso; sus ropas se desgarraban en los matorrales espinosos y los cactus, sus zapatos se destrozaban contra los bordes afilados de la lava rota. Acostumbrados como estaban a las suaves cubiertas de los barcos, los marineros encontraron desesperadamente difícil moverse por uno de los terrenos más accidentados del mundo. Aquí es donde los lobos marinos acudieron en su rescate. Pronto descubrieron que varias capas de sus pieles, atadas alrededor de sus pies con tiras de cuero, los protegían de las espinas y las rocas irregulares, aunque ese calzado de elefante los hacía torpes en una tierra donde incluso las mejores botas parecen inadecuadas. Incluso podrían haber estado mejor a largo plazo sin estos pesados adornos. El ornitólogo británico Dr. Bryan Nelson y su esposa June, quienes se quedaron solos deliberadamente durante un año en las islas Tower y Hood para estudiar las aves marinas, descubrieron que cuando sus zapatos se desintegraron, sus pies se endurecieron para resistir la lava. Al final de su vigilia, cuando el duque de Edimburgo los visitó y los invitó a almorzar en los aposentos del Yate Real, estaban en una forma espléndida, física y mentalmente, aunque descalzos y un poco andrajosos.

Pero los Nelson estaban equipados tanto física como mentalmente para su aventura. Los marineros no lo estaban. "La jungla es neutral" y la moral es al menos la mitad de la batalla, como ha argumentado tan convincentemente F. Spencer Chapman. Sin embargo, la

mayoría de la tripulación parece haber resistido muy bien, teniendo en cuenta lo mal preparados que estaban para tal prueba; lo que más los acosaba no eran las penurias diarias, sino la absoluta incertidumbre acerca de cuándo terminaría su calvario, si es que terminaba. El marinero danés Christiansen contó su historia al Dr. William Beebe dieciocho años después del evento; su relato difiere en muchos puntos del de su capitán, escrito muchos años antes, y sin duda el tiempo y la memoria fueron los responsables de las lagunas y las inexactitudes, pero hay un tono de verdad en algunos pasajes de su ingenua narración, como:

Las noches eran el peor momento. Todo el día estábamos bastante ocupados, viajando, trepando por las rocas y observando con atención tanto la tierra como el lado del mar. De vez en cuando, Morrison (el escocés), el sueco y yo pensábamos que podíamos ir tierra adentro, así que partíamos y muy pronto estábamos de vuelta, con la ropa arrancada, arañada y ensangrentada, y sabiendo tan poco como antes. Las noches eran lo peor. Nos acostábamos y pensábamos en cosas, y nos preguntábamos cuánto tiempo más podríamos beber sangre en lugar de agua; luego nos levantábamos y mirábamos el mar y nos preguntábamos en dónde estábamos, y suponíamos que nunca llegaría un barco. Las noches eran el momento en que sentíamos eso.

La desesperanza y el letargo eran los peores enemigos. El capitán Peterson insistió en que debían abandonar su primer "campamento" involuntario y buscar alguna bahía que pudiera ser visitada por un barco. El progreso era insoportablemente lento, avanzando a trompicones con su torpe calzado. A veces encontraban un poco de agua sucia en una roca hueca; más a menudo, una tortuga marina, y una vez, pero sólo una vez, una terrestre. Fueron las tortugas las que los mantuvieron en marcha. Cuando tenían suerte en la caza, podían quedarse unos días antes de seguir adelante. Dos o tres de los hombres habían conservado sus fuerzas razonablemente bien, pero, en la marcha, el resto se rezagó, agotados en diversos grados. No había una playa continua; de hecho, cualquier parche que pudiera llamarse playa era un accidente poco frecuente. Una vez llegaron a una pequeña cala donde alguien había preparado una comida; podría haber sido de un grupo del *Academy*. Este fue el único vestigio humano que encontraron. Por lo demás, todo era arduo, subiendo y bajando por acantilados y rocas o vadeando ensenadas. Según Christiansen, fue en un cruce difícil cuando perdieron al joven alemán, que no sabía nadar; en la versión del capitán, se ahogó mientras intentaba atrapar una tortuga. Así que ahora eran nueve.

Las fatigosas semanas se prolongaron. Llegaron a lo que ahora conocemos como Tortuga Bay. Allí, como su nombre indica, la comida fue más abundante. También fue mejor, por una sorprendente razón. Por algún motivo, higiénico o de otro tipo, el cocinero del viejo barco decidió en ese punto quitarse lo que

quedaba de su camisa de franela, o más bien de sus camisas, pues llevaba dos. Parece increíble que un hombre siguiera usando dos camisas gruesas con tanto calor, pero aparentemente estaba apegado a las dos y no se había quitado ninguna desde que abandonaron el barco tres meses antes. Sin embargo, lo que fascinó a los demás náufragos no fue la revelación de la segunda camisa bajo la primera, sino el paquete de cerillas que cayó del bolsillo de la prenda interior. Los fósforos se secaron pacientemente al sol y, milagrosamente, todavía funcionaban. A partir de ese momento, los marineros pudieron comer su carne de tortuga asada en lugar de cruda.

La vida en Tortuga Bay era un poco más fácil, pero no habían visto una sola vela, y el capitán quería seguir adelante con la esperanza de encontrar un fondeadero más probable para un barco visitante. El gran amigo de Christiansen, el joven estadounidense Fred Jeff, se negó a ceder, argumentando que estaban muy bien y que era tan probable que los encontraran donde estaban que en cualquier otro lugar. Ni las amenazas ni los halagos pudieron conmovirlo. El capitán Peterson escribió más tarde que se ofreció a quedarse con Jeff si otros también se quedaban, pero que nadie se ofreció como voluntario. Christiansen, por otro lado, dice que su amigo Jeff murió antes de que se fueran, y fue enterrado bajo una pila de piedras. Sea cual sea la verdad, ahora eran ocho.

Finalmente, la tripulación llegó a un lugar más prometedor que, aunque no lo sabían, acababa de ser bautizado como Academy Bay

por la expedición californiana. Allí se instalaron, izaron una bandera de socorro y prepararon un fuego para hacer señales. Incluso había agua; salobre pero potable. Los días se sucedieron uno detrás del otro, interminables. Su letargo se hizo tan profundo que ahora los hombres rara vez hablaban entre ellos. Estuvieron allí durante otros tres meses antes de que por fin divisaran una vela. Se izó la bandera, se encendió la señal de humo y la pequeña goleta se alejó. Pero luego se dieron cuenta de que solo viraba para entrar en la bahía. Los ocho se salvaron.

Recogiendo cabos sueltos: la segunda barcaza tampoco había logrado dar con isla Charles pero, caprichosas como son las corrientes de Galápagos, fue rescatada por un pesquero no lejos de tierra firme el mismo día que el primer barco llegaba a Indefatigable, a 500 millas de distancia. Fue por el informe de la segunda tripulación que la goleta había sido enviada a buscar a los náufragos. El *Alexandra* no había cruzado el Pacífico, sino que había encallado en Iguana Cove, en Albemarle, y se había convertido en un completo naufragio. Si la tripulación se hubiera quedado en el barco, sin duda todo habría ido bien.

Es difícil entender por qué, después de recoger a los sobrevivientes, el barco de rescate no avanzó inmediatamente unas millas más por la costa para averiguar qué le había pasado a Fred Jeff si, como afirmó el capitán Peterson, todavía estaba vivo cuando lo dejaron. Finalmente, se organizó un grupo de búsqueda en Guayaquil, pero

en realidad nunca salió; en cualquier caso, ya era un poco tarde y los sobrevivientes ya no estaban allí para indicar el lugar. Treinta años después, el esqueleto de Jeff fue encontrado por Victor Wolfgang von Hagen, el escritor y naturalista estadounidense, quien tanto hizo para alentar los esfuerzos pioneros de conservación en Galápagos.

Capítulo XVII

GALAPAGOS – WORLD'S END

The thrill of one's first desert island is a quite indescribable thing and the fascination of these barren Galapagos is inexplicable.

William Beebe.

En la larga sucesión de barcos que han dado a conocer las Galápagos al mundo, entre ellos el *Batchelors' Delight*, el *U.S.S. Essex* y el *H.M.S. Beagle*, es dudoso que alguno haya hecho más para popularizar las islas que el *S.Y. Noma*. Era un yate de lujo antes de la guerra de 1914, durante la cual prestó un valiente servicio en el Atlántico. Tras permanecer anclado durante un par de años, partió hacia las Galápagos en 1923 en un breve crucero de investigación científica. A bordo iban el Dr. William Beebe, de la Sociedad Zoológica de Nueva York, y un grupo de una docena de científicos, cazadores, escritores y artistas, con todo el equipo moderno más deseable. El yate medía doscientos cincuenta pies de eslora en la línea de flotación, tenía una tripulación de cincuenta y ocho, y prometía todas las comodidades. Sobre todo, tenía vapor.

Esta fue la solución obvia a muchos de los problemas de la investigación científica en las Galápagos. Los primeros científicos no habían tenido tan buenas condiciones. Dampier tuvo que guardar sus notas en un trozo de bambú para protegerlas de los elementos y, sin duda, de sus compañeros piratas. Darwin tuvo que diseccionar y escribir en el pequeño camarote que compartió con FitzRoy durante cinco años y que debía servir como estudio y laboratorio, además de vivienda. Incluso en 1905, la dura pero erudita tripulación de la goleta *Academy* no estaba mucho mejor, desperdiciando muchos días preciosos cuando se vieron frustrados por la calma y las corrientes. El vapor era la solución. ¡Se podía ir a donde uno quisiera, cuando uno quisiera!

Sin embargo, no funcionó del todo. Ciertamente, el Canal de Panamá ahora estaba abierto, no había luchas para pasar el cabo de Hornos y, tras superar algunos problemas con la maquinaria y los fogoneros desertores (que estaban asustados ante la perspectiva de las islas salvajes), el ansioso grupo llegó al archipiélago en un buen tiempo. Pero las temibles Galápagos no cedieron fácilmente al avance de la tecnología. Incluso el vapor no resultó ser una bendición incondicional. Para hacer vapor se necesitaba carbón y agua, y no había carbón, y el agua era preciosa en las islas, como tantos marineros anteriores habían descubierto. La búsqueda de agua dulce se convirtió en la principal preocupación de los científicos. Aquí y allá encontraron un poco, y algo más en Academy Bay, pero, aunque los naufragos (y, en realidad, los habitantes actuales) pueden

adaptarse a beberla, era demasiado salada para las delicadas calderas del *Noma*. Solo una vez recibieron la bendición de la lluvia, y solo brevemente. En la búsqueda de agua, el yate quemó sus reservas de carbón y tuvo que regresar a Panamá a por más. Esto los consumió tanto como el carbón y el agua, con el resultado de que, de los tres meses de travesía, realmente pasaron menos de cien horas en tierra en las Galápagos. Como comentó irónicamente el Dr. Beebe: "El espectáculo de un gran yate de vapor que va de un lado a otro en medio del Pacífico con la esperanza de recoger un poco de lluvia tiene sus aspectos cómicos".

Lo que la expedición perdió a causa de esos inconvenientes técnicos, trató de compensarlo con una muestra de energía y entusiasmo sin precedentes. Aunque disponían de lujosas habitaciones a bordo, una vez en tierra aceptaron alegremente las duras condiciones que sus predecesores habían conocido y que la mayoría de sus sucesores conocerían. Su agua estaba racionada, y llegaron a pasar sed. Treparon por la lava caliente y fragmentada, cortándose manos y pies. Treparon por el acantilado un poco más de lo recomendable para fotografiar al ave desde el ángulo correcto, y escaparon a duras penas del desastre. Tuvieron pequeñas y divertidas sesiones quitándose mutuamente las espinas de los cactus. Cuando las rompientes empaparon sus ropas en un rellano complicado, dejaron que el sol las secase de nuevo. El lujo era solo relativo.

Desde el punto de vista de la investigación científica, la expedición hizo una contribución modesta, y William Beebe era un naturalista demasiado bueno para afirmar lo contrario. Teniendo en cuenta el tiempo disponible, la cantidad y variedad de especímenes recolectados fue impresionante e incluyó algunos desconocidos para la ciencia; pero, inevitablemente, el trabajo carecía de profundidad. Sobre el tema de la recolección, Beebe hizo sonar una nota desconocida: tal vez él fue el primero en sugerir que en las Galápagos los científicos no tenían una licencia divina para matar un número ilimitado de cualquier especie que les interesara. En cuanto a la controversia sobre las diversas especies endémicas de cucuvas, escribió: "Sabido que no se necesitaba más material para decidir esta cuestión (solo la expedición de la Academia de California tomó seis mil pieles de aves terrestres que aún no han sido examinadas), recogí sólo los individuos que me interesaban especialmente, trece en total, junto con polluelos y embriones". Según los estándares actuales, la propia colección de Beebe parece bastante generosa, y se llevó la única tortuga que encontró su expedición, pero su defensa de cierta moderación en la recolección encontró un apoyo cada vez mayor en el periodo entreguerras.

Si la cosecha científica fue escasa, la expedición tuvo un éxito literario fenomenal. Beebe y su equipo produjeron rápidamente un volumen espléndido: casi quinientas páginas de texto y cien ilustraciones, lo cual es mucho para solo cien horas en el campo. El libro, titulado *Galápagos - World's End*, es una mezcla de historia e

historia natural, aventura y desventura. El propio Beebe describe algunos paseos fascinantes por la naturaleza, con deliciosas viñetas de pájaros, flores, peces e insectos: una mezcolanza encantadora de cuento de viajeros y ciencia popular, todo narrado en un estilo animado. Después de medio siglo, todavía es sumamente legible, por lo que no es de extrañar que se vendiera como pan caliente a medida que las ediciones se sucedían una tras otra.

Por falta de tiempo, nunca estuvieron lejos de su yate y, por lo tanto, nunca experimentaron las dificultades y los peligros que enfrentan quienes se aventuran por el interior de las islas más grandes, pero estuvieron cerca del peligro, aunque tangencialmente. Mientras buscaban agua dulce en Academy Bay, se encontraron con un naufragio reciente: una goleta varada en lo alto de un arrecife, desmantelada y rompiéndose bajo el embate de las olas. Un poco más adelante se toparon con un pequeño barco de vapor que el gobierno ecuatoriano había enviado en busca de sobrevivientes. Les dijeron que la goleta había chocado contra el arrecife apenas una semana antes y que la noticia del desastre había llegado a las autoridades cuando dos hombres que habían escapado en un bote pequeño fueron recogidos a muchas millas de distancia por un barco que pasaba. El grupo de rescate no había encontrado rastro de náufragos, ni tampoco el *Noma*, y la única conclusión que se extrajo fue que los veintidós hombres, mujeres y niños desaparecidos se habían ahogado. Un relato más colorido fue que tres hombres habían escapado en el bote junto con un perro y una niña de dos

años y que fueron rescatados cerca de Panamá por un buque de la armada de los Estados Unidos. Los hombres, que estaban al borde de la muerte cuando los encontraron, se habían comido al perro y bebido la sangre de la niña. Hay tantas historias de Galápagos que superan los límites de la probabilidad que la incredulidad quizás debería suspenderse en estas islas; aun así, hay algunos puntos en esta última versión de la historia que no parecen tener ningún atisbo de verdad.

Si alguien hubiera sido lo suficientemente malicioso como para describir la expedición como "Los Rover Boys en las Galápagos", podría haber alegado una justificación — y el sentido del humor del Dr. Beebe habría apreciado la burla. Sin embargo, el viaje del *Noma* marcó la tónica de lo que vendría después. A pesar de los "aspectos cómicos", Beebe había demostrado que esta era la mejor manera de ver la mayor cantidad posible de las variadas maravillas del archipiélago en un tiempo limitado. Miles y miles de lectores de *Galapagos – World's End* debieron querer seguir la estela del *Noma*, tanto en la realidad como en la imaginación. Por supuesto, había una pequeña trampa: no todo el mundo podía permitirse viajar en un yate de lujo. Eventualmente, se hizo abrió una oportunidad para los moderadamente ricos cuando el *Stella Polaris*, anteriormente el yate del emperador Guillermo II, se adaptó para su uso como barco de pasajeros e incluyó las Galápagos en sus cruceros; pero entre las guerras mundiales, los visitantes más notables fueron los millonarios, que llegaron en sus propios y magníficos barcos. La apertura del

Canal de Panamá había reducido la ventaja geográfica especial de los californianos, pero no su interés en la promoción de viajes al archipiélago, y ahora los cruceros partían tanto desde el Atlántico como desde la costa pacífica de los Estados Unidos. Desde el punto de vista científico, los viajes más importantes fueron los del capitán Allan Hancock, de Los Ángeles. Emocionado por la lectura de *Galápagos -World's End*, fue a ver las islas por sí mismo en su S.S. *Oaxaca*. Posteriormente construyó el crucero a motor *Velero III*, bien diseñado y equipado para la investigación, y realizó una serie de visitas entre 1931 y 1935, ofreciendo siempre un lugar a los numerosos estudiantes ansiosos de tener una experiencia en aquel apasionante territorio. La mayoría de los grandes yates, si no todos, tenían científicos como invitados, y recolectaban muestras para museos y zoológicos. William K. Vanderbilt fue al archipiélago en el yate *Ara*, y nuevamente en el *Alva*. El gobernador de Pensilvania, Gifford Pinchot, se unió a la procesión, seguido por Mellon en el *Vagabondia*. La expedición de Vincent Astor de 1930, en el yate *Nourmahal*, exploró el difícil interior de isla Indefatigable; en 1969 la viuda de Astor recordó aquellos días lejanos con un acto de generosidad que hizo posible la construcción del barco de investigación de la Fundación Charles Darwin, el *Beagle III*, con base en la estación científica recientemente establecida en esa misma isla. Hubo muchas otras visitas, que culminaron con la del presidente Franklin D. Roosevelt a bordo del U.S.S. *Houston* en 1938: eso marcó el final de una era.

Entre los navegantes que respondieron al llamado de las Galápagos en los años veinte y treinta hubo algunos que prefirieron tomar su navegación por el camino difícil. El más famoso de ellos fue Alain Gerbault, quien se detuvo allí en 1924. Otro miembro de esta casta aventurera, que recibió una publicidad más resonante, aunque nada buscada, fue William Albert Robinson. Llegó a conocer y amar las islas durante un viaje en solitario alrededor del mundo en su pequeño queche, el *Syaap* (en sánscrito, "sueño"), "la embarcación más pequeña que jamás haya circunnavegado el mundo por sus propios medios, con sus propias velas, en toda la historia". Por una romántica cadena de circunstancias, también llegó a conocer y amar a Frances Crane, la hermana del navegante de Chicago que recogió el correo que había dejado en el viejo barril de Post Office Bay. Nada podría ser más natural que regresar a las islas con su joven esposa y con su primo, Dan West. Los tres llegaron a bordo del *Syaap* con la intención de pasar la mayor parte del año 1934 estudiando y filmando la vida silvestre. El acento estaba puesto definitivamente en la observación, no en el coleccionismo, un tema sobre el que el joven Robinson tenía fuertes puntos de vista. "Estas islas", escribió, "han sido escenario de tantas matanzas que nuestra política de no matar es casi religiosa. El empobrecimiento de la inestimable e irremplazable vida salvaje de las Galápagos, primero a manos de bucaneros y balleneros que no sabían hacerlo mejor, y más recientemente a las de navegantes y científicos egoístas, que deberían haberlo sabido mejor, es un triste récord. Aquí había un grupo único, un laboratorio bien equipado donde la Naturaleza, la

científica, había realizado el experimento más perfecto sobre la diferenciación de las especies ... Y este grupo ha sido tan minuciosamente violado y robado que en muchas de las islas, especies enteras que florecieron abundantemente no hace mucho tiempo están ahora extintas o casi". Robinson no fue el único que hizo sonar esa nueva nota; de hecho, todo un coro de voces la retomó y, como veremos, fue en esos años cuando se hicieron los primeros intentos, dentro y fuera del Ecuador, para salvar lo que quedaba de los tesoros biológicos de las islas.

Los Robinson encontraron una cala pequeña y aislada en isla Albemarle, donde el ser humano rara vez había puesto un pie, y allí comenzaron una extenuante vida de observación y fotografía entre las iguanas y los pingüinos. Por la noche "la luna brillaba con un resplandor suave y glorioso sobre los lechos de lava generalmente sombríos ... y nos acostábamos a dormir, cansados pero en paz con el mundo". Tal idilio zoológico no podía durar para siempre. Robinson sufrió una apendicitis aguda. De una forma u otra, su esposa y su primo navegaron en el *Syaap* hasta Tagus Bay y allí, con la recurrente buena suerte de "Robbie", encontraron no solo un barco de pesca, sino uno equipado con un transmisor inalámbrico. Consiguieron ponerse en contacto con la Marina de los Estados Unidos y recibieron instrucciones de empacar al paciente en hielo y trasladarlo de inmediato al hospital más cercano. La primera parte fue sorprendentemente fácil, considerando que estaban anclados entre dos islas desiertas, justo en la línea ecuatorial, porque el

pesquero tenía toneladas de hielo para conservar sus capturas; pero el hospital más cercano estaba a diez o quince días, incluso si Robbie hubiera estado en condiciones de navegar el queche. Más tarde apareció la peritonitis. La Marina de los Estados Unidos estuvo entonces a la altura de las circunstancias. Ningún avión había volado nunca a las Galápagos, pero la marina envió cirujanos en dos hidroaviones, seguidos por un destructor con más cirujanos, y combustible para que los aviones hicieran el viaje de regreso, de mil millas. Cinco días después del inicio de los dolores, los cirujanos realizaron la delicada operación en la mesa de comedor de la sala de oficiales del *U.S.S. Hale*. A diferencia de tantas historias de Galápagos que terminan con la muerte, este es un cuento de hadas y termina con todos viviendo felices para siempre.

Capítulo XVIII

LOS COLONOS EUROPEOS

'Have mercy on me' the wailing spirit of the
Encantadas seem to cry.

Herman Melville.

La influencia del libro del Dr. Beebe no se limitó a los millonarios de su país de origen. Desencadenó una moda mucho más amplia, y se leyó en muchos países. Fue un gran éxito en Noruega, donde apareció traducido como *Galápagos, Verdens Ende*. A primera vista puede parecer extraño que este archipiélago ecuatorial haya tenido un atractivo tan intenso para los noruegos, pero para alguien que vive en un país del norte, con largos inviernos, y quiere alejarse de todo, ¿qué es más natural que intentar escapar a una isla tropical en el fin del mundo? La mayoría de ellos se contentaron con hacerlo en su imaginación, simplemente leyendo el libro, como una generación anterior había leído a *Robinson Crusoe*, pero un gran número se dejó llevar tanto que decidió ir y hacer su vida en las Islas Encantadas.

Es difícil comprender los procesos mentales que llevaron de leer *Galapagos – World's End* a creer que las islas eran un lugar propicio

para el asentamiento humano. Ciertamente, en su animado relato, el Dr. Beebe transmitió la impresión de que eran un lugar fascinante para la investigación científica, pero no intentó embellecerlo ni pasar por alto las crudas realidades de vivir allí; en todo caso, buen narrador como era, enfatizó demasiado las dificultades. Sus descripciones (y fotografías) del asentamiento en Chatham son de todo menos halagadoras; nunca se muestra reticente ante el terreno inhóspito, con su lava desnuda, sus espinas y cactus; la falta de agua es un estribillo recurrente en su libro, y cuenta cómo la expedición tomó, citando a Coleridge, "agua, agua, por todas partes, ni una gota para beber", palabras tan opuestas que resultaban dolorosas. Más específicamente, cuenta que conoció en Chatham a tres compatriotas estadounidenses que querían ser llevados a Indefatigable para explorar las posibilidades agrícolas. Beebe dice: "Nosotros, que habíamos explorado tan reciente y dolorosamente sus costas devastadas, los escuchamos sin palabras". Al final, "después de pintar una imagen verbal de Indefatigable que hizo que el Purgatorio pareciera los campos Elíseos", se negó rotundamente a llevar a sus compatriotas allí, porque no quería ninguna responsabilidad, por indirecta que fuera, en lo que temía que podrían ser las consecuencias catastróficas de tan loca aventura.

Entonces, ¿cómo sucedió que un gran número de noruegos corrieron hacia la destrucción en las Galápagos, como tantos de sus nativos lemmings? El libro del Dr. Beebe era largo y tal vez no lo leyeron todo, o tal vez sus mentes solo retuvieron aquellas partes que

les agradaron; o pueden haber confiado en relatos de segunda mano, ya que en su mayoría eran gente sencilla. Lo que sí se apoderó de su imaginación fue la publicidad de un empresario de Oslo llamado Harry Randall, responsable de uno de los esquemas de promoción más quiméricos desde la burbuja de los Mares del Sur. En apoyo de su empresa, *Kolonisation Paa Galápagos Oerne*, su material publicitario describió las islas como un paraíso terrenal; el clima era el mejor del mundo, el agua abundaba, los alimentos crecían fácilmente y las islas podían sostener a cien mil habitantes. Si bien es cierto que hay focos de suelo fértil, estos son pequeños y difíciles de alcanzar; están confinados a los tramos más altos de algunas de las islas, donde en años normales hay suficiente humedad para cultivar gracias a la *garúa*, una forma de llovizna persistente. Incluso allí, el suelo es tan poroso que la recolección y almacenamiento de agua para beber es un problema constante, y durante los períodos secos la vida es difícil para los hombres, el ganado y las plantas. Cerca de la costa, la lluvia es un fenómeno raro, y la vegetación se limita a lo que puede sobrevivir en condiciones áridas. En cuanto a los florecientes asentamientos, Victor Wolfgang von Hagen, quien visitó tanto el Ecuador continental como las islas por esa época e hizo mucho para que se las conociera y entendiera mejor, informó que en la "capital" de isla Chatham, "la gente realmente vivía separada sólo cuatro grados de los trogloditas". La vida era dura y peligrosa, y las recompensas materiales eran reducidas.

A pesar de todos esos duros hechos, Harry Randall atrajo a sus noruegos como un flautista de Hamelín moderno. Nunca había estado en las Galápagos, por lo que no había nada que frenara su fértil imaginación. Si no sabía la verdad, era simplemente porque no quería; la evidencia difundida por los visitantes durante cuatro siglos era bastante clara. Sin embargo, procedió a recolectar cuatro mil coronas de cada aspirante a colono. El primer contingente partió con vacas, pollos, semillas, aperos de labranza, aparejos de pesca, equipos para conservas, materiales para la construcción de viviendas, e incluso, según se dice, un tractor. Desembarcaron en isla Charles. Allí, el pícaro Patrick Watkins había sido el primer residente; allí Villamil había fundado el Asilo de la Paz, el primer asentamiento, que se derrumbó en un baño de sangre después de una docena de años; allí Valdizán había formado su colonia, que también terminó en violencia y muerte. Aún podían rastrearse las ruinas de sus empresas; los augurios de éxito eran escasos.

Si los noruegos esperaban islas como Tahití o las Marquesas, con playas de película y bordeadas de palmeras, deben haberse desilusionado por completo antes de poner un pie en la costa, donde un río de lava sólida de una milla de ancho desembocaba en el mar. De hecho, habían llegado al Fin del Mundo, y acababan de entender que habían sido engañados. Las Galápagos podían mantener una población de cien mil tortugas, porque estaban adaptadas al terreno, pero no de cien mil seres humanos, que necesitaban un sustento diferente. Sin embargo, los escandinavos se pusieron a trabajar,

diseñaron su aldea y erigieron sus casas de madera. Construyeron presas y tanques de almacenamiento, en un esfuerzo por extraer los finos hilos de agua de los pequeños manantiales que encontraron tierra adentro. Pero fue una lucha vana contra probabilidades abrumadoras. Hombres de la misma raza que habían logrado un éxito tan notable como pioneros en América del Norte pronto fueron llevados a la derrota por esta tierra implacable.

Desanimados por la desesperanza de su aventura, comenzaron a pelear entre ellos. Algunos murieron, algunos desertaron, muchos de ellos bebieron demasiado. La comunidad se disolvió. Era la historia de Villamil y Valdizán una vez más, pero con una diferencia. Los asentamientos anteriores habían consistido en gran parte en convictos y otras personas que no podían escapar fácilmente de lo que de hecho era una isla-prisión; los noruegos habían venido voluntariamente y eran libres de irse a casa si todavía tenían suficiente dinero para pagar sus pasajes. Algunos de los sobrevivientes se fueron a Guayaquil, otros regresaron a Noruega. Pasados dos años, en Charles solo quedaban tres de los ciento treinta y cuatro colonos originales, pero todavía había un pequeño grupo que estaba llevando adelante un último intento en Indefatigable.

Uno no puede dejar de admirar el coraje de los hombres que, después de las amargas decepciones del experimento de Charles, decidieron hacer un nuevo esfuerzo en Indefatigable. En ese momento sabían muy bien que "este otro Edén, semi-paraíso" era

de hecho un lugar muy difícil para la vida humana, y que no podían esperar disfrutar aquí del nivel de vida de un trabajador en una granja noruega. Por lo tanto, si se quedaron no fue por comodidad, y ciertamente no lo hicieron por ganancia material. Quizá era un orgullo obstinado que no les dejaba admitir la derrota, o algún extraño afecto que habían adquirido por esta tierra indómita. Cualquiera haya sido la fuerza impulsora, se pusieron a trabajar de nuevo, esta vez en Academy Bay, que el Dr. Beebe había comparado desfavorablemente con el Purgatorio. Deben haber aprendido a beber agua salobre, ya que no había nada más allí. Instalaron su fábrica de conservas de pescado. Pero no pudieron escapar del maligno encantamiento que se cierne sobre las islas; la caldera de la fábrica de conservas explotó, matando o hiriendo a varios de ellos. El final de la pequeña comunidad estaba cerca. La serie de desastres había dado lugar a todo tipo de denuncias, investigaciones y juicios, entre particulares, contra el promotor, y finalmente con las autoridades ecuatorianas, quienes aparentemente confiscaron los equipos y edificios de los colonos por no haber cumplido con sus obligaciones de establecer obras públicas básicas. Para 1929, solo quedaban tres noruegos en la isla.

Este fue el último intento de asentamiento mediante un esfuerzo comunal. Los que llegaron más tarde estaban solos; a menudo muy solos. Eran un grupo mixto: románticos, misántropos, aventureros, vagabundos, refugiados de Hitler y Stalin, convictos, delincuentes políticos y gente pobre del continente que esperaba mejorar su

condición. Varios visitantes de las islas durante el periodo de entreguerras los mencionan de pasada en sus relatos de viaje; algunos con humor, otros con compasión. Pero mientras los científicos acumularon diligentemente material preciso sobre la flora y la fauna, poco registraron sobre la población humana. Quizás el relato más completo fue el de la señora Paulette de Rendón. Como esposa nacida en Francia de un ciudadano ecuatoriano, hablante de español y conocedora de las condiciones y la forma de vida de los pobres en el continente, estaba en una mejor posición que la mayoría de los turistas para acercarse a los colonos europeos y nativos. También pasó más tiempo en las islas. En 1940 fue a las Galápagos con su esposo por dos meses, en un viaje de campamento aventurero, pero como no pudieron encontrar un barco que los llevara de regreso a Guayaquil, terminaron pasando seis meses allí, y visitaron todos los asentamientos. La señora de Rendón se enamoró de las Galápagos, "las últimas islas encantadas", como las llamó, "un pequeño rincón de esta tierra donde todavía se puede soñar". No tenía pretensiones científicas, pero su imaginación fue capturada por las austeras bellezas de la naturaleza salvaje, que registró con habilidad y sentimiento.

Los habitantes le produjeron menos alegría. Con pocas excepciones, desaprobaba francamente a los europeos. La mayoría de ellos eran pretenciosos, alegando alguna falsa superioridad sobre sus vecinos, con los que rara vez estaban en términos amistosos. Al igual que otros visitantes, menciona sus eternas enemistades. Algunos de los

que se habían asentado en las húmedas tierras altas de Indefatigable trabajaron duro, construyeron casas aceptables y establecieron plantaciones productivas en medio de la naturaleza salvaje, aunque había poco mercado para sus productos; los encontró, en general, tristes y solitarios, aburridos de sí mismos, pero sin quererse o despreciarse unos a otros. El que más le atrajo, un islandés llamado Finsen, le dijo que las Galápagos eran "el último refugio de los locos de esta tierra", pero ella sintió que, a pesar de su cinismo, era quizás el único que no estaba loco en esa pequeña y extraña colonia. Le preguntó si le gustaba vivir en la isla, y él respondió con un abrupto y monosilábico "no".

Por los colonos ecuatorianos, los *cholos* y los *indios*, la señora de Rendón sintió verdadero cariño, pero su simpatía estaba teñida de una profunda lástima. Los encontró amables, serviciales, generosos con lo poco que tenían, y aceptando su miserable suerte con resignación. Se quedó no solo en los pequeños puertos de Chatham y Albemarle, sino también en sus asentamientos en las tierras altas, Progreso y San Tomás. En todas partes se horrorizó por las miserables condiciones de vida y la fealdad introducida en una tierra que encontraba tan hermosa. Se alegró de huir del cuchitril del *mayordomo* de San Tomás porque todas las atenciones que le dedicaba su mujer no podían compensar las chinches, los enjambres de ratas y el espectáculo de la patética pobreza de la familia. Cuando un brote de viruela la obligó a abandonar la costa de Chatham para ir al antiguo asentamiento de Manuel Cobos en Progreso, vio con

consternación las humildes chozas dispuestas a lo largo de las calles de barro púrpura, abundantemente cubiertas de basura. Los pobladores, en su mayoría indígenas de las tierras altas ecuatorianas, que habían sido atraídos por la ilusoria oferta de mayores salarios, parecían terriblemente tristes y no tenían ninguna esperanza de regresar a sus pueblos de origen, donde al menos tenían sus fiestas tradicionales y sus ceremonias religiosas para romper la monotonía de una vida de pobreza. Allí, en esa "aldea de siervos" (a cualquiera que se negara a trabajar para la empresa de la plantación se le negaba el acceso a la única tienda), el único consuelo era el alcohol del fin de semana. Más que cualquier otro viajero, la señora de Rendón se angustió por el contraste entre las bellezas salvajes de la naturaleza en las islas y el horrible desastre que el hombre estaba haciendo con ellas, y con tan poca ganancia material o felicidad humana para mostrar.

Capítulo XIX

ASESINATO EN EL PARAÍSO

And Wilderness is Paradise enow.

Eduardo Fitzgerald.

La clásica historia inglesa de detectives se desarrolla en una casa de campo aislada; ese aislamiento restringe el número de asesinos potenciales a aquellos reunidos en la casa en el momento en que se perpetró el espantoso acto. Por convención, todos los presentes en la casa tienen un motivo manifiesto u oculto, y también la oportunidad de cometer el delito. La situación en isla Charles en 1934 proporcionó un estrecho paralelismo con el entorno de la casa de campo. Había ocho personas, divididas en tres grupos, cada uno en desacuerdo con los otros dos, y esas ocho personas quedaron encerradas por el mar en su isla solitaria. El ambiente estaba cargado de odio y miedo.

Donde el misterio de Charles divergió de la mayoría de las historias ficticias fue que ni Scotland Yard ni un célebre detective privado llegaron de inmediato para resolver el misterio; de hecho, no se llevó a cabo ninguna investigación durante casi un año, y para ese

entonces la muerte se había llevado a la mayoría de los involucrados; sólo uno de los tres grupos rivales quedó en pie para declarar. Por lo tanto, el misterio nunca se aclaró satisfactoriamente y, dado que solo uno de los personajes del drama permanece vivo y se muestra reticente a hablar de los hechos, es probable que nunca sepamos toda la verdad. No obstante, puede valer la pena resumir lo que se sabe, ya que el acertijo no ha perdido su fascinación a través del tiempo y, por si fuera poco, ilustra algunos de los problemas de los "civilizados" que intentan encontrar un nuevo paraíso en las soledades de Galápagos.

Charles es una isla de tamaño mediano, de unas cien millas cuadradas de extensión. Como el resto de las Galápagos, la zona costera es árida pero, en el centro, el extinto volcán se eleva a 1.700 pies. En sus laderas hay algunos manantiales bastante permanentes y hay suficiente humedad para hacer posible el cultivo en los oasis que existen en algunos lugares, en medio de un terreno plagado de rocas. Como hemos visto, la historia de la isla fue una de violencia, crimen y sufrimiento. El primer residente, Patrick Watkins, dio un ejemplo lamentable. Los asentamientos del General Villamil y de don José Valdizán se derrumbaron en la tiranía y el derramamiento de sangre; todo lo que quedó de sus valientes esfuerzos fue el ganado salvaje, los perros cimarrones y los naranjales convertidos en selvas. En nuestro propio siglo, los noruegos lo intentaron y fracasaron aún más rápidamente que sus predecesores, de modo que para 1929 su pueblo modelo ya era una pequeña ciudad fantasma, y Charles

estaba de nuevo deshabitada. A pesar de tan oscuro historial, tres pequeños grupos de alemanes, sin experiencia alguna en agricultura u otro trabajo manual, decidieron que ese era el lugar para crear un nuevo Jardín del Edén.

Todos los involucrados en el drama de 1934 eran personas inusuales, al menos en el sentido de que querían romper con la vida que habían conocido y comenzar de nuevo en una isla solitaria. Sus motivos para hacerlo parecen haber sido muy diferentes, al igual que sus antecedentes, aunque cada grupo trató de menospreciar los orígenes sociales de los demás en su lucha por estatus. Lo que sí sabemos es que todos hablaban alemán (por lo que los malentendidos no eran de carácter lingüístico), todos buscaban la soledad y, sin embargo, todos tenían hambre de publicidad.

Los primeros en llegar a Charles fueron los Ritter. Estrictamente hablando, no eran "los Ritter", ya que dejaron atrás a sus cónyuges, menos aventureros o más conservadores, cuando decidieron escapar de una sociedad demasiado organizada. El Dr. Friedrich Ritter fue un exitoso médico de Berlín, según su compañera, o un "dentista" o "a lo sumo un mecánico dental", según los dos grupos rivales, aunque ambos hicieran llamamientos a su habilidad médica. Su principal interés residía en la tarea, aparentemente imposible, de reconciliar las filosofías de Lao-tse y de Nietzsche, algo que pensó que podría lograr llevando "una vida de absoluta simplicidad". Era vegetariano y nudista, y si el duro trabajo físico y las rocas, espinas e

insectos de las Galápagos lo indujeron a renunciar a uno o a ambos de estos ideales, no parece sorprendente ni desacreditable. No hay duda de que era un chiflado, pero tampoco hay duda de que era un idealista, con la esperanza sincera de encontrar una nueva forma de vida en su Jardín del Edén. De toda la pequeña banda de Charles, parece haber sido el que más genuinamente buscaba la soledad.

Pero no una soledad absoluta, porque, cuando partió en 1929, llevó consigo a la joven esposa de un viejo maestro de escuela. Dore Strauch (su apellido de soltera) se había formado como profesora, pero nunca había encontrado un puesto como tal y estaba insatisfecha tanto con su trabajo en un banco como con su poco inspirador marido. Se convirtió en discípula filosófica de Ritter y se ofreció como voluntaria para unirse a él en su escape del mundo. En su libro *Satan came to Eden*, Dore Strauch explica que fue "el excelente y merecidamente famoso libro de William Beebe sobre las Galápagos lo que nos llevó a elegir estas islas". ¡Pobre Beebe, otra vez el culpable! Es difícil entender cómo dos personas bien educadas pudieron leer su historia y, así y todo, decidieron establecerse en las Galápagos. Dore tardó un tiempo en darse cuenta de por qué el hombre ha encontrado que las Islas Encantadas son tan difíciles para vivir; después de cinco años escribió: "Creo que estas islas son en verdad uno de esos lugares en la tierra donde los seres humanos no son tolerados". Realmente estaban bajo un hechizo maligno.

Los Ritter llegaron en 1929, y durante un tiempo las cosas marcharon razonablemente bien. Por supuesto, para esta pareja criada en la ciudad, despejar un terreno, cultivar alimentos y construir una cabaña para vivir fue una lucha feroz, pero al menos encontraron un manantial bastante confiable y el suelo fue muy fértil durante los primeros dos años. Pero por mucho que Ritter deseara alejarse del mundo, no pudo resistirse a contar sus aventuras a ese mismo mundo. Sus artículos, con títulos como "Adán y Eva en las Galápagos" y "Robinsones en las Galápagos", atrajeron la atención de Heinz y Margret Wittmer, quienes ya habían estado leyendo... ¡sí, Beebe otra vez! Según su esposa, Wittmer fue secretario del Dr. Konrad Adenauer, entonces burgomaestre de Colonia. Tenía un hijo de doce años de un matrimonio anterior, que estaba delicado y medio ciego, y los médicos le recomendaron que pasara dos años en un sanatorio. Frau Wittmer dice que no podían pagar ese tratamiento y que, por lo tanto, decidieron que dos años en las Galápagos podrían ser igual de buenos para la salud del niño. La economía de esto parece tan dudosa como el argumento médico pero, sea como sea, se unieron a los Ritter en 1932. Recibieron una gélida bienvenida.

Las dos damas escribieron extensamente sobre sus relaciones. Sus relatos son totalmente contradictorios, aunque arrojan mucha luz sobre el carácter de las autoras; uno de los pocos puntos en los que, por implicación, están de acuerdo, es que se odiaron a muerte desde el día en que se conocieron. Ambas escribieron con plumas

empapadas en vitriolo. La versión de Dore Strauch de su primer encuentro fue que Heinz Wittmer visitó sólo a los declarados nudistas, vestido solo con pantalones cortos y pantuflas. "Friedrich y yo nos comportamos tan hospitalariamente como pudimos con esta persona tan curiosamente ataviada, pero era inevitable que le mostráramos claramente que su atuendo no había ganado nuestra simpatía". Margret Wittmer, por otro lado, insiste en que ella y su esposo fueron juntos, ella con su mejor vestido, y que Dore se burló de ella por estar demasiado arreglada para las Galápagos.

Estas trivialidades al menos muestran que "escaparse de todo" no es sólo una cuestión de cambio de ubicación, y que las actitudes mentales cultivadas en los suburbios no se desvanecen automáticamente en las laderas solitarias de un volcán. Inmediatamente, Dore trató de hacer valer su superioridad hablando de Nietzsche, un tema que bien podría haber desconcertado a una mujer con mayores pretensiones intelectuales que Frau Wittmer, que ansiaba tener una charla sincera sobre la cocina en una isla desierta. Fuera lo que fuese Margret Wittmer, era una buena *Hausfrau* alemana; pero era algo más que eso. Para decidir qué pertenencias podía llevar consigo a aquella isla desierta, tuvo que elegir entre su máquina de coser y su máquina de escribir. Ella eligió la máquina de escribir.

Los Wittmer fueron a Charles, al menos en parte, porque el Dr. Ritter ya estaba allí y podía brindarles atención médica, aunque

pronto llegaron a querer la isla para ellos solos. Los Ritter nunca, en ningún momento, desearon compartir "su" isla. "Habíamos comenzado a pensar", escribió Dore, "que nadie más que nosotros mismos podría soportar la isla por mucho tiempo ... Estábamos muy resentidos con los Wittmer y con mucho gusto los habríamos subido al siguiente barco". Los hombres se llevaban algo mejor que las mujeres. Como escribió Ritter: "Generalmente es la mujer la que no puede aguantar y necesita compañía". Los hombres tenían más que suficiente con intentar ganarse la vida en aquel desierto pedregoso, y parecen haber encontrado una satisfacción considerable en su lucha con la naturaleza; Ritter también tenía su obra maestra filosófica con la que ocuparse. Quería la isla para él solo, pero, por lo demás, no tenía nada en contra de Wittmer, y apenas lo mencionó en sus escritos. Los dos hombres lograron, de alguna manera, compartir la isla, encontrándose ocasionalmente e intercambiando semillas, productos y consejos de horticultura.

Las mujeres tenían una existencia menos satisfactoria. Para ellas, con sus estándares domésticos alemanes, la vida en una cueva o en una choza primitiva debe haber sido una prueba severa, una serie constante de exasperaciones. Sin embargo, vivían bien separadas, a más de una hora de caminata la una de la otra y, como Dore estaba coja y Margret embarazada, podían odiarse y despreciarse a distancia. Dore incluso se volvió más caritativa con Heinz y lo compadeció por tener una esposa "que no era ni tan bien educada ni tan amable como él ... Era un tipo de mujer bastante común, y

una gran chismosa". Eran las únicas mujeres en la isla, y rara vez se encontraban. Sobre esa base, la vida era tolerable; con varias millas cuadradas por habitante, la isla no estaba exactamente abarrotada, aunque la atmósfera no era la que uno hubiera esperado en el Jardín del Edén.

Luego, no mucho después de los Wittmer, llegaron la "Baronesa" y su séquito. Quién era ella realmente apenas nos concierne aquí, ni si era baronesa o no, aunque Dore Strauch, preocupada como siempre por su estatus en la sociedad de la isla, se tomó la molestia de poner en duda tales pretensiones. La dama se hacía llamar baronesa Eloïse Wagner-Bousquet y dijo que era una aristócrata austriaca con un marido francés. Trajo consigo a tres hombres, pero entre ellos no estaba Monsieur Bousquet. Dore Strauch sugiere que había sido una *poule de luxe* en París. Su propósito declarado al venir a Charles era establecer un hotel de lujo, que se llamaría "Paradise Regained", para el entretenimiento de los millonarios estadounidenses. Ni siquiera intentó llevar a la práctica semejante idea; lo que sí comenzó fueron muchos problemas. Uno de los pocos puntos de esta historia en los que todos parecen estar de acuerdo es que era extravagante, arrogante y dominante. Se presentaron quejas a las distantes autoridades, alegando que expulsaba de "su" isla a los intrusos indeseados a punta de pistola, que dañaba o se apropiaba de la propiedad ajena y que, en general, trató de gobernar aquel pequeño refugio gracias a sus orígenes aristocráticos y a su superior potencia de fuego, según Frau Wittmer. Estableció su campamento cerca de los Wittmer, que

tenían demasiado miedo para protestar; éstos incluso hablaron de mudarse a otra parte de la isla, lo que hubiera significado un enorme sacrificio después del trabajo que habían hecho para limpiar un terreno y construir una cabaña. Ritter estaba hecho de un material más duro e incluso echó a la baronesa y a uno de sus consortes de su propiedad cuando se excedieron con él.

Una de las principales manzanas de la discordia fueron los regalos repartidos por los navegantes millonarios que visitaban la isla de vez en cuando. Uno tiene que vivir en las Galápagos para descubrir el verdadero valor de un par de zapatos, un rollo de algodón, una medicina común o una tableta de chocolate, "los tesoros de la Tierra", como los describió Frau Wittmer. Con distintos grados de decoro, todo el mundo era un poco mendigo. La vida sencilla es espléndida, pero incluso el idealista Ritter apreciaba mucho la generosidad de los visitantes, y sin duda temía que su parte disminuyera a medida que aumentaba el número de destinatarios rivales. Para Frau Wittmer y la baronesa, la distribución de la generosidad era un tema de preocupación obsesiva. Margret acusó a la baronesa —pero no en su cara— de intentar impedir que la gente la visitara y de apropiarse de una caja de leche condensada que el señor Allan Hancock había dejado para su hijo recién nacido. La baronesa, por su parte, enojada pero en vano, exigió que Ritter compartiera con ella los obsequios generosamente dejados por el Sr. Vincent Astor. Y así siguió todo.

Otra fuente de celos fue la publicidad de la isla desierta. Hasta la llegada de los demás, Ritter había disfrutado de un natural monopolio. Ciertamente, parte de la publicidad no era de su agrado. Los periódicos estaban interesados en su vida amorosa y en sus principios nudistas y vegetarianos, más que en sus estudios filosóficos más abstractos, y lo que cautivó particularmente la imaginación popular fue que se había hecho extraer todos los dientes antes de salir de Alemania y se había hecho poner una dentadura postiza de acero: una precaución inusual, pero quizás justificable en una isla desierta. Por mucho que protestase contra la invasión de su privacidad, el hecho es que publicó artículos sobre su vida con Dore en su Jardín del Edén y se ganó un nicho en la prensa internacional. No tuvo competidor hasta que llegó la baronesa. Ella se robó el protagonismo. Poseía los atributos precisos que les encantaba explotar a los periódicos más sensacionalistas. Mientras tanto, la pequeña Frau Wittmer no solo era la última en el orden jerárquico social, sino que, al no tener excentricidades muy visibles que vender, fue ignorada por la prensa, y no encontró un uso rentable para su máquina de escribir. Rápidamente, tanto Margret como Dore llegaron a odiar a la baronesa tan ferozmente como se odiaban entre sí. Los hombres también consideraron su presencia en la isla como un enorme desastre.

Nadie iba a la luna en esos días, pero las Galápagos parecían casi igual de remotas y románticas. Sumado a eso, la baronesa fue un regalo para la prensa popular, tanto por su carácter y su forma de

vida como por su deliberado esfuerzo por suplir lo que al público le gustaba leer los domingos por la mañana; y como las Galápagos estaban tan lejos y faltaba información sólida, no había nada que refrenara los vuelos más salvajes de la imaginación periodística. Su harén de machos jóvenes, el látigo que portaba en la mano y la pistola que llevaba al cinto proporcionaron el telón de fondo necesario, y sus acciones autocráticas, como ahuyentar a una pareja de luna de miel en un pequeño barco o destrozarse la balsa de un noruego que había desembarcado para cazar ganado, inevitablemente condujeron a titulares estridentes como "Revolución en isla del Pacífico: la baronesa toma el control de las islas Galápagos: una mujer se proclama emperatriz".

Por supuesto, todo eso era un montón de tonterías, pero la baronesa ciertamente pudo actuar de manera arbitraria, gracias al apoyo de su pequeño grupo de consortes masculinos. Estos no eran todos permanentes. Uno se fue muy pronto, después de una pelea; otro, cuando recibió un tiro en el estómago — el Dr. Ritter informó a las distantes autoridades que la evidencia médica demostró de manera concluyente que la baronesa efectuó el disparo, aunque ella negase que su arma fuera la responsable. Sin embargo, solo necesitamos considerar a dos de sus hombres, los que estuvieron con ella todo el tiempo, los dos alemanes, Philipson y Lorenz. Su estatus es un poco oscuro, ya que, aparentemente, la baronesa se refirió a Philipson como su "esposo", aunque Lorenz parece haber sido el gigoló reinante al comienzo de esta idílica historia. Los tres (y los secuaces

menos permanentes) compartían una cabaña que instalaron cerca del manantial de los Wittmer. La llamaron *Hacienda Paradiso*. Hay algo patético en los nombres elegidos por la gente de Charles. Los Wittmer vivían en el antiguo "Asilo de la Paz", el sitio del primer y desastroso asentamiento de Villamil. Friedrich y Dore llamaron a su hogar "Friedo", una combinación de sus nombres pero también, y deliberadamente, un juego con la palabra alemana *Frieden*: paz. Constantemente se referían a su isla como "Edén". La baronesa llamó a su cabaña "Paraíso". Pronto hubo problemas en Paraíso, no solo con los otros grupos, sino dentro del grupo. Lorenz no solo fue reemplazado por Philipson como favorito, sino que fue tratado como el pinche del grupo, obligado a hacer todas las tareas domésticas, y golpeado cuando no era complaciente. No recibía una parte justa de la comida y, ya sea por causas físicas o emocionales, se enfermó y se demacró.

Aproximadamente un año después de la llegada de la baronesa, Lorenz se refugió con los Wittmer. Frau Wittmer dice que se mostró reacia a acogerlo porque había llegado a la conclusión de que la baronesa y Philipson "debían estar locos" y tenía miedo de lo que podrían hacerle a cualquiera que protegiera a su víctima. "Sus gemidos y sus estridentes insultos a veces nos llegaban desde Paraíso". Sin embargo, cuando finalmente llegó, llorando como un niño y en un estado de salud deplorable, ella dice que le resultó imposible rechazarlo. A pesar de sus temores, Frau Wittmer dice que

la baronesa no puso objeciones a la desertión de Lorenz y que los dos se visitaban con frecuencia.

Esto sucedió durante lo que fue un período difícil para todos en Charles. Incluso en las tierras altas donde vivían los tres grupos, normalmente frescas y húmedas, no llovió durante meses; el calor era insoportable, los animales morían, las moscas se multiplicaban, las cosechas se marchitaban y los manantiales se agotaban casi por completo. Fue en ese contexto, tan agobiante para personas poco acostumbradas mental o físicamente a esas duras condiciones, que las tensiones generadas por el odio y los celos se hicieron insoportables y algo se resquebrajó.

Probablemente nunca sabremos qué sucedió exactamente en marzo de 1934. Frau Wittmer dice que estaba sola en la casa cuando la baronesa llamó y pidió ver a Lorenz. Como él estaba fuera, ella dijo que no podía esperar a que regresara, porque unos amigos habían venido en su yate y los llevarían a ella y a Philipson a Tahití, donde tendrían mejores perspectivas para abrir su hotel. ¿Le diría Frau Wittmer a Lorenz que cuidara de todo lo que dejó hasta que regresara o enviara instrucciones? Cuando Lorenz recibió este mensaje, Frau Wittmer lo cita diciendo: "Es una trampa para atraerme allí y cuando llegue allí, me liquidarán. Sé demasiado sobre ella". Esta parece una reacción extraña, cuando Margret nos dice que Lorenz había estado yendo "allá abajo" regularmente todo el tiempo que vivió con la familia Wittmer, y en esta ocasión la baronesa ni

siquiera sugirió que debiera ir a despedirla. Sin embargo, a pesar de sus intensos temores y del hecho de que no había sido invitado, Margret dice que finalmente se armó de valor y partió hacia Paraíso. Según Frau Wittmer, no volvió a ver a Lorenz durante dos días. Luego regresó y le dijo que había encontrado Paraíso desierto y que la mayor parte de su contenido había desaparecido. Se había apresurado a bajar a la orilla pero, a pesar de dos días de búsqueda, no pudo encontrar ningún rastro de un barco o de la baronesa y Philipson, excepto "algunas huellas en la arena". No se explica por qué se pasó dos días buscándolos si creía que se habían ido por mar; tampoco se nos dice por qué, si llegó a la conclusión de que nunca hubo un barco, no debería haber alertado a los Wittmer en lugar de buscar sólo a las personas que intentaron acabar con él. Además, realmente no había ningún otro lugar tierra adentro donde las dos personas desaparecidas pudieran haber esperado sobrevivir.

Frau Wittmer continúa su relato contando cómo llevaron la noticia a los Ritter. Dore bailó de alegría a pesar de su pierna coja, pero Ritter no quiso creerlo. No había visto ningún barco, aunque es cierto que solo podía ver uno de los dos fondeaderos desde su casa (los Wittmer no podían ver nada desde su terreno). Según Margret Wittmer, Ritter insistió en redactar un informe oficioso para las autoridades, incorporando toda la evidencia disponible: "No nos opusimos a que quedara constancia de su partida, aunque más tarde nos dimos cuenta de que estaba decididamente ansioso por erigirse en la autoridad legal de la isla, guardián de la ley y el orden ... Nos

sorprendió de nuevo la prisa que parecía tener por poner por escrito lo que, al fin y al cabo, distaba mucho de ser un hecho probado". A muchas personas les parecerá razonable que, en una isla donde no había una autoridad residente, el Dr. Ritter quisiera dejar constancia de lo poco que se sabía, especialmente si sospechaba un asesinato.

Frau Wittmer fue la única fuente de la historia de que la baronesa dijo que se iba a Tahití; nadie más había estado presente cuando ella fue informada. Nadie vio el barco en isla Charles, y no se informó de ningún yate visitante en ninguna parte de las Galápagos. La baronesa nunca llegó a Tahití. Ningún barco informó que la llevara como pasajera, aunque su desaparición despertó el interés mundial. Los "amigos" que vinieron a llevársela permanecieron en silencio. Incluso si esa extravagante mujer, siempre en busca de publicidad, hubiera tenido un sorprendente cambio de opinión y buscado la oscuridad, algún miembro de la tripulación seguramente habría contado que recogió a esa extraña pareja en una isla solitaria. Nunca más se supo de la baronesa y de Philipson. La única conclusión razonable es que nunca abandonaron la isla.

¿Por qué, entonces, habría de inventar la baronesa la historia del viaje a Tahití? No hay razón para pensar que era una devota de la verdad, pero, como vivía cerca de los Wittmer, parece inútil que mintiera sobre irse en un yate inexistente, cuando todavía estaba en la isla, a la vista de todos. Además, hay que explicar la extraordinaria coincidencia de que, aunque no había yate, la Baronesa y Philipson

desaparecieron ese mismo día tan completamente como si hubieran navegado por el Pacífico.

Es interesante comparar las versiones sobre la desaparición de la baronesa dadas por Dore Strauch y Margret Wittmer. Dore escribió que Margret le dijo que no solo la baronesa llamó y anunció su partida, sino que también podía escuchar las voces de los amigos visitantes en el cercano Paraíso. Margret, en su libro *Floreana*, no menciona haber escuchado nada por el estilo. Margret escribió que la baronesa y Philipson se habían llevado la mayoría de sus cosas. La versión de Dore es que le dijeron que se habían llevado la mayoría de sus pertenencias, pero, para su sorpresa, vio que las fotografías familiares seguían donde siempre habían estado; los baúles y las maletas estaban apilados como siempre; ¡y encima de la mesa estaba el sombrero de la baronesa! De hecho, habría sido una hazaña bastante increíble llevar en un solo día "la mayoría de sus cosas" hasta el fondeadero, a cuatro horas de distancia por un sendero difícil.

Frau Wittmer escribió muy liberalmente sobre esos bienes y muebles, porque continúa diciendo que todos fueron a Paraíso, donde "Ritter abrió los baúles y las cajas con total seguridad", como si definitivamente supiera que la baronesa nunca regresaría. Ella agrega que él compró a Lorenz lo que le gustaba, mientras que Heinz adquirió lo que quedaba. De hecho, los Wittmer parecen haber obtenido la mayor parte, incluidos los materiales con los que se construyó la cabaña. Y como Margret escribió que solo tenían veinte

marcos cuando llegaron a la isla, deben haber adquirido los bienes a precios de ganga. Nadie parece haberse preocupado mucho por la posibilidad de que la temible Baronesa regresase; de lo contrario, los Wittmer difícilmente se habrían atrevido a dismantelar su casa. Incluso Frau Wittmer dice que "las sospechas siniestras que habían estado en el fondo de nuestras mentes comenzaron a aflorar a la superficie", y que ella y Heinz comenzaron a discutir las posibles formas en que Lorenz podría haber matado a sus torturadores y haberse deshecho de sus cuerpos.

Lorenz no dejó ningún relato de primera mano de lo ocurrido. Las dos mujeres que escribieron sobre él estaban preocupadas por insinuar que el esposo de la otra había estado involucrado en la desaparición de la baronesa y de Philipson. En consecuencia, en la mayoría de los puntos sus pruebas entran en conflicto, aunque ambas sugieren que Lorenz, sin ayuda, era demasiado débil para haber matado a dos personas mucho más fuertes.

Independientemente del papel que había jugado, ahora Lorenz estaba ansioso por abandonar la isla; de hecho, había querido hacerlo durante mucho tiempo, por lo que, cuando el escritor y explorador Rolf Blomberg llegó unos meses después en el barco de pesca *Dinamita*, bastante decrepito y propiedad del noruego Trygve Nuggeröd, les rogó que se lo llevaran con ellos a Indefatigable. Allí esperaba encontrar otro barco pero, al no poder hacerlo, persuadió a Nuggeröd para que lo llevara a isla Chatham. Nuggeröd se mostró

reacio porque pensó que su barco estaba en muy mal estado; con razón, ya que éste resultó ser el último viaje del *Dinamita*. Nunca se sabrá si el motor se averió o se acabó el combustible, pero está claro que el pequeño bote fue arrastrado hasta Bindloe, una de las islas más septentrionales del archipiélago. Es un lugar duro, incluso para los estándares de Galápagos. Muchas semanas después, unos pescadores de atún estadounidenses vieron un trapo blanco revoloteando en la orilla. Encontraron el bote del *Dinamita*, y los cuerpos momificados de Lorenz y Nuggeröd en la playa. Habían muerto de sed. El barco y el joven marinero ecuatoriano que lo tripulaba habían desaparecido sin dejar rastro.

El maleficio en esa isla encantada aún no se había resuelto. En noviembre, nueve meses después de la desaparición de la baronesa y cuatro meses después de la muerte de Lorenz, Dora Strauch llegó a duras penas hasta la casa de los Wittmer para pedirles ayuda; pensaba que Ritter se estaba muriendo. Ambas mujeres han descrito la escena del lecho de muerte en detalle, pero sus relatos son nuevamente tan diferentes que hay que hacer un esfuerzo para creer que están hablando del mismo lamentable evento.

Dora Strauch había partido hacia el Jardín del Edén con grandes ideales, y esperanzas igual de grandes. La vida no había resultado tan maravillosa como esperaba. No era solo la dureza de una existencia primitiva, a la que no estaba acostumbrada; su relación con Ritter en esas extrañas condiciones resultó inesperadamente difícil, ya que

"todo rastro de ternura se apartó de la actitud de Friedrich hacia mí" una vez que se establecieron en la isla. No mucho después de su muerte, ella escribió que "él ni siquiera se dio cuenta de que yo necesitaba ser amada y tratada con amabilidad. Así que viví a su lado en una soledad demasiado amarga para ser descrita". Le encantaban las flores, pero Friedrich las objetó como "decoración tonta". Lo desobedeció y plantó semillas. Cuando ella enfermó y le rogó que regara sus plantas, él salió y las arrancó todas. Por razones filosóficas no la dejaba tener un hijo. Ella explica que las intenciones de Friedrich eran idealistas y que, como él era "el gran cruzado contra el dominio del yo en todos los hombres, estaba decidido a expulsar al enemigo en mí como en él mismo". Para el observador externo, suena más como si Ritter, un discípulo de Nietzsche y del poder de voluntad, simplemente quería dominar. A pesar de la amargura de su soledad, Dore pareció incapaz de encontrar una salida en la compañía de otras mujeres. Margret estaba por debajo de su desprecio. Se sentía atraída por la baronesa —"al menos no era una pequeña *Hausfrau* burguesa" como Margret— pero la baronesa quería enseñorearse de ella; entonces también la odiaba. Durante cinco años no tuvo ningún escape emocional.

Frau Witter es bastante categórica en que la pareja se estaba rompiendo, que Dore había decidido abandonar la isla en el otoño de 1934, y que incluso Friedrich le dijo que sus constantes peleas le estaban agotando los nervios. Dore Strauch afirma, igual de categórica: "Friedrich se había vuelto considerado y tierno. Todas las

tormentas habían cesado. Una quietud y una felicidad que nunca antes habíamos conocido nos unieron ese último mes en una unidad más que humana".

Las dos mujeres escribieron relatos igualmente irreconciliables sobre la muerte de Ritter. Están en total contradicción en casi todos los puntos. Según Frau Wittmer, murió de intoxicación por carne — y allí pone verdadero gusto en burlarse de la hipocresía de ese vegetariano reincidente. En su detallado relato, cuenta cómo su esposo lo vio cocinando gallinas que habían muerto por envenenamiento; insistió en que, con una buena cocción, la carne sería perfectamente comestible. Cuando llegó junto a su cama, su lengua estaba tan hinchada que no podía hablar y tenía que escribir lo que quería decir. Como Dore se había demorado en llamarla, dice que era demasiado tarde para usar el lavador de estómago que había improvisado. Dore, por su parte, afirma que Ritter murió después de un derrame cerebral. Él le pidió que le diera su revólver, pero ella se negó porque pensó que se recuperaría. Parece casi increíble que un médico calificado insistiese en comer carne obviamente contaminada, pero el Dr. Ritter era un hombre muy extraño y muy obstinado. El editor de sus periódicos escribió que, de sus últimos garabatos en el lecho de muerte, estaba claro que murió de botulismo por comer carne en mal estado, y que pidió su revólver porque sabía que no había esperanza de recuperación. Sin duda, Dore no estaba dispuesta a admitir que el tan publicitado vegetariano hubiera muerto por envenenamiento con carne.

Frau Wittmer expresa sorpresa de que, aunque Dore afirmó que ella también había comido algo de la carne envenenada, no parecía estar enferma; sin embargo, como ya había mencionado que fue el propio Ritter quien insistió en comerse el pollo, eso no implicaba que Dore lo hubiera envenenado. No obstante, Margret especula con cierto detalle sobre las posibilidades alternativas de que Dore envenenase a Friedrich, o que se negase deliberadamente a buscar ayuda hasta que supiese que era demasiado tarde. Ella admite que "todo esto fue mera conjetura, por supuesto", pero insiste en que la "última emoción" de Friedrich mientras agonizaba fue de odio hacia Dore. Ella cuenta en su libro que Ritter se incorporó en la cama con un último esfuerzo desesperado, miró a Dore, "sus ojos brillantes de odio", y escribió en una hoja de papel: "Te maldigo con mi último aliento". Dore Strauch no pudo cuestionar ese relato, ya que murió mucho antes de que Margret Wittmer lo escribiera. Su propia versión del final de Friedrich fue: "De repente abrió sus grandes ojos azules y estiró sus brazos hacia mí; su mirada era alegremente tranquila".

Unas semanas después, Allan Hancock llegó inesperadamente a bordo de su yate *Velero III*. Dijo que había recibido una carta de Ritter pidiéndole que fuera rápidamente porque habían sucedido cosas terribles que no podía poner en una carta porque no tenía pruebas. El Sr. Hancock llegó demasiado tarde para escuchar la historia completa de las sospechas de Ritter, y todo lo que pudo hacer fue sacar a Dore Strauch de la isla. La mujer regresó a

Alemania, donde publicó los escritos de Ritter, así como su propio libro, *Satan came to Eden*.

En consecuencia, cuando el gobernador de Galápagos llegó para llevar a cabo su investigación oficial casi diez meses después de la desaparición de la baronesa, las únicas personas que quedaban en la isla eran los Wittmer. Frau Wittmer relata que el gobernador acusó sin rodeos a Heinz Wittmer de haber matado a la baronesa y a Philipson; aparentemente, basó su acusación en una comunicación que Ritter había hecho antes de su muerte. Ella dice que tuvieron poca dificultad en refutarlo, y que el gobernador aceptó sus declaraciones. Ya no hubo más testigos y nunca hubo un juicio formal.

En su libro, Margret Wittmer se esfuerza por sugerir que Ritter tuvo algo que ver con los asesinatos. Como ella dice sin demasiada delicadeza: "bien podría haber al menos animado a Lorenz a llevar a cabo el crimen; tal vez más". Cuando publicó *Floreana*, un cuarto de siglo después de los hechos, su profunda repugnancia por los Ritter aún se manifestaba cada vez que los mencionaba. Se burló de los dientes de Friedrich, lo ridiculizó como un nudista y vegetariano no practicante, despreció sus "pretenciosas efusiones de filosofía pseudocientífica", pero sobre todo mostró su odio permanente por el hombre que, dice, "intentó con tanta mezquindad y malicia expulsarnos de nuestra hermosa isla" para que él pudiera ser el único destinatario de los regalos estadounidenses. Aparte de eso, Frau

Wittmer no presenta ninguna prueba que haga de Ritter un actor principal o un cómplice en la desaparición de la baronesa y su acompañante.

El informe de Ritter sobre sus sospechas de asesinato no se ha publicado, y no hay nada en el libro de Dore Strauch que sugiera que tenía pruebas directas. Ella cuenta que escucharon "un grito prolongado" mientras estaban en su jardín alrededor del mediodía del 19 de marzo, pero si ese fue el grito de muerte de la baronesa, debió haber sido asesinada en algún lugar muy lejos de Paraíso; de lo contrario, los Ritter no podrían haberla oído, ya que sus casas estaban a kilómetros de distancia. En cualquier caso, es apenas una prueba contra cualquier individuo. Del mismo modo, la acusación de que, unos días después del grito, Heinz Wittmer los llamó "en una furia delirante" contra la baronesa y declaró que "tenemos que tomar nuestra protección en nuestras propias manos. No sirve de nada apelar a Ecuador" carece de confirmación. Por lo tanto, los cargos y los contracargos no están respaldados por pruebas.

Si consideramos la cuestión del motivo, no llegamos a ninguna parte; todos en la isla tenían suficientes para odiar a la baronesa, y ninguno de ellos había ocultado la opinión de que aquel sería un lugar mejor sin ella. Se puede decir que Lorenz tenía el motivo más fuerte, después de la forma en que había sido tratado, pero los demás también tenían rencores profundos contra ella, particularmente los Wittmer, dado que se había instalado muy cerca de su pequeño

manantial. Eran tres hombres, dos mujeres y un niño de catorce años que teóricamente podrían haber cometido el crimen, aunque el niño estaba medio ciego. Ritter era el sospechoso menos probable, no tanto porque viviera más lejos o porque la baronesa le agradara más, sino por su comportamiento durante los acontecimientos. Desde el principio se negó a creer la historia de que la baronesa se había ido a Tahití; sin embargo, si hubiera estado involucrado en su muerte, la historia le habría proporcionado una cobertura admirable. De no haber sido por Ritter, se habría aceptado que se había ido en un yate y las autoridades nunca se habrían preocupado por lo que le sucedió. Fue Ritter quien provocó la investigación, aunque ya estuviera muerto cuando tuvo lugar.

Esto deja a Lorenz y a los Wittmer. Heinz Wittmer era resistente y habitualmente cazaba ganado salvaje y jabalíes con su rifle. Lorenz era débil, enfermo y, al parecer, cobarde. Se ha argumentado que fue incapaz de matar a Philipson y a la baronesa y que, en conjunto, era demasiado débil para deshacerse de sus cuerpos; pero eso está lejos de ser cierto. Existe el coraje de la desesperación, y en las Galápagos hay formas de lidiar con los cadáveres que no están disponibles en otro sitio. Supongamos, por ejemplo, que sus dos torturadores se estuvieran bañando, dejando sus revólveres en la playa. No se necesitaría una puntería experta para matarlos en el agua, y los tiburones harían el resto. O si se hubieran desviado del camino trillado, la lava rota está llena de lugares donde los cuerpos nunca hubieran sido encontrados.

Mucho después, hubo otro caso extraño de una mujer que desapareció no lejos de la casa de los Wittmer. En 1963, la Sra. Rice, una anciana estadounidense, bajó a isla Charles desde un crucero. Estaba caminando con sus amigos por el sendero cuando se detuvo para quitarse una piedra del zapato y les dijo a los demás que los alcanzaría. Nunca más se la volvió a ver. Las comunicaciones con las Galápagos habían mejorado enormemente desde la desaparición de la baronesa. Se alertó a la Embajada de los Estados Unidos, se organizaron grupos de búsqueda y se envió un helicóptero para unirse a la cacería. Todo fue en vano. Su desaparición nunca ha sido explicada.

Frau Wittmer se vio involucrada en otro misterio. Sus dos hijos, nacidos en la isla, ya eran mayores. Su hija se había casado con un ecuatoriano, que fue a vivir con ellos a Charles. Él también desapareció. Frau Wittmer dijo que se fue con su burro a recoger leña; el animal volvió, pero él no. Esta vez las autoridades actuaron. Fue arrestada y llevada a Chatham para ser interrogada junto con su hijo y un trabajador contratado. Después de diez días, todos fueron liberados y devueltos a Charles. No se han recibido más explicaciones, y el cuerpo del yerno nunca apareció.

Las muertes combinadas de la baronesa, Philipson, Lorenz y Ritter en circunstancias tan extrañas generaron un tremendo interés en la prensa, y Frau Wittmer regresó a Alemania para escribir para los periódicos y dar conferencias sobre sus extrañas experiencias.

Después de un año de ausencia, volvió a Charles. Dijo que no le gustaba el cambio de ambiente en Alemania, donde Adolf Hitler acababa de llegar al poder; pero este difícilmente podría haber sido su principal motivo para regresar, ya que exhibía un retrato de Hitler en su pared, al menos hasta que éste le declaró la guerra a los Estados Unidos y las fuerzas estadounidenses llegaron a las Galápagos. Parece haber pocas dudas de que ella prefería su fama solitaria en Charles al anonimato entre un millón de habitantes ciudadanos. Los años posteriores al holocausto de 1934 fueron los mejores desde su punto de vista: "Me gusta mucho vivir sola en Floreana [Charles]", le dijo sin rodeos a Frances Conway, una colona posterior y temporal. Y todavía sigue allí. Su hijastro se ahogó, su marido murió, su yerno desapareció, pero Margret Wittmer se acerca a los cuarenta años en la isla.

Parece curioso que, del pequeño grupo de colonos, solo los Wittmer hayan resistido. Tenían la razón menos obvia para ir allí y solo tenían la intención de quedarse durante dos años, mientras que los Ritter habían abandonado el mundo para siempre, y la baronesa aparentemente imaginó que podría ganarse la vida allí con un hotel. Hay poco que sugiera que los Wittmer eran inadaptados en la Alemania de clase media-baja; pero no eran nadie. En Charles, después de que los Ritter y la baronesa se fueran, eran los señores del lugar. Conocieron a ricos y famosos. El libro de Frau Wittmer está repleto de relatos de personas importantes que elogiaron sus pasteles y su café, y hay páginas angustiadas sobre su fracaso en reunirse con

el presidente Franklin D. Roosevelt cuando visitó las Galápagos. Le gustaba ser un pez grande en un estanque pequeño; a ser posible, el único pez. Como dijo Frances Conway: "Frau Margret nunca viaja en el asiento trasero". Para lograr y mantener esa posición, mostró una gran fortaleza y resistencia. Despreciada como una mujer "ordinaria" por una Dore intelectualmente pretenciosa y una baronesa socialmente pretenciosa, solo ella logró sobrevivir en esa isla solitaria y fuera de la ley.

Algunos otros colonos han encontrado una satisfacción similar en Galápagos, pero la mayoría parece haber fracasado. Las personas que se han sentido inadaptadas en su propia sociedad rara vez han encontrado satisfacción simplemente "alejándose de todo"; fueron igualmente inadaptadas en las Galápagos. Friedrich Ritter y Dore, desilusionados de la vida, sin duda dijeron, como el Rey Lear,

Come let's away to prison;
We two alone will sing like birds i' the cage.

pero no parecen haber sido más felices en su soledad. Cuando tuvieron vecinos, aunque estuviesen a kilómetros de distancia, las cosas fueron aún peores. Quizá no sea casualidad que las personas que quieren escapar de la sociedad tengan problemas con sus vecinos, por pocos que sean. La preocupación por el estatus y el deseo de dominar a los demás parecen ser al menos tan fuertes en la naturaleza como en otros lugares. Sólo el ficticio Robinson Crusoe

encontró un Viernes completamente satisfactorio, dispuesto a besarle los pies y a someterse servilmente a él en todos los asuntos. La historia de las solitarias Galápagos es una de interminables rivalidades, enemistades y violencia, y los enfrentamientos entre los Ritter, los Wittmer y el grupo de la Baronesa son simplemente los más notorios. Su drama tiene un interés especial porque muestra un poco de las tensiones a las que se ven sometidos los miembros de comunidades altamente civilizadas cuando se encuentran fuera del alcance efectivo de la ley. Se cita a Heinz Wittmer diciendo: "En las Galápagos ... cada hombre es su propio gobierno", y esta era en gran medida la situación en Charles en 1934. Además, como dijo Dore Strauch, "también puede ser que, en un lugar salvaje como Charles, el carácter primitivo de cada persona aparecía con más fuerza que en otros lugares, de modo que todos mostraban su verdadero rostro".

Capítulo XX

LA GUERRA Y EL CANAL DE PANAMÁ

¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!

Simon Bolivar.

Los diversos intentos realizados por gobiernos y compañías extranjeras a mediados del siglo XIX para asegurar derechos de uno u otro tipo sobre las Galápagos habían sido asuntos bastante vagos y poco entusiastas, pero cuando la propuesta, largamente anunciada, de abrir un canal a través del istmo de Panamá comenzó a tomar forma práctica, el interés en las islas también se volvió más positivo ya que, potencialmente, controlaban los accesos del Pacífico. Aun así, los países extranjeros parecen haber estado más preocupados por evitar que el archipiélago cayera bajo el control rival que por poseerlo para sí mismos. Si bien el canal era de evidente interés para todas las potencias navales, su defensa era de particular interés para la nación que lo financiaba. Francia fue la primera sobre el terreno, cuando Ferdinand de Lesseps comenzó su valiente, aunque equivocado,

proyecto de excavar un canal a nivel del mar. Se firmó un tratado en París que otorgaba a Francia el derecho a establecer una base naval en el archipiélago, pero la compañía del canal ya se dirigía a la bancarrota y el tratado no logró la ratificación parlamentaria francesa. Sin embargo, suscitó una agria polémica en el Ecuador durante muchos años: acusar a los opositores de intenciones traicioneras por ceder los derechos soberanos de la nación se convirtió en un tema constante en la vida política ecuatoriana.

Cuando fracasó el proyecto de De Lesseps, Estados Unidos heredó tanto la construcción del canal como el principal interés en las posibilidades ofensivas y defensivas de Galápagos. Hubo varias negociaciones oscuras hacia fines del siglo pasado y bien entrado este, sobre las cuales se dispone de poca información fiable; debían realizarse en secreto, por los peligros que engendraban para el futuro de cualquier político ecuatoriano. Ninguna de ellas llegó a nada, tal era el orgullo de la nación en su pequeña posesión isleña.

Uno de los presidentes más destacados y perdurables de Ecuador, Eloy Alfaro, estaba particularmente inquieto por Galápagos. Durante años fue una de sus principales preocupaciones. En 1911, señaló en una carta confidencial a todos los gobernadores provinciales que "aunque en 1856 nadie aceptaría el archipiélago como garantía de un préstamo de tres millones de dólares", día a día adquiría mayor importancia a medida que avanzaba la construcción del canal. Las islas eran en gran parte yermas, continuó, y nunca le

habían dado ningún beneficio al país; por el contrario, habían sido una carga financiera y administrativa. Sin embargo, como tantos de sus compatriotas, creía que las Islas Encantadas debían finalmente demostrar ser un El Dorado; las pesquerías de bacalao eran mucho más ricas que las de Terranova, afirmó confiadamente sobre la base de pruebas bastante inadecuadas, y un día las islas se convertirían en un puerto de escala obligatoria para el transporte marítimo internacional. Pero ese día, argumentó, estaba lejano, tal vez en un siglo. Mientras tanto, un país pequeño como Ecuador no podía defender las islas contra la agresión imperialista. (La forma en que Estados Unidos había adquirido los derechos sobre la Zona del Canal debió haber estado muy presente en su mente). Ciertamente, argumentó, si estallaba la guerra entre las potencias asiática y estadounidense, las Galápagos serían ocupadas sin el consentimiento ecuatoriano y sin compensación alguna. "Para nosotros, el archipiélago es una esperanza lejana y un peligro inmediato".

En vista de todo esto, el presidente Alfaro rogó a los gobernadores que consideraran cuidadosamente una sugerencia que había recibido, de que el Ecuador arrendara las islas a los Estados Unidos por noventa y nueve años. A cambio, Estados Unidos garantizaría la integridad territorial ecuatoriana. El precio ofrecido fue de quince millones de dólares (el doble de lo que había pagado Estados Unidos por la adquisición de Alaska), suma que contribuiría muy sustancialmente al desarrollo del Ecuador continental, constantemente obstaculizado por la falta de capital. La mitad del

dinero, proponía el presidente, debía destinarse a la limpieza de Guayaquil, donde la prevalencia de la fiebre amarilla, la malaria y la peste bubónica negaba al puerto, y por ende al comercio de la nación, el futuro que merecía; el resto se gastaría en la construcción de vías férreas y carreteras. Hubo una tremenda oposición al plan de Alfaro y se lo abandonó, aunque significó un sacrificio considerable en términos de prosperidad material.

Probablemente Washington quedó perturbado por ese fracaso. En fecha tan tardía como 1906, cuando Elihu Root preguntó cuál era la actitud del Departamento de Estado hacia las islas, se le respondió: "No las queremos nosotros y no permitiremos que ningún poder europeo (o extra-estadounidense) adquiera el control sobre ellas" — aunque esto puede haber sido antes de que se asimilaran todas las implicaciones de la victoria naval japonesa sobre Rusia. Sea como sea, las Galápagos pasaron la guerra de 1914-1918 prácticamente sin defensas, y sin ningún incidente importante. El almirante Graf von Spee, con la Flota Asiática Alemana, visitó brevemente el archipiélago para comprar carne, en su camino hacia su destino en la Batalla de las Islas Malvinas, y hubo otras historias sobre buques de guerra alemanes que usaron Galápagos como base temporal. Don Carlos Manuel Larrea escribió en su libro *El Archipiélago de Colón* que el atrevido asaltante alemán Graf von Luckner usó repetidamente las islas para escapar de los cruceros británicos, pero el propio von Luckner se limitó a señalar que "nos dirigimos casi a las Islas Galápagos" antes de girar hacia el oeste a lo largo del ecuador

para hostigar a los barcos aliados. En cualquier caso, las Galápagos jugaron un papel mucho menor en la Primera Guerra Mundial que en la Guerra de Sucesión Española o incluso la Guerra de 1812. Pero el período de guerra trajo una novedad: en 1916, y por primera vez en la historia ecuatoriana, el presidente de la República visitó Galápagos.

La situación militar en 1939-1945 fue completamente diferente, y el Pacífico se convirtió en un escenario importante de la guerra mundial. Puede, o no, haber sido pura coincidencia que el presidente Roosevelt haya ido a las Galápagos en 1938 en un crucero de vacaciones a bordo del *U.S.S. Houston*, pero la cantidad de visitas navales menos glamorosas sugiere un creciente interés estadounidense en lo que varios escritores ahora llamaban "el talón de Aquiles del Canal de Panamá". Sin embargo, cuando ocurrió el desastre de Pearl Harbor, las Galápagos estaban, desde el punto de vista de la defensa, en un estado muy similar al que tenían cuando Ecuador las anexó en 1832. Legalmente, las islas aún estaban bajo la soberanía ecuatoriana. No se habían concedido derechos ni privilegios de ningún tipo a ninguna potencia extranjera, y se habían hecho pocos progresos materiales. Había solo un par de cientos de habitantes, pocos edificios permanentes, y ninguna instalación de valor militar, como tampoco un muelle adecuado. En muy pocos meses hubo un cambio revolucionario, al menos en un pequeño rincón del archipiélago.

La posibilidad real de que los japoneses ocuparan las salvajes y escabrosas Galápagos y las utilizaran como base para lanzar un ataque al Canal de Panamá, a novecientas millas de distancia, es un asunto que ahora puede dejarse en manos de los estrategas de sillón; ciertamente, Ecuador solo no podría haber resistido tal acción si hubiera sido contemplada. Por otro lado, una base aérea estadounidense proporcionaría los medios para vigilar los accesos distantes al canal en caso de que se intentara un ataque por mar, y sería claramente conveniente como puesto de vigilancia para los submarinos que atacaban el comercio. Ecuador puso a disposición de los americanos la pequeña isla Seymour Sur, deshabitada y plana. Miles de combatientes norteamericanos y de trabajadores sudamericanos entraron en tropel y efectuaron en semanas cambios más grandes de los que cualquiera de las islas había experimentado en un siglo. Los ingenieros le hicieron cosas a la lava casi tan violentas como las erupciones volcánicas originales, y trazaron una pista de aterrizaje de seis mil pies. Surgió un pueblo prefabricado, con talleres mecánicos, cabañas Quonset y una planta para destilar agua de mar. El primer periódico de Galápagos, *The Rock*, se publicó para reducir el aburrimiento de vivir en ese portaaviones volcánico, donde había más trabajo duro que gloria militar.

Al conceder a Estados Unidos el uso de Seymour, el gobierno ecuatoriano no había cedido ni un ápice de soberanía nacional y, tan pronto como pasó la emergencia, los estadounidenses se retiraron puntualmente. No dejaron guarnición, pero sí un gran aeródromo y

varios edificios; y también dejaron un erial, incluso para los estándares más duros de Galápagos. El Dr. Beebe, quien una vez describió un encantador paseo que dio por allí, no habría reconocido el lugar. Las iguanas terrestres habían desaparecido, y fueron reemplazadas por ratones domésticos. No sólo se había esfumado la fauna autóctona, sino también la escasa vegetación. Esto era inevitable, con tantos hombres hacinados en una pequeña isla. Afortunadamente, fue una de las raras ocasiones en que los biólogos y los ingenieros de construcción podrían haber llegado a un acuerdo a regañadientes. Si tenía que haber una base aérea, esa isla era relativamente plana y de menor interés biológico o paisajístico que la mayoría de las demás. Separada de Indefatigable por sólo un estrecho canal, no tenía especies de animales o plantas que no se encontraran en otros lugares. Se había arruinado otra isla, pero hubiera sido peor si hubiera sido una de las otras.

Después de la guerra, las instalaciones, que habían costado millones, resultaron de poco interés para el Ecuador continental. La mayoría de los edificios fueron demolidos y la pista de aterrizaje apenas se utilizó. Potencialmente, sin embargo, la construcción de ese aeródromo fue el desarrollo material más importante en la historia de Galápagos: podría determinar todo el futuro de las islas, para bien o para mal.

Entre guerras, las Galápagos habían sido el feliz coto de caza de los navegantes millonarios. Para los que carecían de millones o de yates,

el viaje hasta allí por mar era lento y sumamente incómodo. Todo viajero literario guayaquileño parece dedicar un largo capítulo a las miserias del viaje en un viejo navío atestado de humanidad y de ganado de una u otra clase. Los viajes eran infrecuentes y poco fiables, por lo que una visita corta estaba fuera de discusión, al igual que las giras en el sentido ordinario. Ahora es posible volar a Seymour desde Guayaquil o Quito en dos o tres horas, y los vuelos son cada vez más frecuentes y regulares, lo que hace que Galápagos sea accesible al menos para el turista acomodado. Esto podría ser un gran bien o un gran mal. Todo depende de los usos que se le den a la nueva tecnología.

Capítulo XXI

LA FUNDACIÓN DARWIN

The art of conservation stems from the science of ecology, a delight in knowing how nature works and a love of beauty which may or may not be conscious. Every acre ... of the globe demands thought before its biological and visual relations are altered.

Frank Fraser Darling.

Para Galápagos, el siglo que siguió a su anexión por Ecuador y a la visita de Charles Darwin fue un período de desastre casi absoluto. Los marineros extranjeros devastaron la vida silvestre sin restricciones y, cuando la redujeron a un nivel en el que ya no valía la pena desembarcar en las islas, los buscadores de aceite ecuatorianos intervinieron para terminar el trabajo de exterminar a las tortugas. La única protección otorgada a la flora y fauna únicas era la lejanía de las islas, el terreno abominablemente difícil y peligroso, y el hecho de que la mayoría de las especies no tenían valor comercial. Mientras la naturaleza había sido devastada, el hombre no había prosperado. Los pocos colonos del continente que habían sobrevivido a las penurias, la tiranía y el derramamiento de sangre, vivían en su mayor

parte en un estado de miseria no muy alejado de la servidumbre. La muerte y la desilusión habían eliminado a todos menos a un puñado de colonos europeos. Solo los animales traídos del Viejo Mundo habían prosperado: ratas, cabras, cerdos, perros y burros se habían multiplicado, causando estragos en las especies nativas y destruyendo gradualmente la peculiar vegetación de las islas.

Hasta el cambio de siglo, a nadie parecía importarle; quizás lo peor del problema era que no había nadie a quien le importara. El puñado de soldados que constituía la autoridad en el archipiélago no estaba interesado en la conservación y, si lo hubiera estado, difícilmente podría haber ejercido control sobre las dispersas islas. Lo peor del daño se hizo sin que Ecuador sacara provecho. Llegaban los marineros extranjeros, se servían generosamente tortugas marinas, galápagos y todo lo que se les antojaba, y seguían su camino; a lo sumo, los colonos ganaban unos cuantos sures por el trabajo de bajar las monstruosas tortugas hasta la playa. No hubo supervisión oficial ni interferencia con esta lucha libre y, aparentemente, no se levantó ninguna protesta, ni en Ecuador ni en ningún otro sitio.

Esto contrasta con lo que sucedió en el caso de Aldabra, una isla igualmente remota en el océano Índico, y el único otro lugar donde aún se encontraban tortugas gigantes en estado salvaje. En 1874, un grupo de naturalistas, incluido Charles Darwin, escribieron al gobernador de Mauricio, responsable de Aldabra, expresando su preocupación por el propuesto establecimiento de una industria

maderera, que habría llevado a la extinción de las tortugas. Esta protesta no resultó en ninguna legislación por parte de las autoridades británicas, tan poco interesadas en la conservación como la mayoría de las demás, pero tuvo un efecto restrictivo, al llamar la atención pública y gubernamental sobre el peligro. Gracias a esto y a la generosidad posterior del naturalista Lord Rothschild, las tortugas de Aldabra se preservaron y hoy hay cien mil en el pequeño atolón. Cuando los gobiernos británico y estadounidense decidieron conjuntamente, en la década de 1960, construir un aeródromo en Aldabra, alegando que era de vital importancia estratégica, los principales organismos científicos y conservacionistas de ambos lados del Atlántico se enfurecieron. Los dos gobiernos suspendieron el proyecto.

Sin embargo, Darwin y Rothschild estaban incluso más interesados en las Galápagos que en Aldabra; eran conscientes del empeoramiento de la situación allí y, sin embargo, no tomaron ninguna medida. Es de suponer que pensaron que, si bien una protesta pública o una intimidación privada por parte de súbditos británicos podría tener algún efecto sobre las autoridades coloniales británicas, no tendría sentido intentar tales tácticas en Ecuador. La actitud de los científicos estadounidenses parece haber sido muy similar. Es cierto que, a principios de este siglo, la conservación era la actividad excéntrica de una minoría muy reducida. Solo había cuatro parques nacionales en el mundo, pero los cuatro estaban en los Estados Unidos, y dos de ellos en California, por lo que, si

alguien sabía algo acerca de parques nacionales, debían ser los científicos de la Academia de Ciencias de California. Sin embargo, como Darwin y Rothschild, no hicieron nada, o más bien empeoraron las cosas. Convencidos de que la extinción de gran parte de la vida silvestre de Galápagos era solo cuestión de tiempo, ellos, con el apoyo de Lord Rothschild, recolectaron deliberadamente todo lo que pudieron de lo que quedaba, para su conservación en museos y zoológicos. Hoy parece una acción equivocada, pero esos eran los hombres de ese momento; estaban tan profundamente preocupados por la naturaleza como cualquiera de sus contemporáneos y, según la evidencia disponible, juzgaron que la situación en Galápagos era tan desesperada que no había mejor opción. Explicaron su propósito al General Plaza, el gobernador, y este parece haber dado su aprobación. La idea de un parque nacional o de cualquier tipo de conservación en Galápagos hubiera sido descartada como quimérica. Las autoridades no podían brindar un mínimo de protección a las personas, mucho menos a los animales.

Entre las dos guerras mundiales el declive continuó. Varios de los lujosos yates que hacían los cruceros a las islas, cada vez más de moda, ofrecieron espacio a científicos ansiosos por estudiar la flora y la fauna antes de su eclipse final; aumentaron el conocimiento, pero sus colecciones redujeron aún más los números de las especies sobrevivientes. Sin embargo, en los años treinta se estaba haciendo evidente un cambio de actitud en los círculos científicos. El hecho de que el centenario de la visita de Charles Darwin cayera en 1935

probablemente no fue más que un agente catalizador, aunque muy útil. Victor Wolfgang von Hagen, escritor y naturalista, con apoyo ecuatoriano, norteamericano y británico, organizó una expedición conmemorativa y erigió un monumento a Darwin cerca del lugar donde desembarcó por primera vez en isla Chatham. Este piadoso tributo fue de menor importancia para los organizadores que su esperanza de comenzar con la conservación. En esto se sintieron decepcionados, pero, con el beneficio de la retrospectiva, ahora podemos ver que los visionarios derrotados de los años treinta dieron inicio a algo, incluso si no se lograron resultados prácticos durante los siguientes veinticinco años.

El gobierno de Ecuador se unió a las celebraciones y sacó una emisión especial de sellos de Galápagos. Mucho más importante, el presidente emitió un decreto que prohibía por completo la exportación de una lista de animales y aves protegidos, controlaba severamente la introducción de animales domésticos, y establecía reservas naturales en varias islas. Pero esa ley tan visionaria tuvo poco o ningún efecto inmediato, aunque solo fuera porque no había una organización administrativa en el archipiélago con el conocimiento, o incluso el personal, para hacer cumplir el decreto. La señora de Rendón menciona que en 1940 vio tortugas gigantes en un corral en Chatham, esperando ser vendidas al siguiente barco visitante; el corral estaba a escasos metros de la oficina del gobernador. Fue difícil convencer a los funcionarios, mucho menos a los colonos y visitantes, de que la nueva ley no era un montón de tonterías.

En el frente internacional, las buenas intenciones tampoco produjeron resultados inmediatos. El Comité Galápagos de Londres, encabezado por Sir Julian Huxley, estaba ansioso por establecer una estación científica permanente en las islas, pero la guerra estalló en 1939, antes de que se consiguiera suficiente apoyo. En los Estados Unidos, el Dr. Waldo Schmitt continuó la lucha hasta que, como tantas otras cosas, su plan fue barrido por Pearl Harbor.

No fue hasta diez años después de la Segunda Guerra Mundial que se inició un nuevo esfuerzo para salvar las Galápagos. En ese momento, la idea de la conservación estaba ganando un número creciente de seguidores en muchas partes del mundo. En 1955, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y los Recursos Naturales (UICN) envió al Dr. I. Eibl-Eibesfeldt a Galápagos en una misión de investigación. Dos años más tarde, alarmada por sus informes, la UICN, junto con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Consejo Internacional para la Conservación de las Aves, la Sociedad Zoológica de Nueva York y la revista *Life*, financiaron otra misión, que incluía al Dr. Eibl-Eibesfeldt y al Dr. Robert I. Bowman, para continuar con las investigaciones y elegir un sitio para una estación biológica permanente, con la aprobación del Gobierno ecuatoriano.

Nuevamente, un centenario —el del pronunciamiento de la teoría de la evolución de Darwin en 1858— actuó como catalizador, y el Congreso Zoológico Internacional de 1958 estableció un Comité de Galápagos. De ese comité surgió la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos, un organismo internacional que se estableció en 1959 bajo la ley belga, gracias al celo de varias organizaciones e individuos, y en particular al profesor Victor Van Straelen, quien se convirtió en el primer presidente de la Fundación. El Gobierno de Ecuador obtuvo el apoyo de la UNESCO; varios organismos científicos en Europa y América del Norte prometieron ayuda y, en unos pocos meses, los representantes de la Fundación aterrizaron en Academy Bay, en Indefatigable, y comenzaron el establecimiento de la estación científica.

Los primeros años de la estación, cuando estuvo bajo la dirección primero de Raymond Lévêque y luego del Dr. André Brosset, podrían llamarse el período heroico, aunque algunos sostendrán que el trabajo científico y de conservación en Galápagos siempre demandará una buena medida de heroísmo. Baste decir que, a pesar de todos los obstáculos, la pequeña estación surgió en medio de las lavas y cactus. Cuando tuvo lugar la inauguración oficial, en 1964, admirablemente dirigida por el Dr. Harold J. Coolidge, los sofocados dignatarios pudieron admirar el laboratorio, la biblioteca, las instalaciones meteorológicas y sismológicas, e incluso algunos alojamientos sencillos para el personal y los científicos visitantes. Ecuador estuvo representado por dos miembros de su Junta Militar

gobernante y por su ministro de Relaciones Exteriores, varios países europeos y Estados Unidos por sus embajadores, y California por la mayor comunidad de científicos jamás alojada en un solo barco. Muchas de las organizaciones de apoyo enviaron delegados. La nieta de Charles Darwin, Lady Barlow, no pudo emprender el arduo viaje, pero la familia estuvo representada por su hijo. Por razones similares, el presidente de honor de la Fundación, Sir Julian Huxley, no pudo estar presente, pero el profesor Van Straelen llegó desde Bélgica para presidir el feliz evento, del cual fue responsable en gran medida. Fue su último viaje, y murió pocos días después de ver los primeros frutos de su gran esfuerzo. La presidencia de la Fundación pasó a las hábiles manos del profesor Jean Dorst.

Como las ciencias naturales tienen tan pocos adeptos en el Ecuador, fue una afortunada coincidencia que el principal representante del gobierno en la ceremonia inaugural, el general Gándara, fuera un eminente botánico. Pocos días después se firmó en Quito un convenio integral entre la República del Ecuador y la Fundación Charles Darwin, que se convirtió en la base de toda la fructífera cooperación de los años siguientes.

Los propósitos de la Fundación se pueden agrupar bajo dos encabezados principales: promover la investigación científica y asesorar al gobierno en materia de conservación. Sin embargo, como al principio el gobierno carecía de cualquier organización de conservación, la Fundación se involucró en la protección más

activamente de lo que se había contemplado en un primer momento. Se puso a trabajar desde el principio, sin esperar edificios y equipos adecuados. Cualquier programa de conservación válido implica mucha investigación ecológica, tanto teórica como aplicada. Diez años de intenso trabajo nos han enseñado mucho sobre la vida silvestre de Galápagos y sus habitantes, pero también han puesto en evidencia cuánto queda por aprender. Solo las personas que no han penetrado en los espacios sin agua de los picos más remotos se sorprenderán de los nuevos descubrimientos realizados en 1970, los cuales, sin duda, se seguirán haciendo en los años venideros.

La acción no podía esperar a que la investigación estuviera completa. Con el generoso apoyo de la Sociedad Zoológica de Nueva York, en 1964 se designó al primer oficial de conservación, no solo para proteger a las tortugas de los cazadores furtivos y los animales introducidos, sino también para estudiar su reproducción, alimentación y migración. Haciendo muescas en sus caparazones, sin dolor ni daño para el animal, ha sido posible realizar un estudio inicial de la estructura y las fluctuaciones numéricas de las distintas poblaciones, así como de sus movimientos estacionales. Se ha llevado a cabo un trabajo similar con varias especies de aves, con resultados fascinantes, valiosos tanto para la ciencia pura como para la conservación.

Los problemas de la invasión, por parte de los colonos, de las estrictas reservas naturales y el daño causado tanto a la flora como a la fauna

por la proliferación de animales salvajes y exóticos siguen siendo, en gran medida, intratables. Se han hecho esfuerzos para controlar la depredación de las cabras. En una isla tan pequeña como Plaza, esto ha sido todo un éxito, y la eliminación de las cabras fue seguida rápidamente por la regeneración de la vegetación y el rescate de las iguanas terrestres de una extinción inminente; pero en la mayoría de las islas, la tarea de control ha resultado demasiado grande para los recursos existentes. El año 1970 vio los esfuerzos más extensos hasta ahora en el control de cabras, pero también reveló el daño causado en otras islas por nuevas introducciones. Diez años de actividad de la Fundación han logrado mucho, pero también han demostrado cuánto queda por hacer.

En el aspecto científico, la Estación Científica ha sido un centro de actividad continua desde sus inicios. La Fundación Darwin es un organismo totalmente internacional. Además de la ayuda constante de la UNESCO y del Fondo Mundial para la Naturaleza, ha recibido apoyo financiero regular de varios organismos científicos de Europa y América del Norte. Los científicos que hacen uso de sus instalaciones en Galápagos provienen de todas partes del mundo y sus publicaciones enriquecen la ciencia anualmente. La mayoría de ellos no están directamente relacionados con la conservación, pero hacen sus contribuciones, ya que todo el conocimiento ecológico es agua para el molino del conservacionista. La Fundación no favorece ninguna disciplina o línea de estudio en particular más allá de un ligero sesgo hacia la investigación en la tradición darwiniana y un

sesgo más definido contra el trabajo que podría realizarse igualmente bien en otros lugares.

Quizás la mayor contribución de la Estación Científica es el simple hecho de que está allí. Durante siglos se permitió el despojo de los bienes únicos de las Galápagos porque no había nadie responsable de impedirlo. El pesimismo de la primera parte de nuestro propio siglo fue seguido entre guerras por un período de buenas intenciones, pero como no había una organización nacional o internacional para poner en práctica tales intenciones, la decadencia continuó. Durante los últimos diez años ha habido una organización en el lugar que, al menos, puede notificar a las autoridades cuando se está produciendo un daño y sugerir la mejor manera de arreglar las cosas. Como organismo internacional, la Fundación, por supuesto, no tiene poderes de policía, pero sus constantes patrullas alrededor de las dispersas islas, cumpliendo con sus deberes científicos, han tenido un efecto saludable. Estas patrullas se vieron facilitadas en gran medida cuando varios cuerpos e individuos se combinaron para presentar a la Fundación un lugre de Cornualles, llamado *Beagle II, in piam memoriam*. Desafortunadamente, los mares de Galápagos resultaron ser demasiado para ese viejo velero, pero tenía carácter y todos los que navegaron en él lamentaron su partida. Nuevamente, los amigos de la Fundación se unieron y ahora la Estación está dotada del buque de investigación *Beagle III*, especialmente diseñado para tal fin, para ayudarla en sus tareas diarias.

Lo más alentador de escribir este libro ha sido comparar el informe del Dr. Eibl-Eibesfeldt sobre su visita inicial, que condujo a la creación de la Fundación Darwin, y los informes recientes que llegan de la Estación. La complacencia sería imperdonable, pero diez años de arduo trabajo han demostrado cuánto se puede lograr y cuánto queda por hacer. La presencia de la Fundación bien puede haber marcado un punto de inflexión en la historia del archipiélago.

LAS TORTUGAS GIGANTES

En Galápagos, los mamíferos terrestres son pocos y pequeños, o al menos lo eran hasta que llegó el ser humano trayendo consigo sus animales domésticos. Lo que impresionó a todos los primeros marineros fueron las aves, las focas y lobos marinos y, sobre todo, los reptiles. Evidentemente, cruzar el ancho foso oceánico que separaba las islas del continente era más fácil para las aves y las focas que para los ciervos o los pumas; es menos obvio cómo los grandes reptiles llegaron a las Galápagos, pero de alguna manera lo hicieron y finalmente prosperaron, convirtiéndose en el elemento predominante de la vida silvestre. Este inusual predominio de los reptiles fue el responsable de la impresión, generalizada pero errónea, de que la fauna de Galápagos era muy primitiva y que las islas estaban habitadas por criaturas que se habían extinguido en otros lugares. Aunque este predominio produce una semejanza superficial con el Mesozoico, los reptiles en realidad no son más primitivos que las especies relacionadas en el continente. Sin duda son muy peculiares, y alguna vez fueron extraordinariamente numerosos, pero eso se debió a la forma en que, de forma aislada, habían evolucionado y se habían adaptado a las condiciones inusuales de las

islas. El número de especies distintas no es grande. Hay un género de serpiente (no venenosa), un género de lagarto de lava que, debido al aislamiento reproductivo, varía notablemente de una isla a otra, y un gecko; pero los reptiles más destacados son las tortugas gigantes y las iguanas.

Las tortugas se han convertido en el símbolo de las islas Galápagos, y con razón, ya que, de hecho, les dieron a las islas su nombre original. Fueron las multitudes de estas enormes bestias las que impresionaron al obispo de Panamá y a los bucaneros, y las que atrajeron a los balleneros y los recolectores; hoy, para nuestra vergüenza, solo el visitante más enérgico puede esperar ver una en un entorno silvestre. Si alguna vez fue literalmente posible caminar sin tocar el suelo pasando del lomo de una tortuga a otra, eso depende de la credibilidad que uno les dé a los primeros relatos de viajeros, pero los números eran ciertamente enormes. La mayoría de los senderos abiertos por las tortugas aún sobreviven contra viento y marea, pero solo donde el acceso es difícil. En cierto modo, debemos agradecer que los animales necesitasen de una caminata tan ardua para llegar a sus refugios; de no ser así, todos ellos se habrían extinguido hace algún tiempo, y ya no habría galápagos en las Galápagos.

Cualquiera que sea el medio por el cual las tortugas llegaron a las islas, a su debido tiempo encontraron en ellas un verdadero paraíso. No tenían competidores por la comida, excepto las iguanas

terrestres, herbívoras, y ningún enemigo serio. Los peligros a los que se enfrentaban eran los del clima y el terreno. A lo largo de los siglos, debe haber habido períodos de sequía inusualmente intensos que reducirían drásticamente el suministro de alimentos, pero, al igual que el cactus del que se alimenta, la tortuga posee una extraordinaria resistencia a tales condiciones, y puede mantenerse con vida durante muchos meses sin comida o agua. El terreno accidentado presentaba sus peculiares problemas; siempre existía la posibilidad de caer en un empinado agujero de lava o de quedar inextricablemente atrapada en una grieta; pero para los lentos reptiles nacidos en esta tierra salvaje, tales peligros no eran demasiado grandes. De vez en cuando, las erupciones volcánicas deben haber pasado factura. En 1901, Rollo Beck, al recolectar especímenes en uno de los volcanes de Albemarle, notó que casi todas las tortugas viejas que vivían alrededor de la cumbre tenían caparazones irregularmente marcados con cicatrices, mientras que las viejas que vivían cerca del pie de la montaña tenían caparazones lisos — y también las más jóvenes en ambas áreas. La única explicación que se le ocurrió fue que, en algún momento del pasado, las que se encontraban cerca de la cima podrían haber recibido una lluvia de cenizas volcánicas ardientes. Había varios cráteres cerca de donde vivían las tortugas con cicatrices, pero ninguno parecía haber entrado en erupción recientemente. Entonces, si la sugerencia tentativa de Beck es correcta, las tortugas grandes deben haber sido muy viejas.

La gran edad de las tortugas siempre ha ejercido cierta fascinación sobre el hombre, con su tradicional lapso de vida de tres veces veinte años más diez. Para los chinos son el símbolo de la longevidad. Podemos leer acerca de ellas llegando a la edad de quinientos años, pero cuando buscamos el respaldo de evidencia confiable, simplemente no se puede obtener. Incluso con las tortugas gigantes del océano Índico, sobre las cuales los registros son un poco mejores, por ejemplo, la que supuestamente le dio el capitán Cook al rey de Tonga en 1774, no hay ningún caso autenticado de que una alcance la marca de doscientos años; ello no quiere decir que sea imposible, sino que simplemente no existen pruebas. Todavía no se ha descubierto ningún método para determinar la edad de los venerables patriarcas estudiando sus caparazones; durante los primeros diez o veinte años, los caparazones de las tortugas más jóvenes forman anillos de crecimiento anuales, como los árboles, pero después ya no es posible seguirlos debido a la abrasión de la superficie. Sin embargo, si las tortugas gigantes pueden salvarse de la extinción, nuestros tataranietos deberían tener información más definitiva, ya que actualmente la Estación Científica Charles Darwin está marcando los caparazones para que las tortugas sean identificables de forma individual. Mientras tanto, si las más ancianas carecen de certificados de nacimiento, al menos llevan una insignia que las distingue de todos los demás animales conocidos: ellas, y solo ellas, tienen líquenes creciendo sobre sus caparazones. Es imposible que los líquenes se adhieran a la placa inferior o a gran parte de la placa superior, debido al constante roce con las rocas y la

maleza, pero hay un área en la parte posterior del caparazón donde crecen libremente; esto solo se aplica a los machos, ya que los líquenes incipientes de las hembras se borran durante el apareamiento.

La tortuga gigante tiene un tremendo poder de resistencia. Incluso cuando la muerte llega para reclamar a uno de los patriarcas, puede pasar mucho tiempo antes de que ceda. Miguel Castro, quien se crio en las islas y se desempeñó como primer oficial de conservación de la Estación Darwin, y quien conoce a las tortugas más íntimamente que ningún otro hombre, dice que cuando una tortuga vieja llega al punto en que ya no tiene fuerzas para buscar comida, se acuesta y permanece en el mismo lugar durante meses, completamente inmóvil, hasta que finalmente la muerte la alcanza.

Este no es el lugar para discutir si los diversos tipos de tortugas del archipiélago deben clasificarse como especies separadas o como subespecies. Dejando este problema estrictamente a los taxónomos, a quienes pertenece, podemos decir por conveniencia que originalmente había quince razas en Galápagos, que se dividían en dos clases principales. En primer lugar, estaban aquellas con cuellos relativamente cortos y caparazones altos en forma de cúpula, que se curvan hacia abajo, bajando tanto por la cabeza como por la cola. Luego están las que tienen cuellos muy largos y caparazones que son bastante planos en la parte superior, pero inclinados hacia adelante, como las antiguas sillas de montar españolas. Las razas en forma de

cúpula se encuentran en Indefatigable y en algunos de los volcanes de Albemarle; estos tienen zonas altas con mucha humedad y la vegetación más frondosa del archipiélago, para que las tortugas puedan pastar en la hierba. Las razas de lomo de silla pertenecen a zonas áridas como las islas Hood y Duncan y el volcán más septentrional de Albemarle, donde no hay hierba la mayor parte del tiempo y donde las tortugas tienen que estirarse hacia arriba para alcanzar los cactus y el escaso follaje de los arbustos; es una ventaja obvia, en estas condiciones, tener un cuello largo y un caparazón inclinado hacia arriba en el frente. Si bien no se puede probar que esta sea la razón por la cual las razas han evolucionado de diferentes formas, es una explicación que tiene sentido.

Las tortugas más grandes se encuentran en las zonas montañosas, húmedas y cubiertas de nubes. Beck cuenta que capturó una que necesitó de doce hombres para llevarla hasta la costa. Hay períodos de sequía en las tierras altas, pero el suministro de alimentos y agua es generalmente mucho más abundante. Y, donde pueden encontrarla, a las tortugas les encanta el agua dulce, un hecho que impresionó mucho a Darwin cuando las vio por primera vez. "No bien la tortuga llega a la fuente", escribió, "sin hacer caso de ningún espectador, sepulta la cabeza en el agua hasta encima de los ojos, y bebe ávidamente a grandes tragos, a razón de 10 por minuto". No es sólo para beber que la tortuga ama el agua; donde puede encontrar un estanque, se quedará toda la noche medio sumergida en las aguas poco profundas; o, si no encuentra un estanque, utilizará un lugar

húmedo, removiendo el suelo hasta convertirlo en un hoyo de lodo en el que pueda revolcarse a gusto. Sostenida por el agua, la tortuga puede quitarse algo de su enorme peso de encima, respirar más libremente y compensar la deficiencia de oxígeno que ha acumulado durante el esfuerzo realizado para viajar o alimentarse. Para esta criatura elefantina, el movimiento debe ser laborioso, por lo que, siempre que puede, se relaja y no vuelve a moverse hasta que es necesario. Esto último también sirve para evitar que la piel de la tortuga se agriete, para eliminar parásitos, para ahuyentar a los mosquitos y para refrescarse cuando hace calor.

Aunque es una especialista en moverse a cámara lenta, la tortuga es capaz de realizar breves ráfagas de lo que, para ella, debe parecer velocidad; por ejemplo, cuando persigue a una hembra. En esas ocasiones también encuentra su voz. Herman Melville escribió que la característica especial de las Galápagos era que "no se oye una voz ni un mugido ni un aullido; el primordial signo de vida allí es el silbido". Si bien esta es una generalización admirable, expresada de manera sorprendente, hay una excepción; durante el acto de apareamiento, pero en ningún otro momento, la tortuga macho da rienda suelta a poderosos rugidos, que se pueden escuchar a casi un cuarto de milla de distancia. Si Melville hubiera sido un científico en lugar de un poeta, podría haber escrito, más pedantemente:

Except for these moments of conjugal bliss,
The voice of the tortoise is only a hiss.

[Excepto por estos momentos de dicha conyugal,
La voz de la tortuga es solo un siseo].

De lo contrario, tiene razón, y la tortuga respira tragando aire en sus pulmones bajo presión y luego dejándolo salir con un largo y suave silbido. La hembra nunca ruge, sea cual sea la provocación.

En los volcanes cubiertos de nubes, donde generalmente hay agua en los lugares más altos, hay una gran cantidad de migración, y las tortugas han dejado rastros suaves en la lava por el roce de sus plastrones durante innumerables generaciones. La frecuencia y la motivación de estas migraciones necesitan más estudio, pero hay una razón clara para que cambien los pastos exuberantes y húmedos por las áridas laderas más bajas; a las hembras les gusta poner sus huevos en la tierra caliente y seca, donde las posibilidades de una incubación exitosa son mejores. Para lograr esto, a menudo deben viajar varias millas por terreno difícil. Darwin calculó que en estas caminatas pueden hacer cuatro millas en un día. Habiendo encontrado un lugar adecuado, la tortuga abre un agujero con sus patas traseras, orinando para humedecer el suelo. Luego pone sus huevos redondos y blancos, a menudo en capas separadas por una fina capa de tierra, y luego llena el agujero. El suelo húmedo se seca bajo el sol para formar una costra dura. El valor de este proceso de sellado es oscuro desde el punto de vista de la supervivencia porque, a menos que llueva para que el suelo se ablande nuevamente, algunas de las crías recién nacidas no pueden atravesar la tapa, y la lluvia no es un

fenómeno con el que se puede contar en las Galápagos. Dada la larga vida de las tortugas, el número de huevos en una nidada (generalmente entre cinco y doce), el hecho de que una hembra puede poner varias nidadas en un año y la ausencia de enemigos, esto no habría sido un hándicap para la supervivencia en el pasado, pero, con todos los nuevos peligros introducidos por el hombre, ahora es un factor de cierta importancia. Una posible explicación de la técnica de anidación es que puede ser muy difícil para la tortuga cavar un hoyo adecuado sin humedad con la que unir la tierra seca y suelta; o que los blandos huevos, más bien pegajosos, podrían estropearse si la tierra seca se volcara de nuevo sin humedad.

En las islas más pequeñas, sin alturas que atraigan la humedad, las tortugas deben tenerlo mucho más difícil. Nunca alcanzan el enorme tamaño de las de las colinas altas y húmedas. Excepto a intervalos largos e irregulares, no beben agua. Hay poca hierba para pastar; ninguna, la mayoría de las veces. Sin embargo, cuando se descubrieron las islas, eran suficientemente numerosas. Encontraron alimento adecuado en las hojas y en los troncos caídos de los cactus, junto con cualquier follaje que pudieran hallar en los arbustos secos, y de esa dieta espartana también pudieron obtener líquido suficiente como para mantenerse vivas. Ahora tienen que competir por el alimento con las cabras introducidas y, a diferencia de sus compañeras de las islas más grandes, no tienen pastos húmedos a los que puedan retirarse.

De las quince razas originales de tortugas en el archipiélago, había no menos de cinco en Albemarle, una en cada uno de los cinco grandes volcanes que, con el tiempo, se unieron para formar esta isla, la más grande de todas. Los volcanes estaban lo suficientemente aislados unos de otros como para permitir que evolucionara una raza diferente en cada uno de ellos. Todavía existen sobrevivientes de esas cinco. Cada una de las otras diez razas se encontraba en una isla diferente. La de isla Charles fue cazada hasta la extinción hace más de un siglo; Charles era el lugar predilecto de piratas y balleneros, lo cual tuvo un costo. Sin embargo, las tortugas aún eran bastante numerosas cuando se estableció allí el primer asentamiento de Galápagos, en 1832; solo unos años después, no había tortugas ni hombres en la isla. Las tortugas en dos de las islas más pequeñas, Barrington y Jervis, pueden haber sobrevivido un poco más, pero todo lo que sabemos con certeza es que, a su vez, fueron exterminadas. A medida que el número disminuyó rápidamente en todas las islas, se hizo cada vez más difícil y menos rentable cazarlas a gran escala, por lo que los restos de las otras poblaciones de tortugas permanecieron en diversos grados de vulnerabilidad. Sólo una raza ha sido eliminada definitiva e irremediamente en nuestro tiempo: la tortuga de Abingdon, que aparentemente se extinguió poco antes del establecimiento de la Estación Darwin.

Esto nos deja con once de las quince razas originales: o, más probablemente, con diez, ya que la tortuga de Narborough es un misterio. Esta raza es conocida por los científicos como *Geochelone*

elephantopus phantastica y sin duda merece cada palabra de su pesado nombre, pero particularmente la última, porque solo se ha registrado un espécimen. Se trata de un macho viejo, recogido en 1909 por Rollo Beck. Ahora reside, solitario, en el museo de la Academia de Ciencias de California; por lo demás, la raza sigue siendo un enigma. En los últimos años, la Estación Científica Darwin ha realizado varias expediciones a ese vasto y formidable volcán, con la esperanza de encontrar más especímenes. Recientemente, en 1970, Roger Perry, el director de la Estación, realizó una búsqueda particularmente minuciosa, acompañado por Eric Shipton, un infatigable montañista. No se encontró ningún rastro, aunque todavía existe una pequeña posibilidad de que existan supervivientes en algún oasis en ese desierto de lava, pero Shipton, que ha buscado en vano al Abominable Hombre de las Nieves en el Himalaya, considera que sus posibilidades de encontrar tortugas en Narborough son aún menores. Quizás la raza fue aniquilada por una de las frecuentes erupciones de ese volcán, aún muy activo. Por una vez, el hombre no parece haber tenido la culpa, ya que ni él ni sus animales domésticos han habitado nunca ese enorme e inhóspito montón de lava, ni hay registros de que se hayan capturado tortugas allí para servir de alimento.

Por ende, y desde el punto de vista de la conservación práctica, hay que considerar diez razas: cinco en los volcanes de Albemarle y cinco en islas individuales. Los grados de peligro para estas diez poblaciones varían ampliamente, pero, gracias a las exploraciones de

la Estación Darwin, junto con el sistemático marcado y numeración, cada año obtenemos información más confiable sobre su estado actual. No toda la nueva información es mala; de hecho, ha habido algunas sorpresas muy agradables, como el redescubrimiento en Chatham de una población de tortugas, largamente llorada como desaparecida. Sin embargo, con algunas de las razas la situación es realmente pésima.

Las dos poblaciones más numerosas son las del volcán central deshabitado de Albemarle (todavía activo) y la de Indefatigable, donde los asentamientos humanos van en aumento. En cada caso, no hay menos de dos mil sobrevivientes y puede haber más de tres mil. En cada uno de los dos volcanes del sur de Albemarle y en cada una de las islas de Chatham, James y Duncan, se han encontrado y marcado al menos cien tortugas. Como resultado de expediciones recientes, existe una creciente evidencia de que todavía existen poblaciones potencialmente viables en los dos volcanes del norte de Albemarle, que rara vez habían sido visitados anteriormente y que se encuentran entre las áreas menos conocidas del archipiélago. Por otro lado, para 1970 la población total de tortugas de Hood se había reducido a siete ejemplares.

Dada la protección adecuada, todas o casi todas estas razas podrían sobrevivir; tal y como están las cosas, cada una de ellas se enfrenta a su propia amenaza particular. En teoría, actualmente todas las tortugas reciben una protección absoluta bajo la ley ecuatoriana,

pero en la práctica es difícil hacer cumplir la ley en este grupo disperso de islas. Hay pescadores que desean cambiar su dieta, y siempre hay quienes están ansiosos por ganar un poco de dinero vendiendo tortugas, que terminan como mascotas o como exhibiciones en zoológicos, donde los curadores tienen suficiente conocimiento zoológico como para ser plenamente conscientes del daño producido. Pero si bien todavía es más fácil para el visitante ver una tortuga gigante en Quito o Guayaquil que en las islas Galápagos, poco a poco se avanza hacia la eliminación de este tráfico. Al menos es más fácil controlar a los hombres que a los animales que han introducido, que ahora son muchas veces más numerosos que los habitantes humanos. Las cabras salvajes, los perros, los cerdos, los gatos, los burros y las ratas son ahora los peligros más apremiantes para la vida silvestre nativa.

En el sur de Albemarle, perros feroces deambulan en bandas y dañan a las tortugas. En Indefatigable, los perros salvajes son menos peligrosos, y el principal problema es la invasión de los colonos en lo que legalmente es una estricta reserva de tortugas. El ganado, originalmente importado como animales lecheros, ahora se cría para carne y se ha dejado suelto en las tierras altas, donde están destruyendo el equilibrio de los pastizales. Se inician incendios para despejar más tierras para el pastoreo, los cuales, a menudo, se salen de control. Los cultivos introducidos se han extendido sin restricciones a expensas de la vegetación autóctona. En varias islas

los cerdos se han vuelto salvajes y destrozan los nidos de las tortugas. En otros lugares, las cabras y las ratas son los principales enemigos.

Las dos razas que enfrentan la amenaza más inmediata de extinción servirán como ejemplo de los problemas de conservación. La pequeña y accidentada isla Duncan, árida, está infestada de ratas negras que escaparon de algún barco. A principios de siglo, Rollo Beck escribió: "Acampamos allí durante una semana y capturamos cerca de treinta tortugas que luego fueron enviadas a Europa. Sin embargo, nos disgustó mucho no encontrar especímenes muy pequeños, pero pronto llegamos a la conclusión de que las ratas, de reciente introducción, y ahora comunes en toda la isla, se comen a las crías tan pronto nacen". Tenía pocas esperanzas de que la raza sobreviviera muchos años.

Beck era demasiado pesimista, pero su diagnóstico ha sido confirmado sustancialmente por equipos de la Estación Darwin, que no han podido encontrar tortugas menores de treinta o cuarenta años; no cabe duda de que las ratas matan a las crías con gran eficacia. Las pequeñas tortugas, de dos pulgadas y caparazón blando, tienen poca defensa. Las perspectivas para la raza de Hood son aún peores. En el último conteo, solo se pudieron encontrar siete. Allí, el problema son las cabras. Hood es una isla baja y prácticamente sin agua. Las tortugas dependen completamente de la humedad que obtienen al comer cactus y hojas, y las cabras están devastando la isla. Los pescadores han continuado cazando furtivamente tortugas

en Hood hasta el día de hoy, pero el principal problema a partir de ahora será la falta de comida.

Las cabras despiertan mucha más simpatía humana que las ratas; pocas personas son capaces de apreciar el daño que pueden causar. Pero tomemos el caso de isla Abingdon, donde, hace unos años, se necesitaban machetes para abrirse camino entre los matorrales. En 1958, unos pescadores liberaron una cabra macho y dos hembras para obtener carne en futuras visitas. En 1968, la Estación Darwin estimó el número de cabras entre cuatro y cinco mil, y había tramos abiertos de media milla o más en donde antes había densos matorrales. Al menos cuarenta y cinco de las doscientas cincuenta plantas endémicas del archipiélago se encuentran en esa isla. En las Galápagos, las cabras introducidas —y, para el caso, los burros y el ganado— no solo compiten por el alimento con la fauna autóctona, sino que también han iniciado tendencias regresivas en la vegetación de prácticamente todas las zonas bajas de las islas donde se encuentran. Están desapareciendo especies de plantas desconocidas fuera de Galápagos, y si no se controla la propagación de estos animales invasores, destruirán para siempre gran parte de la flora, y de la fauna única que depende de ella.

Es un panorama desolador, pero al menos ha habido un cambio de actitud, y ya no se acepta fatalistamente que no se puede hacer nada y que la extinción es inevitable. Las islas nunca volverán a ser lo que eran, pero aún se puede salvar mucho. La Estación Darwin solo

existe desde hace diez años; gran parte de ese tiempo se ha dedicado a trabajos de organización, construcción y censo, pero ya hay bases sólidas para la esperanza. El gobierno de Ecuador ha designado guardianes para trabajar permanentemente entre las poblaciones de tortugas de Indefatigable y del sur de Albemarle, bajo la dirección del recién creado Servicio de Parques Nacionales. En las zonas de nidificación se cazan cerdos, y se intenta exterminar sistemáticamente a los perros salvajes en la zona más afectada. Se espera colocar un guardia en Chatham, al menos durante la temporada de anidación. Dentro de los límites de los recursos actuales, continuarán los intentos de mantener la explosión de la población caprina bajo cierta apariencia de control.

Donde la situación es desesperada, como en Hood y Duncan, se están probando medidas de emergencia. Mientras se elaboraban los planes para luchar contra las ratas en Duncan, se tomaron varios huevos de forma experimental y se colocaron en una incubadora improvisada en la Estación Darwin, en Academy Bay. Este primer lote, modesto, tomado en 1965, eclosionó con éxito en jaulas de pájaros reconvertidas, y en la actualidad otros intentos han elevado el total a más de cien crías. Se cree que el primer lote, que alcanzó un peso de cinco a ocho libras, es lo suficientemente grande y fuerte como para resistir a las ratas; en diciembre de 1970, veinte de ellas fueron devueltas a su isla natal, donde su desarrollo será observado con cierta ansiedad, pero también con mucha esperanza. Con fines

comparativos, nueve ejemplares del mismo lote han quedado en los corrales de la Estación.

Animada por este éxito provisional, la Estación Darwin, con la aprobación del gobierno, decidió intentar una desesperada operación de rescate para salvar también a las tortugas de Hood. Con solo siete restantes y con la amenaza de cazadores furtivos y cabras, su extinción final no podía estar muy lejos. Un macho y tres hembras fueron trasladadas a los corrales de la Estación en 1969. Se obtuvo una nidada de huevos, pero, aunque fértiles, no eclosionaron. Luego, con el generoso apoyo de la Sociedad Zoológica de San Diego, se instalaron incubadoras y corrales de cría muy mejorados. En 1970, las tres hembras desovaron, y en febrero de 1971 nacieron las primeras veinte tortugas de Hood en la Estación, lo que prácticamente cuadruplicó el número de esas tortugas en el mundo.

Si estos métodos heroicos pudieron tener éxito con las razas de Duncan y de Hood, no habría razón, aparte de la falta de recursos, por la que no deberían aplicarse a otras razas en peligro de extinción. Los fondos han llegado y los experimentos están en marcha. Cuando se instaló la Estación Darwin en 1960, probablemente no había ninguna persona con conocimientos que pensara que ninguna de estas razas podría sobrevivir, pero ahora hay motivos sólidos para esperar que las diez razas restantes de tortugas de Galápagos puedan salvarse para la posteridad. Sin embargo, el problema es más grande que incubar y criar ejemplares. Las tortugas no pueden prosperar si

se destruye su hábitat. Esto significa que se debe controlar la expansión de los asentamientos humanos y la multiplicación de cabras, cerdos, perros y otras introducciones exóticas.

LAS IGUANAS

De todas las extrañas criaturas de las Galápagos, ninguna encaja mejor en el fantástico paisaje que la iguana. Tanto las islas como las bestias están "fuera de este mundo"; de hecho, partes del archipiélago parecen pertenecer a la luna, mientras que las iguanas parecen sacadas de la ciencia ficción. Hay dos especies: una que vive en las zonas áridas del interior, la otra dentro y fuera del mar. Es posible que desciendan de un solo linaje ancestral que llegó a las islas hace mucho tiempo, pero, si lo son, se han separado tanto que ya no se parecen. y sus hábitos son totalmente diferentes. Hay una cosa que tienen es común: ambas son vegetarianas.

Las iguanas terrestres no son del todo diferentes a sus parientes en el continente, pero han evolucionado en diferentes líneas y, de hecho, varían de una isla a otra. Algunas poblaciones tienen colores más llamativos que otras; algunas son predominantemente de color marrón rojizo y gris, otras tienen una pigmentación más brillante, en una gama de tonos que van desde el amarillo intenso hasta el marrón oscuro, pasando por el naranja. Los adultos miden alrededor

de tres pies de largo y pesan unas quince libras; con una cresta de espinas como una fila de dientes largos y puntiagudos que les recorren la espalda, se ven muy feroces pero, de hecho, son criaturas mansas, y no muerden a menos que se les moleste. Sus poderosas mandíbulas, sin embargo, les sirven para triturar las hojas y los frutos de los cactus, que tragan sin masticar, junto con una buena proporción de las espinas, duras como el acero, aunque pueden quitar algunas de ellas con las patas. Las iguanas terrestres son criaturas que pasan gran parte de su vida en un estado de aletargamiento, pero, si se asustan, pueden cambiar su habitual caminar por algo que se aproxima a una explosión de velocidad; es entonces que su andar se convierte en un espectáculo realmente risible. También pueden trepar a los árboles para llegar a cualquier follaje que haya, pero, nuevamente, sus movimientos no son mucho más vivos que los de un perezoso. Cavan madrigueras poco profundas entre las losas de lava o, preferiblemente, en la blanda toba volcánica; allí se retiran por la noche, o cuando se las molesta, o para poner sus huevos, grandes y alargados. Ha sido su desgracia que, a pesar de su apariencia tan repulsiva para muchas personas, su carne blanca sea considerada un manjar por otros. En isla James, donde Darwin tuvo dificultades para encontrar un sitio para armar su tienda, ya que todos los lugares adecuados habían sido minuciosamente excavados por estos grandes lagartos, ahora no hay iguanas terrestres. Las poblaciones se han visto reducidas en todas partes, o eliminadas por hombres y perros, o por cabras y burros, que se apropiaron del suministro de alimentos. Cuando se les deja

libres de interferencias, sus poderes de supervivencia parecen tremendos. A los veinte meses de la violenta erupción del gran volcán Narborough en 1968, las iguanas terrestres ya estaban repoblando el cráter principal.

Si la iguana terrestre, con sus llamativos toques de color, es la más atractiva de los reptiles que habitan el archipiélago, la iguana marina puede presumir de ser la más monótona. Al igual que la lava bordeada por el mar en la que pasa la mayor parte de su vida, es de color negro brillante cuando está húmeda y de un gris oscuro cuando está seca. Eso le da un camuflaje maravilloso, pero la ventaja que esto le confiere es oscura, ya que, hasta la llegada del hombre, prácticamente no tenía enemigos en tierra de los que esconderse, aunque, como es de sangre fría y carece del termostato automático de los animales de sangre caliente, puede ser que su piel negra sirva para absorber más rápidamente el calor del sol después de una larga inmersión en el mar. Darwin la describió como "un animal de aspecto repugnante, color negro, sucio, estúpido y tardo en sus movimientos", pero no pudo resistir su fascinación, y dedicó algunas de sus mejores páginas a describirla.

Cualquiera que sea su ascendencia, la iguana marina se ha separado radicalmente no solo de la iguana terrestre de Galápagos sino de todos los demás lagartos del mundo. Es el único lagarto marino. Vive exclusivamente de algas, que busca en las rocas de la zona de marea o debajo del agua; los buzos dicen que la han encontrado a

profundidades de hasta diez metros. Nada con gracia, ondulando su cuerpo y su cola larga y plana. Las patas, que solo tienen membranas marginales, cuelgan sueltas y no se utilizan para nadar, pero sus poderosas garras están admirablemente adaptadas para escalar y aferrarse a las rocas resbaladizas. Mientras que la iguana terrestre se ha adaptado a los volcanes áridos, tratando de obtener suficiente agua de los cactus, la iguana marina se ha adaptado tanto que puede procesar el agua de mar que traga con las algas de las que se alimenta. Absorbe mucha más sal de la que requiere su cuerpo, pero tiene glándulas desalinizadoras en la cabeza. A intervalos, a través de sus fosas nasales expulsa una solución salina altamente concentrada en forma de fino rocío, lo que la hace parecerse aún más al legendario dragón que escupía fuego.

Su apariencia feroz se desmiente por su comportamiento inofensivo, como nos dice el capitán Porter al describir su primer encuentro: "En algunos lugares, medio acre de terreno estaba completamente cubierto de ellas, como si fuera imposible que otra entrara en ese espacio; todas mantenían sus ojos fijos constantemente en nosotros, y al principio supusimos que estaban preparadas para atacarnos. Sin embargo, pronto descubrimos que eran los animales más tímidos, y en pocos momentos derribamos cientos de ellas con nuestros garrotes, algunas de los cuales trajimos a bordo y descubrimos que eran excelentes para comer, y muchos las preferían enormemente a las tortugas". Porter, como tantos otros marineros, se divirtió; pero no hizo ningún bien a las poblaciones de iguanas marinas.

Afortunadamente para esta especie, aunque no para otras, la valoración de sus cualidades culinarias no era compartida por todos. Se alega que tienen poca carne, aparte de la cola, y parecen bastante nauseabundas para el gourmet más sensible. En cualquier caso, ya sea por un cambio en la actitud humana hacia los animales o por otras causas, el deporte de golpear a las iguanas perdió parte de su atractivo popular con el paso de los años.

Las iguanas marinas aún son bastante numerosas, y están muy extendidas en las Galápagos. Se pueden encontrar pequeños grupos o grandes manadas en la mayoría de las islas, incluso en las más pequeñas. Todavía se les puede ver tomando el sol en los negros acantilados, amontonadas una al lado de la otra como sardinas en una lata, pero todas mirando en la misma dirección. Parecen congregarse, no en grupos familiares, sino en grupos de edad, todas del mismo tamaño. Toda su vida transcurre a lo largo de la costa. Rara vez se aventuran más de una docena de metros tierra adentro y no hay nada que demuestre que alguna vez se hacen a la mar, excepto cuando el hambre las impulsa. Sin embargo, su habilidad para nadar puede ser responsable del pequeño grado de divergencia entre las razas en las diferentes islas; algunas pueden haber sido llevadas de una isla a otra, lo que resultó en cruces. Para el observador casual no hay diferencia, excepto en el caso de los machos adultos: ejemplares grandes, que a veces superan los cuatro pies de largo y pesan más de veinte libras. En lugar de ser de un uniforme negro sucio, estos

monstruos son un mosaico de colores llamativos, que varían de una isla a otra.

FOCAS Y LOBOS MARINOS

Alan Root, quien hizo una destacada película sobre la vida silvestre de Galápagos para la serie *Survival* de Anglia Television, dice que de todos los animales que fotografió en todo el mundo, el lobo marino fue el que más lo deleitó. Y no es el único; fotógrafos, científicos y el resto de nosotros, todos sucumbimos a su encanto en mayor o menor grado. Para los sentimentales, está la cautivadora visión de la hembra amamantando a sus crías en la playa o de los jóvenes lobos marinos jugando, persiguiéndose unos a otros bajo el agua transparente, revolcándose en la arena, o jugando al "rey del castillo" cuando uno trata de derribar al otro desde lo alto de una roca. El juego no se limita a los jóvenes, porque los adultos también nadan por pura diversión, así como por razones de trabajo. ¡Y cuán magníficamente nadan! Les encanta jugar entre las grandes olas, pero, en lugar de deslizarse en la cima como los surfistas humanos, se quedan en el corazón de la ola, sus cuerpos oscuros visibles a través de la límpida pared verde, girando, rodando y retozando hasta que la rompiente se deshace en espuma a medida que barre la playa.

Los lobos marinos no siempre han sido los favoritos de la gente; de hecho, incluso ahora, cuando sabemos mucho más sobre sus hábitos y disposición, es desconcertante, por decir lo menos, ser embestido por primera vez por un lobo marino macho de media tonelada, que se mueve a través del agua como un torpedo; y luego, cuando uno cree que se detendrá en la orilla del agua, descubre que corre pesadamente por la playa, ridículamente, sin duda, pero con una velocidad que uno no habría esperado de una criatura con aletas en lugar de patas. Rugiendo y mostrando sus finos y grandes dientes, puede infundir miedo en los corazones de los más audaces. Piénsese en ese audaz lobo de mar, el capitán Woodes Rogers, el corsario más exitoso de su generación, que siempre estaba listo para abordar un barco enemigo o liderar el ataque a una ciudad. ¿Cómo se sintió al respecto? Nos detalla, gráficamente:

Se me lanzó uno muy grande, tres veces, y si no hubiera tenido una pica apuntada con hierro en mi mano, podría haber sido asesinado por él; (uno de nuestros hombres escapó por poco el día anterior). Yo estaba en la arena cuando salió del agua con las fauces abiertas hacia mí, tan rápido y feroz como el perro suelto más furioso. Le di con la punta en el pecho y lo herí las tres veces que me atacó, lo que lo obligó finalmente a retirarse con un ruido feo, gruñendo y mostrándome sus largos dientes desde el agua. Esta bestia anfibia era tan grande como un oso.

Con todo respeto, el audaz bucanero estaba exagerando groseramente su peligro personal. La historia de las islas Galápagos está llena de sangre y muerte violenta, pero la investigación más minuciosa no ha logrado revelar un solo caso de un ser humano asesinado por un lobo marino, aunque lo contrario es bastante común. El Dr. Bryan Nelson y su esposa compartieron una pequeña playa durante meses con una manada de lobos marinos, lo que interrumpía constantemente su vida hogareña, pero nunca les causó ningún daño físico. Nelson se volvió desdeñoso de sus ruidosas amenazas y registra que "nunca conocimos a ninguno que insistiera en su ataque si le arrojabas un puñado de arena o agua a la cara; siempre se marchaban con la mirada hacia atrás y rugiendo mucho. Nadie tiene por qué respetar a un lobo marino, digan lo que digan los aventureros". Sin embargo, a aquellos que carecen de los nervios de hierro de un Nelson o no están seguros de la precisión de su lanzamiento de arena, se les aconseja que no se interpongan entre un macho y sus hembras, o entre una madre y su cachorro. ¡Seguramente un observador tan agudo como el Dr. Nelson no pudo haber dejado de notar las marcas de dientes en la pierna del director de la Estación Científica Charles Darwin!

El lobo marino no hace excepción de nadie, por eminente que sea. Un macho muy grande rugió y cargó contra el duque de Edimburgo de una manera particularmente indecorosa y amenazadora, cuando éste hizo una visita de cortesía a la parte de Narborough donde el animal ejercía su soberanía. Eventualmente, sin embargo, se

convenció de que Su Alteza Real no tenía objetivos colonizadores, que solo quería nadar en una de las piscinas de los lobos marinos y no estaba tratando de apropiarse de sus esposas. Desde ese momento cesó en sus demostraciones hostiles y a la hora del almuerzo incluso permitió que su numerosa familia se reuniera alrededor del merendero entre los manglares, donde escucharon con gran atención la música proporcionada por Karl Angermeyer y su armónica; tales eventos artísticos deben ser placeres raros para los lobos marinos en las austeras costas de Narborough.

Si el lobo marino rara vez muerde a un hombre, con frecuencia muerde y es mordido por otros machos. Las peleas a muerte, si es que ocurren, deben ser anormales, pero pelear por el dominio es parte de la forma de vida del macho. Como ocurre con muchos otros animales gregarios, el lobo marino macho solo mantiene su dominio de la manada luchando por ella. Hay muchos más machos adultos que manadas, y la mayoría de los machos son relegados a la reclusión monástica en las secciones menos deseables y completamente célibes de la costa; naturalmente, esto les molesta, y tratan constantemente de deponer al monarca reinante y de apoderarse de su harén. El precio de la soberanía es la eterna vigilancia, y el macho dominante debe estar en guardia día y noche. Durante la mayor parte del tiempo, patrulla la frontera marítima de su territorio, en una serie de inmersiones poco profundas, jalonadas por fuertes rugidos. Este patrullaje tiene una función útil además de defender sus derechos señoriales, porque ahuyenta a cualquier joven que se aventure

demasiado lejos, donde correría el riesgo muy real de ser devorado por un tiburón.

Al ahuyentar a un intruso, un macho puede mostrar una velocidad que su ritmo normal de patrullaje no haría sospechar. Los enfrentamientos a veces resultan en heridas graves, pero este no es siempre el caso; el retador suele encontrar la discreción como la mejor parte del valor. Pero el patrullaje es una existencia ardua y deja poco tiempo para alimentarse, si es que los machos se alimentan durante la temporada de apareamiento. De acuerdo con las observaciones detalladas de Nelson, ningún macho en su playa mantuvo la vigilancia sin interrupción por más de unas pocas semanas. O tenía demasiada hambre o sus deberes conyugales lo agotaron, o posiblemente se aburrió de la interminable guardia. Cualquiera que sea la razón, el dominante desaparecía por un tiempo y otro macho se hacía cargo del harén y luchaba contra nuevos retadores hasta que a su vez era reemplazado. A las hembras no pareció importarles, y aceptaron cualquier macho que les deparara la suerte de la batalla, continuando imperturbables con su ociosa existencia, revolcándose en la arena seca, rascándose y, sobre todo, durmiendo. Por lo tanto, el sistema de harén exclusivo no es tan inequitativo como parece a primera vista, o como le parecería a cualquiera que estudie la vida hogareña del lobo marino durante un período corto: con iniciativa, perseverancia y espíritu de lucha, cada macho puede tener su oportunidad.

El lobo marino de Galápagos no es de la misma especie que los otros lobos marinos sudamericanos, que viven bien al sur, en aguas mucho más frías. Sin embargo, tiene dos parientes cercanos, aunque distintos. Geográficamente, están muy separados: una especie se encuentra en el Mar de Japón y la otra, a lo largo de la costa de California. Todos los lobos marinos de circo pertenecen a esta inteligente especie. Naturalmente, están en su mejor ambiente en el agua, donde pueden mostrar su gracia y habilidad, pero incluso en tierra no están libres de su torpe encanto. Emergiendo del agua y subiendo por la arena o la roca, su cabello corto y aterciopelado es casi negro azabache pero, a medida que se secan al sol, se vuelven cada vez más claros, hasta llegar a un dorado pálido.

Aunque algunos de nosotros podemos admirar la piel del lobo marino, siempre ha sido despreciada por la industria peletera. Esto explica por qué los lobos marinos de Galápagos todavía están allí en grandes cantidades para complacer a todos los espectadores. Solo unos pocos son asesinados brutal e ineficientemente por sus colmillos, para hacer collares para los visitantes; si los visitantes se negaran a comprarlos, esta matanza se detendría rápidamente. Pero esta es la vieja historia de prendas y artículos hechos de tantas hermosas aves, animales y reptiles, y de las cabezas humanas, encogidas por los miembros de la tribu jíbaro en el continente y altamente consideradas como trofeos turísticos. Evidentemente, esa matanza está mal, pero parece un poco injusto echar toda la culpa a

los asesinos y no a las personas que, directa o indirectamente, les pagan para matar.

Afortunadamente, los dientes de lobo marino nunca han estado de moda; desafortunadamente, los abrigos de piel de foca sí. Las focas alguna vez abundaron en Galápagos. Es una de las muchas rarezas de las islas que las focas vivan y se reproduzcan justo en el ecuador, pero con toda probabilidad llegaron hasta tan al norte en las frías aguas de la corriente de Humboldt y se adaptaron gradualmente a las condiciones locales. Había mucha comida, también cuevas y salientes donde podían escapar de lo peor del calor del sol, mientras que la temperatura del agua era más baja que en otras partes del ecuador. De alguna manera, lograron superar las dificultades naturales y prosperaron hasta convertirse en la colonia tropical más grande del género en el hemisferio sur. Luego llegó el ser humano. Los cazadores de focas, y a menudo los balleneros y los pescadores, cuando se presentaba la oportunidad, se cobraron su botín. No existe una estimación confiable de las miles que fueron asesinadas en el siglo XIX. En 1898-99, la goleta peletera *Julia E. Whaler* se hizo con solo 244 pieles; el número de ejemplares era tan reducido que la caza ya no era rentable, y esta fue la última gran empresa comercial. Durante su estadía de doce meses, la expedición de la Academia encontró una sola foca, y en 1930, el Dr. Townsend escribió: "La peculiar foca de las Galápagos, aunque anteriormente abundante, probablemente esté cerca de la extinción ya que no se ha visto ninguno en los últimos años".

Nadie hubiera estado más complacido que el Dr. Townsend al saber que los acontecimientos han desmentido su triste profecía. Llegó el final de lo que podríamos llamar "la era de la desesperación", cuando los científicos pensaron que la fauna de Galápagos estaba condenada y que lo mejor que podían hacer era recolectar la mayor cantidad posible de lo poco que quedaba y preservarla para la posteridad en los museos. Pero la prohibición del gobierno ecuatoriano de toda matanza y comercio (mejor observada en el caso de las focas que en la mayoría de las prohibiciones) y el patrullaje de las islas por parte de la Estación Darwin, han cambiado radicalmente la situación, y si esto se puede hacer por las focas peleteras, ¿por qué no sería posible para otras especies en peligro de extinción? Es difícil evaluar la población actual ya que, naturalmente, después de tal persecución las focas tienden a vivir en lugares remotos y peligrosos, en costas escarpadas y bordeadas de arrecifes, donde el desembarco es complicado o imposible. Sin embargo, ahora se puede afirmar con confianza que en 1971 los lobos marinos ya no se cuentan de a uno o de a dos, ni siquiera de a cientos, sino de a miles. Todavía son comprensiblemente tímidos con el ser humano, al menos en tierra. Pero ese novedoso fenómeno que es el hombre en el agua no es reconocido como enemigo y, al realizar su película, Joan y Alan Root nadaron con los lobos marinos en amistosa intimidad.

Capítulo XXV

LAS AVES

Las tortugas gigantes y las iguanas siempre han fascinado al hombre, quizás por su gran tamaño, pero las aves de Galápagos son al menos tan fascinantes para los científicos como para la mayoría de los visitantes; y hay muchas más, tanto en variedad como en población total. Por supuesto, las islas oceánicas nunca tienen la misma variedad de especies que los continentes, pero las Galápagos están mejor dotadas que la mayoría, en parte debido a la forma en que, a partir de poblaciones comunes, diferentes especies han evolucionado en islas individuales. Las modas en la taxonomía cambian. En 1931, Swarth calculó que había ochenta y nueve especies y subespecies reproductoras, pero según los estándares actuales se considera que hay cincuenta y dos especies reproductoras, de las cuales veintiséis no se encuentran en ningún otro lugar, mientras que muchas otras son subespecies distintas, confinadas a las Galápagos. Además, en el último conteo se han registrado sesenta y tres especies entre migrantes regulares y visitantes ocasionales.

Los observadores de aves de América del Norte que visitan Galápagos, particularmente durante el invierno del norte,

reconocerán a varias viejas conocidas. A medida que navegan por las islas, pueden ver bandadas de falaropos picogruesos y falaropos picofinos (que en Gran Bretaña se conocen respectiva aunque confusamente como falaropos grises y de cuello rojo). Dentro y alrededor de las lagunas hay aves familiares: chorlitos, zarapitos, vuelvepedras, playeros, cigüeñuelas, ostreros, agujetas, correlimos, playeros de Alaska y cercetas aliazules. Hay cuatro garzas, que se diferencian poco de las razas del norte: la garza azulada, la garza nocturna, la garcita verde y la garceta grande. Esta última, bajo el nombre de garza blanca, también será familiar para los europeos, al igual que la lechuza campestre y la lechuza común.

El patillo de Galápagos, una subespecie muy distinta del pato gargantilla, se encuentra en buen número; por extraño que parezca, su lugar de reproducción favorito está en las lagunas del cráter del volcán Narborough, al que regresa cada vez que las erupciones de esa turbulenta montaña lo permiten. En la mayoría de las zonas altas hay un pariente de la pequeña polluela negra continental y, más extendidos, hay dos papamoscas, uno estrechamente relacionado con el mosquero cardenal continental, el otro perteneciente al mismo género *Myiarchus* que el copetón viajero, aunque de menor tamaño. También existe una variedad local de reinita amarilla, distinta de las razas continentales, pero fácilmente reconocible. La familia de las golondrinas está representada por la golondrina negra, que anida en grietas en los acantilados de lava.

En los viajes entre las islas, los barcos suelen tener una animada escolta de delfines, que saltan, se balancean y se zambullen con una habilidad consumada y un tremendo disfrute. También hay aves marinas, pardelas y petreles, revoloteando y deslizándose sobre las olas. La pardela de Audubon anida en Galápagos en grietas y túneles en la lava, y allí se reproducen no menos de cuatro especies de petreles; es cierto que aún no se ha descubierto el área de anidación del paíño grácil o de Elliot (*Oceanites gracilis*), pero como la variedad de Galápagos está presente durante todo el año y no se encuentra en ningún otro lugar, no parece haber duda razonable de que se reproduce en algún lugar de las islas, posiblemente en Roca Redonda, donde todavía nadie ha podido desembarcar. El paíño lomibandeado o de Madeira (*Oceanodroma castro*) se ve frecuentemente, ya que se alimenta de peces y cefalópodos durante el día. Anida en levas huecos en el suelo o dentro de pequeñas cuevas.

Dos especies de petreles son de particular interés para los ornitólogos, pero por razones muy diferentes. En la deshabitada isla Tower hay una colonia enorme y próspera del paíño danzarín o de Galápagos (*Oceanodroma tethys*). Aunque se alimentan de forma nocturna, día tras día, desde el amanecer hasta el anochecer, miles de estas pequeñas aves marinas revolotean en el cielo sobre Tower, como densas nubes de mosquitos, pero cada una de ellas se inclina, se retuerce y se zambulle en su trayectoria individual, chocando de vez en cuando con un ruido sordo. Nadie ha podido aún dar una explicación satisfactoria de este curioso comportamiento, pero es

uno de los lugares de interés ornitológico de las Galápagos, y el misterio invita a un estudio más profundo. Si este prolongado vuelo comunal —se prolonga durante meses— se lleva a cabo mediante sucesivos relevos de distintas aves, la población total debe ser inmensa: hasta un cuarto de millón de parejas reproductoras, según Michael Harris.

No se puede decir lo mismo del petrel de Galápagos (*Pterodroma phaeopygia*); de hecho, está en peligro de extinción total. Como especie reproductora, está restringida a las islas Galápagos y Hawái, y se considera en peligro de extinción en todas estas últimas. Hasta tiempos relativamente recientes, estaba lo suficientemente segura en Galápagos, donde anida en madrigueras y cuevas por encima de la línea de quinientos pies, en áreas envueltas en niebla de forma más o menos permanente durante la temporada de reproducción. No hubo amenaza para la sustancial colonia en Indefatigable hasta el trágico fracaso del intento noruego de asentarse en la isla. Los colonos perecieron o se fueron, pero los cerdos que introdujeron se multiplicaron rápidamente. Los cerdos incluían petreles anidadores en su dieta, hasta tal punto que, durante la temporada de reproducción, su carne estaba tan contaminada por el sabor y el olor de los petreles que era prácticamente imposible de comer. Las ratas, los perros y la expansión de los cultivos aceleran el proceso de exterminio y, a menos que se tomen medidas rápidamente, esta ave, que alguna vez fue común, será incluida en la lista de especies en peligro de extinción de la UICN.

Las aves marinas deben haber sido las primeras en establecerse en las islas, ya que había peces para alimentarse antes de que hubiera vegetación e insectos para sustentar una población de aves terrestres. Si bien la gran distinción de las Galápagos es la alta proporción de aves y animales que no existen en ningún otro lugar, hay un pequeño número de especies de aves marinas más ampliamente distribuidas que han colonizado las islas y que no son menos interesantes porque existan en otras costas tropicales. El pelícano pardo, que anida en los manglares, es una fuente constante de deleite; por torpe que parezca, cuando vuela o pesca, es muy eficiente, ya sea en el aire o en el agua. El gaviotín, que anida en repisas y cavidades en los acantilados al borde del mar, se ve al revés de lo que debería ser un charrán, como un negativo fotográfico, con su cuerpo oscuro y su cabeza pálida; y tiene una cola redondeada en lugar de bifurcada. Otro habitante de los acantilados, un ave de una belleza bastante excepcional, es el rabijunco. Hay pocas aves más atractivas en vuelo, con el rápido batir de sus alas blancas finamente barradas y las plumas de su cola, increíblemente largas y delgadas, saliendo por detrás.

El archipiélago tiene la suerte de que dos de las cinco especies de fragatas del mundo se reproducen allí; sus rangos dentro de las islas se superponen en pequeña medida. Aunque las dos especies son bastante distintas para el científico, al recién llegado puede resultarle difícil distinguir a los machos adultos, excepto a una distancia reducida; el problema es que pasan gran parte del día volando sin esfuerzo a alturas inconvenientemente grandes para el observador.

Los juveniles, con sus cabezas blancas, pechos oscuros y vientres blancos, también son prácticamente idénticos. Sin embargo, en el caso de las hembras, aunque ambas especies tienen el pecho blanco, la fragata grande también tiene la garganta y el cuello delantero blanquecinos, mientras que estas partes son negruzcas en la fragata real. Ambas especies son máquinas voladoras muy bien diseñadas. Tienen la relación entre el área del ala y el peso corporal más alta que cualquier otra ave; con una envergadura de hasta ocho pies, sus huesos pesan apenas un cuarto de libra. Esta fenomenal especialización aerodinámica se ha conseguido a costa de otras cualidades: sus pequeñas patas no les sirven ni para andar ni para nadar. Cuando aterrizan, eligen la rama de un árbol o una roca escarpada desde la que puedan volver a despegar fácilmente. Su plumaje no es totalmente impermeable, por lo que rara vez se posan en el mar, pero pueden capturar un pez o un calamar en la superficie o en la red de un pescador sin siquiera tocar el agua. La pesca es su principal fuente de sustento, aunque han alcanzado mayor notoriedad por su práctica pirata de perseguir a otras aves marinas, en particular a los piqueros, y obligarlas a vomitar sus capturas, que luego recuperan en el aire mediante asombrosas proezas de destreza y precisión aérea.

La mayor parte del tiempo, mientras se desliza incansablemente por el cielo, el macho de cualquier especie parece simplemente un gran pájaro negro con un pico largo y pálido y una franja roja opaca apenas visible que baja por su garganta. Pero cuando quiere atraer a

una hembra, toda su apariencia se altera dramáticamente; la pequeña herida roja se infla y se convierte en un enorme globo escarlata. Echando la cabeza hacia atrás y levantando la asombrosa protuberancia hacia el cielo, invierte sus largas alas extendidas para revelar las superficies inferiores y las agita furiosamente, al mismo tiempo que da rienda suelta a un trino prolongado y agudo, un equivalente aviar del aullido del lobo. A menudo varios machos actúan juntos, en competencia, para atraer a cualquier hembra que pase volando, presentando un espectáculo que es único en la naturaleza. Ya sea en su éxtasis de cortejo o realizando sus acrobacias aéreas, la fragata es un ave espectacular.

Las Galápagos tienen no menos de tres especies reproductoras de piqueros. Están muy relacionados con los alcatraces de las latitudes templadas. Si bien los tres se pueden encontrar en otras islas tropicales, su presencia agrega mucho al interés ornitológico de Galápagos, y Bryan Nelson, quien con su esposa pasó un año en las islas sin agua donde se reproducen, describió sus fascinantes colonias en detalle en su reciente libro *Galapagos: Islands of Birds*. Si bien su número total no rivaliza ni remotamente con el de las islas costeras peruanas y, por lo tanto, no proporciona una base para una industria del guano, hay muchas decenas de miles que se reproducen a lo largo del archipiélago, y la colonia de piqueros de patas rojas en Tower es probablemente la más grande del mundo. De las tres especies, el piquero de patas rojas es inusual porque anida en arbustos. El piquero de Nazca y el piquero de patas azules son más

convencionales y anidan en el suelo, como otros de su familia. Son un poco difíciles de diferenciar en el aire, pero en sus criaderos las patas rojo intenso de uno, las patas azul vivo del otro y el mayor tamaño, llamativo plumaje blanco y antifaz oscuro del tercero indican claramente a qué nombre pertenece cada adulto.

El flamenco de Galápagos generalmente no se clasifica como una especie separada, pero en cualquier caso es una subespecie muy distinta. Como algunas otras particularidades de Galápagos, parece tener fuertes afinidades con los que se encuentran en el área del Caribe, pero en otros aspectos se parece a las formas sudamericanas. Aparte de su interés científico, es un ave de gran belleza y, con la protección adecuada, su rico colorido y su andar señorial pueden seguir alegrando al creciente número de naturalistas aficionados que visitan las islas. Pero son precisamente esos visitantes los que ahora pueden constituir la amenaza más grave para su supervivencia. En el pasado, el flamenco ha sido perseguido por alimentación y por diversión. Ahora debería ser posible poner fin a tales formas de persecución, pues el número restante es peligrosamente bajo: probablemente no más de unos quinientos en total. Siguiendo los estándares galapagueños, los flamencos son aves tímidas y sufren las molestias, particularmente en sus lugares de reproducción, donde construyen sus curiosos nidos de barro en el limitado número de lagunas poco profundas que resultan adecuadas. Si, además de la molestia de los pescadores, tienen que hacer frente a la visita de grandes grupos de turistas, las consecuencias pueden ser fatales. La

tentación para el fotógrafo de acercarse un poco más o de hacer volar a las aves puede parecer irresistible, pero debe ser controlada por guardianes o guías competentes. Después de todo, la supervivencia es más importante que las películas caseras, y los binoculares proporcionan todos los primeros planos que cualquier visitante razonable puede desear.

De las cuarenta y tres gaviotas del mundo, solo dos se reproducen en Galápagos, pero estas no se reproducen en ningún otro lugar y son tan diferentes entre sí como pueden ser dos gaviotas. Las gaviotas, como familia, son aves costeras, y la gaviota de lava es típica en este aspecto y en la mayoría de los demás. Se siente en casa cerca del borde de la marea; se gana la vida lo mejor que puede, siendo casi omnívora, y está igualmente preparada para hurgar en la playa, pescar un pez en aguas poco profundas, robar un huevo o aceptar agradecida un pedazo de sándwich. No hace ninguna de estas cosas de manera muy eficiente, según el Dr. Nelson, quien la observó de cerca mientras sufría sus hábitos curiosos y ladrones, pero continúa existiendo en cantidades considerables a lo largo y ancho del archipiélago. En apariencia, no se diferencia de su pariente continental, la gaviota gris peruana; negra por debajo, con una mancha blanca brillante detrás del ojo y una llamativa boca de color llama. El valor de su color de camuflaje es de todo menos obvio, ya que no tiene otro enemigo que la fragata, que a veces la asalta. El camuflaje puede ser de ayuda marginal cuando el ave está posada sobre los huevos; ciertamente, la gaviota de lava es experta en ocultar

su solitario nido, y no fue hasta 1965 que se encontró el primero, a pesar de que la Estación Científica Darwin enviaba a sus huéspedes en una búsqueda vana tras otra. Bombardea a los intrusos en su territorio de anidación con ataques alarmanamente bajos, pero hasta ahora no se han reportado víctimas. Una gaviota bastante sedentaria, nunca ha sido registrada fuera de las islas Galápagos.

Si la gaviota de lava es un miembro típico de su familia, la gaviota de cola bifurcada es muy atípica. A diferencia de la mayoría de las gaviotas, es más oceánica que costera, y viaja grandes distancias sobre el mar en busca de alimento. Única entre las gaviotas, se alimenta de noche, como un búho. Otra peculiaridad es que no es una carroñera, sino que su alimentación depende de la pesca, principalmente de calamares. Su voz también es diferente a la de otras gaviotas, y su cola es mucho más bifurcada que cualquier otra; de hecho, es más profunda que la de muchos charranes. Además de sus peculiaridades, la gaviota de cola bifurcada tiene la distinción de ser la más bella del mundo. Su manto es de un hermoso tono gris, con una capucha gris mucho más oscura y partes inferiores blancas. Las patas son de color rosa, y su alargada lengua es carmesí. La característica más llamativa es el ojo marrón, muy grande (para pescar de noche) y rodeado por un anillo orbital bermellón vívido. El pico, largo y delgado, es negro con una punta pálida y una llamativa mancha blanca en la base; esta última característica es más visible para las crías en el nido cuando el padre regresa de pescar en horas de la noche y, al picotearlo, el polluelo estimula al adulto a regurgitar el alimento que ha traído.

Son tan hermosas en vuelo como en reposo: sus alas largas, estrechas y puntiagudas, tienen puntas negras y una mancha triangular blanca fácilmente reconocible. Su vuelo es poderoso y elegante.

La gaviota de cola bifurcada pone su único huevo en los guijarros, la lava áspera o los salientes de los acantilados; el nido es poco más que un raspón. No hay verano ni invierno en estas islas ecuatoriales (al menos, no en el sentido en que se usan las palabras en latitudes templadas) y las gaviotas se reproducen durante la mayor parte del año. Además, su ciclo de reproducción no es anual; David Snow, que registró metódicamente sus fechas de anidación, ha demostrado recientemente que su ciclo interno es, de hecho, solo de unos nueve meses. Las gaviotas de cola bifurcada anidan en colonias separadas. Cuando se reproducen, son extraordinariamente audaces. Saludan al intruso con sus fuertes gritos, que los especialistas han desglosado en una serie de llamadas distintas y significativas, pero que para los no expertos son simplemente un ruido persistente. Odian ceder terreno si uno se acerca a su nido, y gritarán y picotearán a un lobo marino si se acerca demasiado a su huevo; Michael Harris ha visto una gaviota romperse una pata antes que ceder ante un gran macho. Aunque son intrépidas cerca de sus nidos, se informa que son muy tímidas cuando se alejan de ellos y, a diferencia de las gaviotas de lava, abandonan las islas cuando han terminado de reproducirse y vagan por el océano, particularmente hacia la costa de Perú.

Normalmente asociamos a los albatros con los vendavales helados del océano Antártico, pero, sorprendentemente, hay una especie que se reproduce en las Galápagos, a unas pocas millas de la línea ecuatorial. Este es el albatros ondulado o de Galápagos, que solo se encuentra en isla Hood; no se posa en ningún otro punto del archipiélago ni en ninguna otra parte del mundo, aunque vaga por el océano Pacífico cuando no se reproduce. De ninguna manera es el miembro más grande de su familia, pero sigue siendo un ave importante, del tamaño de un ganso doméstico y con una envergadura de dos metros y medio aproximadamente. Diseñado para navegar en alta mar, presenta un espectáculo impresionante al deslizarse sobre las olas, pero uno desgarrado al balancearse a través de las rocas y de los matorrales espinosos de Hood, una isla pequeña, baja y árida.

El albatros ondulado recibe su nombre de las líneas grises y onduladas que decoran la totalidad de sus partes inferiores blancas. Su parte superior es de color negro parduzco, y su cabeza y cuello blancos están ligeramente manchados de amarillo. La característica más llamativa es el pico, amarillo brillante, de seis pulgadas de largo y con un gancho al final. Un ave tan grande, admirablemente adaptada como está a navegar con fuertes vientos, se encuentra en grave desventaja en tierra. Cuando aterriza desde el mar, a menudo se revuelca y las lesiones son comunes, y a veces fatales. Para despegar necesita una pista larga; golpea con las alas extendidas sobre el suelo irregular, esforzándose por alcanzar una velocidad a la que pueda

volar. El borde de un acantilado es una conveniencia obvia para el despegue, pero como, por alguna razón menos obvia, los albatros con frecuencia anidan cientos de metros tierra adentro, tendrían que caminar mucho y laboriosamente para llegar a uno.

Hablar del nido del albatros hace demasiado honor al pájaro; el único huevo, que pesa media libra, simplemente se pone en el suelo desnudo. Cuando sale del cascarón, el polluelo se empolla durante quince días, después de lo cual se lo deja a su suerte, y los padres regresan solo para alimentarlo. Alimentar al joven es un trabajo bastante grande en sí mismo. Los albatros tienen una especie de planta química en el estómago, donde pueden convertir el pescado en aceite. Esto les permite permanecer en el mar, lejos de su "nido", durante días, regresando con un amplio suministro de alimentos líquidos. Ese alimento se bombea al pollito. Las entregas son pocas, a menudo separadas por días de diferencia, pero cuando ocurren son enormes. Bryan Nelson descubrió que un pollito podía tomar más de cuatro libras de este nutritivo líquido en una sola comida, que duraba solo unos minutos. Ciertamente es que, al final, la afortunada (o desafortunada) descendencia, con su vientre abultado, ya no podía mantenerse en pie. Esta alimentación de alta presión continúa semana tras semana hasta que, al final de los cinco meses, el pollito de color chocolate pesa mucho más que cualquiera de sus padres. A medida que emerge suavemente de la niñez a la adolescencia, el joven ("pollito" parece un nombre ridículo para esta enorme criatura) comienza a adelgazar y a asumir proporciones más aerodinámicas,

pero probablemente alcanzará las treinta semanas de vida antes de que pueda volar y cruzar el océano, y así llegar a ser autosuficiente. Cómo encuentra su camino de regreso a la isla solitaria y desolada de su nacimiento, y el único lugar en el vasto océano donde, a su vez, puede reproducirse, es uno de los misterios de la migración que todavía pide en vano una respuesta satisfactoria.

Estos albatros tienen un ritual de cortejo notablemente elaborado, en el que persisten mucho después de que todos los huevos de la colonia hayan eclosionado. Es una especie de danza formal en la que se repiten una y otra vez una serie de movimientos o posiciones estándar, aunque no siempre en la misma secuencia. Los dos pájaros se enfrentan y tocan sus grandes picos. Ahora cruzan sus picos uno alrededor del otro; ahora uno de ellos estira su largo cuello y su pico verticalmente hacia el cielo; ahora cruzan los picos como los esgrimistas cruzan sus floretes; ahora uno o ambos abren sus picos en un bostezo poderoso. Con variaciones y breves desacoplamiento para paseos ritualizados, la ceremonia puede durar media hora, jalonada de palmadas, gruñidos, gritos y algo parecido a la risa; y cuando aumenta la emoción y varias parejas se unen a la exhibición, tanto el sonido como la vista son algo para recordar.

Con el cortejo, el período de incubación y más de seis meses de alimentación del polluelo, la temporada de reproducción no deja mucho tiempo para que el albatros viaje por alta mar. Por lo tanto, no es de extrañar que las parejas no se reproduzcan todos los años.

En lo que respecta al conocimiento actual, cada dos o tres años parece un promedio probable, pero, dado que se trata de aves de larga vida, sin duda pasará algún tiempo antes de que las operaciones de anillamiento y registro de la Estación Darwin produzcan historias de vida y estadísticas de población confiables. El intervalo entre las puestas, junto con el único huevo y la probabilidad de que estos albatros no se reproduzcan hasta los cinco años, hace que la reproducción sea, en el mejor de los casos, un proceso lento. Ocasionalmente, hay malos años. En 1967, por ejemplo, hubo fuertes lluvias e incluso los arbustos que parecían muertos en Hood, una isla normalmente seca por completo, cobraron vida; pero los mosquitos también estallaron, densas nubes de ellos, y Roger Peterson, un viajero de alcance tan amplio como cualquier albatros, nos asegura que eran peores que las hordas chupasangre de la tundra ártica. Enloquecidas por los poco habituales insectos, la mayoría de las grandes aves marinas abandonaron sus huevos.

Los años húmedos en las zonas bajas de Hood son realmente raros, pero siempre existe el peligro del ser humano. Theodor Wolf señaló que, en 1876, un grupo de cincuenta y tantos trabajadores que recolectaban líquen de orchilla vivieron durante un mes a base de huevos de albatros. Esto no volverá a suceder (Hood está deshabitada), pero los turistas llegarán en cantidades mucho mayores que los recolectores de orchilla y, a menos que estén acompañados por guías competentes, los fotógrafos demasiado entusiastas podrían acosar a las miserables aves casi tanto como los mosquitos. No sería

difícil controlar esta nueva amenaza y, si se pudiera, las perspectivas para esta notable colonia de albatros son bastante alentadoras. Michael Harris, que ha estado estudiando y anillando a las aves durante algunos años, ha demostrado que los números totales son mucho más altos de lo que se temía recientemente. En el improbable caso de que la protección total produzca una explosión demográfica, hay mucho espacio habitable disponible en la estéril Hood.

Si es sorprendente encontrar un albatros criando cerca del ecuador, ¡cuánto más lo es encontrar un pingüino! Sin embargo, el pingüino de Galápagos anida en un área diminuta, que se extiende a ambos lados de la línea ecuatorial y, en consecuencia, es el único pingüino que ha cruzado al hemisferio norte, aunque no haya llegado muy lejos. No solo es el único pingüino ecuatorial, sino que también fue la última especie en ser descubierta, la que menos se conoce aún hoy en día, la más pequeña y, lamentablemente, la más rara de su familia. Que sea el pingüino más pequeño está de acuerdo con la Ley de Bergmann, que establece que las especies estrechamente relacionadas tienden a ser más grandes en las áreas más frías y más pequeñas a medida que se acercan a los trópicos; por lo tanto, tenemos al pingüino emperador de noventa libras criándose en el hielo antártico y a su diminuto pariente de las Galápagos en el ecuador. Es seguro suponer que llegó a las islas gracias a las frías aguas de la corriente de Humboldt, lo que ha facilitado que un ave de clima frío se adapte a este hábitat geográficamente improbable. No obstante, sigue siendo una hazaña notable de adaptación y, como observó Robert Cushman

Murphy, "la especie es, de hecho, un monumento entre los vertebrados al poder directivo o selectivo de un entorno, y al hecho de que el llenado de nichos ecológicos es otra garantía para el viejo dicho de que la naturaleza aborrece el vacío".

Hay algo entrañable en el pequeño pingüino, tan dócil, tan amigable mientras trepa torpemente por la lava empinada y húmeda, usando sus aletas para ayudarse, o salta sobre las losas planas, o se deja caer de nuevo en el mar con las patas por delante. Torpe en tierra, está en su elemento bajo el agua, donde sus alas, inútiles para volar, se combinan con sus patas palmeadas para darle un bonito giro de velocidad. Quizás "inútil para volar" es una exageración, ya que a veces sale disparado del agua como una marsopa. Sus números son pequeños, quizás dos o tres mil; probablemente nunca fueron muy grandes, ni lo serán, incluso en las mejores circunstancias. Hoy en día hay poca persecución deliberada, pero muchos quedan atrapados y se ahogan en las redes de los pescadores. Esta encantadora ave necesita toda la protección que podamos brindarle.

Un vecino de los pingüinos en el pequeño rincón del archipiélago donde ambos se reproducen es un ave aún más notable, el cormorán no volador. Mientras que el pingüino de Galápagos es el más pequeño del mundo, el cormorán no volador es el miembro más grande de su familia; debe dejarse a otros explicar cómo encaja esto con la Ley de Bergmann. Como su nombre lo indica, las alas de este cormorán no sirven para volar; de hecho, ya no parecen servir para

ningún propósito útil, ya que el ave no las usa ni siquiera para nadar, como hace el pingüino, sino que las mantiene pegadas a su cuerpo, confiando completamente en los poderosos empujes de sus grandes patas palmeadas. Se comporta como un verdadero cormorán, sin embargo: al emerger del agua, se yergue con las alas extendidas para secarse al sol, y entonces los restos de esas alas, cortos y pobremente emplumados, parecen las aspas rotas de un molino de viento abandonado. Podemos suponer que este cormorán en particular, encontrando abundante comida en el agua alrededor de su remota isla, vivió cada vez más en el mar. Sin enemigos a los que temer en tierra, la capacidad de volar perdió su ventaja selectiva y quedó subordinada a la habilidad en el agua; así, gradualmente, las alas no utilizadas se atrofiaron.

El cormorán no volador es altamente eficiente en el agua, pero este alto grado de especialización podría conducir a su extinción en caso de un cambio en sus condiciones ambientales. La llegada del ser humano y de sus animales domésticos podría anunciar tal cambio. El difunto y lamentado dodo no pudo volar y no pudo sobrevivir a la invasión humana. Mientras que los pingüinos anidan en cuevas y grietas que son difíciles de encontrar, los cormoranes prefieren áreas planas de lava, abiertas a la vista. Allí, a la orilla del mar, construyen sus nidos de algas, restos flotantes y excrementos. Cuando un ave reproductora regresa de pescar, le presenta cortésmente a su pareja de ojos azules un trozo de alga marina que puede o no agregarse al nido. Son muy mansos, y durante la temporada de cría, al menos,

sería bastante fácil matar cormoranes con un palo; de hecho, las tripulaciones de los barcos a menudo se entretenían con este sencillo deporte. Hoy en día, el principal peligro son las redes de pesca en las que, con demasiada frecuencia, mueren las grandes aves, aunque no sea de forma intencionada. A medida que un número cada vez mayor de turistas desciende sobre este objetivo favorito, también surge la nueva pregunta de cuánto pueden soportar los primeros planos fotográficos incluso las aves más tolerantes. Probablemente hay menos de mil parejas en Galápagos, y ninguna en ningún otro lugar.

Otra ave muy diferente y en considerable peligro es el gavilán de Galápagos. Aunque es una especie distinta, está relacionado con otros *Buteo* en el continente, más estrechamente con el aguilucho negro. Debe ser el ave rapaz más mansa de la tierra y esto, por supuesto, es la causa de su ruina. Los primeros relatos están llenos de historias de viajeros sobre gavilanes que se posaban sobre sus armas, y de formas de matarlos sin siquiera usar esas armas. Como estos gavilanes nunca fueron considerados un manjar gastronómico, la matanza en aquellos días era por puro placer, aunque quizás esto se combinara con una hostilidad innata hacia las aves rapaces. Sin duda, estos instintos han persistido, pero la llegada de los colonos agregó el motivo más sustancial de proteger a los pollos. Antiguamente común, últimamente se ha extinguido en tres de las islas donde anteriormente se reproducía, y sobrevive sólo débilmente en las demás, con una población total de unas doscientas aves. Sería una lástima que las Galápagos perdieran su único gavilán, y uno tan

espléndido. Sorprendentemente, las islas carecen de aves rapaces, aparte de este gavilán y las dos lechuzas; no hay milanos, halcones o accipítridos, y, para el caso, ningún buitre. Sin duda, esta falta de depredadores es en gran parte responsable de la extraordinaria mansedumbre de las aves y las bestias, así como la ausencia del ser humano, hasta tiempos biológicamente recientes, fue responsable de la mansedumbre del gavilán de Galápagos.

Hay dos grupos de aves en Galápagos que llaman la atención de todo visitante y despiertan entusiasmo en el pecho de todo ornitólogo que se precie; estos son los pinzones y los cucuves. No es que su apariencia sea espectacular; de hecho, son bastante monótonos. Pero fueron el agente catalizador que inició el proceso en la mente de Darwin que lo condujo a su revolucionaria teoría y cambió la forma en que el ser humano piensa sobre sí mismo y sobre el mundo en el que vive.

Para los europeos, los cucuves pueden parecer "una especie de zorzal", pero para los estadounidenses son obviamente "sinsontes". Sin embargo, difieren en muchos aspectos de las especies de América del Norte y de la región costera de Ecuador más cercana a las islas. Más importante aún: difieren de una isla a otra. Hasta el momento en que los especialistas en sistemática puedan ponerse de acuerdo entre ellos, si alguna vez lo hacen, debemos dejar abierta la cuestión de si hay once especies, o cuatro especies, u once razas de una sola especie. Lo principal es que difieren no sólo de otras especies, sino

también entre sí, en aspectos tales como tamaño, longitud y forma del pico, longitud de las patas, color, voz y probablemente hábitos. Sin embargo, está claro que todos descienden de la misma estirpe ancestral y que se han desarrollado en diferentes direcciones durante largos períodos de aislamiento en islas separadas.

Si bien hay diferencias de grado, es una generalización justa decir que son un clan audaz, descarado e inquisitivo, que hace que la urraca ladrona y el grajo de Reims parezcan aficionados timoratos e incompetentes. Roban cualquier cosa, en cualquier lugar, comestible o no, y son casi omnívoros: se alimentan de insectos, crustáceos, frutas, huevos, lagartijas, pollitos muertos y cualquier cosa en un paquete de almuerzo que esté dentro del alcance de sus picos, bastante largos y curvos. Con sus largas patas corren más y vuelan menos que las especies continentales. Los cucuves han prosperado en este duro entorno no por especialización sino por adaptabilidad y, como pocas formas de passeriformes han podido llegar y establecerse en las Galápagos, han ocupado y explotado con iniciativa nichos que, en tierra firme, pertenecen a varios géneros diferentes.

Sobre pocas aves se ha escrito tanto, y probablemente ninguna haya tenido tanto impacto en la ciencia como los pinzones de Darwin. Más o menos del tamaño de un gorrión, negros o marrón grisáceos, a primera vista no parecen un grupo muy interesante, hasta que uno mira un poco más de cerca y nota la extraordinaria variedad de

formas y tamaños de sus picos. Juntos constituyen la demostración viva más notable del principio evolutivo de la radiación adaptativa. La mayoría de ellos son lo suficientemente similares como para sugerir con fuerza que descienden de un ancestro común, pero al mismo tiempo son lo suficientemente diferentes en apariencia y hábitos para ser considerados como miembros de especies visiblemente separadas. Darwin tuvo la suerte de haberse topado con esta bellísima ilustración de la formación de especies; fue su genio lo que le permitió comprender lo que veía y pensar lo que nadie había pensado antes.

Hay trece especies y numerosas subespecies; aparte de una especie en las islas Cocos (unos pocos grados hacia el norte), están confinados a las Galápagos. Al igual que los cucuve, se han apoderado de una serie de nichos ecológicos ocupados por una variedad de familias de aves del continente que no pudieron llegar o, en todo caso, no logaron establecerse en el archipiélago. Pero han evolucionado a lo largo de líneas bastante diferentes; mientras que una sola especie de cucuve explota varios nichos, los pinzones se han vuelto más especializados.

Esto se ve, por ejemplo, en el caso de los "pinzones terrestres", que se parecen mucho entre sí pero que han desarrollado una gama de picos adaptados a tomar diferentes tipos de semillas; en un extremo del rango (*Geospiza fuliginosa*), el pico es aproximadamente del tamaño del de un jilguero y es adecuado para comer semillas

relativamente pequeñas y blandas, mientras que en el otro extremo (*Geospiza magnirostris*) el pico es más grande que el de un picogordo; es probablemente el pico más poderoso de todos los pinzones del mundo, y está adaptado para triturar las semillas más duras. Debido a esta diferenciación en los hábitos de alimentación, los dos pueden vivir uno al lado del otro. Lo mismo ocurre con un pequeño grupo de "pinzones arborícolas"; todos tienen picos más o menos en forma de loro, pero estos picos son lo suficientemente distintos como para permitir que cada uno explote una gama diferente de fuentes de alimento.

Otros miembros de la familia se han apartado bastante del patrón típico de los pinzones. Uno de ellos (*Geospiza scandens*) tiene un pico delgado y cónico, bien adaptado para sondear flores y almohadillas de cactus, pero, por lo demás, se parece mucho a los pinzones terrestres. No hay herrerillos en las Galápagos, pero su papel ecológico ha sido asumido por uno de los pinzones de Darwin, que se alimenta y se comporta de manera muy similar a un herrerillo. Del mismo modo, otro miembro de la familia ha ocupado el nicho de la curruca y el vireo; con su pico delgado y puntiagudo, revolotea inquieto en busca de insectos y no solo ha llegado a comportarse como una curruca, sino que en realidad se parece mucho a una; tanto, que Darwin al principio creyó que pertenecían a la misma familia.

Quizás aún más notable, y ciertamente más espectacular desde el punto de vista del comportamiento, es *Cactospiza pallida*, comúnmente llamado "pinzón carpintero". Por supuesto, no es un pájaro carpintero, pero, como esa especie está ausente en las islas, este pinzón ha ocupado el nicho ocupado en otros lugares por los trepadores y los pájaros carpinteros. Su pico, fuerte y afilado, le permite cavar en madera blanda, como un pequeño pájaro carpintero, y abrir madrigueras de insectos; pero a partir de este punto, el pinzón está relativamente en desventaja porque carece de la lengua larga y con púas con la que la mayoría de los carpinteros sacan al insecto expuesto del fondo del agujero. El pinzón ha superado en gran medida esta discapacidad mediante el extraordinario recurso de utilizar una herramienta.

Habiendo descubierto a su presa, busca una espina de cactus o una ramita delgada. Sosteniendo esto en su pico, empuja al insecto hasta que se mueve o se ubica dentro de su alcance. Es muy inusual que un ave utilice una herramienta, pero este pinzón es asombroso y prácticamente único entre las aves, ya que no es simplemente un usuario de herramientas, sino también un fabricante. Puede recoger una espina caída, pero, si no hay ninguna convenientemente disponible, tomará una del cactus más cercano; o puede hacerse con una ramita y romperla hasta que tenga el tamaño y forma correctos para su propósito particular. Esto sugiere que no nos enfrentamos simplemente a una acción instintiva, sino que el pájaro está

utilizando su inteligencia para relacionar causa y efecto. Es, sin duda, una manifestación asombrosa.

Fue este notable grupo de pinzones lo que impresionó tan profundamente a Darwin e inspiró sus muy citadas líneas: "Al ver esta gradación y diversidad de estructura en un grupo de aves pequeño e íntimamente relacionado, podría imaginarse realmente que, de un corto número de ellos, existentes originariamente en este archipiélago, una especie se ha dividido y modificado para servir a diferentes fines". Con esta penetrante observación, emprendió el largo camino que conducía a *Origin of the Species*. Han pasado los años, y varias generaciones de científicos han seguido estudiando a los pinzones en museos y universidades de todo el mundo y cada vez más en ese "laboratorio viviente", las propias islas Galápagos. Con el establecimiento de la Estación Darwin, dichos estudios se facilitarán en gran medida. Pero a pesar de todo el trabajo que se ha realizado, científicos como el Dr. David Lack y el Dr. Robert I. Bowman, quienes, en el campo y en el estudio, han dedicado la mayor parte de su tiempo a los problemas planteados por los pinzones de Darwin, serían los primeros en insistir en cuánto trabajo queda por hacer. Por lo tanto, es vital que estas aves, que tanto han contribuido a nuestra comprensión del proceso de evolución, permanezcan tranquilas mientras nuestro conocimiento se amplía aún más. Todas las especies y la mayoría de las subespecies todavía existen en gran número, pero su hermosa demostración de radiación adaptativa podría verse drásticamente alterada por la introducción

irresponsable de especies exóticas. Ha sucedido en otros lugares. No debe pasar en Galápagos.

SUPERVIVENCIA

For centuries, man has protected himself against the environment — now we must protect our environment against man.

Henry Charnok.

No hay nada en la historia evolutiva que sugiera que los instintos, en el hombre o en la bestia, estén sujetos a cambios rápidos, pero las actitudes y la conducta pueden cambiar de forma considerable. Al describir las recreaciones pacíficas de los corsarios, William Funnel, uno de los compañeros de Dampier en su segundo viaje alrededor del mundo en 1703-4, nos dice que "la forma ordinaria de matar a los lobos marinos era colocar una pistola justo en su boca cuando estaba abierta, y disparar en su garganta". Este fue el método más efectivo; pero, continúa Funnel, "si teníamos en mente divertirnos con él, lo que llamamos *lyon-baiting*, un grupo de marineros con medias picas lo pinchaban hasta matarlo, lo que en general tomaba unas dos o tres horas antes de que lo conquistáramos". Los seres humanos pueden ser intrínsecamente tan crueles como siempre han

sido, pero hoy en día pocos se atreverían a publicar tal relato de sus pasatiempos. Ni un capitán de navío moderno describiría cómo él y sus hombres golpearon en la cabeza a cientos de inofensivas iguanas marinas, ni cómo las hermosas y mansas palomas "divertían mucho a la parte más joven de la tripulación al matarlas con palos y piedras"; sin embargo, el Capitán Porter registró estas actividades con la misma falta de censura con la que su contraparte moderna podría mencionar que los más jóvenes habían encontrado una playa de Galápagos lo suficientemente ancha para un partido de béisbol.

Las actitudes *pueden* cambiar; de hecho, las vemos cambiar en el caso de Charles Darwin, quien alguna vez consideró el primer día de la caza de perdices como el evento culminante de cada uno de sus primeros años. Sin condenar a los demás, explica cómo cambió su perspectiva durante el viaje del *Beagle*: "Durante los primeros dos años, mi antigua pasión por el tiro sobrevivió casi con toda su fuerza; pero gradualmente renuncié a mi arma cada vez más, y finalmente se la entregué por completo a mi sirviente, ya que el tiro interfería con mi trabajo. Descubrí, aunque inconsciente e insensiblemente, que el placer de observar y razonar era mucho mayor que el de la habilidad y el deporte. Los instintos primitivos del bárbaro cedieron lentamente a los gustos adquiridos del hombre civilizado". En nuestros días, el instinto de matar y coleccionar trofeos se está sublimando cada vez más a capturar animales en una película, aunque incluso en este punto, al menos un visitante de las Galápagos lamenta ocasionalmente, y bastante egoístamente, haber gastado en

fotografía tantas de las horas fugaces que podría haber dedicado a la observación de plantas y animales que quizás nunca vuelva a ver.

Las actitudes *han* cambiado. El *lyon-baiting* y el ataque de iguanas ya no son las diversiones de los marineros extranjeros, y la matanza de animales por el solo placer de infligir dolor es cada vez más rara en las Galápagos. Pero la solución de los problemas presentes y futuros de conservación requiere algo más que la renuncia a unas cuantas actividades deportivas; también habrá que sacrificar los intereses individuales.

En términos generales, para la inclusión en la Lista de Parques Nacionales y Reservas Equivalentes de las Naciones Unidas, el área designada debe reservarse a perpetuidad, bajo el control de la autoridad nacional, para la preservación de su flora, fauna, formaciones geológicas, bellezas naturales y cualquier otra cosa de valor estético o científico; deben prohibirse la propiedad privada, los derechos individuales y toda caza y destrucción de la vegetación. Este aún no es el caso en Galápagos, y el estado actual del "Parque Nacional" necesita aclaración, junto con una delimitación precisa de aquellas partes del archipiélago que se incluirán dentro de dicho parque. También parece muy deseable que exista un Servicio de Parques Nacionales con suficiente personal y autoridad para velar por que se respete la ley. Las decisiones sobre estos asuntos son urgentes, porque de ellas depende la supervivencia de una de las entidades ecológicas más valiosas de la Tierra. Nunca se debe olvidar

que las islas oceánicas son particularmente vulnerables y tienen la melancólica distinción de tener la tasa de extinción más alta de todos los hábitats del mundo. Unos cuantos años más de *laissez faire, laissez aller* podrían tener consecuencias irreversibles.

No convendría que lo que Sir Frank Fraser Darling llama "los países superdesarrollados" prediquen a los países subdesarrollados sobre cuestiones de conservación. El desorden que Gran Bretaña, la cuna de la revolución industrial, o Estados Unidos, la nación más industrializada, han hecho de su entorno en pos de ganancias rápidas exige un grado considerable de humildad. Pero esa no es razón para que los países menos desarrollados no deban aprender de los errores miopes de los pioneros del desarrollo económico moderno. Cuando los hombres sensatos de los países "avanzados" se alarman tanto por los efectos previstos de la actual explosión demográfica, combinada con la explosión tecnológica, como para preguntarse si el mismo ser humano no se estará convirtiendo en una especie en peligro de extinción, parece que ha llegado el momento de que los gobiernos de todo el mundo repiensen sus prioridades.

La conservación casi siempre implica una elección entre intereses en conflicto, cada uno de los cuales puede justificarse. Tales conflictos de interés existen en Galápagos pero, afortunadamente, el número de ventajas parece más claro que en la mayoría de los casos. Desde el punto de vista industrial y agrícola, el potencial económico del archipiélago es realmente muy bajo. Todas las islas son enteramente

volcánicas y sin petróleo, carbón o minerales valiosos. Hay una penosa falta de agua. La mayor parte de su superficie es yerma e incluso los cultivos que crecen en las pocas bolsas de buena tierra podrían producirse con mayor ventaja en el Ecuador continental, que, en cualquier caso, suele tener excedentes de café y banano. Por lo tanto, la agricultura es en gran medida de subsistencia, y el nivel de vida que proporciona sigue siendo patéticamente bajo. Charles, escenario de tantos intentos de asentamiento por parte de extranjeros y ecuatorianos desde que Patrick Watkins cavó el primer huerto hace más de un siglo y medio, incluso ahora solo alberga una población de cincuenta, mucho menos que el número de personas que han sufrido muertes violentas allí, sin mencionar la larga historia de sufrimiento humano. En el otro lado del libro de cuentas, tenemos la extinción de una raza única de tortugas gigantes y de muchos otros animales salvajes, mientras que apenas hay un lugar donde la vegetación nativa no haya sido perturbada irreparablemente por la introducción de plantas exóticas.

Cualquier programa de conservación eficaz se encontrará con la resistencia de varios sectores, aunque, a la larga, la conservación sería ventajosa para los objetores. Considerando la importancia preeminente de la conservación en Galápagos en comparación con los intereses opuestos, debería ser posible resolver estos conflictos. Para empezar, seguramente se puede descartar de la lista de peligros el renovado uso de las islas como asentamiento penal; muy pocos presos han sido enviados allí en los últimos diez años y la opinión

pública ecuatoriana apenas aprobaría un retorno a las prácticas de antaño. Las amenazas que deben considerarse surgen principalmente de los colonos y los pescadores, los animales introducidos que ahora corren salvajes, y el número cada vez mayor de turistas que se espera en el futuro.

La incipiente industria turística debería ser la más fácil de tratar, tanto porque todavía hay pocos intereses creados como porque el desarrollo inteligente del turismo depende de la conservación. Muchos amigos de Galápagos lamentarán que las islas se conviertan en un atractivo turístico, pero no parece haber posibilidad de evitarlo, aunque fuera deseable negar a miles de visitantes amantes de la naturaleza una experiencia única, hasta ahora reservada a unos pocos afortunados. Ecuador no es un país grande ni rico, y su desarrollo se ha visto frenado por una falta crónica de divisas. Los turistas son una fuente de ingresos que aumenta rápidamente en la mayor parte del mundo e, incluso con la perspectiva de ingresos mucho mayores de los campos petroleros recientemente descubiertos, no se puede esperar que Ecuador renuncie a los beneficios del comercio turístico; su economía, que durante demasiado tiempo dependió precariamente de un solo cultivo de exportación, se verá muy fortalecida por la diversificación, y esto también ofrecerá nuevas y muy necesarias oportunidades de empleo para las nuevas generaciones.

El desarrollo del turismo en Galápagos podría contribuir sustancialmente a la prosperidad tanto de las islas como del continente. Ecuador tiene muchas y variadas delicias para ofrecer al visitante, pero son poco conocidas y difíciles de publicitar porque carecen de un foco fuerte sobre el cual concentrar la atención. El vecino Perú tiene Machu Picchu; los turistas pueden pasar solo unas pocas horas allí, pero los atrae a Perú por miles. Galápagos, la parte de la república más conocida en el mundo exterior, podría proporcionar un imán similar para atraer visitantes a Ecuador y popularizar sus otras atracciones. Las notables películas de vida silvestre realizadas por fotógrafos alemanes, canadienses, británicos y otros han llevado a Galápagos a las pantallas de televisión de muchos millones de hogares en todo el mundo.

Obviamente, podría haber un conflicto entre el turismo y la conservación. Sin embargo, la pequeña pero experta misión enviada por el Ministerio Británico de Desarrollo Exterior en 1966, a pedido del Gobierno de Ecuador, para examinar los problemas gemelos de la conservación y el turismo en Galápagos, se pronunció firmemente a favor del desarrollo turístico — siempre que se crease un Servicio de Parques Nacionales adecuado, con plenos poderes para proteger y controlar. A los turistas y a los que organizan tours no les gustan las restricciones más que a los habitantes locales; pero los intereses a largo plazo de la conservación y el turismo están tan íntimamente identificados que este problema no debería ser demasiado difícil de resolver. Lo único que atraerá a los visitantes a Galápagos es la vida

salvaje. Como balneario convencional, con hoteles, discotecas y casinos, las islas tienen poco futuro; el Ecuador continental tiene interminables millas de mejores playas, mucho más accesibles y con problemas menos agudos de suministro de agua, electricidad, etc. No muchas personas harían el largo viaje a las islas cuando pueden encontrar tantos resorts convencionales más cerca de sus hogares. El poder de atracción de Galápagos es la naturaleza silvestre; si eso se destruye, su atracción especial desaparece.

Por lo tanto, al comercio turístico le interesa apoyar la conservación porque, de lo contrario, destruirá el bien del que depende su futuro. Las autoridades nacionales y las organizaciones turísticas más responsables lo saben muy bien. Significa aceptar cierta disciplina, como en todas las reservas naturales. Los turistas deben ir acompañados de guías tanto para mostrarles lo que es más interesante como para que no pongan en peligro a las especies raras. Todas las visitas a las reservas estarían debidamente controladas por el Servicio de Parques, que podría financiarse cobrando a los visitantes una tarifa de entrada, como se hace en otros lugares. Por lo tanto, una industria turística bien dirigida podría proporcionar una ayuda sustancial a la conservación, al igual que la conservación podría proporcionar una base para el turismo.

La protección de la vida silvestre frente al turista —o, para el caso, frente al colono— tiene sus aspectos peculiares en Galápagos debido a la extraordinaria mansedumbre de casi todas las especies nativas.

En ninguna parte del mundo los pájaros y las bestias son tan intrépidos. Darwin quedó muy impresionado y dedicó varias páginas de su *Voyage of the Beagle* a este peculiar fenómeno. Comparando la experiencia actual con los relatos de los bucaneros, las aves parecen un poco menos confiadas hoy y ya no "se posan en nuestros sombreros y brazos". Sin embargo, han sido extremadamente lentas en adquirir una sensación de miedo, ya sea por algo que les falta en sus genes o por algún otro factor. Como concluyó proféticamente Darwin: "Podemos deducir de estos hechos, los estragos que la introducción de cualquier nueva bestia de presa debe causar en un país, antes de que los instintos de los habitantes autóctonos se hayan adaptado a la habilidad y al poder del extraño". Lo que Darwin aparentemente no percibió fue que la nueva bestia de presa era el ser humano — o más exactamente, el ser humano y los animales exóticos que trajo consigo, porque los perros, los cerdos, las cabras y, en realidad, el ser humano mismo son todos exóticos en las Galápagos. Así que tenemos la paradoja de que los animales salvajes han permanecido mansos mientras que las especies introducidas, aunque domesticadas durante miles de años, han vuelto rápidamente a los hábitos de sus ancestros lejanos y se han vuelto "más salvajes" que las criaturas nativas. El equilibrio de la naturaleza se ha alterado a medida que los inmigrantes "salvajes" están destruyendo y desplazando a los nativos "domesticados".

Debido a esta mansedumbre extrema, un gran número de amables turistas también podría causar estragos por pura ignorancia. Con

tales criaturas, la tentación de acercarse un poco más con la cámara es difícil de resistir, pero debe resistirse. La mayoría de los turistas se inclinan a tratar a los leones o elefantes con cierto grado de respeto, pero los gentiles nativos de las Galápagos no pueden inspirar la misma cautela y moderación. Hay un límite a la cantidad de acoso que incluso el ave más mansa puede soportar, y grandes grupos de bulliciosos visitantes podrían causar un gran daño en las colonias de flamencos o albatros, especialmente durante la temporada de reproducción. Un teleobjetivo puede no ser absolutamente esencial en las islas, pero es más amable con las aves que acercarles la cámara a sus nidos.

Es posible razonar con los turistas. Las cabras son otra cosa. Sin embargo, por mucha protección directa que reciba la vida silvestre y por muy exitosa que sea la Estación Darwin en la reproducción artificial de especies en peligro de extinción, no puede haber una victoria duradera para la conservación si se destruyen los hábitats; hoy todavía están siendo destruidos por especies introducidas, y hay nuevas depredaciones que siguen siendo una amenaza constante. Con sus propios y muy limitados recursos, complementados por la generosidad de amigos comprensivos, la Estación Darwin ha podido anotarse algunos éxitos iniciales en áreas reducidas, pero, en el mejor de los casos, llevará años poner a todas las prolíficas poblaciones de ratas, cerdos y cabras bajo cierto grado de control. Y mientras se ganan estas modestas victorias, se introducen cabras en islas hasta ahora libres de ellas, donde se multiplican rápidamente. Si bien la

Fundación Darwin puede enorgullecerse legítimamente de haber salvado de la extinción a las tortugas de Duncan y de Hood, sus científicos se dan cuenta de que no hay un futuro a largo plazo para ninguna de las dos mientras las ratas devoren a las crías y las cabras destruyan la vegetación.

Los pescadores encuentran conveniente tener una reserva de carne a mano cada vez que visitan una isla, y cuentan con nuestra simpatía. Al igual que los piratas y los balleneros antes que ellos, llevan una vida dura y, al estar en el mar durante largos períodos, necesitan alimentos frescos. Pero cuando uno compara los débitos con los créditos, el enorme daño hecho a un entorno único frente a las pequeñas ganancias de unos pocos individuos, no tiene sentido. El control estricto por parte del Servicio de Parques Nacionales parece la única respuesta razonable. Si imaginamos las consecuencias de la introducción de ratas negras y cabras en Narborough, una de las pocas islas que hasta ahora ha permanecido prácticamente intacta, la moraleja parece muy clara. Incluso desde el punto de vista más materialista, es obvio que los turistas solo viajarán grandes distancias a Galápagos para ver lo que no pueden ver en ningún otro lugar; allí no irán a ver cabras o ratas, por numerosas que sean. La proliferación descontrolada de animales introducidos es, por tanto, incompatible no sólo con la conservación de las especies autóctonas sino también con el desarrollo del turismo.

En su informe al gobierno ecuatoriano, la misión británica sugirió que el Parque Nacional debería incluir una zona de mar de mil metros a lo largo de los límites de aquellas partes de las islas que se declararían reservas naturales, lo que significa que no se permitiría pescar allí. porque la vida marina alrededor de las costas es casi tan fabulosa como la terrestre; pero considerando que esto sería duro para los pescadores de la isla y creyendo que la mayor parte de los daños fueron causados por embarcaciones extranjeras y continentales, recomendaron que se hiciera una excepción y que se otorgaran permisos anuales y gratuitos a los residentes locales para continuar pescando como antes. No parecería descabellado condicionar la renovación de dichos permisos al cumplimiento de la normativa del Parque Nacional.

El problema más espinoso es el de los colonos. Podría haber sido mejor para la república si las islas nunca hubieran sido colonizadas, ya que proporcionan un hogar más adecuado para las tortugas que para los seres humanos; pero los colonos ya están allí, y ahora tienen derechos que no se pueden ignorar. El presidente Alfaro consideró que en el siglo XIX las Galápagos habían sido una sangría para la nación. La principal exportación había sido tortugas vivas, pero a los marineros extranjeros se les había permitido tomarlas sin pago. Las nada despreciables inversiones habían producido pocos rendimientos, y en el lado del débito estaba la larga historia de violencia, miseria y muerte. Después de un siglo de intentos de poblamiento, sólo quedaban unos doscientos habitantes en todo el

archipiélago, pero desde la guerra la población se ha disparado hasta unos cuatro mil. Los nuevos colonos, como sus predecesores, encuentran la vida difícil y recurren al gobierno central para aliviar su condición. Naturalmente, quieren comunicaciones, obras públicas, instalaciones educativas y médicas, que sus comunidades dispersas no pueden permitirse por sí mismas. Este no es un problema peculiarmente ecuatoriano; cada país lo sabe de una forma u otra. La pregunta es hasta qué punto es prudente que las autoridades nacionales subsidien un aumento de colonos, si esto va en contra del interés nacional.

Ecuador está sufriendo agudamente por una violenta explosión demográfica y la urgente necesidad de los campesinos andinos de tener más tierra. Pero las áridas Galápagos poco pueden aportar a la solución de este problema; incluso ahora, menos de uno de cada mil ecuatorianos vive allí, y muchos de ellos estarían encantados de regresar al continente si tuvieran los medios para hacerlo y hubiera tierra disponible para ellos. El país todavía tiene vastas zonas subdesarrolladas que serían más adecuadas para el asentamiento que Galápagos, pero el desarrollo, incluso el acceso, es a menudo difícil o imposible para el campesino individual, aunque el reciente descubrimiento de petróleo en las provincias amazónicas debería significar la apertura de nuevas áreas. Mientras tanto, legalmente o no, siguen llegando colonos que, ante las dificultades para ganarse la vida, tienen una necesidad compulsiva de ocupar tierras que las autoridades de la capital pretenden destinar a santuarios. Este es un

problema muy real. Los beneficios pecuniarios triviales que obtienen los colonos al invadir las reservas naturales pueden parecerles desproporcionados a los conservacionistas, debido al daño irreparable causado a la flora y fauna únicas; pero para los colonos, esas pequeñas ganancias son desesperadamente importantes porque son pobres y la vida es dura.

Una vez que los colonos se establecen y han ocupado la tierra, aunque sea ilegalmente, adquieren derechos, al menos en su propia opinión, por lo que es bastante obvio que el mejor camino para todos los interesados es limitar la inmigración y definir claramente los límites de las reservas naturales. Aun así, habrá conflictos de intereses entre los colonos y los conservacionistas. No muchos de los colonos han obtenido hasta ahora un beneficio material de la creación del Parque Nacional, y muy pocos simpatizan con la protección de la naturaleza; para la mayoría de ellos, la naturaleza sigue siendo el enemigo al que hay que someter. Sin embargo, con el crecimiento del turismo, las perspectivas de un mejor nivel de vida aumentan considerablemente, si solo se pudiera controlar la inmigración. En la actualidad, debido a la dificultad de comercializar sus productos, los isleños ven poco dinero en efectivo y viven en gran parte del consumo de sus propios cultivos. Se puede ganar más dinero, como algunos ya han descubierto, llevando grupos de isla en isla en pequeños botes, o conduciéndolos al interior. Los turistas brindan un mercado fácil para artesanías y recuerdos de todo tipo; también

proporcionarán una salida cada vez mayor para frutas, verduras y pescado.

Pero persuadir a los colonos no será tarea fácil. Requiere paciencia y educación. Es necesario no solo mostrar los posibles beneficios materiales, sino también explicar de qué se trata la conservación e inculcar un sentido de orgullo por las características únicas de las islas. La Estación Darwin ya está intentando esa labor educativa, y podría hacer más si sus recursos se lo permitieran, tanto para instruir a los turistas como para convencer a los pobladores de que ellos son los guardianes de grandes tesoros naturales. Naturalmente, estas funciones serán asumidas por el Servicio de Parques Nacionales, una vez que cuente con el personal adecuado.

Se necesita más información sobre Galápagos, tanto en el continente como en las propias islas. Los ecuatorianos sienten un intenso orgullo por la posesión de sus islas, pero poco conocimiento preciso sobre ellas, y aún menos comprensión de los problemas de conservación. Este último defecto no es monopolio de los ecuatorianos, pero es de crucial importancia en su caso, porque ejercen soberanía sobre una de las maravillas del mundo. Ecuador también está en desventaja porque ha producido muy pocos científicos naturales, ya que las universidades se han ocupado principalmente del estudio del derecho. Todo el país es de gran interés para geólogos y botánicos, y sus montañas, bosques, ríos y mares se juntan con especies que esperan el estudio zoológico; sin

embargo, y con algunas distinguidas excepciones, el trabajo se ha dejado a los extranjeros, desde los académicos franceses en el siglo XVIII, pasando por Humboldt, Darwin, Wolf y Spruce, hasta los innumerables científicos visitantes de las generaciones más recientes.

Esto es desafortunado porque, en todo el mundo, han sido los científicos quienes han encabezado el movimiento de conservación al hacer que un público cada vez más amplio sea consciente del daño que el hombre está causando a su medio ambiente y los peligros desesperados que acechan si no se piensa en el mañana. Ecuador ha sufrido por la falta de una comunidad científica fuerte para persuadir y presionar al gobierno y a la opinión pública. Es muy de esperar que la nueva generación de ecuatorianos muestre un interés creciente por la ciencia y los campos de investigación casi ilimitados que ofrece su propio país; la Fundación Darwin agradecería su colaboración y con mucho gusto pondría a su disposición las instalaciones de su Estación en Galápagos. Es eminentemente deseable que la conservación en el Ecuador sea promovida por los ecuatorianos, porque los extranjeros, por muy idealistas que sean sus intenciones, siempre tendrán dificultades para evitar la acusación de injerencia oficiosa en los asuntos nacionales.

Sin embargo, los extranjeros tendrán un papel que desempeñar durante algún tiempo más. Es cierto que la República del Ecuador es el depositario, el custodio de uno de los grandes tesoros naturales del mundo; pero si esto es cierto, entonces el mundo entero debería

ayudar en su protección. Ha tenido un buen comienzo con el establecimiento de la Fundación Darwin, una institución completamente internacional, patrocinada por la UNESCO a pedido del Gobierno de Ecuador, y las Galápagos sin duda merecen más apoyo de las Naciones Unidas y sus diversas agencias, particularmente en asuntos tales como la formación de funcionarios de conservación. Mientras tanto, la Fundación Darwin se mantiene firme, y necesita todo el respaldo que pueda obtener de individuos y organizaciones de todos los países.

Lo sorprendente de la situación en Galápagos es que, si se tomaran medidas ahora, el costo sería muy pequeño en proporción a las ganancias que podrían obtenerse. Dada la determinación, casi todo lo que queda después de siglos de abandono aún podría salvarse, y mucho podría restaurarse. Es cierto que el registro del pasado es negro, pero, a pesar de todo, ha habido un tema constante en la historia ecuatoriana desde la anexión en 1832, y es el orgullo por la posesión de estas islas. Con una política gubernamental clara, el archipiélago podría escapar de su actual posición anómala, calificar para su inclusión en la Lista de Parques Nacionales de las Naciones Unidas y convertirse en uno de los grandes lugares de exhibición de vida silvestre y de los centros de investigación de campo del mundo. ¿Es esperar demasiado? Como escribió James Fisher, ese dedicado conservacionista, poco antes de su trágica muerte: "El hombre se ha convertido en el amo y señor de la Tierra, con un poder, un orgullo y unas posibilidades prodigiosas. Como amo de la Tierra, se ha

mostrado capaz de la locura global, pero capaz también de un alto altruismo y consideración".

Los ecuatorianos no carecen de altruismo, pero la idea de la conservación es nueva para todos menos para unos pocos. Su historia ha inclinado su pensamiento en una dirección muy diferente. Desde los primeros días de la conquista, cuando Gonzalo Pizarro y Francisco Orellana se adentraron en los bosques sin caminos y descubrieron la Amazonía, hasta nuestros días, cuando los petroleros luchan contra la selva, el hombre ha considerado la naturaleza como su enemiga. La idea de que los pocos lugares salvajes sobrevivientes se han convertido en una parte preciosa y menguante de la herencia del ser humano es nueva. Sin embargo, el archipiélago de Galápagos es un área silvestre de gran importancia, que aún podría conservarse para la posteridad y que podría ocupar el lugar que le corresponde entre los Parques Nacionales más grandes del mundo. Diferentes personas han visto las islas con otros ojos: Charles Darwin tuvo que apartarse de sus maravillas biológicas; Herman Melville se sintió impulsado a la meditación mística; la señora de Rendón encontró en las Galápagos las últimas islas encantadas, un lugar donde aún se podía soñar. Sus impresiones fueron distintas, pero ellos, y muchos de nosotros, tenemos esto en común: las Galápagos tienen cualidades únicas y sus recuerdos están grabados tan profundamente en nuestras mentes que deben permanecer allí mientras vivamos. Sería trágico que esos lugares salvajes no sobrevivieran para dar a las generaciones futuras el privilegio del que nosotros hemos disfrutado.

NOTA DEL EDITOR

G. T. Corley Smith escribió este libro como un ejercicio de divulgación científica e histórica, con la intención de visibilizar la fascinante realidad que encontró en las islas Galápagos durante el tiempo que vivió y trabajó allí. Por lo tanto, no incluyó una bibliografía que respaldara sus citas, ni las fuentes que usó para crear su narrativa, ya que tales elementos se consideraron innecesarios para este tipo de trabajo.

Las siguientes notas, producidas por el editor y traductor de este libro, están destinadas a proporcionar dicha información al lector interesado. La mayoría de las fuentes utilizadas por Corley Smith para construir su texto se pueden encontrar en la "Bibliografía Histórica de Galápagos", parte del proyecto digital *Galapagueana* desarrollado por el área de Biblioteca, Archivo y Museo de la Fundación Charles Darwin.

Independientemente de su origen y de su corrección, y con un par de excepciones, los textos citados al principio de cada capítulo se han mantenido tal como los escribió originalmente el autor. En el caso de las extensas citas dentro del texto, han debido ser traducidas directamente por el editor, aunque en dos casos (*The Encantadas*, de

Melville, y *Voyage of the Beagle*, de Darwin), se han utilizado ediciones publicadas en castellano como fuente.

Al comienzo del capítulo 1, la cita de Su Alteza Real el Príncipe Felipe, duque de Edimburgo, pertenece a su libro *Wildlife Crisis* (Nueva York: Cowles, 1970), publicado en coautoría con el naturalista británico James Fisher. El propio Corley Smith escribió una reseña de ese libro para la revista *Oryx*.

En el capítulo 2, la cita de William Shakespeare pertenece a *The Winter's Tale* (acto IV, escena 4, 1623). El capítulo utiliza ampliamente extractos de la carta de Tomás de Berlanga al rey Carlos I de España (1535). Titulada *Carta a Su Magestad de Fray Tomás de Berlanga, describiendo su viaje desde Panamá á Puerto Viejo, e los trabajos que padeció en la navegación*, fue publicada por primera vez en una compilación de textos coloniales preparada por Joaquín F. Pacheco y Francisco de Cárdenas (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, Madrid, 1864-1884).

En el capítulo 3, la cita de William Shakespeare pertenece a *The Tempest* (acto I, escena 2, ca 1610). La leyenda incaica sobre las islas del océano Pacífico fue recogida por Pedro Sarmiento de Gamboa en su *Historia Indica* (segunda parte de su *Historia de los Incas*,

1572); por Miguel Cabello de Balboa en su *Miscelánea Antártica* (capítulo XVII, 1586); y por Martín de Murúa en su *Historia General del Perú* (capítulo XXV, 1616). Las menciones de Clements Markham, así como toda la información sobre la posibilidad de un viaje interoceánico en balsas prehispánicas, fueron tomadas principalmente de *Archaeological Evidences of Pre-Spanish Visits to the Galápagos*, del explorador noruego Thor Heyerdahl y su coautor Arne Skjølsvold (Salt Lake City: The Society for American Archaeology, 1956).

En el capítulo 4, la cita de John Keats pertenece a *Ode to a Nightingale* (publicada por primera vez en *Annals of the Fine Arts*, 1819); está abreviada. El trabajo del cartógrafo flamenco Abraham Ortelius se tituló *Theatrum Orbis Terrarum* (Amberes: Gilles Coppens van Diest, 1570); las Galápagos aparecen allí como "ye. de los galopegos". El mapa de Mercator que incluía las Galápagos era en realidad anterior al de Ortelius (1569, *Nova et Aucta Orbis Terrae Descriptio anuncio usum Navigantium Enmienda Acomodatos*). El mencionado en el texto es *Orbis Terrae Compendiosa Descripción* (1587). Las aventuras de Rivanedeira fueron narradas por Pedro Cieza de León en su *Tercero libro de las Guerras civiles del Perú el cual se llama La Guerra de Quito* (capítulo CCVII), publicado por primera vez por el historiador español Marcos Jiménez de la Espada (Madrid, 1877). El tesorero Pedro Castellanos y el presidente de la Real Audiencia de Lima, Pedro de la Gasca, también produjeron notas contemporáneas sobre esa expedición. La historia del barco de

Fernandes de Queirós aparece en *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecho por el general Pedro Fernández de Quirós* (tomo I), recopilación de los manuscritos de Queirós preparada y publicada por el historiador español Justo Zaragoza y Cucala (Madrid, 1876).

En el capítulo 5, la cita de Herman Melville pertenece a *The Encantadas, o Enchanted Isles* (publicado por primera vez en *Putnam's Magazine* en 1854). La mayor parte de la información geográfica proporcionada en el capítulo debe entenderse en el contexto cronológico del libro (1970).

En el capítulo 6, la cita atribuida a Edward Davis tiene un origen desconocido; probablemente pertenece a los diarios de los capitanes William A. Cowley o William Dampier. La cita de Richard Hawkins pertenece a su diario *The observations of Sir Richard Hawkins, Knt in his voyage into the South Sea in the year 1593* (publicado por primera vez en 1622, reimpresso en 1847). Hay menciones y citas de los piratas Woodes Rogers (*A Cruising Voyage Round the World*, 1712), Bartholomew Sharp (en *A Collection of original voyages*, 1699), William Ambrosia Cowley (*Journal of a voyage round the World, 1683-1686*, ca 1690), y William Dampier (*A New Voyage round the World*, 1697, y *A Discourse of Winds*, 1705). El autor no menciona que los piratas que enfermaron en Guayaquil supuestamente habrían asaltado cementerios locales, llevándose joyas de los cadáveres.

En el capítulo 7, la cita del poeta inglés William Cowper pertenece al poema *The Solitude of Alexander Selkirk* (número CLX en *The Golden Treasury*, 1875). Hay varias fuentes repetidas del capítulo 6. La historia de Patrick Watkins está tomada del *Journal of a Cruise Made to the Pacific Ocean by Captain David Porter in the United States Frigate Essex in the Years 1812, 1813, And 1814* (1815), de David Porter.

En el capítulo 8, la cita pertenece a la Biblia (salmo 107, 23-31). El texto incluye fragmentos de *A Voyage to the South Atlantic and around Cape Horn into the Pacific Ocean for the purpose of extending the Spermacetic Whaling Fisheries and other objects of commerce* de David Colnett (1798) y del *Journal of a Cruise...* de David Porter, citado anteriormente.

En el capítulo 9, la cita de Alfred, Lord Tennyson pertenece a su poema *Ulysses* (publicado por primera vez en *Poems*, 1842). La información y las citas de Charles Darwin se tomaron principalmente de *The Voyage of the Beagle* (publicado originalmente como *Journals and Remarks*, 1839).

En el capítulo 10, la cita de Charles Darwin pertenece a *The Voyage of the Beagle*. También hay citas de *A Voyage to the South Atlantic...* de James Colnett, ya citado anteriormente. Sobre Lawson, actualmente hay mucha información; un ejemplo es el de *Galapagos: A brief history* de Jacob P. Lundh (2001).

En el capítulo 11, la cita de John Keats pertenece a su poema *Endymion* (libro II, I, 211, publicado por primera vez en 1818). Hay citas de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin, y de su *Autobiography* (producida originalmente como *Recollections of the Development of my Mind and Character*, 1929), y de las obras de Woodes Rogers, James Colnett y David Porter ya mencionadas anteriormente. El trabajo de Malthus mencionado en el capítulo en realidad se tituló *An Essay on the Principle of Population*.

En el capítulo 12, la cita del estadista estadounidense Daniel Webster en realidad está tomada de la introducción de *Moby Dick, or The Whale* (1851) de Herman Melville. Aparentemente, proviene del *Report of Daniel Webster's Speech in the U. S. Senate, on the application for the Erection of a Breakwater at Nantucket. 1828*, texto recogido inicialmente en una recopilación de discursos de Webster titulada *Speeches and Forensic Arguments* (1830). Hay citas del pirata Cowley y del capitán Colnett, de fuentes ya mencionadas anteriormente. Hay varios fragmentos de *Moby Dick* a lo largo del capítulo. El texto de Donald Mc Lennan (del bergantín *Colonel Allen*, 1818) probablemente fue tomado de *The Galapagos tortoises in their relation to the whaling industry: a study of old logbooks* de Charles H. Townsend (publicado en *Zoologica*, 4 (3), 1925). Townsend, naturalista estadounidense, fue conocido por sus "investigaciones realizadas en cuadernos de bitácora", como comenta el propio Corley Smith, las cuales incluyeron barcos como el *Potomac* y el *Herald*. Raveneau de Lusan (no "Lussan") no fue un

viajero, sino un pirata francés; en su famoso *Journal du voyage fait à la mer du Sud, avec les flibustiers de l'Amérique en 1684 et années suivantes*, se aclara que nunca estuvo en Galápagos. Finalmente, se desconoce la fuente del informe de la goleta *Kamaile*.

En el capítulo 13, la cita de Herman Melville pertenece a *The Encantadas*. En realidad, la mayor parte del capítulo se basa en ese trabajo. La mención al fotógrafo estadounidense Eliot Porter se refiere a su trabajo en los dos volúmenes de *Galapagos: The Flow of Wilderness* (San Francisco: Sierra Club, 1968).

En el capítulo 14, la cita de Herman Melville pertenece a *The Encantadas*. La mención al nombre de *Santa María de la Aguada* (en realidad, "Sta. Maria de l'Aguada") aparece por primera vez impresa en el mapa *A New & Exact map of the Coast, Countries and Islands within ye Limits of ye South Sea Company* (1720), de Herman Moll, basada en el viaje del pirata británico John Clipperton. El capítulo incluye menciones al Capitán Alonso (no "Alonzo") María de Torres y Guerra en 1793 (cuyo piloto, Lorenzo Vacaro, produjo un pobre mapa de Galápagos titulado *Carta Esferica Que Comprehende unaparte del Archipelago delos Galapagos*); citas de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin; y la historia de Briones, el Pirata del Guayas. Este último relato fue compilado originalmente por el científico sueco Nils Johann Andersson, miembro de la primera expedición sueca de circunnavegación a bordo del *Eugenie* (1852), y publicado en 1854 (*Optegnelser paa es reise rundt Jorden med den*

svenske fregat "Eugenie" i Aarene 1851-1853). Finalmente, presenta la visita de Alessandro Malaspina a Galápagos, que hasta el momento no ha sido probada. Una narrativa del período de colonización de Galápagos se puede encontrar en *El hombre en las islas Encantadas* (Quito, 1999), del historiador ecuatoriano Octavio Latorre, quien ha producido varios trabajos sobre el archipiélago.

En el capítulo 15, la cita de Alfred, Lord Tennyson pertenece a su poema *In Memoriam AHH* (publicado originalmente en 1850). Hay menciones al trabajo de Joseph Dalton Hooker sobre la flora ("Enumeration of the plants in the Galapagos Islands", *Proceedings of the Linnean Society of London*, 1, 1846, pp. 276-279); a las contribuciones de John Gould sobre aves y T. Bell sobre reptiles ("On a new genus of Iguanidae", *Zoological Journal*, 2, 1825, pp. 204-208); y al trabajo geográfico de Robert FitzRoy (carta *Galápagos Islands*, 1836). Hay fragmentos del diario de Louis Henri, conde de Gueydon, el capitán francés de *Le Génie*, que visitó las islas en 1846, y del diario de Joseph R. Slevin *The Galápagos Islands: a history of their exploration* (San Francisco: California Academy of Sciences, 1959). El texto también menciona al ornitólogo austriaco Simeon Habel (cuyo diario de viaje, elaborado en 1868, fue incluido en el libro de Osbert Salvin *On the Avifauna of the Galapagos Islands*, 1876); al naturalista alemán Theodor Wolf (quien publicó *Ein Besuch der Galápagos-Inseln*, 1879); a la visita del biólogo suizo-estadounidense Jean Louis Rodolphe Agassiz a bordo del *U.S.S. Hassler* en 1872 (no en 1873), narrado por la esposa de Agassiz,

Elizabeth Cabot ("A cruise through the Galapagos", *The Atlantic Monthly*, 1873); a las expediciones a Galápagos dirigidas por Rollo H. Beck en nombre de Lord Walter Rothschild (1897, 1901); y a la famosa "Academy Expedition" (la expedición de la Academia de Ciencias de California, a bordo del *Academy*, organizada por Beck y descrita en varios artículos académicos) en 1905-6.

En el capítulo 16, la cita de Samuel T. Coleridge pertenece a *The Rime of the Ancient Mariner* (publicado por primera vez en *Lyrical Ballads*, 1798), que posteriormente se cita otras dos veces en el texto. El capítulo presenta referencias e información tomada del libro de Alf Harbitz *Mandskapet fra bark "Alexandra" - oplevelser paa Galapagosøerne* (1915), fuente principal sobre las aventuras del *Alexandra* y sus tripulantes. El testimonio citado literalmente fue tomado de *Galapagos - World's End* de William Beebe (capítulo XIV, "The ship-wrecked taxi-driver"). La cita del famoso oficial del ejército británico F. Spencer Chapman es el título de uno de sus libros, *The jungle is neutral* (1948).

En el capítulo 17, la cita de William Beebe pertenece a *Galapagos - World's End* (Nueva York: Putnam's Sons, 1924). El capítulo incluye un buen número de fragmentos extraídos de ese libro. También hay menciones a varios barcos, como el *Academy*, el *Stela Polaris*, el *Oaxaca* y el *Velero III* de Hancock, el *Ara* y el *Alva* de Valderbilt, el *Vagabondia* de Mellon y el *Nourmahal* de Astor, así como a algunos visitantes famosos, como Gifford Pinchot, Theodor

Roosevelt, Alain Gerbault y Wiliam A. Robinson. Todos ellos tienen publicados artículos académicos y diarios convertidos en libros, describiendo su paso por Galápagos; el de Robinson (*10,000 leagues over the sea*, 1932) se cita en el capítulo.

En el capítulo 18, la cita de Herman Melville pertenece a *The Encantadas*. La cita de Coleridge pertenece a *The Rime of the Ancient Mariner*, y la de Beebe, a *Galápagos - World's End*. La historia de los noruegos en Galápagos ha sido recogida en obras como *Drømmen om Galápagos* de S. Hoff (Oslo: Grøndal, 1985). *Galápagos, verdes ende* fue un libro de Harry Randall, F. Støren, P. Bang y A. F. Christensen (Oslo: Tønsbergs Forlag, 1926). El nombre "Kolonisation Paa Galápagos Oerne" al que se hace referencia en el capítulo puede estar escrito erróneamente. La cita de Victor Wolfgang von Hagen pertenece a su obra *Ecuador and the Galapagos Islands* (Oklahoma: University Press, 1949). El libro de la viajera francesa Paulette E. Kieffer de Rendón se tituló *Galápagos, las últimas islas encantadas* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1946) y fue el primer texto escrito íntegramente por una mujer sobre las islas.

En el capítulo 19, la cita del escritor británico Edward FitzGerald pertenece al poema 698 de su traducción *Rubáiyát of Omar Khayyám* (1859). El capítulo incluye fragmentos tomados de *Satan came to Eden*, de Dore Strauch (Nueva York: Harper, 1936) y *Floreana*, de Margrett Wittmer (1960, originalmente llamado *Postlagernd*

Floreana, Frankfurt: Scheffler, 1959), y varias menciones a los artículos del Dr. Frederick Ritter, publicados en su mayoría en *The Atlantic Monthly*.

En el capítulo 20, la cita del venezolano Simón Bolívar pertenece a su famosa *Carta desde Jamaica* (1815). Hay menciones al libro *El Archipiélago de Colón (Galápagos): Descubrimiento, exploraciones científicas y bibliografía de las islas* de Carlos Manuel Llarea (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958). Un relato de la historia de Galápagos durante la II Guerra Mundial y sobre la base estadounidense en Baltra / Seymour Sur se puede encontrar en *Baltra, base Beta* de Hugo Idrovo (Quito: MCE, 2013). Los intentos de varias naciones (especialmente los Estados Unidos) por hacerse con el control del archipiélago durante la primera mitad del siglo XX han sido documentados por Octavio Latorre (por ejemplo, en *Historia humana de Galápagos*, Quito, 2014).

En el capítulo 21, la cita del ecologista y conservacionista británico Frank Fraser Darling pertenece a la conferencia "The forward look in conservation", quinta de la serie "Wilderness and plenty" (Reith Lectures, 1969). La mayor parte de la información sobre la historia de la FCD que se presenta en el capítulo fue compilada por el propio autor y presentada en el artículo "Looking back on twenty years of the CDF" (*Noticias de Galápagos*, 30, 1979, pp. 5-13). Hay nuevas menciones a Lord Rothschild, Victor Von Hagen y Paulette de Rendón, cuya bibliografía ya se incluyó anteriormente. La

expedición a Galápagos organizada por la revista *Life* entregó un célebre artículo íntegramente ilustrado (incluido en el número del 8 de septiembre de 1958). El primer oficial de conservación de la Estación Científica Charles Darwin mencionado en el capítulo fue el ecuatoriano Miguel Castro.

Los capítulos 22 a 25 presentan información biológica y relacionada con la conservación de Galápagos hasta la fecha de redacción del libro (1970). Si bien para los estándares actuales podría estar desactualizada, incluye la mayor parte del conocimiento recopilado en la Estación Científica Charles Darwin (ECChD) durante su primera década de existencia.

En el capítulo 22 se vuelve a mencionar a Miguel Castro; produjo una serie de manuscritos interesantes con notas sobre tortugas, que actualmente se conservan en la Biblioteca, Archivo y Museo de la FCD. Hay una cita tomada de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin, y también otra de *The Encantadas* de Melville. Roger Perry fue el cuarto director de la ECChD (1964-1970).

En el capítulo 23 hay fragmentos tomados de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin, y hay una cita de *Journal of a Cruise...* de David Porter, ya mencionada anteriormente.

En el capítulo 24 se menciona a Alan Root, un cineasta británico que, junto a su esposa Joan, produjo un documental sobre

Galápagos, *The Enchanted Isles*, para la serie *Survival* de Anglia TV (1967). El fragmento de Woodes Rogers pertenece a *A Cruising Voyage Round the World*, ya mencionado anteriormente. Las citas del ornitólogo británico Bryan Nelson pertenecen a *Galapagos: Islands of Birds* (Nueva York: William Morrow, 1968). La visita del Duque de Edimburgo mencionada en el capítulo ocurrió en 1967; Karl Angermeyer, uno de los primeros colonos alemanes de Puerto Ayora, isla Santa Cruz, solía trabajar como guía local para este tipo de visitas. La mención del *Julia Whaler* fue tomada del texto de Townsend *The Galapagos tortoises in their relation to the whaling industry*, ya mencionado anteriormente. También se incluye el trabajo de Townsend sobre la "Expedición de la Academia" (1930).

En el capítulo 25, el trabajo del ornitólogo estadounidense Harry S. Swarth mencionado en el texto es *Avifauna of the Galapagos Islands* (San Francisco: California Academy of Science, 1931), mientras que el de Nelson es *Galápagos: Islands of Birds*, ya mencionado anteriormente. El trabajo del ornitólogo inglés David Snow es "The breeding cycle of the Swallow-tailed Gull (*Creagrus furcatus*)" (*Ibis*, 109 (1), 1967, pp. 14-24). El libro citado de Theodor Wolf es *Ein Besuch der Galápagos-Inseln*, ya mencionado. Michael Harris produjo, entre otros textos, *A Field Guide to the Birds of the Galapagos* (Nueva York: Collins, 1982). La cita del ornitólogo estadounidense Robert Cushnam Murphy pertenece a *Oceanic Birds of South America* (Nueva York: The American Museum of Natural History, 1936). El ornitólogo británico David Lack fue quien acuñó

la expresión "pinzones de Darwin" en su clásico libro homónimo (Cambridge: University Press, 1947), mientras que Robert I. Bowman produjo una serie de textos sobre esa especie (p. ej. *Morphological Differentiation and Adaptation in the Galapagos Finches*, Los Ángeles: University of California Press, 1961). También hay fragmentos tomados de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin.

Finalmente, en el capítulo 26, la cita del meteorólogo británico Henry Charnock tiene un origen desconocido. El capítulo presenta información sobre Galápagos hasta la fecha de redacción del libro (1970). La cita de Frank Fraser Darling pertenece, nuevamente, a la conferencia "The forward look in conservation", mientras que la fuente del fragmento de James Fisher no pudo ser localizada. Los textos del pirata inglés William Funnell (no "Funnel") provienen de su *A Voyage Round the World*, donde comenta el viaje de su compañero pirata William Dampier en 1703 y 1704. También hay fragmentos tomados de *The Voyage of the Beagle* de Charles Darwin.

